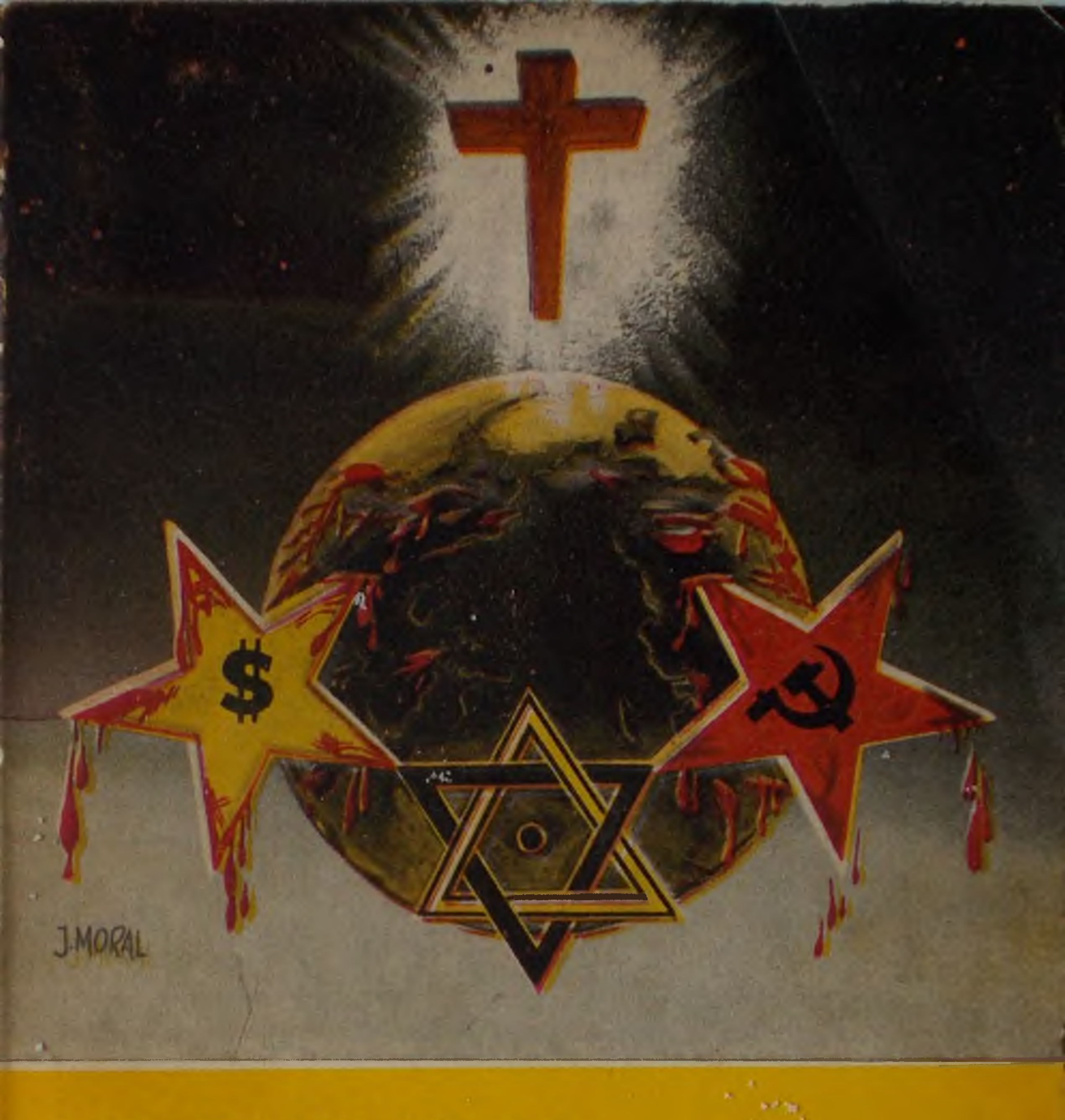


GEORGE KNUPFFER

LA LUCHA POR EL PODER MUNDIAL

LA LUCHA POR EL PODER MUNDIAL

GEORGE KNUPFFER

LA LUCHA POR EL PODER MUNDIAL



MADRID

Título en inglés

THE STRUGGLE FOR WORLD POWER

DEPOSITO LEGAL, GU. 6-1964 — N.º de Registro 564-1964

Imprenta CARLAVILLA — González Hierro 4 — Guadalajara

Dedicado, con la venia de Su Alteza Imperial, al Gran Duque Wladimiro de Rusia, Jefe de la Casa Imperial Rusa.

Presentación del autor

Mi reputación de ser uno de los españoles que más han estudiado, desde 1917, el problema de la Revolución rusa «en su proyección mundial», me vale el honor de presentar al autor de esta obra.

El contenido del libro y su prólogo bastarían, pero debo cumplir mi promesa.

George Knupffer emigró en su mocedad, con sus padres, abandonando Rusia, tras la conquista del Poder por Lenin y Trotzky. Conquista facilitada con la financiación de la Revolución bolchevique por la Banca supernacional, el imperdonable e imperdonado error de Alemania y Austria imperiales al facilitar la llegada de Lenin y su Estado Mayor a Rusia, y por la cobardía de lo que hoy se llama Occidente, desde el 11 de noviembre de 1918, ya desde entonces prudente, ante la subversión. Prudencia, por no decir «camouflada complicidad», que permitió la derrota del heróico alzamiento de los generales del Imperio, gracias al apoyo prestado desde un principio a «demócratas» del tipo Kerensky, furrieles, como lo han sido siempre después, los sedientos «liberales» por su inconsciente debilidad e imbecilidad ante las fuerzas del Mal... o por motivos inconfesables.

Knupffer, pese a su adolescencia, apreció lo que significaba el derrumbamiento de aquel coloso que fue la «Santa Rusia» y sintió el dolor de ver surgir sobre sus ruinas el

dominio de la Bestia Roja... precursora del Gobierno Mundial de los amos de la Finanza Internacional.

Pese al hecho de educarse en las aulas de la cuna del Liberalismo – Gran Bretaña – nunca olvidó el espectáculo de su Patria rota y caída en manos de los «Sin Dios», ni sus causas.

Su ardiente fe cristiana, acrecentada por ese doloroso recuerdo, su arraigado sentimiento de la tradición Nacional, le llevaron apenas hombre, a luchar con la palabra y con la pluma, en ambiente poco propicio, contra aquella conspiración mundial que le privó de vivir en el solar de sus antepasados y de poder servir y actuar bajo la bandera que le vio nacer.

Siguió, año tras año, estudiando a diario la marcha ascendente de la subversión destructora de Patrias en beneficio de la primera etapa comunista, la actuación de cuantos consciente o inconscientemente sirven a ese Mesianismo, y ha recopilado el resultado de sus investigaciones en este libro, cuya segunda edición se traduce al castellano.

Recomiendo su lectura, no solo a los que ignoran las causas y los fines del caos en que el mundo vive, sino también a cuantos los conocen o creen conocerlos, porque George Knupffer las alumbra con un foco de luz, para muchos, inesperado.

Este libro es un S. O. S. que despertará a los desmemoriados, plasmando en relativamente pocas páginas, históricamente exactas, la marcha del enemigo de la Cristiandad – derrotado en España – hacia el Poderío Mundial.

El Marqués de Prat de Nantouillet
Embajador de España
PRESIDENTE DE ACCION CRISTIANA ECUMENICA

Prólogo para la segunda edición

Cuando escribí y publiqué en la Plain Speaker Publishing Company la primera edición de este libro, hace ya cinco años, las circunstancias en que se encontraba el mundo eran tan malas que todos los que tuviesen a lo menos un poco de instinto para descubrir el error estaban preocupados. Hoy día las cosas están aún peor, y no llevan todavía camino de mejorar.

Sin embargo, me es grato poder decir que mi libro, que es una aportación a la creciente lista de obras que defienden la verdadera moral y la vida política, social y económica, ha sido muy bien vendido en todo el mundo, y comienzan a publicarse sus traducciones en otras naciones. Todas las críticas en las revistas de prensa, como también en muchas cartas han sido no solo amistosas sino entusiastas, y no he recibido una sola prueba de que alguna de mis afirmaciones o de mis deducciones sean equivocadas.

Los Estados Unidos de América se han llevado la mayor parte de esa primera edición. Y esto se debe no sólo al hecho de que América es grande y rica sino indudablemente también al hecho de que en América hay un número siempre creciente de personas que tienen un profundo, amplio y exacto conocimiento de los hechos y de sus consecuencias. Puesto que América ha de jugar un papel en los asuntos mundiales, y puesto que, sin poderlo dudar, sus verdaderos le-

gisladores van por mal camino, resulta más alentador el ver que las tendencias que aquí exponemos se están desarrollando ampliamente también allí.

Pero en toda Europa, no menos que en los Estados Unidos, corrientes totalmente sanas se están desarrollando y robusteciendo. Confío en que mi libro ayudará a orientarlas y a unirlas a todas ellas en todas partes.

Mucha influencia tendrá el desarrollo de los acontecimientos en Rusia. Hemos de ver muy pronto grandes cambios allí, aun cuando su éxito será fuertemente influenciado por las reacciones que tengan lugar fuera de los Telones de Acero y de Bambú. Por esto es absolutamente esencial el que los importantísimos papeles de Rusia y del Comunismo sean bien comprendidos.

Si el Derecho del Mundo, en su más amplio sentido ha de poder sostenerse, ha de ser para ello bien coordinado y apoyado materialmente. Con este fin algunos de nosotros seguimos con gran interés el Ecumenical Truts Fund y otras actividades que persiguen fines semejantes. No es sólo una discusión de grandes principios sino, al mismo tiempo, una llamada general a la acción. No nos interesa únicamente el discutir las razones del mal, sino el tomar medidas constructivas contra él. Y eso supone la preparación de un plan general de doctrina, de estrategia, de táctica y de organización.

Escríbannos, estén en contacto con nosotros, ayuden de cuantas maneras les sea posible; este trabajo no deja rendimiento alguno sino sólo una dulce pérdida de material. Pero esperamos que siempre justificada por sus resultados, que ro esperamos que sea siempre justificada por sus resultados, que dependen de usted y de sus amigos. No es, decimos, una disertación académica, sino una llamada a la acción.

George Knupfer.

Londres, enero de 1963.

Prólogo para la edición española

En ninguna parte consideraría el autor de esta obra que su aparición puede ser más interesante como lo es en España. Y esto, no porque los españoles no estén suficientemente informados acerca de los diferentes aspectos de la subversión atea y de los innumerables intentos de las fuerzas del mal para dominar al mundo, sino, precisamente, por razones opuestas.

Indudablemente, el propósito de esta edición española de *«La lucha por el Poder mundial»* no es predicar a convertidos, aun cuando el número de los lectores que hoy comprenden a donde desembocan estos problemas sea mayor en España; pero sí pretende este libro divulgar el concepto exacto sobre los acontecimientos y sus causas, a fin de perfeccionar los conceptos de aquellos que ya los poseen, y proporcionar armas para la lucha por la civilización cristiana a los que saben manejarlas, apoyando de esta manera la batalla mundial contra el Mal. Y España es la única nación en la que la subversión, en sus formas más avanzadas, ha sido totalmente vencida. Es más, hasta el día de hoy, el Gobierno español, bajo el Generalísimo Franco, continúa persiguiendo este mismo fin.

No puede caber la menor duda de que el Comunismo va a ser dominado en Rusia, y las fuerzas que van a su lado van a caer dondequiera que se encuentren y tam-

poco puede caber duda de que la victoria del General Franco y de los españoles sobre la subversión anticristiana de hace ya más de un cuarto de siglo ha sido un acontecimiento de la mayor importancia en la Historia, al hacer posible la subsiguiente destrucción de las fuerzas agresivas del Mal en las demás naciones.

Es, pues, de especial complacencia para el autor el ver una edición española de su libro, y espera que los españoles, y otros, que puedan leerlo, espigarán, al menos, en él informaciones útiles y argumentos convincentes. El autor aprecia la ventaja que le prestan la amistad y las relaciones que le ligan con muchos españoles perfectamente capacitados para la lucha común, y se encuentra además en íntimo contacto con *Acción Cristiana Ecuménica,* cuyas actividades suponen una valiosísima contribución a la lucha mundial antisubversiva.

El autor se complace en expresar su profundo agradecimiento a S. A. I. el Gran Duque Wladimiro de Rusia, Cabeza de la Casa Imperial, a cuya amabilidad se debe la traducción española de este libro.

Que esta obra sea el testimonio de sincero agradecimiento a España de un escritor ruso, a esta España que ha sido la primera vencedora de la subversión satánica.

GEORGE KNUPFFER

Londres, 4 de diciembre de 1963.

I

EL TRUCO DE LAS TRES CARTAS

En la actualidad todos nos estamos acercando al punto álgido de la lucha por el poder mundial, que ha venido librándose durante siglos. Este problema nos concierne a todos y cada uno de nosotros. El autor es un ruso, pero lo que sigue no está escrito desde un punto de vista predominantemente ruso, y ni siquiera se ha utilizado la lengua rusa para escribirlo. Es una tentativa de llamar la atención hacia un asunto de inmensa importancia, y que puede ser resuelto, de un modo u otro, durante la existencia de la mayoría de personas que lean estas páginas. Por lo tanto, dichas personas si están de acuerdo con las conclusiones aquí desarrolladas, deben considerar cuidadosa y urgentemente lo que cada una de ellas puede y debe hacer en el caso de tener que evitar ciertas eventualidades. ¿Vamos a ser hombres libres, al servicio de Dios y de nuestro prójimo, o vamos a ser esclavos, privados incluso del derecho de adorar al Todopoderoso cada uno a su manera? Esta es la cuestión, y a ella está vinculada la supervivencia de nuestras naciones y Estados, de nuestras culturas, e incluso las supervivencias raciales. Todo está compromentido, incluyendo, en muchos casos, nuestras propias vidas.

En esta era atómica, las potencialidades del poder mundial son inmensas. Es evidente que los que posean el control de la potencia atómica y las armas nucleares, ya sea nacional o internacionalmente, disfrutarán de un poder casi irresistible. Por consiguiente, las consecuencias morales, sociales,

políticas, económicas y técnicas de la autoridad son hoy en día de tal envergadura que se hace imprescindible conocerlas antes de que sea demasiado tarde. Pero es necesario considerar primero que la mayoría de nosotros carecemos del conocimiento y comprensión de los métodos y la técnica con los cuales dicho poder es obtenido y ejecutado. Trataremos de aclarar aquí alguno de los esenciales básicos, esperando que nuestros lectores se animarán a adentrarse más en esta cuestión. De momento, la elección para todos nosotros dondequiera que estemos se halla entre la esclavitud total y una prosperidad sin precedentes con una libertad verdadera.

Si algunos consideran estas proposiciones demasiado extremas, que mediten en el destino de los países tras el «Telón de Acero»; que contemplen la esclavitud total de cientos de millones de personas y la matanza de veintenas de millones; que recuerden los despiadados intentos de aniquilar todos los credos. Y esto es solamente un primer proceso, una situación preliminar. Los hombres que perpetran todos los crímenes contra Dios y el hombre, inspirados por una inconsciencia diabólica, controlan solamente un tercio de la superficie terráquea del globo y la mitad de su población. ¿Qué debemos esperar si logran el poder sobre toda la tierra? No nos engañemos pensando que cosas tan terribles son demasiado improbables para ser dignas de consideración, o que solamente pueden suceder a países de segunda categoría. No todos los que se califican a sí mismos de primera categoría, o inmunes, están en realidad tan lejos de la catástrofe.

La mayoría de nosotros, en todos los países, hemos dado por sentado, durante casi cuarenta años, que, en general, el mundo está dividido en dos campos: los Rojos y los anti-Rojos. Suponemos que el mundo libre y demócrata está siendo amenazado por el Comunismo, y que lo está combatiendo.

De hecho, tal fue la situación en las primeras fases de le época histórica que empezó con la revolución rusa de 1917, pero ya no existe en la actualidad.

Hay ahora tres campos en el mundo, de primordial importancia histórica y política, que no están (como superficialmente se supone a veces) determinados por fronteras nacionales. Se trata de tres factores que están vinculados a la lucha por el poder mundial.

El destino de toda la humanidad depende de la comprensión correcta de la cuestión y de las medidas pertinentes.

Fundamentalmente, el mundo ha sido el escenario de una lucha a fondo de primordial importancia: la lucha entre los dos mesianismos: el del mundo moral, el mundo más allá de la tumba, el de la vida eterna, y el de este mundo de poder y posesiones materiales. Dicha lucha comenzó hace dos mil años, y sigue siendo aún el tema dominante de los acontecimientos.

No es, por lo tanto, sorprendente, que distintos movimientos y enseñanzas filosóficos y políticos hayan dado expresión a este tema durante siglos. No sorprende, en particular, que aproximadamente cien años atrás naciera la conspiración marxista del Socialismo-Comunismo para dar al traste con todos los estados y gobiernos existentes, las estructuras sociales y económicas, y en especial todos los credos, y establecer así sobre la tierra un único gobierno de ateísmo materialista.

Para los fundadores de esta fase de la conspiración fue evidente desde el principio que Rusia representaba un serio obstáculo para sus planes, como también comprendieron más adelante que, de ser posible su ocupación por los conspiradores, les proporcionaría una base importante para una expansión ulterior a través del globo. Aunque el régimen Imperial estaba profundamente arraigado y era acatado por la masa de la población, existían ciertos puntos débiles que hicieron posible la realización de la primera parte del plan de revolución mundial y Rusia se convirtió, mientras tanto, en la base y la herramienta de los conspiradores.

No obstante, nunca debe olvidarse que los orígenes del Marxismo son ocidentales y no rusos y que las raíces de la

actividad revolucionaria estaban fuera de Rusia. La revolución, fue considerablemente subvencionada durante décadas precedentes, y especialmente, la guerra mundial. La mayor parte del dinero procedió de Nueva York y Berlín. Tal cosa puede parecer extraña al no iniciado, puesto que en el último período de la guerra, Alemania y América eran enemigas. Sin embargo, la verdad es sencilla: en Nueva York, el dinero era facilitado por fuentes como la firma bancaria de Khun, Loeb y Co., cuyos directores incluían a Mr. J. Schiff y Mr. Warburg, emparentados entre sí por matrimonio, mientras que en Berlín el financiamiento de la revolución fue llevado a cabo por el ALTO ESTADO MAYOR Imperial alemán, en colaboración con un banquero alemán que era hermano del Warburg de Nueva York. De este modo se hace palpable que el apoyo monetario de la revolución rusa fue solamente por casualidad un asunto de la política alemana de guerra; lo importante es que esta revolución fue apoyada primera y principalmente por ciertos círculos para los cuales las fronteras nacionales carecían de todo valor y que pensaban y actuaban internacionalmente en todas ocasiones.

Los Comunistas bolcheviques crearon la Tercera Internacional con la misión de dirigir y coordinar sus actividades por todo el mundo. Al principio fue un órgano al cual estaba sujeto incluso el gobierno del Soviet de la URSS, y constituía, de hecho, el potencial Gobierno del Mundo. Y no debe olvidarse nunca que los Soviets no eran enemigos de aquellos círculos, por muy capitalistas que fueran, que les habían apoyado y hecho posible su victoria. Por ejemplo. Mr. Ashberg, representante de los banqueros que hicieron posible la revolución, ayudándola en los períodos más difíciles, se quedó en Moscú, siendo amigo del régimen, hasta fecha muy reciente.

Al principio, los que respaldaban la revolución Rusa, ambas de cuyas fases (febrero y octubre) estuvieron ligadas en la realidad, supusieron que el resto del mundo sucumbiría pronto a los encantos y las amenazas del comunismo.

Pero estas esperanzas pronto se vieron defraudadas. Y aún peor: los propios rusos se resistían a dejarse someter y a ser moldeados en instrumento de dominación mundial, sin cerebro, aterrorizado y controlado. A años de Guerra Civil siguieron contínuos levantamientos en todas las regiones de aquel enorme país. La reciente guerra suscitó acontecimientos que quebrantaron aún más el régimen. El terror, por grande y sostenido que sea, aunque haya costado a Rusia decenas de millones de personas en las cárceles y los campos de concentración por razones políticas, este terror no ha quebrantado a Rusia. Por el contrario, el régimen se ve obligado, lenta pero inflexiblemente, a adaptarse a los deseos y las necesidades de la nación rusa. Para resumir: el régimen soviético ya no es un instrumento efectivo para el logro de la dominación mundial por los mesiánicos materialistas.

Es cierto que los dictadores del Soviet siguen proclamando sus antiguos propósitos y continúan actuando como para obtener el poder mundial. De hecho ya controlan casi medio mundo, mientras el otro medio es débil, indeciso, ciego e inefectivo. En la actualidad está ya casi a punto para ser sacrificado. Pero surge la pregunta: ¿son los Soviets el único factor que aspira al poder mundial?

Los tiranos soviéticos están a lomos del tigre del proverbio; no pueden desmontar. Pero están también comprometidos a fondo en un juego de apuestas muy altas; no se trata solamente de una cuestión de supervivencia personal, que sería improbable si retrocedieran, sino también de la alternativa de una seguridad completa y el más grande poder posible y sus frutos si llevan a cabo hasta el final los antiguos planes de dominación mundial. Sintiéndose cerca del último éxito, ahora se resisten a darse por vencidos. Si han tenido que retroceder en muchos aspectos dentro de Rusia, siempre tienen presente que es precisamente esto lo que les enseñaron: que conviene ser flexible y permitir retiradas circunstanciales.

Sin embargo, para los que en un tiempo les respaldaron,

o mejor dicho, les inspiraron, los Soviets ya no son el instrumento con que hay que conquistar al mundo. Ya no son la espada del Gobierno Mundial. Y la causa no es de ningún modo porque son crueles y poco democráticos. Todo ello se les ha perdonado en el pasado mil veces cada día. De hecho, cuando los Soviets se hallaban completamente a merced de Occidente al final de la última guerra, exhaustos y sin bombas atómicas, mientras Occidente estaba descansado, y poseía las bombas y muchas cosas más, sin hablar de la situación interna en Rusia, completamente madura para una explosión política, mientras millones de rusos violentamente anticomunistas estaban a merced de Occidente, éste no hizo nada para detener o siquiera entorpecer el progreso de la camarilla del Kremlin. El secreto de las bombas fue entregado a los comunistas por muchos intermediarios obsequiosos. Los rusos anticomunistas (una parte de la nación que es y ha sido siempre antisoviética) fueron servidos por millones a los bolcheviques para su matanza, y medio mundo fue mansamente abandonado al declarado enemigo de los pueblos libres. Realmente, la guerra estaba perdida. Se declaró ostensiblemente que se debía salvar al mundo de un dictador que aspiraba a extender su autoridad por todos los confines, y se terminó a manos de un dictador mucho peor y de ambiciones sin límite, universales y firmemente establecidas. Esta paradoja, que sugiere traición y acuerdo entre contricantes secretamente unidos, solo podrá ser comprendida teniendo en cuenta que aquellos que prácticamente dominan a Occidente, es decir, los que financiaron la Revolución rusa, no podían permitir que su obra recayera en las mismas circunstancias con que anteriormente tropezara en Rusia, constituyendo el principal obstáculo a sus planes. Y ello a pesar de que su propia obra ya no era el baluarte moral y político para destruir el antiguo orden del mundo.

El bolchevismo había probado a sus padrinos que no era un instrumento eficiente. Era incapaz de imponerse sobre ciertas resistencias en Rusia y en otras partes, e incluso

provocaba determinadas anti-toxinas. Además, se había convertido en intratable y desobediente. Había que eliminarlo. Pero tal decisión implicaba dos actos políticos: había que disponer, para Rusia y sus satélites, y para el resto del mundo, de una alternativa. Y entre tanto había que dar a los Soviets un apoyo temporal y calificado. Este condicional apoyo se sigue prestando para evitar su eliminación prematura y la aparición de una alternativa mucho «peor». Nada que sea realmente peligroso para los Soviets recibe aplauso o ayuda.

Mientras tanto, la situación alternativa para Rusia, los demás países dominados por el comunismo y el mundo entero está siendo preparada activa y enérgicamente, con el gasto de enormes sumas, en su mayoría de dinero americano. La materia prima la constituyen recientes colaboradoes comunistas. Para Rusia se instituye una organización de determinados grupos unidos entre sí, cuyos verdaderos planes, conocidos solamente por sus jefes y un número relativamente reducido de gente bien informada, son en su mayoría ocultados a los rusos y a otros. La política aparente es de anticomunismo, de libertad democrática, de respeto a las aspiraciones nacionales y de entera libertad para la Iglesia. La verdadera política es de un socialismo modificado, poseyendo un control absoluto de la vida económica y social, un laicismo en las esferas de educación y pensamiento, un internacionalismo completo, con la aceptación de un Gobierno y una Federación mundiales, y finalmente, como parte de la conspiración, la división de Rusia en partes actualmente unidas. Incidentalmente, este plan fallará, puesto que conducirá a la nación a los brazos de los Soviets, como hizo Hitler al atacar a Rusia y no al comunismo.

Se prepara una política similar para el resto del globo. La Organización de las Naciones Unidas será reformada. Mr. John Foster Dulles ha anunciado ya en la ONU que propone la revisión de la Carta. En 1945 se previó que el año del décimo aniversario tendrá esta cuestión en la agenda. Se decidirá dentro de los próximos dos o tres años. A propósito de ello

hay que hacer notar que, por poco informada y sumisa que pueda ser la llamada opinión pública, podría haber rechazado la proposición de que la ONU se convierta en un Parlamento Mundial, con el voto proporcionado a la población, ya que de este modo los comunistas y sus compinches obtendrían una mayoría. Pero cuando una fingida revolución haya tenido lugar tras el «Telón de Acero», y todas las maravillas de libertad, voto y autodeterminación, bien controladas por los antiguos participantes del juego, queden establecidas, la intriga podría triunfar, en especial bajo presión de la fórmula no solamente podría obligar a la gente a dar su asentimiento, sino que su realidad daría poderes dictatoriales a los que tuvieran las riendas en sus manos.

De este modo vemos que si un día el centro, el punto focal de la conspiración para obtener el poder material mundial parecía estar en Moscú, con su jefatura disfrazada simbólicamente de Tercera Internacional, actualmente el centro, el punto focal de la misma lucha por la dominación del globo, respaldada por la misma gente de antes, no está en Moscú sino en Washington y Nueva York, habiendo reemplazado la Organización de las Naciones Unidas a la Tercera Internacional. Si la antigua Liga de las Naciones fue instituída como una unidad de adiestramiento y un ejemplo para acostumbrar a la gente a la idea del internacionalismo y al abandono de la soberanía estatal en favor de un anónimo poder internacional que ni siquiera se ha declarado cristiano, la Organización de las Naciones Unidas tiene una verdadera finalidad: es la última expresión antes de la culminación del plan de proclamar el mesianismo materialista.

Bajo este prisma es fácil comprender porqué estos últimos años un número considerable de comunistas declarados y anónimos se han convertido en prominentes y claramente sinceros anticomunistas. A primera vista puede parecernos que han reformado su opinión. Nada de esto: lógica y consistentemente siguen luchando por los mismos objetivos de antes, pero de una forma nueva y «mejor». No han abando-

nado su designio final, sino únicamente los instrumentos que han resultado ineficaces.

Pero para nosotros, la enorme mayoría de personas normales, decentes y temerosas de Dios de todos los países, incluyendo a aquellas tras el «Telón de Acero», estas conspiraciones son repelentes, cuando comprendemos sus proyectos. Nosotros somos las víctimas propiciatorias... el tercer factor. Nuestra misión está en defendernos. Es posible que nos quede muy poco tiempo. Tenemos que actuar ahora.

Quienquiera que seáis, dondequiera que os halléis, cumplid vuestra misión. No os dejéis engañar por los que os digan que el enemigo está solamente en Moscú. Es cierto que allí está uno de los enemigos, y de tal categoría que con él es imposible llegar a cualquier clase de acuerdo. Pero debemos comprender que si continuamos viendo al enemigo solamente en Moscú, seremos apuñalados por la espalda por el enemigo de Nueva York, que quiere gobernarnos. Pero este enemigo, como el de Rusia, usa América solamente como base. La nación americana es tan poco culpable como la rusa. Ambas son víctimas de una sutil y poderosa fuerza subversiva que no han reconocido a tiempo.

Más que eso. Se desprende lógicamente que los rusos, los americanos, los ingleses, y todos los demás deben unirse para resistir los peligros que a todos acechan. Debe existir una internacional nacionalista y patriótica, una organización internacional cuyo objeto no sea endosarnos un Gobierno Mundial, sino defender la independencia, porque tal es de momento el único medio de defender las verdaderas libertades, los principios y la fe.

No es que la cooperación entre todas las naciones del mundo no sea deseable y posible, pero no constituye el problema inmediato. Ante todo tenemos que sobrevivir como hombres libres, y después ya pensaremos en un futuro de libre colaboración sobre una base permanente. Hoy tenemos que apretar las filas para resistir a los conspiradores. Tenemos que aprovechar la ventaja de que en su campo hay una

brecha seria y profunda. Debemos estar dispuestos a intervenir en defensa de nuestros intereses.

Usamos el término mesiánicos-materialistas para describir lo que en el curso de los siglos se ha convertido en un bien determinado grupo de individuos, con política y métodos claros y conscientemente perseguidos. Con el comienzo de la era cristiana se introdujeron en nuestras vidas ciertos conceptos fundamentales religiosos y filosóficos, y un grupo de activas líneas de acción en todas las esferas de la actividad humana, que son los resultados naturales de la influencia cristiana en los asuntos humanos. Si las enseñanzas del Antiguo Testamento judío, que es parte integrante de nuestra herencia religiosa y cultural, nos predicaron el monoteísmo y muchas cosas de gran valor fundamental, y los profetas de Israel prepararon el camino del Salvador, entonces el tema principal de nuestra fe y cultura actuales en la forma en que hoy día son aceptadas, son las enseñanzas del Mesías, el Hijo de Dios, que vino a salvarnos, a asegurar la vida eterna y a establecer el Reino de Dios.

Pero Satán no se resignó a dejar las cosas así. Inmediatamente empezó a oponerse a las enseñanzas y la labor de la reción establecida Iglesia Cristiana, fundada por el mismo Cristo. El Tentador ha tratado desde entonces de crucificar a cada cristiano, como crucificó a Nuestro Señor, y de atacar y borrar todas las enseñanzas de nuestra Fe. En lugar del verdadero mesianismo espiritual, que se ocupa del Reino espiritual de Dios, el Demonio intenta instaurar el falso mesianismo del reino de esta tierra. Asegura que el primordial designio de la vida humana no debe ser la preparación para la vida eterna, sino sólo una lucha por el poder y las posesiones mundanas. Y en esta tarea tiene el diablo muchos adeptos, activos y a menudo inconscientes, dirigidos por una reducida camarilla de conquistadores del mundo completamente conscientes, cuyo propósito es controlar a toda la humanidad con métodos que perfilaremos más adelante.

La fuerza de los mesiánico-materialistas reside en que se

ocupan de la cuestión más importante y fundamental de las que afectan a la humanidad. Sus motivos y métodos están en consonancia con fuerzas y deseos enraizados en cada uno de nosotros, y están acaudillados por un ángel caído, un jefe de capacidad sobrenatural. No se trata solamente de deseos y cálculos humanos, sino de fuerzas de un orden más poderoso. Unicamente los materialistas más superficiales y estúpidos negarían esto.

Pero la debilidad del enemigo está en que, al final, el mal y la mentira no triunfarán. El bien y la verdad ganarán la lucha que es el motivo dominante de toda la historia. Pero esta lucha sólo se ganará cuando hayamos comprendido las cuestiones que se debaten, y decidido entonces con plena determinación no dejar nada por hacer hasta que el mal haya sido derrotado. Los que se interesen en leer estas páginas quizás encuentren alguna información práctica que pueda serles útil, parte de la cual no se ha facilitado nunca, especialmente de forma que demuestre la relación entre sí de varios factores muy importantes. No se intentará aquí discutir los cimientos espirituales de la lucha. Comprendemos que quienes consideren útiles los hechos expuestos aquí, comprenderán también que son enunciados principalmente para información de cuantos ocepten la tesis fundamental teológica y filosófica como el punto de partida de toda la discusión. Sin este postulado sería difícil sacar conclusiones acertadas de las materias prácticas aquí desarrolladas.

Un aspecto importante del «truco de las tres cartas», que tiene una relación concreta con los presentes acontecimientos mundiales y explica muchos de sus detalles y características, es que debemos tener presente la existencia, por así decirlo, de dos bolchevismos: el «bolchevismo blanco», con su punto focal y base principal en América, y el «bolchevismo rojo», con su centro en Rusia. En este texto suponemos que el bolchevismo es la expresión del estado de ánimo y modo de vivir inducidos por el mesianismo materialista, independientemente de si la forma de gobierno en cualquier

ejemplo es la de una democracia parlamentaria o la de un terror abierto y despiadado. Naturalmente, sabemos y admitimos que la vida en los países sujetos al Bolchevismo Blanco es mucho mejor en todos los aspectos que bajo el gobierno rojo, pero ambos bolchevismos se relacionan en sus primordiales espíritu y propósito.

De hecho, como ya sabemos, fueron los blancos, o mejor dicho, sus dirigentes, los que dieron vida a la variedad roja, y repetimos de nuevo que los americanos, los rusos y todos los demás no son de ningún modo directamente responsables de los sistemas que les oprimen o, por lo menos, les explotan.

Pero los que tienen el propósito de gobernar el mundo no pueden dejarlo dividido, aunque sea nominalmente, en dos campos, el «rojo» y el «blanco», o entre «democracia» y «socialismo»; tienen que unirlo bajo una «Socialdemocracia», como se ha llamado. Para lograrlo, los protagonistas del «bolchevismo blanco» saldrán a escena (ahora que el comunismo rojo se ha hecho tan odioso, actitud conscientemente aconsejada en el momento oportuno), como los Libertadores del mundo. Los «blancos» nos salvarán a todos de los «Rojos», sustituyendo una variación del mismo tema por otra, reteniendo así la iniciativa y asegurándose un apoyo casi universal. De este modo se logrará el final consentimiento del mundo. Ello es seguro a menos que todos nos tomemos la molestia de comprender las cuestiones en juego y emprendamos la línea de conducta que requieren.

II

HACIA LA DISEMINACION DEL PODER

Si hoy día el esfuerzo de lograr la dominación del globo es una posibilidad práctica, este hecho se debe claramente al mejoramiento gradual de la facilidad y velocidad de las comunicaciones, al eficaz ejercicio de la autoridad central y a la interdependencia de varios territorios en la vida económica.

Siglos atrás el mundo era habitado por tribus y naciones con organizaciones estatales, cada una de las cuales no era numerosa en relación con sus equivalentes modernas, ocupando un territorio relativamente pequeño. Pero el mundo histórico antiguo ya conocía ejemplos de muy considerables expansiones de poder político y económico de tal o cual Estado, o por lo menos de poder militar. Alejandro Magno, soberano de la antigua Macedonia, logró, en pocos años, extender sus conquistas sobre una gran parte del mundo, y controlar extensas regiones de la India. Pero su imperio no era estable. Los romanos consiguieron reunir bajo su mando a todo el mundo mediterráneo, y su Imperio duró siglos. En realidad, su influencia aún se hace notar. En Asia, las hordas mongólicas lograron poder efectivo sobre territorios más extensos que cualquier otro pueblo en la historia del mundo. Por cientos de años mucha parte incluso de Europa, contando a Rusia, durante 200 años, estuvo bajo su dominación. Pero los factores que permitieron a la Horda Dorada y a sus secuaces conquistar y retener a sus vasallos, determinaron su

aniquelamiento, y los tártaros volvieron a su condición original de apacibles nómadas.

Pero si los antiguos imperios se levantaron con la conquista de tierras, en siglos más recientes, con el desarrollo de veleros capaces de emprender largos viajes y llevar cargamentos de valor y volumen suficiente, se fundaron los imperios coloniales de allende los mares, protegidos por eficientes armadas. Las rutas marinas resultaron ser en muchos respectos mejores que las continentales. Así se fundaron los imperios de España, Portugal, Holanda y Gran Bretaña. Pero estos imperios resultaron igualmente inestables, y se desintegraron cuando los lejanos súbditos fueron capaces de organizarse solos, a menudo con la ayuda de interesados extraños, y sacudieron el yugo de los antiguos conquistadores.

El Imperio Británico y la Commonwealth son una excepción entre los imperios, instituídos originalmente como consecuencia de la conquista y el colonialismo al otro lado del mar. El extraordinario genio del pueblo británico les ayudó a aplicar su experiencia de los desastres, como la Guerra de Independencia americana, y a ajustar su política a los tiempos y las circunstancias. La idea de Dominios independientes, unidos por la Corona, es una hazaña que ninguno de los demás fue capaz de emular. Dentro de la Commonwealth conviven tierras que habían sido conquistadas, con otras colonizadas, uniendo así innumerables razas y religiones en todas las partes del globo.

El estímulo de unir grandes áreas, sostenido por un cúmulo de consideraciones positivas y útiles en el orden de defensa, bienestar económico e integración política y cultural en los lugares que los necesitan, dio lugar al nacimiento de imperios continentales como los de Austria-Hungría y Turquía. Pero también ellos resultaron inestables debido a su carácter multi-nacional y otras consideraciones. Sin embargo, la desaparición del Imperio de los Hapsburgo, es sentida con auténtica nostalgia por muchos de sus antiguos súbditos de

todas las nacionalidades, y pueden aducirse muchas razones en favor de su reinstauración bajo nuevas formas.

Finalmente, existen los imperios más o menos unitarios: grandes estados, con poblaciones considerables de un carácter casi homogéneo, o por lo menos en camino de serlo. Estos estados son, por orden de tamaño territorial, Rusia, China y los Estados Unidos de América. A pesar de todo cuanto pueda decirse en contra, especialmente en el caso de Rusia, estos grandes estados y naciones no están divididos internamente por barreras raciales o religiosas. Cada uno de ellos creció como resultado de la conquista y la colonización de tierras casi completamente deshabitadas. Cada uno de ellos tuvo que buscar expansión hacia las fronteras físicamente seguras. Más adelante se hablará de la estructura interna de Rusia. Puede decirse de estos países que en un futuro previsible es probable que se mantengan unidos y estables como unidades territoriales, que sus poblaciones aumenten, y que jugarán un papel muy importante en los asuntos mundiales debido a su vasto tamaño, sus numerosos habitantes y su riqueza actual y potencial.

Pero si la conquista y la colonización contribuyeron al levantamiento y caída de los imperios, existen otros factores que ayudan a la unificación de la humanidad. El papel de las grandes culturas y en especial de los grandes credos es inmenso. La cristiandad en sus comienzos solía considerarse como una fuerza de tal poder que podía unificar al mundo entero. Las águilas bicéfalas de las armas Imperiales de Rusia y Austria-Hungría simbolizan de manera preponderante el doble gobierno de una Iglesia y del Emperador, su protector temporal, en las concepciones paralelas de los Imperios Romanos de Oriente y Occidente, cuyos herederos se consideraban a sí mismas Moscú y Viena.

Sin embargo, en esencia la cristiandad no estaba directamente interesada en la conquista política del mundo, sino en la conquista del alma humana. El objetivo no era el bienestar material de la humanidad, sino su salvación espiritual. Se

nos dice claramente que si nos preocupamos con eficacia de la salvación, todo lo demás nos será dado, y estará asegurado nuestro bienestar físico. Pero esto último no es el primero e inmediato objetivo de la fe cristiana: es su producto secundario.

Pero esta concepción de vida, esta interpretación del mesianismo cristiano, es completamente rechazada por los que buscan poder y posesiones materiales, y consideran su mesianismo sólo en términos de gobierno político y económico sobre la humanidad. Los materialistas quieren ser reyes de este mundo y a menudo niegan la existencia del mundo ulterior. No obstante, sabemos que este materialismo a menudo satánico no está de ningún modo privado de eficaz poder de persuasión y eficiente capacidad. De hecho, está haciendo progresos.

En este punto será oportuno considerar las cadacterísticas básica de esta fuerza, de este mesianismo materialista que, por primera vez en la historia del mundo, no solamente ha promovido un plan serio para la conquista del mundo, sino que ha llegado a pocos pasos de su realización. Aunque los sueños de los antiguos conquistadores pueden habarse extendido hasta la idea de gobernar todo el globo, nunca se han aproximado a un método o a la creación de un medio práctico requerido para tal propósito. Sus planes se basaban en las fuerzas militares, y éstas, a su vez, tenían que confiar en un fundamento nacional, y un estado de tamaño más o menos limitado para sus provisiones y el factor hombre. Además, las comunicaciones no podían extenderse demasiado sin aumentar su vulnerabilidad. De este modo, el horizonte que definía su expansión era limitado.

No es así en el caso del mesianismo materialista. Es cierto que han sido precisos siglos para que esta fuerza creciera y se desarrollara, y hasta recientes épocas históricas no se ha logrado el desarrollo técnico que hiciera posible la realización práctica de tales ambiciones. No obstante, ahora nos enfrentamos con el hecho de que la fuerza y la ambición que nos

ocupan pueden, en la práctica, pretender el logro del poder mundial en fecha próxima.

No intentamos aquí una discusión completa de los aspectos filosóficos y políticos de esta lucha. Preferimos dejar para nuestros lectores el desarrollo ulterior de la tesis, y concentrarnos en algunos de los elementos prácticos principales de la situación, sugiriendo las medidas que requieren.

En términos realistas, el mesianismo materialista no significa una abstracción teórica, sino la realidad del poder y sus frutos concretos; una vida cómoda e incluso lujosa, no amenaza por nadie ni por nada, con todo lo que materialmente puede dar este mundo al mando inmediato de cualquiera, incluyendo los servicios de un considerable número de otros individuos. Todo lo demás, como ambiciones sociales y envidias, es enteramente secundario. El propósito es poder, dinero, y lo que ellos puedan proporcionar.

En cambio, el camino hacia el logro de este propósito es largo y complejo. Sobre la marcha deben ser totalmente destruídas todas las establecidas formas de vida, todas las concepciones y costumbres corrientes, todas las instituciones, y en especial, todos los credos. Son los productos de otra forma de pensar. Incluso aquellos órdenes sociales que incluían la institución de la esclavitud, no proporcionaban la esclavitud universal, sino a una minoría muy pequeña, y eran incapaces de imponer tal estado en todo el mundo. Además, incluso los esclavos podían comprar la libertad, y nadie tendría tal derecho bajo la férula de los amos del mundo del futuro.

III

LAS RAICES ECONOMICAS DEL PODER

Para un desarrollo más completo de nuestra tesis será necesario en este punto dar algunos detalles generales sobre la historia y especialmente sobre la operación técnica del presente sistema «capitalista» de economía. Sabemos, sin embargo, que muchos de nuestros lectores no están familiarizados con tales problemas y los consideran un tema árido y tedioso; simpatizamos por completo con tal punto de vista, aunque no lo compartimos; en realidad, nos hemos interesado profundamente por esta cuestión durante los últimos 25 años.

Por lo tanto sugerimos, para no correr el riesgo de que se pasen por alto los próximos capítulos, a los que asignamos cierta importancia, que quienes consideren la economía insoportablemente aburrida dediquen a los próximos ocho capítulos una superficial atención, aunque les pedimos que lean más aténtamente los capítulos IV y X. Luego nuestros lectores quizás deseen leer con más atención desde el capítulo XI hasta el final. Pero nos gustaría persuadir a todos los que puedan resistirlo para que lean también los antecedentes económicos de lo que ha de seguir, puesto que creemos que el cuadro completo constituye un todo orgánico e interdependiente, y puede ser que algunas de las proposiciones expuestas aquí no hayan sido nunca escritas.

En un breve diseño trataremos de demostrar en los próximos capítulos que el moderno «capitalismo», que ha venido desarrollándose durante los tres últimos siglos, no debe

ser confundido con un sistema basado simplemente sobre la propiedad privada de los medios de producción, distribución y cambio. La propiedad privada es conocida desde tiempo inmemorial y no es de ningún modo la característica que distingue al Capitalismo.

El sistema actual, todavía en vigor fuera del Telón de Acero, está basado en la usura, es decir, en el préstamo de dinero a interés, en la propiedad de factores económicos, no solamente de manera directa, por individuos, sino en especial de manera indirecta por un grupo más o menos anónimo de gente que siempre cambia, a través de acciones, y por la trasferencia de los poderes de acuñación monetaria, es decir, la emisión, por parte del Estado soberano a individuos y corporaciones privadas, con quien están en deuda tanto una gran parte del público como incluso el Estado, en parte porque todo el dinero creado de este modo se conviedte en un préstamo a interés. Los banqueros pueden crear dinero, crédito y medios de cambio con nada absolutamente, meramente anotándolo en los libros. Es así como controlan todos los aspectos de la vida económica y política.

Estos procedimientos son a la vez el producto y el apoyo de unas condiciones y unos propósitos morales bien definidos. Conducen inevitablemente a la expanción del materialismo, al establecimiento cada vez más amplio del Socialismo, y al borde de un gobierno mundial materialista y anti-cristiano, con la esclavitud virtual de toda la humanidad, exceptuando a un reducido número de jefes. El capitalismo y el socialismo no son polos opuestos, sino que el uno procede del otro. El materialismo conduce a los dos, y ambos dan las alas al materialismo.

Se comprobará también que si el materialismo conduce inevitablemente a la esclavitud, del mismo modo el cristianismo es la única garantía de la verdadera libertad. La proposición de que dicha libertad puede ser asegurada por la «democracia», sea cual sea su significado, no sobrevive a un atento escrutinio, tomando todos los hechos en conside-

ración. Si Dios es Supremo, el hombre es libre; si el hombre se deifica, se convierte en un esclavo.

Estas cuestiones son de enorme y urgente importancia, ya que el materialismo no ha triunfado solamente tras el Telón de Acero. El Occidente todavía libre está muy lejos del verdadero cristianismo y el futuro del mundo puede muy bien ser determinado por lo que suceda en Rusia, donde por primera vez se instaló en el poder el más pronunciado ateísmo y donde el Estado y la sociedad habían profesado el más profundo cristianismo no hace aún mucho tiempo. Si Rusia sucumbe, el mundo puede darse por perdido, y si Rusia emerge de su roja envoltura renovada y espiritualmente fortalecida, el mundo puede salvarse. Es pues, natural, que también contemos con Rusia.

Es completamente lógico, tanto psicológicamente como en la práctica, que el primer objetivo de los materialistas fuese la adquisición de dinero, por comercio y especialmente por usura, es decir, por todas las variadas formas de préstamo a interés. En relación con este tema sería oportuno observar que el dinero es la prueba más fundamental del carácter, independientemente de si la persona sometida a la prueba es o no un materialista consciente. Se dice a veces que el alcohol quita la careta a los hombres y les presenta como en realidad son. En general, esto no es cierto. Un hombre que ha bebido demasiado está envenenado y no es dueño de sí mismo; además, las reacciones psicológicas y físicas del alcohol en varios individuos son muy diferentes y no son comparables a sus reacciones por otros factores.

Pero el dinero descubre considerablemente a la mayoría de los hombres, aunque no en todos los respectos. El grado de corruptibilidad de cada persona, o los raros casos de auténtica incorruptibilidad, el modo de reaccionar de un hombre ante la posibilidad de hacer dinero, o ante una oportunidad perdida, el pedir o que nos pidan un préstamo, etc., revelan mucho sobre casi todos los hombrese y mujeres si son cuidadosamente observados. Incluso aparte del hecho evidente de

que necesitamos dinero para nuestra vida diaria, hay que admitir que es una fuerza muy considerable, un factor de inmensa importancia en la vida de los individuos, de la sociedad y del estado. Se desprende de ello que quienes controlan el dinero controlan una de las principales palancas del poder. Todo esto es bien conocido, pero menos conocido es el proceso por el cual, en el mundo moderno, este poder ha sido colocado bajo el control absoluto de un reducido grupo de personas. Como parte integrante de esta obtención de poder se ha desarrollado también el proceso de obtener un control político casi completo de los asuntos mundiales. Y estos poderes son fundamentalmente internacionales e internacionalistas.

El mundo medieval estaba organizado de acuerdo con una concepción cristiana de la vida. Los artesanos y comercitantes no competían entre sí para hacer dinero, sino que eran unos adiestrados y reconocidos expertos realizando un servicio para la comunidad a un sueldo razonable, como sería de esperar de un médico o un sacerdote. En general, la competencia estaba prohibida, y, por ejemplo, los sastres de cualquier ciudad, después de completar con éxito su aprendizaje y haber sido aceptados en su gremio, se instalaban en un distrito donde ejercían su oficio sin miedo a las competiciones. En tales circunstancias, cualquier forma de publicidad, incluso un escaparate, estaba absolutamente prohibida como un intento de privar a otros de su oficio y por debájo de la dignidad de cualquier hombre competente.

Todas las empresas pertenecían directamente a individuos o sociedades, y los dueños eran responsables de la calidad de sus géneros, de sus servicios, y de los pagos puntuales.

El dinero, como había sido desde los primeros tiempos históricos, solamente lo emitía el Estado, libre de deuda. Esta función del gobierno era llevada a cabo de un modo calculado para servir los mejores interesese del estado, pero no estaba en manos de grupos privados, ni se ejercía en su favor.

Con el tiempo la gente empezó a usar ciertos documentos

en relación con el comercio. La letra de cambio y otras formas de promesa de pago se hicieron de uso cotidiano. Eran de gran utilidad. Pronto sucedió que los documentos de pago de un comerciante, artesano o hacendado de buena reputación eran instrumentos transferibles. Un hombre podía pagar a otro, no al contado, sino dándole una carta, dirigida a un deudor cuyo plazo de pago había expirado, pidiéndole que pagara su deuda al portador de la nota. Con el tiempo este sistema se desarrolló en varias direcciones.

En tal época el dinero consistía en un acuñamiento que tenía el valor del metal, y que constituía el único medio de cambio. Pero el oro y la plata tenían que ser bien protegidos por quien los poseía en grandes cantidades. Los hombres más acomodados guardaban el dinero en enormes cofres, con numerosas y pesadas cerraduras, que ocultaban en los sótanos de sus casas. Pero pronto se impuso la costumbre de que los mercaderes y otros pidieran a los orfebres locales, que tenían las habitaciones mejor guardadas y tomaban las más efectivas precauciones para la protección de sus objetos de valor, que les guardaran el dinero, ya fueran en monedas o en lingotes, tanto más cuanto dichos orfebres eran considerados completamente honrados. De tal modo sucedió que los hombres acaudalados de todas las ciudades solo guardaban en sus casas los recibos de los orfebres, cuyo robo no hubiera beneficiado a ningún ladrón, ya que no hubiera podido exigir el dinero del dueño por ellos, siendo un desconocido para los que lo guardaban. Hasta aquí, todo fue bien.

El orfebre se dio pronto cuenta de que siempre tenía a su cargo considerables cantidades de monedas y lingotes, puesto que nunca se daba el caso de que todos sus clientes pidieran todo su dinero simultáneamente. Al mismo tiempo, los recibos eran por sí mismos una especie de dinero. Era facilísimo liquidar una deuda para la conveniencia general, entregando, en vez de monedas de oro o plata, un recibo conocido por todos cuyo documento podía ser cambiado en cualquier momento por dinero efectivo. Igualmente, a menudo

resultaba más cómodo, si la cantidad en cuestión era considerable, llevar encima papel que dinero.

También era natural que los hombres usaran lo que era en realidad el primitivo cheque, dando a los acreedores cartas dirigidas al orfebre, con la petición de que pagara al portador la suma requerida con el dinero que guardaba a su cliente.

Todo esto no constituía ninguna innovación radical desde el uso del dinero emitido por el estado. El papel emitido privadamente se admitía como tal, y empezó a aparecer como un medio de cambio, pero estas operaciones seguían vinculadas al acuñamiento existente y su volumen total era muy pequeño en comparación con las cantidades que se pagaban en efectivo.

La verdadera línea divisoria entre la antigua economía y la nueva, la concepción y crecimiento embrionario del capitalismo, se determinó por el consiguiente acontecimiento: los orfebres, comprendiendo que el dinero que guardaban «no circulaba», decidieron librar sus propios recibos como si fueran dinero y, además, no usarlos meramente para la compra de cosas esenciales, sino prestarlos a interés. En épocas anteriores la actitud cristiana hacia el préstamo de dinero había impedido tales cosas, pero con el tiempo, la influencia de los mesianistas materialistas había ido minando poco a poco esta repudiación de la usura. Hay que observar que tanto moral como técnicamente, el orfebre estaba cometiendo u na acción fraudulenta. Estaba creando una forma efectiva de papel moneda, de valor igual al de la moneda acuñada, que podía cambiarse por esta; pero lo estaba haciendo sin basarse en su propio caudal de metales preciosos, que eran solo una pequeña parte de los objetos de valor de sus arcas; al emitir su papel se basaba en la garantía del dinero acuñado que pertenecía a sus clientes, los cuales se lo habían entregado con el único fin de tenerlo seguro.

Pero esto es solo la mitad de la historia. Si el orfebre se hubiera limitado a emitir papel moneda por un valor equivalente al efectivo que tenía en su poder, hubiera sido cul-

pable de hacer mal uso del dinero confiado a su cuidado. Pero fue todavía más lejos y emitió sus certificados hasta una cantidad nominal que excedía la cantidad existente, convencido, sobre una base de larga experiencia, que no le presentarían todo aquel papel a un mismo tiempo. En consecuencia, su reputaciión de pagar puntualmente no sufriría menoscabo alguno.

No obstante, mientras el orfebre prestaba su falso dinero a interés, adquiría por ello verdadera riqueza, por la cual no desembolsaba más que el gasto de papel y tinta. Empezó a poseer tierras, casas y otras cosas de valor, y pudo aumentar su caudal de dinero en efectivo, lo que le permitió extender aún más su dinero a crédito. Podía igualmente obtener préstamos de oro y plata a interés y prestar a su vez mayores cantidades de papel moneda con grandes ganancias.

Se comprenderá fácilmente que este descubrimiento estaba llamado a adquirir resonancia mundial e histórica. Los orfebres, convertidos en banqueros, habían descubierto la fórmula de adquirir riquezas con una facilidad y a un ritmo que nadie podía igualar. La única condición para su éxito total era el secreto, unido a la completa aquiescencia del Estado, de modo que la nueva técnica estuviera legalizada y protegida, y su monopolio mantenido.

Para asegurarse el desarrollo completo y sin obstáculos del nuevo sistema económico no resultó suficiente a la larga el único control de la emisión de moneda y créditos. Está en la naturaleza de la usura la necesidad de un mercado cada vez más extenso. Tal parásito no puede vivir indefinidamente de una sola víctima. Tiene que atraer continuamente nuevas víctimas dentro de su red. Por otro lado, los antiguos órdenes políticos y sociales no convenían a los planes de los banqueros.

Antes de continuar nuestro principal argumento en relación con los cimientos, palancas y consecuencias del poder económico moderno, que es también el factor que controla el poder político, sería oportuno considerar algunos de los

esenciales del marxismo, ya que dicha teoría ha ejercido una gran afluencia sobre el pensamiento y los actos del momento presente.

Por negativa que pueda ser nuestra actitud hacia el marxismo, no podemos negar que contiene algunos elementos de verdad; sin ello no hubiera podido influenciar a nadie. Pero contiene muchísimos errores, excesivas simplificaciones y omisiones. Es imposible en estas líneas un completo análisis crítico del marxismo y el comunismo, y nos limitaremos a algunas observaciones sobre los aspectos más importantes del núcleo teórico del socialismo moderno.

Las sugerencias de Marx en las esferas del análisis de gastos y precios son erróneas, porque lo que gana el ejecutivo de una empresa, como señalamos más abajo, no es un aumento elusivo y misterioso, sino simplemente un sueldo variable, a diferencia del sueldo fijo de sus empleados. Es cierto, naturalmente, que un aumento de población y un mejoramiento en los métodos de producción acarrearán ganancias adicionales, pero ello no presupone que tal mejoría económica pase solamente a manos de los «capitalistas»: Sabemos que el nivel material de existencia de todas las clases se ha ido elevando regularmente durante décadas e incluso generaciones, en los países más desarrollados.

Más abajo nos ocupamos también de la concepción básica de la fórmula que se halla en la raíz del materialismo dialéctico: que las circunstancias determinan la perspectiva. Así puede deducirse que la religión es solo un producto secundario de las condiciones materiales, y que es apoyada por los «capitalistas» con el fin de mantener a raya a los trabajadores a pesar de sus necesidades económicas. Marx pasó por alto el hecho de que, mientras la fórmula antes mencionada es en parte cierta, es igualmente cierto que la perspectiva puede determinar las circunstancias, y que la fe religiosa puede dar finalidad y forma a todas las manifestaciones de la vida práctica, así como a la vida contemplativa y filosófica de la mente y del espíritu.

Pero la enseñanza histórica marxista es más interesante por estar más cerca de la verdad y proporcionar, en consecuencia, una explicación indudablemente exacta de algunos fenómenos históricos y sociales. Marx y sus secuaces ignoraron casi por completo los factores que nosotros consideraremos atentamente: la cuestión monetaria, la usura, el control financiero a través de las compañías de accionistas y muchas cosas más. Todo ello es inmensamente importante, y como el marxismo lo pasa por alto, el cuadro no es ni del todo verídico ni del todo completo. Sin embargo, no es razonable ignorar totalmente la teoría histórica del socialismo.

Marx fue inspirado considerablemente por Hegel. Su clave para la comprensión de los procesos históricos y sociales se hallaba en las proposiciones de que «todo fenómeno social debe ser observado dentro del marco de su conexión y desarrollo históricos» y «toda forma de organización humana empezó a existir con la semilla de la propia destrucción en su interior».

Aceptando esta proposición, Lenin supuso, y correctamente, que no era posible el éxito de ninguna revolución sin la desintegración de la clase dirigente. Esto puede demostrarse fácilmente repasando la historia de muchos países, tales como Inglaterra, desde la época medieval. Pero, naturalmente, además de la decadencia de la clase dirigente, también era necesaria una jefatura enérgica e inteligente sobre los elementos que la reemplazaban en el poder, intentando, para tal fin, realizar cambios sociales y políticos. Ha sucedido a menudo, en Inglaterra, Francia, Rusia y en otras partes, que el primer acto de una revolución sea parcialmente dirigido por miembros de la clase que abdica.

En vista de la persistente y ruidosa agitación en favor de las conversaciones de «alto nivel» con los comunistas del Soviet, de la «contención», «coexistencia», etc., se hace necesario considerar las características básicas de la táctica y la extrategia marxistas-leninistas, que siguen siendo incansablemente practicadas por los Soviets, a la vez porque les van

aproximando al éxito final y porque los tiranos soviéticos tienen tales torrentes de sangre y sufrimiento sobre sus conciencias que les resulta imposible detenerse o retroceder. El Occidente, cuya jefatura es egoísta, ciega e irresponsable hasta la inanidad, parece no tener ni la menor idea de estos métodos comunistas, a pesar del hecho de que han sido practicados durante cuarenta años y abiertamente proclamados por Marx y Lenin muchos años antes de la revolución rusa.

Ya en 1905 escribió Lenin «Las Dos Tácticas de la Social-Democracia», abiertamente publicado en Rusia en 1908. En esta obra sugería que sería conveniente que los marxistas se aliaran con la burguesía liberal contra el Zarismo, proclamando a aquella el enemigo número 2. Eliminado el Zarismo, los bolcheviques tenían que trabajar junto a los mencheviques y social-revolucionarios contra la burguesía liberal, llamando a aquellos el enemigo número 2. Los bolcheviques debían unirse a los pequeños granjeros contra los grandes hacendados, y luego con los campesinos que no poseían tierras contra los granjeros, los kulaks. Dijo: «Aliaros con uno de vuestros enemigos contra otro, y destruídlos uno por uno». No es difícil ver que es precisamente esta técnica la que usan los Soviets en sus relaciones internacionales. Através de este prisma debemos ver la alianza roja con Occidente en la segunda guerra mundial, y su actual coqueteo con los árabes.

Pero así como puede ser convenientemente demostrado que la sucesión de clases llevó a nuevos dirigentes a la cima, capaces de gobernar con efectividad, el proceso hizo un alto con el triunfo nominal del proletariado en Rusia. Naturalmente, ninguno de los jefes del bolchevismo era proletario, y muy pocos de ellos rusos, pero una vez en el poder, en nombre de las masas trabajadoras, es verdad que al principio intentaron pasar el control económico a los obreros, instituyendo, por elección, comités que dirigieran las fábricas, transportes, etcétera. El plan fue un completo fracaso, ya que aquella gente era incapaz de difigir nada, y Lenín lo admitió abierta-

mente. El último e inevitable resultado fue la formación de un burocrático régimen de terror, dirigido por el Partido comunista. Algunos lo llaman Capitalismo del Estado. Pero la estrategia política de este régimen es todavía esencialmente marxista.

Claramente, sin embargo, el régimen soviético contenía desde el primer día la semilla de su propia destrucción, y en grado mayor que cualquier otro. Los argumentos del marxismo pueden usarse para probar que el marxismo, en la práctica, es un fracaso total y seguro. En vez de la liberación del proletariado y la adquisición de poder a través de él, los trabajadores de las naciones dominadas por los comunistas se han convertido en verdaderos esclavos, e incluso los jefes tienen que inspirarse mutuo terror para seguir manteniendo el sistema. Por consiguiente, el colapso del comunismo está asegurado a través de la desintegración de la clase dirigente, pero ello no implica que sea seguro esperar pasivamente tal acontecimiento, puesto que podría anticiparse a la catástrofe un éxito global marxista. La situación requiere un activo contraataque político y en primer lugar la comprensión del comunismo en acción. La decadencia de la jefatura del mundo todavía libre debe ser salvada por la introducción de nuevos elementos.

Para concluir debemos hacer notar que tanto en Rusia como en otras partes los marxistas han demostrado no poca habilidad recurriendo a los sentimientos nacionales y religiosos. También aquí se practica la táctica de alianza con un factor contra otro. Pero no olvidemos que por encima de todas las clases, mostrando durante más de tres siglos una estabilidad y una constancia de propósito considerables, está el poder de los financieros, que no constituyen una clase y no están sujetos a las mismas leyes. Ignorándolos, el marxismo ha pasado por alto, deliberadamente, un factor muy principal en la historia de nuestra era.

IV

LAS CONSECUENCIAS POLITICAS DEL PODER ECONOMICO

Las Iglesias, la Corona, la aristocracia terrateniente, el ejército y la administración civil se contaban a menudo entre los factores que facilitaban la estabilidad y el mantenimiento del orden social, siendo éste último en muchos aspectos un producto del cristianismo, a la vez que concedía un amplio margen a la debilidad humana. Pero no eran solamente las clases y las instituciones lo que obstaculizaba el «progreso», sino también las leyes, las costumbres y la práctica establecida de los tribunales. En realidad no había nada, ni en la esfera de la fe ni en el pensamiento, ni en la esfera de las instituciones recibidas, que no fuera un estorbo para los planes definitivos de los banqueros, prestamistas y mesiánicos materialistas. Incluso la misma existencia de estados separados e independientes, con sus fronteras, sus aduanas y tarifas, sus diferentes sistemas legales y su deseo de mantener su propio plan de vida, era intolerable para quienes habían descubierto la clave del poder mundial y querían hacer uso completo de sus oportunidades.

Pero, lógicamente, no era oportuno que las futuras víctimas de tan inmensa conspiración tuvieran idea justa de lo que se tramaba. Sin embargo había que movilizar su cooperación. La fórmula necesaria no tardó en presentarse: si los planes de los banqueros eran progresivos, entonces, a la inversa, las acciones y la existencia de todo lo que representa-

ba al antiguo orden eran regresivas; si los hombres que querían ser los nuevos amos no tenían libertad para proceder sin obstáculos, entonces los antiguos regímenes eran los enemigos de la libertad. Si la fe cristiana enseñaba a los hombres a obedecer leyes morales incompatibles con los deseos de los usureros, entonces toda creencia en Dios debía ser eliminada y prohibida. Había que proclamar el objetivo del enriquecimiento material como la única idea digna. Cuando las reformas se hacían necesarias, se tergiversaban.

No obstante, hay que decir enseguida que los planes de de los financieros no carecían en absoluto de realidad práctica. Como ya hemos visto, los designios de los orfebres, que llegaron a ser los primeros órganos privados que emitieron moneda, eran extremadamente lucrativos. Es precisamente el hecho de que sean extremadamente lucrativos lo que aumenta tanto la efectividad de tales planes.

Pronto el descubrimiento de América y otras tierras lejanas, y más tarde, la revolución industrial en Inglaterra, aportaron nuevas oportunidades. Se hizo posible una inmensa expansión de riqueza en todas las naciones, y las nuevas técnicas financieras no solamente se adaptaron con facilidad a la nueva situación, sino que en algunos aspectos, proporcionaron abundante crédito, siendo así un factor muy útil. Al irse desarrollando, junto con la industria, el capitalismo trabajó con efectividad, ya que no a la perfección. Y así continúa, pues es de crecimiento orgánico, aunque animado por motivos que describiremos en parte.

Las intrigas de los banqueros siempre tuvieron que realizarse de modo que a la vez que sacaban partido de las oportunidades y cambios políticos, provocaran también las adaptaciones e incluso sucesos violentos que cimentaban el camino hacia la próxima fase. Un temprano ejemplo muy típico nos lo proporciona la historia de Inglaterra durante el siglo XVII. Se dio toda clase de apoyo al creciente liberalismo de la época y a todo cuanto tendiera a debilitar y eliminar la influencia de la Monarquía cristiana. Eventualmente, el Rey

Carlos el Mártir fue depuesto por la violencia y asesinado tras el simulacro de un juicio, y el gobierno de Cromwell, que fue progresivo según la expresión de épocas más recientes, fue también un período de oportunidad para los banqueros. Cromwell había tenido estrecho contacto con los representantes de éstos en los Países Bajos, y había recibido su apoyo. A ellos abrió las puertas de Inglaterra.

Pero aún no era posible la total eliminación de todo cuanto personifica Carlos I. Cambió el estado de ánimo del país, volviendo en parte a los antiguos usos. Al Rey asesinado le sucedió su hijo, que regresó triunfalmente del exilio. Pero Carlos II no eliminó lo esencial de la «obra progresiva» de los advenedizos banqueros. Pese a ello, la lucha, en general anónima, entre el orden viejo y el nuevo, en esta particular cuestión, siguió su curso, aunque los banqueros tuvieran que retirarse temporalmente. El reinado del Rey Jaime II fue el último intento de detener la corriente, pero el enemigo era demasiado fuerte y el viejo orden demasiado ignorante de las verdaderas cuestiones en juego. El Rey se fue al destierro, siendo reemplazado por una comisión de banqueros, respaldados por sus socios, y en su mayoría pertenecientes a la clase que se beneficiara materialmente de la Reforma bajo Enrique VIII. Los usureros ya tenían en sus manos las riendas de Inglaterra y de Escocia.

Fue por lo tanto muy natural que el Banco de Inglaterra se estableciera poco después de la forzada marcha del Rey Jaime II. En términos de la erga que poco a poco iba a convertirse en tan extendida y habitual, y que fue inventada para ocultar a los ojos del no iniciado la verdadera naturaleza de los sucesos políticos, sociales y económicos, la caída del Rey fue descrita como una "gloriosa revolución".

Aunque durante el período del Renacimiento se habían abierto bastantes bancos en Italia y otros lugares, eran instituciones que no se dedicaron, al principio, a la emisión de moneda de ningún tipo. Prestaban lo que tenían, o, a veces, lo que tenían era dinero prestado. Pero el Banco de Inglate-

rra, instituído en los últimos años del siglo XVII, fue la primera institución privada con poder legal para emitir moneda autorizada por el Estado, y convirtiéndose además el gobierno en su deudor. De este modo el Estado no solamente renunció al monopolio de emisión monetaria, sino que también se avino a pedir prestado a los banqueros el dinero emitido privadamente, aunque al principio recibiera dinero auténtico; una vez aceptado el soborno, la nación quedó para siempre sometida a un tremendo engaño, cuyo pleno significado será descrito más abajo.

El siglo XVII vio el comienzo de la Revolución Industrial en Gran Bretaña y el auge de la casa de Rothschild en Alemania, que más tarde tendría ramas en muchos de los principales centros europeos. El desarrollo de la industria y el crecimiento del comercio requerían una gran expansión financiera y los banqueros aprovecharon la ocasión al máximo. Pero al mismo tiempo no estaban preparados para dejar que el comercio y la industria prosperasen sin valerse de la ocasión de extender su poder político. Tal designio no fue dictado meramente por la ambición excesiva, sino también por la conciencia de que eventualmente el poder del usurero se debilita a menos que obtenga el control del Estado. Tal cosa conduce, como veremos más adelante, al desarrollo del socialismo. Pero para éste aún no había llegado el momento.

El primer paso para la subversión del gobierno se realizó con la ayuda franca o secreta de sociedades «progresivas» y revolucionarias. En esta conexión no hay que pasar por alto el importante papel de ciertas formas de francmasonería. Se formularon e impusieron las ideas más atrevidas y extremistas, y gradualmente fueron alcanzados los objetivos que proclamaban. Casi exactamente cien años después de la «gloriosa revolución» de Inglaterra, las mismas fuerzas lograron organizar otra «revolución gloriosa», esta vez en Francia. Exteriormente, el objetivo eran los slogans de libertad, igualdad y fraternidad, estos factores que casi nunca llegan a reconciliarse del todo. En la práctica, formas subversivas de

francmasonería condujeron a la clase media al poder. Esta vez, el ataque contra la fe fue más abierto e intenso. Y de nuevo el resultado fue que los usureros volvieron a coger las riendas.

Sería inútil negar que tales revoluciones favorecen y liberan muchos impulsos e ideas, convirtiéndose en un complejo proceso. Sería fácil hallar muchos otros factores en este período de historia francesa. Pero los esenciales básicos son los que hemos indicado. La esencia es que la cultura y modo de vivir cristianos han sido en general reemplazados por el gobierno y los métodos de los mesiánicos materialistas. Por ejemplo, su lucha contra la Iglesia en Francia, es todavía un elemento primordial en la vida política e intelectual francesa. Pasaron las conquistas de Napoleón y muchas cosas más, pero el gobierno de los banqueros, y de su filosofía, permanece.

En realidad, las guerras revolucionarias y en especial las campañas de Napoleón, que mantuvieron en guerra a todo el continente europeo durante muchos años, proporcionaron a los banqueros, capitaneados por los inteligentes Rothschild, su mayor oportunidad. La familia Rothschild estaba representada en las principales capitales de Occidente y de este modo podía hacer préstamos a todos los bandos simultáneamente. Además, un servicio de información extremadamente bien organizado permitía a los Rothschild jugar con éxito en la Bolsa, poseyendo de antemano la información exacta. Se colocaron los cimientos de una masiva Deuda Nacional. Por ejemplo, las sumas que estos banqueros prestaron durante las guerras napoleónicas aún no han sido pagadas y constituyen todavía una parte de la deuda pública de la Gran Bretaña, disfrutando de una renta de intereses que se prolongará, teóricamente, para siempre.

Antes de entrar en una discusión técnica más detallada sobre el funcionamiento del capitalismo de usura, puede ser conveniente dar una ojeada a la historia de otro aspecto de dicho sistema. Si la base principal es el sistema bancario y la

emisión del medio de cambio como una deuda a interés, tanto a individuos privados como al Estado, una adición muy importante al plan la constituye la institución de compañías comerciales e industriales bajo el control, no de individuos o de sociedades, sino de jugadores de Bolsa y accionistas.

En la Edad Media fue un principio bien establecido que un negocio fuera propiedad de personas identificables, con plena responsabilidad, e imposibilitadas de vender su parte en el negocio, cediendo a otros su lugar en la sociedad, a menos que tuvieran la conformidad del resto de los socios. Cuando más tarde hicieron su aparición distintas compañías de crédito y por acciones, dicha regla siguió en vigor. Pero poco a poco fue ganando terreno la idea de que una parte en un negocio, o el derecho a un tipo de interés sobre una suma nominal, o el derecho a una participación en las ganancias de la empresa, eran una propiedad vendible, para ser transferida a voluntad del propietario. Fue esta idea, una vez establecida, la que cimentó las Bolsas, cuyo papel adquirió mayor importancia que las antiguas Lonjas, donde el negocio se efectuaba en mercancías o letras de cambio que eran resultado directo del comercio. Y así entró en acción un elemento de especulación, de anonimidad, de inestabilidad y de irresponsabilidad. Y sobre todo, los financieros lograron el control de todos los negocios. Este proceso fue completado hace cien años por la legislación de la compañía limitada de obligaciones. Sobre esta cuestión en particular añadiremos algo más adelante.

A estas alturas será mejor examinar con mayor detalle el estado actual de la técnica del capitalismo financiero, bajo los dos aspectos principales de la banca y el crédito, y de la organización y funcionamiento de las compañías.

V

LA NATURALEZA DEL CAPITALISMO Y DE LA BANCA

Está generalizada la idea errónea en relación con la verdadera naturaleza del capitalismo, que ha causado principalmente la aceptación sin crítica de la terminología Marxista-Socialista, la cual no es sólo básicamente falsa, sino que está calculada para la tergiversación. La característica esencial del capitalismo no está en que permita la propiedad privada de los medios de produción, distribución y cambio, ya sean tierra, edificios, maquinaria o crédito y capacidad personal. La propiedad privada de todos estos factores ha sido desde el principio de la humanidad parte de la ley natural. Incluso los bárbaros más primitivos que poseían un hacha de piedra, un arco y unas flechas, o el arado y otros instrumentos rudimentarios, o canoas de una sola pieza, caballos y otros animales domésticos, no eran capitalistas. Tampoco eran capitalistas los hombres de la época feudal, aunque fueran grandes señores. Ni siquera el avaro que había acumulado una provisión de oro era un capitalista. Eran, y en circunstancias similares siguen siéndolo, simples propietarios.

La característica que distingue al capitalismo es que trata con los medios de cambio, y que es un sistema en el cual la usura –el préstamo de dinero a interés– juega un papel importante; ésta es la esencia del capitalismo, además de la emisión privada de moneda. El capital no es tierra, o dinero como tales, o una fábrica, si las consideramos bajo la denominación del capitalismo. Bajo dicha denominación el capital

no es un haber, sino un deber; no es propiedad, sino una deuda gravada por pagos de interés. El capital de una compañía no es lo que posee, sino lo que debe. El capitalismo es el sistema creado por los prestamistas, por los parásitos. No es el sistema de los propietarios constructivos, de los verdaderos creadores de riqueza por el trabajo y la inventiva. Es el sistema de los que «usan dinero inactivo para que trabaje por ellos», como se dice en la típica jerga capitalista. Se desprende de ello que la mayoría de los ataques socialistas van completamente desencaminados; como veremos, esto es parte de un plan general. Es cierto que mucha gente también considera los valores reales como capital (que es la descripción apropiada), pero con objeto de evitar la confusión acostumbrada tenemos que comprender claramente que existen dos clases de capital enteramente distintas.

Como ya hemos observado, los banqueros primitivos eran gentes como los orfebres, desarrollando ciertas operaciones cuando se habían convertido en depositarios de oro y metales preciosos. Asumieron la función de emitir moneda, usurpándola al Estado, y se dedicaron también a la usura en gran escala, aunque el préstamo de dinero estaba prohibido por el cristianismo y el islamismo, especialmente si los préstamos eran para fines improductivos.

La mayoría de personas, incluso aquéllas con gran experiencia en los negocios, suponen que cuando van a un banco a pedir un préstamo o un crédito, les piden una garantía absoluta porque el banco arriesga, o bien una parte de su propio capital y ahorro acumulado, o bien el dinero en él invertido a título de préstamo. Se supone que una vez concedido el préstamo, el dinero es transferido de alguna cuenta existente a la cuenta del beneficiario, quien naturalmente se ve obligado a pagar un interés por el sacrificio hecho por el prestamista. Sin embargo, tal no es el caso en absoluto. El banco, cuando concede un crédito, crea el dinero de la nada. Y dichos créditos se llaman «depósitos» en la hoja de balance del banco, aunque son dinero creado.

Como cuestión histórica puede observarse que hasta la mitad del siglo pasado los bancos se ocupaban primordialmente de la emisión de sus propios billetes bancarios, es decir, dinero en billetes. Pero cuando la legislación británica limitó tales operaciones, los bancos empezaron a dirigir su atención, en la esfera de la emisión monetaria, con preferencia hacia el uso de dinero en cheques, que servía sus fines incluso mejor que los billetes, cuya emisión suele estar ahora sólo en manos del banco central.

Si la política general de los banqueros es extender el crédito, una vez comprobado que el cliente es digno de confianza y es ofrecida una garantía ya sea en forma de acciones, obligaciones o préstamos del Gobierno o documentos de propiedad sobre tierras o edificios, o cualquier otro valor fácilmente realizable, el banco se limita a registrarlo en sus libros, acreditando al cliente esa cantidad estipulada. Este puede entonces retirar dinero de dicha suma, y se sabe sobre una base de larga experiencia que el negociante medio hace el 90 por ciento de todos sus gastos con cheques, y paga solamente el 10 por ciento de lo que gasta, en el negocio o privadamente, en efectivo, constituyendo este último alrededor del 1 y medio por ciento de la totalidad de los mdios de cambio.

De este modo, habiendo creado dinero de la nada, y poniéndolo en circulación con el gravamen de un interés, que es una verdadera carga sobre la vida productiva de la comunidad, el banquero ha aumentado la cantidad total de dinero en circulación. Y a la inversa, si el cliente paga la deuda, la cantidad de dinero del país sufrirá la reducción de dicha suma. El banco no corre el riesgo de perderla, ya que siempre tiene una garantía completa.

Pues bien, este hecho es absolutamente fundamental y es la llave maestra para la comprensión del sistema económico moderno que solemos llamar capitalismo. No tiene aplicación bajo el comunismo, aunque pronto veremos que este último sistema es un desarrollo orgánico, derivado del capita-

lismo. Este hecho básico del capitalismo significa que quienes controlan los bancos del mundo –y todos están relacionados entre sí desde hace mucho tiempo, incluso en condiciones de guerra– controlan toda la riqueza y, por ende, la mayoría de las actividades mundiales: Los medios y posibilidades de los financieros están limitados únicamente por la productividad y la credulidad humanas.

Técnica y teóricamente, el único factor que limita la emisión de moneda por los bancos es el hecho de que en los países muy desarrollados alrededor del diez por ciento de todos los pagos se hace en efectivo, –billetes o moneda–, y los bancos deben tener suficiente reserva para satisfacer todas las demandas. En consecuencia, un banco puede admitir descuentos (cheques en la práctica) que no excedan de once veces su cantidad total en efectivo. Ello significa, para dejar la posición claramente expuesta, que del 80 al 90 por ciento de todos los medios de cambio en cualquier país moderno, ha sido emitido como un préstamo a interés por bancos privados sobre una base de escaso capital en efectivo contra absoluta garantía y ningún riesgo. Los cheques son dinero, y todos son el resultado de operaciones de usura de los bancos, gravando así el dinero con pagos de interés en vez de ser emitido libre de carga por el Estado.

Es evidente que solamente esto ya proporcionaría a los financieros inmensas ganancias. No sólo disfrutarían del provecho de la emisión, que es grande puesto que todo el dinero que de hecho acuñan, como cualquier falsificador de billetes, sólo que con mucha más facilidad y protegidos por la legislación que tan poderosamente influencian, es un negocio redondo, sino que también recibirían intereses sobre todo billetes y moneda. Pero esto es sólo un lado de la cuestión. Ya que los bancos controlan el volúmen del dinero en circulación, siendo ellos quién determina cuanto hay que prestar o retirar, se comprende que los financieros puedan influir sobre los precios, niveles de producción y empleo, etc. También esto puede ser la fuente de un inmenso provecho.

Es obvio que la capacidad de determinar el valor del dinero implique la capacidad de decidir de antemano cambios en los precios de los géneros, servicios, y papel de la Bolsa. En tales circunstancias, los que controlan el dinero pueden dedicarse a especulaciones masivas sin ningún riesgo de pérdida. Además del enorme lucro, este hecho aumenta también el poder de las finanzas.

Aquí hay que explicar que, si hay más dinero en circulación, mientras la cantidad de mercancías permanece estacionaria, los precios subirán, y por el contrario, si hay menos dinero con la misma cantidad de mercancías, los precios bajarán. Y a la inversa, si aumenta la cantidad de mercancías, pero no así el volumen de los medios de cambio, entonces bajarán los precios, y naturalmente, si hay menos mercancías por la misma cantidad total de dinero en el país, los precios subirán. Pero la cuestión del dinero y el control de su cantidad, por provechosa que sea, no lo es todo.

Hay todavía más. Los bancos no están siquiera sujetos a los límites que afectan a la emisión de créditos, (pues éstos dependen del dinero que haya en caja), por la razón de que los bancos, en la práctica, pueden obtener todo el efectivo que necesiten del Estado o banco central por medio de una simple operación llamada «operaciones del mercado libre». Hay que observar que todas las actividades de los bancos y los financieros siempre se han ocultado tras una jerga completamente impenetrable, cuya palabrería no tiene ninguna relación con los hechos. La operación del «mercado libre» significa la compra por los bancos, con dinero creado por ellos de la nada, de bonos del Gobierno, o de otra clase, que son cambiados por dinero efectivo. Así la única consideración por resolver es el valor que hay que dar al dinero en un momento dado, por medio del control de su totalidad, lo cual se logra, como hemos visto, prestando dinero, o exigiendo su pago. En teoría se supone que el poder adquisitivo de la moneda es determinado por el Gobierno, el Canciller del ministerio de Hacienda, o el ministro de Finanzas. En los Es-

tados Unidos de América, esta cuestión figura en la Constitución, la cual, sin embargo, es burlada en la práctica.

Durante generaciones, el Estado no solamente ha entregado su poder de acuñación a los usureros, sino que les ha pedido prestadas considerables sumas, pagando un interés por el dinero que fabrican los banqueros haciendo entradas en sus libros. Es fantástico, grotesco, increíble, y, sin embargo, cierto. Puede parecer el mayor de los engaños si se mira como un acuerdo secreto y fraudulento entre los partícipes de un juego que siempre se ha estado preparando contra la humanidad. En términos pácticos se deduce inevitablemente que los gobiernos están demasiado influenciados por los financieros excesivamente poderosos. Ellos, así como los partidos políticos, los políticos individuales y los periódicos, son la prenda depositada en garantía por los banqueros.

Es bien sabido que sus enemigos querían comprometer a Cristo con una afirmación que iba directamente dirigida contra las autoridades Romanas, al preguntarle si era legal el pagar los impuestos. Jesús contestó pidiendo una moneda y preguntando después de quién era la imagen que en ella aparecía. Cuando se le dijo que era del César, El contestó que se debía dar al César, es decir, al Estado lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Es importante notar que Cristo no sólo establece con esas palabras que los impuestos son legales, sino también, aunque esto suela pasarse por alto, que es razonable que César, es decir, el Estado, acuñe la moneda. Y fue también Cristo quien expulsó del Templo a los mercaderes. La lección que se desprende de ambos hechos resulta perfectamente clara.

Los usureros siempre tienen que disponer de un creciente mercado interior y exterior. No se puede cobrar perpétuamente un interés sobre la misma deuda a la misma gente a menos que estén persuadidos de volver a necesitar al prestamista. Pero aún más peligroso para éste es el hecho de que su sistema conduce inevitablemente a una estructura de deudas cada vez mayores, y más pronto o más tarde, la víctima

actual del parásito llega a no poder alimentarle. Un claro ejemplo es la Deuda Nacional, que ha ido creciendo en la mayoría de países durante casi doscientos años. El impuesto sobre la renta ha llegado ya un nivel tan alto que es casi incapaz de ulterior extensión, y lo mismo puede aplicarse al impuesto sobre la herencia y a otros impuestos directos e indirectos;no obstante una gran parte de las sumas así obtenidas va a parar al «servicio» (es decir, pagos de interés) de la deuda. Llegará el día, muy pronto, en que no serán posibles más préstamos al Estado, a menos que sean cancelados algunos de los anteriores o que el tipo de interés sea reducido drásticamente. Puede preverse la posición en que dicho interés tenga que ser casi infinitesimal; en resumen, que el entero sistema se halla ya frente al colapso en un futuro previsible. Condiciones paralelas existen en negocios privados. Sin embargo, los banqueros no pueden ser descubiertos; no pueden parecer una carga, un explotador que no da nada útil a cambio de lo que toma. Por el contrario, los bancos siempre deben ser considerados como instituciones llevando a cabo las funciones más útiles, como a un amigo en la necesidad. Y de hecho es claramente innegable que los bancos llevan a cabo una larga serie de funciones muy útiles y esenciales, y las hacen muy bien. En realidad hay que decir de todo el sistema capitalista que la mayor parte de su fuerza reside en el hecho, como escribió el difunto Henry Ford, de que funciona. Y funciona no solamente desde el punto de vista de un Mr. Ford, sino que en general ha sido el acompañamiento del período de mayor desarrollo material del mundo hasta el día de hoy. Es un sistetma que contiene elementos de indudable valor, y es imposible pensar seriamente en la actualidad acerca de una completa eliminación de todos los aspectos de la técnica capitalista. Se necesitan profundas y revolucionarias reformas, pero no una revolución destructiva. Si es preciso decir que el sistema económico que estamos considerando es en algunos aspectos un enorme fraude, su fuerza reside, sin embargo, en el hecho de que ha solucio-

nado muchos problemas de modo tan afortunado como para sobrevivir a muchas generaciones, y que por lo menos no ha retardado hasta el punto de eliminarlo un considerable y verdadero progreso humano en las esferas técnica y material. No obstante demostraremos que las reformas pertinentes no solo eliminarán ciertos defectos de la estructura actual y algunos de los peligros que como consecuencia de ellos nos acechaban, sino que también hará posible un desarrollo aún mayor de las posibilidades prácticas de la humanidad, aunque con la condición de que los poderes espirituales del mundo no continúen decayendo. Si así sucede, y si no hay resurgimiento espiritual, ninguna fórmula nueva podrá ayudarnos.

En parte, la decadencia espiritual de la humanidad ha sido provocada por el materialismo total del sistema de usura. También hay que observar que el capitalismo es potencialmente monopolista; la ambición de todo capitalista es controlarlo todo y eliminar al competidor, y tal es la tendencia general. Los únicos valores que cuentan son los materiales, y cuentan en proporción a su tamaño, no a su calidad. La adquisición de riquezas es el único criterio de éxito. Se dice que es la llave de la felicidad y lo único que importa. No es, por lo tanto, sorprendente, oir decir una y otra vez, incluso a los obispos, que con el fin de detener la marcha del comunismo hay que subir el nivel de vida, especialmente en las «áreas poco desarrolladas» del mundo. Tal es la fórmula del materialismo dialéctico marxista, que las condiciones determinan la perspectiva. La frase es en parte cierta, pero encierra una parte mucho mayor de falsedad, puesto que es la perspectiva quien determina las condiciones, y el espíritu más fuerte que la carne. Pero los usureros necesitan este ejemplo de marxismo, porque les ayuda a extender sus redes. De este modo vemos a los dos bandos, que suponíamos opuestos, el capitalismo y el comunismo, ayudándose mutuamente en el mismo juego. La amenaza del comunismo ayuda a los que «invierten dinero» a invertirlo, y a fin de cuentas el socialismo es el objetivo de los capitalistas.

VI

LA NATURALEZA DEL SOCIALISMO

Una de las interpretaciones falsas más comunes, mantenidas durante generaciones, es la de que el Socialismo no es más que una protesta contra los males del capitalismo y enemigo de éste. Naturalmente es cierto que muchos, de hecho casi todos, los Socialistas afiliados de todos los países, e incluso algunos de sus jefes no iniciados, no están solamente inspirados por los celos y un complejo de inferioridad de clase. A menudo les inspira una indecisión muy normal en aceptar los defectos del capitalismo. Tales socialistas tienen razón. De esto se deduce lógicamente que muchos de ellos son hombres de evidente buena fe, y no sorprende que el socialismo haya atraído a tantos durante tanto tiempo.

Pero la verdadera naturaleza del socialismo no se define por sus formas más benignas, que no son ciertamente antirreligiosas. Los "demócratas" y "gradualistas" de su campo les resultan de utilidad, pero no son de importancia decisiva. La clave del socialismo de la especie pura y no inhibida no es simplemente su materialismo, que le aproxima al capitalismo, sino más especialmente el hecho de que el capitalismo de usura no tiene esperanzas de existir para siempre en su forma actual de fluidez y expansión. Pronto ha de llegar el momento en que todo Estado, toda firma y todo individuo, pagando la mayor parte de sus rentas como un tributo a los prestamistas, precipitarán el colapso de un sistema convertido en escándalo insoportable e ineficaz. Por acostumbrada que esté

ahora la gente a la aceptación de los parásitos usureros, se rebelará cuando el monstruo crezca demasiado y se haga más glotón. Además, la necesidad constante de crear nuevos préstamos para sostener la estructura, así como la necesidad política de evitar el paro excesivo, que ya no se considera inevitable, conducen irresistiblemente a una general y creciente inflación. Más pronto o más tarde, el valor del dinero descenderá hasta tal punto que hará imposible el sistema de cambio de mercancías y servicios y la acumulación de sumas para la capitalización del negocio. En resumen, por éstas y muchas otras razones, el capitalismo está condenado.

Hace ya mucho tiempo que sus jefes lo han comprendido. Además no están realmente interesados en una lucha eterna por la supervivencia. Habiendo logrado ya tanto, habiendo alcanzado el control mundial por medio de asombrosos descubrimientos económicos, los usureros ya piensan en términos del establecimiento de su absoluto e indiscutible gobierno en todo el globo por medio de la creación de la necesaria máquina política. Añadiremos que es inútil negar que tales planes sean realizables y de ningún modo fantásticos.

Si el crecimiento y el desarrollo del capitalismo fueron, por así decirlo, el proceso de la lenta clarificación y definición de un grabado sobre la superficie del globo, el grabado del actual estado de cosas, los manipuladores de tal proceso tendrían que tratarlo como al negativo de una footografía en su baño químico del cuarto oscuro. Llega un momento en que la fotografía está lista, y cualquier dilación la estropeará sin remedio. En este instante el operador detiene el proceso del revelado y fija la imagen sumergiendo la fotografía en otro baño, que contiene otra mezcla. Entonces obtendrá lo que quiere de forma permanente.

Una tendencia semejante es evidente en relación con los prestamistas. Ellos también necesitaban un fijador preparado para el negativo de su cuadro mundial. Y el fijador de su conspiración, su gobierno, es el verdadero y definitivo socialismo, alcanzado ya sea por declaración franca y directa o

por astuto e insidioso fabianismo. No es sorprendente que el «capitalista» Engels, propietario de fábricas en Alemania e Inglaterra, donde el trabajo era apenas remunerado, como en todas las de la época, empleara una parte de las ganancias relativamente fáciles de su comercio, para ayudar a Marx, quien, a su vez, puso la base del socialismo actual. No es sorprendente que fueran los principales banqueros quienes financiaron el establecimiento del marxismo en Rusia. No es sorprendente que, desde entonces, los capitalistas hayan apoyado a los soviets, aunque a veces hayan actuado como si los combatieran.

Y a la inversa, tampoco el socialismo ha atacado nunca en serio al capitalismo, ni ha hablado nunca de la usura como su característica fundamental. Los socialistas siempre han desviado la atención de los esenciales básicos, desde la emisión privada de dinero y su préstamo a interés, hasta la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción, distribución y cambio. Los socialistas proclaman que la llamada "nacionalización" de la propiedad es el remedio de todos los males. La razón para esta fórmula es obvia: atacar la usura equivaldría a atacar a los verdaderos amos, mientras que predicar la confiscación es asegurar la transferencia de todo cuanto poseemos al control de los mesianistas materialistas. Medidas intermedias tales como la nacionalización de los bancos centrales como una idea socialista, están desprovistas de cualquier significado práctico y son un simple soborno para la gente que ha caído en la trampa socialista y necesita una prueba externa de embaucamiento político. Si un banco central de emisión es nominalmente controlado por los accionistas o por el gobierno carece por completo de importancia; los accionistas son banqueros y el gobierno es controlado por banqueros. El capitalismo es el padre de su presunto heredero: el socialismo.

¿No fue la gran empresa automovilista de Mr. Henry Ford la que dio expertos consejos y ayudas durante mucho tiempo con el fin de capacitar a los soviets para construir y hacer

funcionar su primera gran planta de producción en masa de automóviles y tractores en Nijni-Novgorod (actualmente Gorky)? ¿No fue un tal Mr. Campbell, que posee unos 100.000 acres en Montana, U. S. A., el principal consejero de Stalin sobre la formulación y ejecución de la colectivización de granjas en Rusia, que costó al país muchos millones de vidas y llevó a la ruina moral y material de los campesinos rusos? ¿No ha sido la razón aducida para reconocer a los soviets que en la URSS se pueden hacer buenos negocios y que la compra a bajo precio del producto de una labor de esclavos puede producir buenas ganancias. De hecho, ¿ha habido alguna vez mucha moralidad, o principios, o siquiera algo parecido a un egoísmo normal en los tratos de los grandes capitalistas con los soviets comunistas?

Los objetivos verdaderos y finales del capitalismo y el socialismo son idénticos: el gobierno centralizado de un grupo político, que posee todos los medios de producción, y el control absoluto de todo el dinero, obteniendo así el ideal del mesianismo materialista. Es un natural atributo de esta concepción del poder el que haya de ser internacional, de expansión mundial. Y ya no hace mucho al caso el que el socialismo pueda sobrevivir en un país, o en varios. Stalin dijo que e r a posible, y tenía razón. El verdadero obstáculo está en que el capitalismo no puede sobrevivir de ningún modo, ni en un país, ni en varios, ni en todo el mundo. Si dicen que los señores Kruschev y Bulganin están actualmente descansando, en espera del colapso del capitalismo, están en lo cierto. Pero no debemos caer en la trampa que supone creer que la tiranía soviética es el enemigo y la alternativa del capitalismo; es su producto y su consumación. Sin embargo, como veremos más adelante, existen también ciertas luchas reales en el interior del bloque capitalista-socialista, pero no están relacionadas con los designios que persiguiría la gente normal. A este respecto debemos recordar a nuestros lectores que la inmensa mayoría de trabajadores constructivos, ya sean propietarios o directores de fábricas, compañías de

transportes, granjas, oficinas de seguros y, de hecho, de cualquier profesión posible, aun siendo empleados, no están de ningún modo comprometidos en esta conspiración capitalista-comunista, no siendo capitalistas en el sentido a que aquí nos referimos, sino solamente propietarios o empleados de pago. La mayoría de nosotros somos las presuntas víctimas de la conspiración.

Observemos también que los financieros, disfrutando de tanto poder en el mundo durante tanto tiempo, y capaces de hacer mucho para mantener cortos de fondos a aquellos a quienes desaprueban, mientras ayudan generosamente a quienes les sirven, no han permitido nunca que los socialistas de cualquier país carecieran del dinero necesario en efectivo. Y son muchos los Parlamentos, en los cuales hay numerosos partidos, donde nos encontramos con la ayuda eficaz que discretamente empuja a los socialistas hacia los empleos clave, tales como director, o incluso Premier o Presidente, aún cuando no hay mayoría socialista.

Y existe todavía otro método con el cual los capitalistas avanzan hacia sus finales objetivos socialistas. No solamente apoyan al socialismo como la forma alternativa de su propio poder, sino que al mismo tiempo lo utilizan como una oposición controlada por ellos mismos. Por este medio intentan asegurar que no aparecerá ninguna oposición real contra el capitalismo de usura, puesto que cualquier descontento podrá ser canalizado sin peligro por caminos seguros ,y, o bien utilizado, o bien neutralizado, según dicten las circunstancias. Naturalmente, la técnica de oposición controlada, de fingidos competidores creados por los mismos que se supone han de eliminar, no es nueva, pero en general no se ha caído en la cuenta de que constituye una de las principales características de todas las formas del socialismo.

Existen también otros caminos para el mismo fin. Entre ellos ocupan un lugar importante los distintos esfuerzos que, con variables grados de éxito, se están haciendo para establecer tal o cual forma de estructura económica controlada o

dirigida. Incluso muchos ostensibles conservadores son declarados exponentes de las diferentes formas de economía controlada. Entre las expresiones de estas tendencias se encuentran la P. E. P. (planificación política y económica) en Inglaterra, y el Nuevo Trato de Roosevelt en los Estados Unidos. Tales planes son formas intermedias entre el capitalismo y el socialismo, y son, en esencia, naturalmente inestables y expedientes temporales. El socialismo permanece como el verdadero propósito final.

Es cierto que hay muchísima gente, en la mayoría de países que comprenden muy bien que cualquier forma de socialismo modificado más o menos camuflado conduce al final al comunismo, pero hay demasiados que, aún después de comprenderlo, sacan la conclusión de que la respuesta adecuada es una defensa del capitalismo. Si se conocen los hechos reales se verá que tal no es de ningún modo la respuesta del problema. Un esquema de la verdadera solución se indica más adelante, en el capítulo X.

Hay un fenómeno adicional, estrechamente vinculado al apoyo del socialismo por sus presuntos contrincantes, que suele pasar desapercibido. Se trata del hecho de que el socialismo adquiere formas y más especialmente grados que difieren entre sí en los distintos países donde constituye un factor político más o menos importante y activo, sin tener en cuenta su posición ya sea en el poder o en la oposición.

Es natural y no puede negarse que todos los fenómenos sociales y políticos de cada país se ven afectados por las tradiciones y carácter nacional respectivos. Pero por otro lado el socialismo no es nunca un producto local, consecuencia del pensamiento y la iniciativa locales. Es siempre el producto del pensamiento, la iniciativa y el apoyo del complejo entero internacional de los mesianistas materialistas. Es su instrumento.

En consecuencia se desprende que a esta tendencia política nunca le está permitido seguir su propio curso. Debe ser estrictamente controlada, como las restantes actividades de los

mismos amos. En cada país, sus verdaderos propósitos, a diferencia de aquellos por los que finge trabajar, son adaptados al plan general.

Por consiguiente, en un país que en ninguna cirsunstancia puede desplegar una resistencia efectiva contra el próximo régimen universal, o uno cuyo papel en los asuntos mundiales sea insignificante, o un Estado cuya población sea más o menos pasiva y dócil y se contente con pasar de un día a otro entregada a sus pequeñas satisfacciones, a éstos se les impondrá solo un socialismo benigno. En general este es el caso de toda la Europa occidental, y en particular de Escandinavia, donde los partidos social-demócratas han estado en el poder durante 40 años sin llevar a cabo ninguna revolución realmente fundamental.

Por otro lado, los Estados Unidos de América aún no están maduros para la matanza, porque se necesitan como base de operaciones durante la fase capitalista del plan global. Pero si llega el momento de que nos impongan a todos un Gobierno Mundial Socialista, entonces, porque los americanos ofrecerían una resistencia tenaz, América, como Rusia, podría ser sometida por la fuerza a un socialismo extremo. Que nadie diga «aquí no puede suceder»; ya ha sucedido en demasiados sitios. Sed avisados, y estad preparados.

A través de este prisma debemos considerar la revolución socialista-comunista de Rusia. Dicho país era el principal obstáculo, como hemos dicho en otro lugar, y también la primera base potencia para operaciones subsiguientes. Rusia, y sus vecinas —China, Polonia y las demás— tenían que ser sometidas a las formas más extremas del socialismo. Que existieran ciertos elementos en la situación rusa que facilitaban algo tales extremos es completamente secundario. También es en gran parte accidental. A este respecto puede añadirse que, desde tiempo inmemorial, el rojo ha sido el color preferido por los rusos, y que en lengua rusa las palabras rojo y bello son casi idénticas. La Plaza Roja de Moscú siempre ha tenido este nombre, que también significa la «Plaza

Bella». En este sentido los revolucionarios tuvieron suerte en Rusia eligiendo el color rojo –el color de la sangre de sus presuntas víctimas– para su movimiento. La suerte juega un papel en los asuntos humanos, pero en esencia no es un accidente sino la habilidad en dirigir las oportunidades hacia el lugar deseado lo que constituye el factor decisivo; hay un plan global para la subyugación del mundo, y éste o aquél factor más o menos casual que puede servir de ayuda no es, en sí mismo, lo que realmente importa.

Para tener una idea correcta de los objetivos y actividades del aspecto socialista de la conspiración mundial, hay que comprender sus propósitos específicos en general, y en cada país en particular.

Hay dos factores pertenecientes al socialismo que pueden ser considerados algo discutibles; por un lado, cuando contemplamos los indudables logros del socialismo en la URSS y otros lugares, y el hecho de que este sistema haya sido capaz de lograr la estabilidad y desarrollar una fuerza motriz que lo convierte en una verdadera amenaza para el resto del mundo, podemos preguntarnos si este sistema no podría, mejorado por la experiencia, ser la solución del futuro. Seguramente, podríamos decir, el mundo está cada vez más integrado, más organizado, y controlado más cercano como consecuencia de una población más densa y del progreso técnico, sin el cual dicha población no podría sobrevivir. Y por el otro lado podríamos suponer que, si ello es así, entonces debemos reconciliarnos a una pérdida de libertad con la aparición inevitable de controles y directivas sobre la vida económica y social.

Pero tal orientación, a favor de la aparente inevitabilidad del socialismo, es errónea. Ante todo, está completamente claro sobre una base de larga extensa experiencia, que la libertad en la vida práctica conduce a una mayor eficiencia, y podemos decir con justicia que siempre será así. Las formaciones en masa no facilitan ni favorecen el progreso o la productividad. La naturaleza humana se desenvuelve mejor en

libertad, aunque alguna organización sea, naturalmente, esencial. Los argumentos que se presentan en favor de otro punto de vista son ciertos únicamente si consideramos el capitalismo actual, pero no un sistema de verdadera libertad y equilibrio, como esbozaremos más adelante.

En segundo lugar, la fuerza motríz del socialismo no reside en la verdad de sus ideas, sino en el hecho de que es un método por el cual los hombres ambiciosos pueden lograr el poder y las posesiones. Es meramente otro camino y otra esfera de gran aventura y grandes logros. Los hombres que dirigen el socialismo no son en absoluto idealistas llenos de altruísmo, sirviendo una causa elevada. Son avezados luchadores por una posición de poder y sus frutos. Y como figuran en la misma clase que los capitalistas, siendo materialistas como ellos, están lejos de cualquier vestigio de interés por el bienestar del pueblo. Al contrario, los financieros y su creación, los socialistas, se dedican esencialmente a la explotación de las masas. Arrebatar a las clases más o menos acomodadas lo que puedan poseer, por medio de armas financieras o políticas, es una cuestión insignificante cuyo proceso no dura mucho; la riqueza pronto se esfuma. Pero la explotación de las masas trabajadoras es lo único que puede proporcionar una fuente de ingresos abundantes y permanentes a los jefes. Los propios trabajadores caen en la red, primero que nadie, atraídos por convincentes slogans, sobre todo cuando la atmósfera moral está ya envenenada por largos años de preparación materialista, y entonces son las primeras víctimas del complot. No hay amo tan despiadado como la clase que es producto del materialismo, pero durante la primera fase del capitalismo el yugo está suavizado por lo mucho que aún perdura del cristianismo, en la práctica y la conciencia.

Por lo tanto, solamente el regreso a un orden basado en cimientos morales y concebido con exactitud científica puede asegurar al pueblo una vida libre y próspera, bajo la jefatura de personas que, aunque no desprovistas de ambición

personal y el deseo de procurar para sí mismas, sean esencialmente activas en una atmósfera de servicio público y no de ganancias privadas. No podemos suponer que la naturaleza humana permita la posibilidad de un ideal, pero podemos decir con certeza que son posibles enormes mejorías. Por ello es necesario proporcionar a las clases trabajadoras del mundo y a sus jefes, una nueva concepción de sus propios intereses y un nuevo plan para la obtención del progreso. Este plan, basado en antiguas verdades y sólitas tradiciones, puede y debe ser trazado y proclamado. Esperamos aportar aquí algún material para este urgente y esencial trabajo.

Si hemos de considerar con algún detalle las medidas por las que se puede llegar a eliminar el Socialismo, es decir, la esclavitud absoluta, es preciso tener en cuenta los diferentes pasos del desarrollo histórico desde la ley natural y la propiedad privada de los medios de producción.

Podríamos utilizar el ejemplo de la crisálida y la mariposa. Primero incuba el huevo que se convierte en un gusano. El huevo y el gusano son aquí el comienzo y la primera fase del desarrollo de la usura-capitalismo que se alimenta de la concepción primaria del hombre libre, de las empresas libres y de la libre propiedad privada. En su proceso de desarrollo la oruga va modificando gradualmente el mismo sistema que la alimenta, lo envenena y lo destruye. Pues lo mismo sucede del capullo rojo, estructura de una planificación democrática, y generalmente republicana laica o antireligiosa de control del Estado y de la ordenación social y económica. Vemos la aparición de inmensos monopolios llevados por hombres que no son propietarios sino meros empleados de dueños impersonales si no representantes del mismo Estado. Este tipo se desarrolla no sólo dentro de cada nación, sino aún internacionalmente.

Podrá decirse que este proceso es inevitable porque grandes empresas pueden hacer lo que no puden hacer las pequeñas, y que esas grandes estructuras son las que pueden conseguir fondos para su desarrollo y no pueden comenzar

por comienzos demasiado modestos. Sin embargo, este argumento puede deshacerse a la vista de empresas de inmensa envergadura como la Casa Krupp en Alemania y la Morris de Lord Nuffiel en Inglaterra y hasta hace poco fueron propiedad de individuos o de una familia y han comenzado con principios muy modestos.

Dentro de este capullo de control impersonal, de engañosas decisiones, ya que las votaciones de planes y de personas o cargos están predeterminadas por los técnicos, se desarrolla finalmente la oruga venenosa del socialismo-comunismo, esclavizador de la humanidad. En todas estas fases del proceso hay una aparente inevitabilidad, una aparente naturalidad, aun cuando todo va determinado por la falsedad fundamental de todo el sistema capitalista-socialista.

Con todo, dados todos estos hechos que ya conocemos, aparece la República Global Socialista, el Estado Ateo, en el que todos los hombres, dominados por la irreligión, son totalmente esclavizados. Nunca se ponderará bastante que, cuando todas las consideraciones se resumen en su sentido más concreto, la situación es ésta: el Socialismo es la Esclavitud. Y nada más.

El caso de Franklin D. Roosevelt, uno de los mayores traidores del mundo y criminal de guerra, ilustra perfectamente la naturaleza del último paso en la evolución del Capitalismo. Fue Roosevelt quien dijo: «Las cosas no suceden; se planean para que sucedan así». ¡Y lo sabía muy bien! En este sentido sus crímenes fueron tan naturales, tan una parte de sí mismo y de los que le rodeaban, que nunca se dirá que se le juzga demasiado severamente. Se ha dicho de Roosevelt que era un político totalitario, en el sentido de que hizo todo lo posible para conseguir y mantener en sus manos el poder. En la atmósfera en la que vivía esa actitud era natural. Sin embargo, lo mismo puede decirse del gangster que es un negociante totalitario porque no se detiene ni ante el asesinato si con él puede ganar dinero. ¿Exageramos? ¡De ninguna manera! Y ese Roosevelt fue reele-

gido tres veces como Presidente. Como son sus dirigentes, así es la atmósfera. Conscientemente Roosevelt reconoció en Stalin la consumación de las formas de estado y de vida que él mismo representaba; y así no pudo resultar sorprendente que los más próximos consejeros y colaboradores de F. D. Roosevelt fueran Comunistas o, al menos simpatizantes con los Comunistas. Los Roosevelts son la oruga, los Stalin la oruga roja.

No se sigue de aquí el que los americanos, como tales, en conjunto, sean culpables de los crímenes de Roosevelt y de sus secuances. Al contrario; como sucedió en Rusia y en otras muchas partes, los dirigentes rojos fueron una minoría dominadora. Sus fines son cuidadosamente ocultados. Por lo tanto, en cuanto los americanos, y otros del mundo libre comiencen a comprender lo que está sucediendo, pondrán rápidamente punto final a todo ello. Hacérselo ver es, por lo tanto, el asunto más importante de todos.

Pero aún queda el problema de decidir qué es lo que se puede hacer para derrocar la esclavitud Socialista una vez que lleva cierto número de años, la oposición ha sido liquidada y se ha hecho al pueblo un «lavado de cerebro». El problema no puede resolverse con la pretensión de que es suficiente aislar las regiones contaminadas por el Comunismo e impedir el contagio de esa infección.

Queda en pie que la amenaza Socialista sigue siendo enérgica, y así tiene que ser puesto que el Socialismo existe en un mundo semi-libre sin verse nunca en peligro. Por el contrario, el Mundo libre está en constante peligro.

Los Marxistas han propugnado la texis de que todo sistema político, social y económico lleva en sí mismo el germen de su destrucción; y hay un fondo de verdad en esa afirmación si esos sistemas son actualmente atacados por la insurrección, por la subversión organizada, o contienen elementos que hacen a este sistema antinatural, desequilibrado e inestable. A primera vista esta afirmación podría parecer aplicable también al Comunismo Soviético, y no son

pocos los que tratan de llevar a sus oponentes a una actitud pasiva asegurándoles que una beneficiosa evolución traerá pronto grandes y positivos cambios detrás de la Cortina de Acero. No vamos a ir tan lejos como atribuir a los servidores socialistas del Capitalismo la invención de un sistema que difiere de los demás en ser inabordable por fuera y por dentro. Pero tampoco negaremos que todo el andamiaje de destrucción una vez establecida la esclavitud socialista, es sencillo.

Si en lugar de esa clase directora tuviéramos un Partido Comunista compuesto por elementos de peor clase que trataran a los esclavos con ilimitada crueldad, los grandes acumuladores de acciones y los magníficamente bien pagados Consejeros, serían a su lado niños pequeños. Un Banquero o Director que fracase se expone, cuando más, a una renta más reducida; un Dirigente Comunista que no logra mantenerse en el poder es hombre muerto, que sabe además que su familia y sus mismos amigos no serán perdonados. Por otro lado, la fuerza del financiero o del director, es teóricamente inexpugnable. No se dan procesos, dentro del sistema rojo que predeterminen su desintegración. Especulaciones como la de las nuevas clases privilegiadas quedarán pronto ganadas por la corrección, no son convincentes, a no ser que se las mire a la luz de lo que puede ocurrir en largos períodos de tiempo. ¡Lo que queda aún de libertad en el Mundo no tiene ya tanto tiempo que perder! Por lo tanto, si queremos conservar la libertad tenemos que pensar qué se puede hacer para eliminar el Socialismo de donde quiera que ya esté, y especialmente de detrás de la Cortina de Acero. No es asunto de benevolencia humana: es asunto de urgente defensa propia.

Es éste un tema al que otro día consagraremos una obra aparte acerca de «La Estrategia del contraataque». Pero sin embargo deberemos indicar ya aquí sus puntos esenciales. No podemos ofrecer a los Rojos ningún sistema que pueda atraerles en virtud de sus principios, porque ellos no los tie-

nen, ni de ventajas, ya que su propia posición no puede resultar más ventajosa, y cualquier cambio para ellos sería también su final. Los dirigentes rojos se mantienen por la fuerza, y sólo la fuerza puede convencerles para modificar su actitud. Las grandes masas que sufren la dominación comunista saben cuánto están sufriendo en el terreno material y en el moral; pero los acontecimientos de los últimos cuarenta años les han dejado una profunda huella de fatalismo. Pero aún es más importante el hecho de que los sistemas de espionaje y de represión llevados a cabo con los medios modernos son verdaderamente efectivos para ahogar en flor todo intento de oposición.

Por esto, el pensar que en Rusia se puede organizar una revolución sin recurrir a procedimientos militares es excesivamente problemático.

Quedemos en esto: paralelamente al trabajo de difundir la verdad por el mundo libre, debe llevarse esa misma verdad detrás del Telón de Acero; y en realidad se podría hacer mucho. Así se devolvería a las víctimas del Comunismo la esperanza en el Occidente, y se podrá crear una situación en la que los Pueblos interesados estén preparados para unirse a sus hermanos libertadores cuando inexorablemente llega su día. Y llegará, como lo han profetizado Comunistas y anticomunistas durante varias décadas. Sería una locura el sugerir que hay otros caminos más difíciles y menos peligrosos para escapar a las últimas consecuencias del proceso Comunista-Capitalista. Estamos ahora en la bifurcación de dos caminos: o una lucha heroica para la restauración del Cristianismo y de la libertad, o es el final, la era del Apocalipsis.

Entretanto las organizaciones de las naciones directoras de Occidente siguen de lleno al camino trazado por Roosevelt y sus sucesores. Nada bueno puede venir de ellos. Los legisladodes de Occidente han de ser reemplazados si no acaban de entender su verdadera obligación. En esto no cabe alternativa. En vez de coexistencia ha de haber una in-

cansable y activa oposición al Mal contra el que hay que montar inmediatamente un contraataque efectivo. Para ello, los medios morales, intelectuales y materiales de que disponemos son amplísimos. En este punto, difícilmente nos damos cuenta de lo débil que es nuestro enemigo y de lo fuertes que somos con sólo entender nuestro interés y nuestra obligación en echar manos de lo que tenemos.

Un ejemplo del dicho de Roosevelt «las cosas están planeadas» lo tenemos en una cita del libro «Far and Wide» del conocido escritor inglés Douglas Reed, publicado por Jonathan Cape, en Londres, el verano de 1951, comentando una profecía hecha en 1942, es decir, hace ya veinte años: «¿Cuál es la verdadera intención del señor Roosevelt al usar como usa sus poderes imperiales? Ha llevado adelante los principios generales de un plan para la redistribución de la tierra publicado en 1942 (pero preparado ya desde mucho antes) por un misterioso «Grupo para la Ordenación del Nuevo Mundo» dirigido por el señor Moritz Gomberg. Su primer consejo era que el Imperio Comunista se extendiese desde el Pacífico hasta el Rhin incluyendo China, Corea, Indochina, Siam, Malaya y sus órbitas, y que se erigiese en Estado Hebreo con Palestina, Transjordania y sus territorios adyacentes. Ambos proyectos han sido ampliamente realizados. Canadá y numerosas «islas estratégicas» habían de pasar a Estados Unidos; y el resto de las naciones europeas habían de desaparecer convertidas en unos Estados Unidos de Europa, plan que ahora se persigue enconadamente. Africa había de convertirse en una Unión de Repúblicas. La Commonwealth se reduciría mucho, y las Indias Holandesas se unirían a Australia y con Nueva Zelanda. Este plan parece el detalle del segundo escalón, en una operación de tres, del que las partes esenciales ya se han cumplido. Lo que aún no se ha logrado se busca ahora con el mayor empeño».

No es necesario comentar que esta cita de Mr. Reed es profética y al mismo tiempo siniestra. Si hace diez años él había visto ya gran parte de ese plan puesto en práctica, hoy

lo vemos ya en el umbral de su último acto, especialmente en Europa y en Africa. La cita es de la página 345-346 del libro citado.

VII

ASEGURANDOSE LOS CLIENTES

Además de que el capitalismo de usura requiere campos de explotación cada vez más extensos, continuamente debe mantener también la explotabilidad de sus mercados internos en cada país. Hay que tener siempre en preparación una demanda cuantiosa de la mercancía de los banqueros: los préstamos a interés. Mal les iría a los banqueros si hubiera de llegar el día en que nadie necesitara «tratar» con ellos, para pedir comodidad monetaria. La mayoría de nosotros espera no tener que pedir o prestar nunca, pero los banqueros prosperan con la desgracia de los necesitados.

En estos últimos años la necesidad para los banqueros de aumentar el número de sus acreedores ha sido tan perentoria que les ha llevado a animar abiertamente al público a contraer nuevas y nuevas deudas. Esta recomendación es de una falta de honradez que salta a la vista de quien se tome el trabajo de pensar en ello. La tesis de que pedir a interés es una práctica que lleva a la elevación del nivel de vida, es notoriamente absurda, puesto que el pago de los intereses ha de añadirse al costo de los géneros y de los servicios prestados para el consumo y los prestatarios suelen comprar más de lo que realmente pueden; así, el día de su ruina se acerca cada día más, a medida que sus ingresos van dejando de ser suficientes para pagar sus deudas, más los intereses y se va acercando el día de pagar a sus usureros y prestamistas.

Debe admitirse que los financieros tendrán que estar preparados tras la Tercera Guerra Mundial y en el Estado Mundial que la siga para resolver el problema que ellos mismos han creado.

Ello significa, por consiguiente, que con ayuda del control que los usureros ejercen sobre todos los Gobiernos, provocan unas condiciones en las cuales ningún hombre y ninguna firma pueden arrancarse completamente los grilletes, y el propio Estado se ve obligado a ser un adepto voluntario. Existen varias técnicas por medio de las cuales pueden lograrse los resultados apetecidos.

Antes de la última guerra, y durante varias generaciones, el método corriente eran guerras y crisis. Es lógico que la guerra sea una circunstancia que contribuya al agotamiento financiero de la comunidad, exceptuando a unos cuantos especuladores. Es igualmente lógico que la «clásica» crisis del pasado hiciera mucho daño. Pero aún no se ha comprendido que tales crisis no eran de ningún modo catástrofes debidas a circunstancias misteriosas e incontrolables. Fueron provocadas con pleno conocimiento por los financieros, mientras lo envolvían todo con el denso camuflaje de la acostumbrada jerga financiera, que tiene la misión, y la realiza, de engañar.

Ya hemos observado que los banqueros controlan el volumen del crédito o del dinero en el país. Hemos observado que una alteración en la cantidad de los medios de cambio en circulación hará variar los precios, o el valor del dinero en relación con las mercancías y los servicios. Pues bien, es un hecho obvio que ningún negocio pueda funcionar normalmente por un tiempo indeterminado a menos que produzca un beneficio a sus propietarios y directores. Pero si un negocio proporciona beneficios, entonces es solo una cuestión de tiempo, llega un momento en que se halla libre de toda deuda, y ya es capaz de desenvolverse a costa de una parte de los beneficios, o en el peor de los casos, se mantiene estacionario sin obligar a los propietarios a pedir nada presta-

do. Además, si el desarrollo general del negocio requiere más capital monetario, puede obtenerlo con el préstamo del ahorro ajeno, sin recurrir al «dinero creado de la nada» de los banqueros. En resumen, la comunidad no necesitaría los servicios más fundamentales y esenciales de los banqueros. No habría quién les pidiera un préstamo a interés de su dinero. Y ello significaría el final de todo el sistema. Se haría incluso imposible la emisión de moneda por los bancos, la cual volvería a recaer en el Estado, cuya función le usurparon los usureros. Es evidente que los banqueros, como cualquier prestamista, se alimentan de la miseria, y es evidente que no puedan permitir a la comunidad librarse de sus deudas y de la necesidad de contraer nuevas deudas.

De este modo los prestamistas han de actuar tan pronto como la prosperidad, alcanzada tras un período de expansión de crédito, empieza a acercarse demasiado a esta potencial situación libre de deudas. No obstante, al principio tienen que permitir períodos de expansión para engordar a la víctima antes de asesinarla. Una política de eterna pobreza no les convendría, aparte de que suscitaría demasiada oposición e intriga. El capitalismo ha de dar pruebas prácticas de su provecho y eficiencia. Pero cuando todo esto ha ido demasiado lejos, se hacen declaraciones a través de la radio y la prensa controladas, expresándolas en la jerga más oscura y fraudulenta, para explicar la necesidad de una contracción de créditos. Una frase reciente fue: «Nos hemos sobrepasado a nosotros mismos». Naturalmente, si los responsables fueran estrechamente interrogados sobre el significado de tal terminología, explicarían que el bienestar excesivo ha llevado a la inflación –el espiral de jornales y precios– y ésta, a su vez, ha hecho difícil el comercio exterior de competición, etc. Resultaría del todo convincente. Pero sólo sería parcialmente cierto.

Los sencillos hechos son los siguientes. Habiendo llegado al límite peligroso de la prosperidad, el crédito se reduce, hay menos dinero en el país y los precios bajan. Entonces el in-

dustrial, el propietario de un negocio productivo, que ha vendido sus géneros a un precio determinado que le asegura un beneficio razonable, se encuentra en una múltiple dificultad. Ante todo, la «retención de créditos» significa que el banco le exige el pago de toda o una parte de su deuda, la cual iba reduciendo año tras año con los beneficios. Había esperado lograr cancelarla en unos cuantos años, sin tener que forzar demasiado sus recursos. Pero el banco pide ahora la totalidad de la suma y como tiene todas las garantías, puede exigir el pago. Sólamente esto ya es suficiente para desequilibrar la economía del negocio. Pero para colmo, la baja de precios obligará a nuestro negociante a vender sus géneros a precio de coste, o incluso perdiendo dinero, con el fin de poder pagar al banco y mantener el negocio en funcionamiento. Finalmente, la reducción de precios aún no es todo. El volumen del mercado se ha reducido, hay menos compradores, y éstos compran menos. Por lo tanto, muchos géneros producidos no pueden venderse, o se venderán lentamente, mientras se retiene la nueva producción. Esto implica el despido de algunos trabajadores, y como no hay otros potenciales empleos, puesto que todos los negociantes se hallan en idéntica situación, los trabajadores permanecerán en paro.

Cuando estos contratiempos hayan durado lo bastante para obligar a la «comunidad de los negocios a recobrar el sentido», es decir, cuando sea seguro que ya vuelve a necesitar los préstamos a interés, entonces los banqueros, con una nueva exhibición de velada jerga, anuncian la feliz noticia de que la crisis está pasando y que, en consecuencia, vuelve a ser posible una expansión de créditos. Los clientes de los bancos aparecen humildemente, con la gorra en la mano, para pedir préstamos, y ya la estructura bancaria está a salvo. La emisión de moneda sigue en sus manos, gravada con intereses, –para el servicio del préstamo, como dice la jerga. Y de este modo ha sucedido, cada siete años poco más o menos, durante mucho tiempo.

En la contextura general de la discusión global que nos

ocupa, en la cual las consideraciones económicas juegan un papel muy importante, no podemos entrar en detalles, aunque nos gustaría hacerlo, y nos limitamos a indicar lo esencial. Sin embargo, respecto a la cuestión de reducción de créditos después de un período de prosperidad, de actualidad reciente, hay que observar que tal reducción de créditos es, en parte, automática.

Es natural que todo negociante prudente y honrado reduzca su deuda cuando el negocio es bueno, de lo cual se deduce que saldará las cuentas que tenga con sus banqueros. Pero es inevitable que al pagar las deudas que ha contraído con su banco, el cliente reduce la cantidad de dinero en circulación, ya que el préstamo fue una creación de moneda nueva, y su pago es una cancelación.

En tales circunstancias los bancos son libres de prestar tanto o más dinero del que reciben en pago de deudas, y así pasan los pagos de una firma a otra, en forma de nuevos préstamos. Pero en condiciones de prosperidad, tales préstamos a clientes autorizados pueden no ser posibles, al ser la tendencia general la de reducir deudas y no incrementarlas. Estas condiciones sólo pueden cambiarse por medios como la inflación y los impuestos excesivos.

Y a la inversa, naturalmente, la inflación, que sigue a la restauración de la prosperidad después de una crisis, también contiene elementos de un efecto semi-automático. No sólamente se crea más dinero para nuevos préstamos, sino que parte de él sale de los depósitos para tomar distintas formas, poniendo de este modo más dinero en circulación además del emitido por el banco. Por añadidura, en condiciones de prosperidad y confianza la velocidad de circulación del dinero en todas sus formas aumenta considerablemente, de modo que la misma cantidad de medios de cambio acarreará un intercambio de mercancías mucho mayor, y esto puede conducir al alza de precios que será más considerable que el aumento de la cantidad de dinero del país. Así, por ejemplo, estadísticas recientes demuestran que en-

tre 1946 y 1954, la provisión monetaria de la Gran Bretaña aumentó alrededor del 15%, mientras que, durante el mismo período, el índice de precios al por menor sobrepasó el 50%.

Estos fenómenos se evitarían si la acción de dar y recibir dinero en los bancos, en cualquier circunstancia, no implicara la creación y la cancelación de los medios de cambio, como es el caso cuando los préstamos se hacen o se devuelven a individuos privados o a firmas. Como ya hemos dicho, la emisión y cancelación del dinero tendría que ser asunto del Estado, como lo fue en otros tiempos.

Aquí hemos de anotar, sin embargo, que ello no implica que el Estado, al emitir dinero libre de interés, debiera usarlo en competición con el comercio y la industria privados. Tendría que unirse a la corriente monetaria a través del pago de legítimos gastos gubernamentales y, en caso de ser utilizable un exceso, concediéndolo con un sobrecargo nominal a los bancos privados, para su préstamo al comercio y la industria. Esta cuestión es discutida con más detalle en el capítulo X.

Uno de los otros factores que ayudan a empeorar los efectos de las crisis que siguen a la contracción de créditos, son las entonces inevitables huelgas. Es preciso decir aquí que hay a menudo un pacto secreto entre los manipuladores de la política financiera y el desequilibrio industrial. Las verdaderas víctimas son los trabajadores y la nación en general.

Ahora, sin embargo, el paro en masa ya no se permite políticamente, y los mismos resultados han de lograrse modificando los medios. Los métodos que se usan son la inflación sostenida y los impuestos elevados hasta casi llegar al límite. La continua baja del valor de la moneda garantiza que no serán posibles grandes acumulaciones monetarias en otras manos que las de los verdaderos acuñadores de moneda: los banqueros. También los impuestos logran los mismos resultados, sin afectar a la emisión de dinero por los bancos,

ya que dicho dinero no está calificado de beneficio sujeto a tributo, siendo de hecho un préstamo. De este modo vemos que siempre que hay una nueva emisión de participaciones de la Bolsa, en pocos minutos puede ser suscrita una gran cantidad de dinero, incluso aunque se trate de millones de libras o de dólares, mientras el negocio normal permanece estancado.

En tales circunstancias, parece que el Estado, en posesión de enormes impuestos sobre la renta, no tendría que necesitar préstamos de los banqueros. Pero para esto también se preparó hace tiempo el reducto de los prestamistas. En ninguna época se permitió a ningún gobierno subir los impuestos hasta el nivel necesario para pagar las deudas que pudiera haber contraído, aún en los días en que éstas eran todavía pequeñas. La sola idea de gravar con impuestos la comunidad de los negocios hasta el punto de hacer posible en corto tiempo la amortización de la Deuda Nacional, hubiera sido combatida por los banqueros con todos los medios a su disposición desde que por primera vez lograron emitir dinero y convertirse en acreedores del Estado. Ante la sola idea hubieran vociferado todos los periódicos y todos los políticos, e incluso los negociantes se hubieran rebelado, creyendo más conveniente para ellos ahorrarse seis peniques por libra o cinco centavos por dólar que ayudar a la total abolición de la Deuda Nacional. Pero una vez establecido el principio, gracias al engaño de los banqueros y la avariciosa miopía de los comerciantes, de que las necesidades del estado debían ser atendidas aumentando la Deuda Nacional, los resultados fueron inexorables.

Pasó hace tiempo la época en que era razonablemente posible en cualquier país adelantado el total reembolso de la Deuda Nacional. Por el contrario, cuanto más crece la deuda, y el impuesto sobre la renta empieza a ser más absorbido por el «servicio» de la deuda, más aumenta la necesidad de ulteriores préstamos. De este modo el Estado no está nunca en condiciones de sacarse los grilletes del usu-

rero, puesto que incluso su poder soberano ha sido en la práctica entregado a los bancos.

Así sucede que además de la inflación, un enorme impuesto sobre la renta garantiza que la comunidad pronto pedirá prestado, mientras una cuantiosa Deuda proporciona la seguridad de que también el Estado seguirá siendo el fiel cliente de los usureros. En efecto, los colosales impuestos modernos sobre la renta y otras cosas están destinados, menos para pagar las necesidades del Estado que para mantener el sistema de usura.

La inflación es asimismo ventajosa desde el punto de un límite bastante definido a la extensión de la Deuda Nacional, «servida» a un tipo más o menos «razonable» de interés. Tiene que llegar el momento en que casi un 100% de impuesto sobre la renta no proporcione un interés adecuado sobre la Deuda.

Hoy en día, si se quiere hacer dinero, hay que hacerlo literalmente, siendo un banquero; no se puede hacer dinero con trabajo útil y constructivo. O, alternativamente, hay que convertirse en jefe de un país comunista, donde también se posee el control de la actividades económicas y se cosechan todos los beneficios.

VIII

EL PARO

Aunque hemos hecho notar que actualmente los efectos de las antiguas crisis se obtienen de modo más continuo, y no en dosis concentradas alrededor de cada siete años, sigue siendo necesario analizar brevemente los acontecimientos aún recientes relacionados con tal cuestión. Hay muchos que aún recordarán los largos y terribles años de paro general en Europa y América. Pero son menos los que comprenderan que tal paro no fue en absoluto un fenómeno de la naturaleza, una desgracia inevitable. Fue parte de la técnica que mantiene a los banqueros en el poder. Ya hemos indicado que las contracciones de créditos condujeron a la escasez de empleos. Pero incluso en períodos de expansión de créditos el paro no desapareció. Era parte del sistema que sólo puede eliminarse en tiempos de guerra o por la inflación, como en la actualidad. Esto es lo que ahora se llama «política de empleo general». Esta frase tan conocida basta por sí sola para demostrar que los amos de las finanzas saben perfectamente que el empleo es una cuestión de política, y no de fuerzas misteriosas.

Ahora bien, en ausencia de una inflación continuada, la inevitabilidad del paro bajo el sistema capitalista puede demostrarse tratando la cuestión de dos maneras distintas: por un análisis de precios, y considerando la circulación del dinero.

Cualquier artículo fabricado se vende a un precio que

es la acumulación de gastos laborales.Incluso el beneficio de los propietarios de la empresa es un jornal variable, que se les paga por su trabajo. Los marxistas y otros han dicho y escrito muchas tonterías sobre los beneficios, misteriosos costes adicionales, etc. Es mejor considerar tales cuestiones con ayuda del sentido común. La única diferencia entre el dueño y el trabajador reside en que el primero puede sufrir pérdidas, mientras el segundo recibe un jornal o salario fijo y, en la peor instancia, puede encontrase sin empleo. La obtención de interés sobre préstamos o de «capital» en acciones es otra cuestión que observaremos más adelante. Pero en lo que concierne al coste real de un artículo fabricado, o incluso de materias primas y alimentos, como el maíz, es una cuestión de pagar el trabajo hecho desenterrando el mineral, refinándolo, seleccionándolo, juntándolo, entregándolo e incluso vendiéndolo. También la renta pagada por terrenos y edificios puede considerarse un coste laboral, ya que es preciso mantenerlos en buen estado, a veces reconstruirlos, etc.

Pero no es eso todo, puesto que hay otro elemento que influye en el precio, siendo éste el interés que el negocio ha de pagar de préstamos del banco, o de cantidades adelantadas para el «capital» original. La mayoría de negocios en gran escala son ahora compañías limitadas públicas, mientras las firmas menos importantes son compañías privadas, todas con accionistas que perciben parte de los beneficios y también, en algunos casos, un tipo fijo de interés sobre el valor nominal de sus acciones.

En términos generales, los que ganan dinero por una producción determinada están en condiciones de pagar todas las sumas que forman el total de la fracción de jornales del precio de todas las mercancías. Resulta obvio que la suma de los jornales pagados (incluyendo beneficios) sea también la suma de los precios, aparte del elemento de usura que contienen. Por lo tanto no podría haber escasez de poder adquisitivo, ni existir el paro. Lo que se paga en jornales en todo el país es expresado en el precio total de todas les mercan-

cías, y éstas serán, en consecuencia, todas vendibles, y nadie carecerá de clientes para sus mercancías o servicios. En otras palabras, la parte del precio de un artículo que representa el pago por la mano de obra, puede ser pagado por los que hacen el trabajo.

Pero aquella parte del precio que se destina al pago del interés sobre un préstamo sólo puede ser pagado por los que a su vez tienen el recibo de tal renta, además del sueldo por el trabajo realizado. Y de tal modo llegamos a la escasez de poder adquisitivo, puesto que sólo la minoría gana el interés, y tal escasez se concentra en los más débiles económicamente, que se ven privados de todo poder adquisitivo, es decir, que están en paro. Podría demostrarse al efecto que hay una relación numérica entre la proporción de gente parada y el tipo de interés vigente.

Sin embargo, la descripción de la ganancia de intereses debe ser calificada. Es económicamente perjudicial, por ser también antinatural, que alguien pueda ganar interés indefinidamente sobre un préstamo que no está sujeto a ninguna amortización. No existe nada comparable en la naturaleza; es una proposición semejante al movimiento contínuo, conocido como física y matemáticamente imposible. Por otro lado, el préstamo de ahorros encaminado a la verdadera capitalización del negocio es útil, con la condición de su reembolso durante un período razonablemente corto, en plazos conveniente. En tal caso no habrían «corto-circuitos» de dinero en pagos inútiles para la producción y otros propósitos constructivos, y no habría dilación excesiva en la circulación económica, con el dinero estancado en el extremo «capitalista» del sistema económico.

Esto nos conduce a la segunda manera de enfocar la cuestión del paro, si otra vez eliminamos la máscara más o menos artificial de este fenómeno. Si el dinero puede proporcionar un interés en el extremo productivo del sistema económico siempre tenderá a ir «hacia arriba», dejando al mismo tiempo seca la parte de «abajo», el extremo adquisi-

dor. Aparecerá una tendencia hacia la superproducción subvencionada, y una escasez correspondiente de poder adquisitivo (1). Y esta escasez, como hemos observado, tiende a concentrarse en los miembros más débiles de la comunidad, privados entonces de todo poder adquisitivo, o sea que están en paro. Si existiera una adecuada amortización de préstamos, el dinero circularía más rápidamente hacia la producción de mercancías de calidad y aumentaría en general el poder adquisitivo, para poder equilibrarlo con la producción.

La inflación oculta estas manifestaciones de los defectos del sistema de usura porque ocasiona la constante «transfusión de sangre» que tiene la misión, por así decirlo, de mantener un poder adquisitivo artificial que al mismo tiempo da al organismo más «sangre» —es decir, dinero— de la que realmente necesita en tales circunstancias, teniendo en cuenta el nivel de producción. De ello se desprende lógicamente que las autoridades responsables de estos asuntos tiendan a crear un extenso Servicio Civil, se alegren de tener una excusa para ampliar el armamento, etc., todo lo cual hace posible la puesta en circulación del dinero excesivo. Incidentalmente, aquí no hay sugerencia de pacifismo; esta observación concierne puramente a la economía, y se da por descontado que en ciertas circunstancias es esencial un rearme adecuado. Es cierto, sin embargo, que los banqueros están demasiado a menudo tras el telón de las guerras y de los rumores de guerra.

Finalmente, en relación con el problema del desempleo y de la inflación, hay que recordar que todos los intrumentos de cambio se convierten en un préstamo que lleva consigo la carga del interés. Los Banqueros disponen de 100 libras en beneficio de su acreedor, y le piden después de tiempo determinado, un año por ejemplo, 105 libras. Ahora bien, puede ser que el acreedor haya negociado provechosamente con ayuda del préstamo recibido y esté en la

(1) Este efecto lo acentúa el hecho de que el origen de todo él dinero en circulación sea un préstamo a interés.

posibilidad de devolver una cantidad mayor que la que recibió. Pero el sistema económico en conjunto no puede devolver a los Bancos cantidades que excedan el volumen fiduciario puesto en circulación.

Síguese, por lo tanto, que el sistema económico en conjunto tiene que buscar esas cantidades que suponen sus intereses a los Bancos, y comprometerse así a nuevos intereses por los nuevos préstamos, intereses que, a su vez, han de pagarse de la misma manera.

Aquí hay que notar que los beneficios obtenidos por los individuos, dentro del sistema general financiero, se reflejan en la creación de nuevas cantidades monetarias que van en parte unidas a un aumento en la producción lo que disminuye su efecto inflatorio. Pero fenómenos como el desempleo o la reducción de valor adquisitorio tienen lugar en el tiempo que media entre el momento en que el pago adicional se hace al Banco y el tiempo en que ese dinero es abrocado y puesto en circulación. El único medio de impedir ese efecto es mantener un constante equilibrio entre la producción y la entrega de moneda. Pero estos problemas serán más largamente estudiados en capítulos siguientes.

IX

LA ESENCIA DEL CAPITAL FINANCIERO

Si el sistema bancario es la parte más importante de la entera conspiración con la que los materialistas dominan el mundo, el método de financiación de la mayoría de negocios en el mundo moderno —la responsabilidad limitada y demás compañías, propiedad de los accionistas y dirigidos por gerentes a sueldo y no por sus propietarios— es otro aspecto complementario y muy importante de la conspiración. La financiación bancaria y de compañías, con su secuela de las Bolsas de Cambio, forman juntas la estructura esencial del capitalismo, y la básica característica de ambas es la usura.

Si en los viejos tiempos históricos era normal que cualquier empresa, ya fuera una granja, una tienda, un barco o un taller, fuese propiedad de un indivíduo o de una sociedad, gradualmente se extendió la práctica de convertir las sociedades personalistas en compañías anónimas. Pero largo tiempo se mantuvo el antiguo principio de propiedad y responsabilidad directas. Los miembros de una compañía seguían siendo propietarios conjuntos en un sentido personal, y ninguno de ellos podía dar o vender su parte en el negocio sin el consentimiento de los demás.

Pero poco a poco se fue imponiendo una nueva práctica. Una parte de la propiedad y los beneficios de un negocio se hizo transferible a voluntad y el negocio en cuestión ya no estaba dirigido por sus legales propietarios, los accionistas, sino por los directores, hombres empleados para tal pro-

pósito. Las compañías fueron degenerando cada vez más en corporaciones impersonales y los accionistas se convirtieron en meros propietarios del derecho a beneficios o dividendos fijos, con voto algunas veces en las reuniones de la compañía, pero de ningún otro modo ligados al negocio. En el verdadero sentido, los propietarios legales vinieron a ser meros parásitos, aunque su posición fuera, y siga siendo, explicada y justificada porque son ellos mismos (o los herederos de aquéllos) quien proporcionaron el capital de la sociedad, comprando con ello el derecho a los beneficios.

No obstante, ya hemos observado que tal capital no es un capital activo, sino pasivo. Y en la actualidad hay pocos negocios que no estén gravados, teóricamente para siempre, con este pasivo. Hemos visto que el verdadero capital de un negocio son terrenos, dinero en efectivo, máquinas, edificios, producción. Es cierto que fueron originalmente comprados con el capital monetario aportado por los primeros y subsiguientes accionistas, pero existen poco negocios en que el valor real del capital en acciones tenga cualquier relación con el valor en efectivo del capital real. El capital en acciones es solamente el derecho del usurero sobre el trabajo productivo de la compañía – sus gerentes y trabajadores. Pero aquel capital financiero (el que da el nombre al «capitalismo») es el que controla la empresa. El prestamista dirige aquí el trabajo productivo, como dirige el dinero en general.

Al igual que en el sistema bancario, también en la propiedad nominal anónima y colectiva del comercio y la industria, donde la gerencia permanece en manos de los expertos, es un sistema que ha crecido gradualmente y, hasta un punto considerable, orgánicamente. Debemos reconocer que estas características confieren al sistema capitalista su no despreciable fuerza y estabilidad y le permiten funcionar relativamente bien y ser generalmente aceptado como completamente natural, tan natural como la propiedad directa de las posesiones y los medios de producción. Es la general fuerza motriz de los mesianistas materialistas que confirió al desarrollo

económico y social y al cambio político su dirección y carácter específicos y que condujo a resultados especiales que, a la larga, son tan perjudiciales para los mejores intereses morales y materiales de la humanidad.

La efectiva sutilidad del sistema reside en parte en su secreto, y en parte en el hecho de que una creciente proporción de individuos, ahora ya casi la mayoría, se está convirtiendo poco a poco en cómplices activos del engaño que se halla en la raíz del juego. Más y más gente usa los bancos; más y más gente se convierte, o quiere convertirse, en accionistas de distintas compañías y corporaciones. Se mantiene constantemente el engaño de que el sistema es natural y beneficioso, y de que, lejos de ser un método de finanzas dominado por un pequeño grupo de financieros, es una forma legítima de actividad económica que aspira a extender a todos sus beneficios, mientras, al mismo tiempo, difunde extensamente el poder económico —siendo enteramente democrático y sujeto al control popular.

Debemos comprender que, del mismo modo que no podemos ser expertos y eficaces doctores en medicina sin largos años de estudios y experiencias, tampoco podemos ser expertos en política y económica a menos que poseamos una información completa de todas las técnicas y métodos en uso, y tengamos suficiente experiencia práctica. De hecho la mayoría de nosotros no poseemos los conocimientos requeridos. Nuestro presunto control de los procesos políticos y económicos es un engaño; el real y absoluto control está por entero en manos de muy poca gente, que a su vez disfruta de la mayor parte de los beneficios.

Debe mencionarse de paso que este desperdicio de dinero y este corto-circuito masivo de los medios de cambio a través de caminos que no conducen a la productividad, es un mal muy auténtico que confiere un auténtico perjuicio a la humanidad. Podemos hacer notar, por ejemplo, que una gran parte de mercancías y servicios producidos bajo condiciones «capitalistas», no sólo está gravada con un interés de

usura enteramente injustificado, sino también con enormes gastos de publicidad que, en las amplias esferas de la vida económica, se elevan hasta un 80% del coste total al público. Por añadidura, hay enormes impuestos que sirven para pagar intereses más que para cubrir gastos útiles.

Existen negocios que no poseen más medios de producción que una máquina de escribir y los muebles de oficina, y no obstante puede tener un considerable capital en acciones. De ahí que el valor de este capital no sea el reflejo del valor de los verdaderos medios de producción, que pueden ser la inventiva o imaginación de un hombre, sino la proyección sobre un plano abstracto de los beneficios del negocio considerados como interés y relacionados con el tipo de interés vigente. En términos más simples, si el tipo medio de interés vigente es de 5%, entonces el valor de las acciones de una compañía será de unas veinte veces el beneficio de un año determinado. Así una inversión de 100 libras esterlinas dará 5 libras por año, sin tener en cuenta el valor real de las acciones.

En este punto podemos dar algunos ejemplos para ilustrar el cálculo del valor y el papel del capital financiero. Sobre una base del valor monetario y los precios de la pre-guerra era posible construir una casa en Inglaterra por, digamos, 1.000 libras. También era posible alquilar una habitación de una casa pequeña por 1 libra a la semana, o unas 50 libras por año. Por lo tanto, una habitación de esta casa daría un adecuado tipo de interés (un 5%) sobre 1.000 libras, aunque tal fue el precio de la casa entera. De este modo, cualquiera que alquile y arriende dos habitaciones de una casa así, puede fundar una compañía limitada o anónima con un capital mayor que el coste de la casa. De hecho tal compañía podría obtener el control o la propiedad de la casa sólamente por manipulación financiera. Sin embargo, sus propias operaciones carecerían de cualquier real base financiera, y más aún de esfuerzo constructivo.

Por añadidura, otra persona o compañía que poseyera,

supongamos, un 40% o menos de las acciones de la compañía de la habitación, podría esgrimir un control efectivo, ya que es bien sabido que cuando se convocan reuniones anuales de accionistas para votar sobre los asuntos de la compañía, es seguro que los que tienen un 30% del derecho de voto serán la mayoría de la reunión, puesto que pocos accionistas se molestan en asistir. Pues bien, arrendando las habitaciones a distintos alquileres, por ejemplo, un año a 49 libras anuales y otro año a 52 libras anuales, la compañía dirigente podría determinar los cambios en el precio de las acciones de dichas habitaciones en la Bolsa. Esta «útil» operación produciría un beneficio por especulación, y éste a su vez se reflejaría en un capital de acciones. No obstante, la verdadera base de la segunda compañía sería aún más efímera que la de la primera. Pero el control de la casa y de sus beneficios estaría en manos de los parásitos y sus abstractas operaciones de préstamo.

Con ayuda de tales métodos y técnicas los financieros logran y mantienen el control de la vida económica y se adjudican la mayor parte de los benefiicios sin el proporcionado esfuerzo constructivo. Pero si los beneficios del negocio se convierten en interés fijo o variable sobre las acciones o deudas de las compañías, una gran parte del dinero obtenido como impuesto sobre la renta es destinado al pago del interés sobre la Deuda Nacional, pasando a ser así el «capital» del Estado.

Aquí sólo hemos intentado hacer notar los hechos básicos de la economía, los esenciales decisivos. Señalamos las claves del poder económico, y por lo tanto también las del poder en general. Trazamos el perfil de algunas de las principales consecuencias negativas del sistema conocido como capitalismo, aunque no lo hacemos para sugerir las virtudes de la propuesta alternativa —el socialismo.

No es el propósito de este libro describir en detalle todos los aspectos prácticos del capitalismo moderno. Esbozamos

sólamente las principales características que puedan ilustrar nuestra tesis general.

Aquí es necesario un prólogo. Los que tenemos ya una edad madura, y los que son mayores que nosotros, recordamos los tiempos en que las monedas de oro estaban en uso. Los billetes de Banco eran fácilmente cambiables por oro, lo que llevaba naturalmente a un tipo fijo de cambio para cada tipo de moneda, cuyo valor estaba en relación con la cantidad de oro que en su aleación llevaban.

Ni el crédito ni los billetes de Banco hubiesen sido aceptados sin estar bien respaldados por oro; y algunas experiencias demostraron que la falta de esa estrecha relación con el metal precioso hacía posible una peligrosa inflación.

Sin embargo, la razón decisiva que ha llevado a retener, de otra manera, el patrón oro hasta hoy, es que hace posible un control centralizado del crédito y de la Moneda por los financieros, que se cuidan muy bien de tener la mayoría del oro bajo su control efectivo. En ausencia de todo patrón oro podría llegar el caso de que algunos Bancos particulares, o algunos Estados, intentasen lanzar sus propios patrones en competición con los de aquellos usureros. Pero, mientras éstos detengan el oro, pueden mantener la ilusión de que cualquier otra moneda resultaría sin valor alguno, y así pocos, o nadie, la aceptarían en los pagos ni como préstamos.

En términos generales, el patrón oro significa que si el comercio entre dos regiones lleva a una de ellas a una deuda que no puede ser pagada con mercancías o con servicios prestados, tiene que ser pagada con transferencias de oro, o por un préstamo del acreedor al deudor, naturalmente a interés.

Ahora, en condiciones normales, cuando el problema se estudia a la luz de hechos básicos y desprovistos de consideraciones financieras, el comercio es un mero asunto de intercambio, de tráfico, de bienes o de servicios. Tantas toneladas de patatas compran tantos automóviles; tantas hor-

quillas compran transportes, o seguros; tantas patentes de invención compran tantas toneladas de trigo, etc.

La Moneda, las Letras de Cambio y otros instrumentos parecidos no son sino medios de comercio, pero no puede darse ningún provecho importante para ningún país determinado en el terreno de un aumento de bienes o de servicios recibidos puesto que el valor de lo vendido debe ser igual al de lo comprado. Toda exportación que supere el valor de lo importado es un despilfarro, ya que nada tangible se recibe por ella. Así es a la luz de la ley natural.

¡Pero no es lo mismo para los usureros! Al contrario, como ya hemos dicho, para ellos resulta esencial un exceso de exportación, porque la importación de oro es muchas veces inútil y en cambio la posibilidad de prestar dinero es siempre grata a los financieros. Realmente, a no ser que haya regiones que normalmente tengan un exceso de exportación y favorecen así las oportunidades de continuos préstamos (como sucede con las naciones subdesarrolladas), la fraternidad financiera internacional no podría tener moneda internacional, como no puede crear moneda nacional en cada país.

Sin un comercio equilibrado las finanzas internacionacionales morirían. Para mantener esas oportunidades y continuar sus maquinaciones, tiene que forzar a los Gobiernos, especialmente en regiones como América, a establecer tarifas que favorezcan las exportaciones y dificulten la importación.

De esta manera los mesiánicos materialistas han podido acaparar más oro, y así el centro del poder global financiero son los Estados Unidos. Este es un gran paso hacia el Gobierno Mundial Socialista: primero el Mundo esclavizado por el imperialismo del dólar y luego, como se ha dicho en otra parte, se hace llegar al Socialismo.

Naturalmente las regiones de gran poder industrial como América, Inglaterra, Alemania, Japón y otras reciben el interés de los préstamos que hacen bajo la forma de entrega de mercancías o de prestación de servicios puesto que la mo-

neda acumulada es inútil si no se convierte en beneficios tangibles. Pero como consecuencia de esto esas regiones piensan y obran como si necesitaran exportar para vivir, mientras que ese exceso de exportaciones las lleva a un río siempre creciente de «exportaciones invisibles» de materias en bruto o de alimentos con los que los precios locales no pueden competir debido a la elevación de los salarios. Se imponen tarifas para proteger esas exportaciones, al mismo tiempo que para asegurar que resulten mayores que las importaciones, y la consecuencia es un caos siempre creciente. En la práctica, los financieros se ven forzados, para que su sistema pueda funcionar, a buscar continuamente nuevos mercados. Esta es la razón fundamental de la rápida y peligrosa «liberación» de Asia y de Africa del «colonialismo». Los dirigentes de la alta finanza no tienen el menor interés en la libertad ni en el bienestar de aquellos pueblos; pero tienen muchísima prisa en provocar una situación en la que puedan ser ellos prestamistas a gran escala.

Pero hay también otros factores: si todos fueran las riendas de los prestamistas, la Alta Finanza no tendría más que dar órdenes a los Jefes de Gobierno demócratas y capitalistas, a los Ministros de Hacienda y a los de Asuntos Exteriores, y hacerles utilizar obedientemente ese sistema como instrumento de trabajo. Y sin embargo, los Señores de las Finanzas han declarado hace mucho tiempo la guerra al Colonialismo, y están atrayendo a su punto de vista a Inglaterra, a Francia, a Holanda, a Bélgica y a otras Naciones. Las verdaderas razones para ello son las consideraciones de que es más fácil y menos aventurado el dominar, digamos, Africa directamente por medio de torpes y corrompidos políticos negros, donde no hay posibilidad de ser envueltos por la opinión pública occidental ni por posibles movimientos de derechas, y donde es más fácil allanar el camino de los préstamos capitalistas al Gobierno Mundial socialista. Es un camino que ofrece poca resistencia hacia objetivos de mayor importancia.

Sin embargo, esa carga siempre creciente de deudas y de intereses tiene que llevar, inevitablemente, a una catástrofe. Vendrá un día en el que todo el sistema se venga abajo. Ya ahora la Deuda Nacional en Estados Unidos es mayor que todo su valor total; y aun así de inmenso, esa Deuda crece cada año en muchos millones: ¡Y algo así es lo que sucede en otras partes!

La proximidad del día en que el Mundo entero esté bajo el Socialismo, o en un estado de «saturación de deudas» y bajo un control absoluto, será el momento del final del Capitalismo y la era de una esclavitud socialista universal. Sólo una oportuna reacción en contra puede aún salvarnos. Y para ello lo esencial es la difusión de estas enseñanzas.

Pero hay un aspecto del capitalismo que merece ser mencionado, y es la institución de la responsabilidad limitada. La legislación que aprobó la legislación de esta muestra de descaro capitalista la puso en vigor hace sólo cien años y a menudo mucho menos; en general, las compañías limitadas nacieron dentro del período de una vida normalmente larga. No obstante hoy en día son tan universalmente aceptadas que existen pocos negocios en los países adelantados que no sean dirigidos como compañías limitadas.

La proposición básica de la responsabilidad limitada es que una compañía que posea un negocio no es responsable de las deudas de dicho negocio más allá del volumen de su capital nominal, es decir, que el único dinero arriesgado por los relacionados en cualquier cantidad con la fundación y la marcha de una firma es la suma invertida originalmente, que se presta a interés o por una parte de los beneficios. Como no existe ley alguna que impida a una compañía hacer negocio en cualquier escala, puede suceder, y sucede a menudo, que una firma con un capital nominal de, supongamos, 100 libras o una cantidad similar en cualquier otra moneda, comerciará con un giro anual miles de veces mayor que el capital teórico, mientras que, naturalmente, las posibles responsabilidades son a proporción igualmente mucho mayo-

res que la suma que se supone ha de cubrirlas. En resumen, un individuo o grupo de personas puede complicar a otras en enormes riesgos, mientras ellos están personalmente a salvo de cualquier reclamación o responsabilidad que supere la pequeña cantidad arriesgada en un principio. Es obvio que tal institución constituya casi una invitación al fraude y a menudo se abuse de ella. La entera proposición es totalmente inmoral. Equivale a la fórmula de que los ingresos de los comerciantes son legalmente suyos, pero las pérdidas son también legalmente las de sus acreedores, que ni siquiera fueron consultados acerca de las operaciones que condujeron a las pérdidas y todavía menos avisados de una posible debilidad por parte de la firma.

La única «justificación» de esta inmoral y fraudulenta institución puede constituirla el que, si los inversores, es decir los accionistas de varias compañías, fueran personalmente responsables de las pérdidas, entonces las grandes cantidades de pequeños inversores, que aportan tanta parte del dinero que ayuda a mantener a flote en la Bolsa a tantas compañías y a sostener el juego de los especuladores, se abstendrían de arriesgar su dinero o pedirían tan detallada información sobre los negocios cuyas acciones se proponían comprar, que la competición comercial y en especial la especulación resultarían difíciles o imposibles. El dinero ha de obtenerse sin que se hagan demasiadas preguntas; hay que proteger la anonimidad de los grandes negocios. Los franceses son lógicos; para ellos las compañías limitadas son «societés anonymes». El nombre traiciona al espectáculo.

Para concluir hay que observar que los financieros mantienen su control sobre la vida económica y recogen sus beneficios por medio de varias actuaciones. No sólamente controlan la emisión monetaria, obteniendo de ello una renta de intereses y otros ingresos, sino que también controlan la mayoría de compañías limitadas, incluyendo las mayores y más importantes. Esto se logra por el hecho de que los accionistas relativamente menores son suficientes para asegurarse

la mayoría en las juntas de la compañía, como ya se ha observado, y también manipulando la elección y la actuación de los directores. Estas técnicas, basadas en la ley desarrollada bajo la presión de los financieros en todos los estados capitalistas, han puesto todos los negocios en manos de los financieros.

Pero, repetimos, en la mayoría de casos no han obtenido el control a través de una inversión masiva de su propio dinero. El método no es tan crudo como para exigir de los financieros la exposición de todo su capital. Por lo contrario, como los prestamistas han sido capaces de hallar el medio de ejercer pleno control aunque no hayan invertido más que una pequeña parte del «capital» original, están en posición de financiar la mayoría de negocios a costa del hombre de la calle, lo cual es casi literal, ya que el número de personas convertidas en pequeños accionistas aumenta cada día. Y también una gran cantidad de gente financieramente insignificante que son inversores indirectos por tener dinero en los seguros de vida, en fondos de sindicatos obreros, en cajas de ahorro y muchas cosas más.

Así es que las dos muelas principales que desmenuzan al productor económico por trabajo manual o mental son, respectivamente, los medios de cambio sacados de la nación por los financieros como un préstamo a interés, y las compañías de responsabilidad limitada. Ambos, y en un sentido muy real, han adquirido para los financieros los verdaderos valores producidos por toda la actividad económica. Y han desposeído a los productores de todo control, directa o políticamente, a través de parlamentos y gobiernos. El socialismo es la única conclusión lógica de este proceso, a menos que todos despertemos.

X

LA SOLUCION DEL PROBLEMA ECONOMICO

La solución efectiva de los defectos del capitalismo no la proporcionan en ninguna forma o grado ni el socialismo ni el marxismo. Por el contrario, sabemos que en la práctica el socialismo puede llevar a las condiciones más terribles.

Si reducimos a esenciales básicos todo lo conocido sobre el sistema de usura, dejando aparte la discusión de las cuestiones complementarias, tales como el oro, el comercio exterior y muchas otras cosas, la importancia de las cuales no negamos, llegaremos a la fórmula siguiente, a esta solución: *El poder de emitir moneda en cualquier forma, debe revertir al Estado y dicha moneda ha de emitirse libre de deuda e interés. El volumen de emisión, la cantidad de dinero en circulación (o la cantidad a retirar en caso necesario), debe determinarse por el índice de precios y el valor del medio de cambio, es decir, el nivel de precios, debe mantenerse estabilizado. El nuevo dinero adicional puesto en circulación pagará los gastos gubernamentales y reducirá los impuestos, y la autoridad en control de la emisión monetaria deberá ser una corporación similar al tribunal supremo, y estará compuesta de individuos competentes y dignos de confianza, designados de por vida, e independientes de todo interés privado. Y finalmente, la ley no podrá obligar a la cancelación de ninguna clase de deuda a menos que haya provisión adecuada para la amortización dentro del tiempo durante el cual el valor real creado por el préstamo habrá desaparecido, con provi-*

sión también para un período máximo de reembolso que sea el tipo total de interés que grava el préstamo y que debe consistir de una fracción como compensación por el servicio rendido por el préstamo (beneficio), una fracción como seguro contra pérdidas, y finalmente una fracción, que constituya el total, para el reembolso o amortización a plazos, aunque cualquier deuda pueda pagarse antes. Por estos medios sencillos se eliminará la organización entera de usura que controla la emisión monetaria y la financiera del Estado y los negocios. En su lugar habrá un natural y beneficioso sistema económico.

Y no obstante, esta fórmula, además de ser una respuesta completa y práctica a los problemas nacidos de los defectos del sistema capitalista, es técnicamente fácil de introducir y no alteraría los actuales usos monetarios y comerciales de la mayoría. Incluso la mayor parte de la propiedad existente, incluyendo los ahorros monetarios en casi todas sus formas, permanecería intacta. La solución recomendada aquí es revolucionaria y fundamental, pero no es destructiva. No constituiría un choque, sino un alivio; no sería un freno, sino una liberación. Asegurará un grande y rápido desarrollo económico en todos los países que lo adopten, y no sería necesario hacer el cambio requerido en todos los países simultáneamente, puesto que los intercambios comerciales entre países con la antigua y nueva organización económica no se alteraría en su mayor parte.

Al considerar la fórmula de una solución a lós problemas planteados por el actual sistema capitalista, debe tenerse en cuenta que la técnica bancaria proporciona a los banqueros un enorme tipo de interés, incluso suponiendo (y ya sabemos que tal suposición es errónea) que cuando los banqueros prestan dinero, en realidad poseen por lo menos un diez o un veinte por ciento de la suma entregada. Si el resto, es decir, el ochenta o noventa por ciento, es dinero sacado de la nada por los banqueros, por medio de una mera entrada en sus libros, entonces se desprende de ello que un 5 por ciento

nominal sobre el préstamo es de hecho un 25 por ciento o un 50 por ciento por año, es decir, de cinco a diez veces la cantidad nominal. Por añadidura, los billetes de banco en posesión de los bancos tampoco son en realidad suyos, sino que los obtienen del gobierno o del banco central a cambio de dinero en cheques, o sea, una entrada en los libros.

Además, no hay que olvidar nunca que existe una diferencia entre el dinero prestado para su simple gasto y el prestado para la producción. El primero no puede ser reembolsado dentro de la contextura de su propia influencia; por el contrario, puede ser que su reembolso sea improbable. En consecuencia, caso de tener que admitir un préstamo a interés, tendría que ser solamente para la producción, para la creación de nuevo capital, ya sea maquinaria, preparación de campos para la cosecha o cualquier otra inversión productiva. El hambriento no necesita un préstamo a interés, sino la caridad cristiana; el extravagante necesita ser restringido y reformado.

Las únicas personas que perderían algo son los prestamistas, usureros y banqueros de todas clases. Terminaría su dictadura sobre la mayoría de los negocios humanos a través de su control monetario. Pero no serían exterminados. Aún podrían jugar un activo y útil papel en el nuevo sistema de cosas, ganándose decentemente la vida. Si la función de emisión monetaria es devuelta al Estado y el control de su volumen es un deber público y no una oportunidad privada, y los banqueros son desposeídos de los beneficios de la emisión y del interés que pueden recoger ahora en todos los países no comunistas sobre todos los medios de cambio en circulación, los banqueros podrán seguir realizando las muy necesarias funciones de agentes privados del Banco Central u Oficina de Emisión, o cualquiera que sea la institución responsable. Pueden también actuar como agentes de aquellos que acumulan ahorros que deseen invertir, y reinvertir a medida que reciban los reembolsos. Finalmente, los banqueros también pueden prestar servicios técnicos, tales como dirigir

cuentas corrientes, que serán verdaderos depósitos de dinero ganado y poseído, no prestado; teniendo a su cargo transferencias, cheques, documentos de cargo y letras de cambio, etc., todo ello por una comisión razonable. Podrán prestar tanto dinero como hayan acumulado de los beneficios y ganar interés sobre él. Naturalmente, los cheques ya no serán de origen préstamos a interés, sino que simplemente formarán parte del dinero en circulación. Serán, como ahora, un conveniente medio de cambio.

Pero el que en el futuro las deudas no quedarán permanentemente sin reembolsar no significa que las inversiones actuales tengan que tratarse de otro modo que como deudas sujetas a amortización. Unicamente habría que prescindir por entero de las deudas puramente especulativas y financieras, que son el complemento de las operaciones monetarias de los banqueros. De este modo una gran parte de la Deuda Nacional tendría que ser anulada sin compensación, aunque la parte basada en el verdadero ahorro de individuos o grupos sería reembolsada a plazos como las otras deudas.

Al ser reembolsado el «capital» de distintas firmas, la propiedad de tales empresas se concentraría en unos pocos en cada caso, y es seguro que los directores efectivos de todo negocio acabarían siendo también sus propietarios responsables. Así la dirección y la propiedad volverían a ser sinónimos, que es lo normal. Es evidente que cambiaría la idea de la responsabilidad limitada, y en lugar de la especulación existiría solamente la responsabilidad creadora.

Por otro lado sería otra vez posible que una persona o un grupo de emprendedores crearán sus propios negocios y los desarrollarán con un pequeño capital inicial.

Hay que observar a este respecto que cualquier forma de propiedad cooperativa, incluyendo la copropiedad de directores y trabajadores, no se halla de ningún modo incluída en la crítica general de la propiedad de negocios por grandes cantidades de accionistas anónimos. La cooperación puede ser una forma muy útil y saludable de actividad económica, ac-

tualmente algo desacreditada a veces por haberse convertido en instrumento de la política de izquierdas.

Pero como regla general, teniendo en cuenta la naturaleza humana, es la propiedad, iniciativa y responsabilidad privada la que da mejores resultados en todas las formas de actividad.

Una moneda estable y libre de deuda ya no sería el juguete de los jugadores de fortuna, una mercancía para comprar y vender. Pero también los bonos y certificados de todas clases de la Deuda Nacional, y cualquier acción de compañías y corporaciones públicas y privadas dejarían de ser objeto de permanente especulación. Comerciar con tal papel sería imposible, y desaparecerían las Bolsas en su forma actual. Sin embargo, aquí tampoco hay que creer que serían eliminados todos aquellos que trabajan en relación con las inversiones. Por el contrario, sus conocimientos y experiencia podrían ser útiles en las nuevas circunstancias, ya que complementarían el trabajo de los nuevos banqueros en la esfera de las reinversiones del reembolso de préstamos y en la inversión de ahorros. Sería probablemente mucho mejor que la determinación de la probidad de distintos solicitantes de préstamos estuviera en manos de firmas privadas, con más experiencia y conocimientos locales que los empleados administrativos.

El nuevo sistema aquí esbozado colocaría en su lugar al poder económico y eliminaría la explotación de la comunidad por los parásitos. La vida económica de las naciones ya no encontraría obstáculos para su desarrollo ni estaría sujeta a los peligros de la crisis, la inflación y los impuestos excesivos. En efecto, los impuestos se reducirían a una pequeña fracción de su nivel actual, ya que tanta parte de ellos se destina al pago de intereses sobre la deuda pública, y además, la emisión monetaria en manos del Estado proporcionaría al Ministerio de Hacienda una nueva fuente de ingresos, reduciendo así mayormente la necesidad de los impuestos. La nueva atmósfera realizaría inmensos cambios favorables.

No solamente dejará de existir la terrible elección entre el capitalismo de usura y el comunismo, con un tiránico Gobierno Mundial como único resultado, y entre la aniquilación atómica y la esclavitud mundial. Los estados y las naciones serán libres para desarrollarse y cooperar provechosamente. Habrá un equilibrio natural entre el trabajo y el dinero, y entre precios y salarios, ya que se reflejarán mutuamente los unos en los otros y por lo tanto no habrá necesidad de constantes huelgas y malestar con el fin de forzar el sistema de parásitos a pagar un salario razonable. En condiciones de verdadero equilibrio siempre habrá demanda de trabajadores, siendo así inevitable el pago adecuado. Pero no habrá una demanda de trabajadores excesiva antinatural que les permita pedir salarios y condiciones injustificados, desproporcionados con su producción. La actual oposición aparente entre la gerencia y el trabajo se convertirá en una cosa del pasado, como también la convivencia social y económica de la diferencia de clases, aunque, naturalmente, distintas capacidades y esfuerzos conducirán a distintos resultados y recompensas.

Arrebatadas las palancas del poder de manos perniciosas, serán innecesarios el secreto y la jerga ininteligible en relación con la economía. Los procesos de la vida económicamente controlados e imposibilitados de volver a los antiguos métodos, esencialmente basados en un fraude de verdaderamente magníficas proporciones si tenemos a la vez en cuenta la extensión y el tamaño de sus operaciones y el largo período de tiempo durante el cual permanecieron enmascaradas frente a la mayoría de gente de todos los países, a pesar de su enorme poder; o quizás fue precisamente este poder lo que las protegió tanto tiempo. Pero el factor principal que hizo posible el mayor engaño de todas las épocas fue la mezcla de ingenuidad y codicia que tantas generaciones han exhibido en todos los países. También, similarmente, la mayoría de nosotros se traga los más asombrosos engaños po-

líticos, cuyo pleno descaro es sólo aparente a una pequeña minoría. Pero de ello hablaremos más adelante.

Bajo un natural sistema económico desaparecería la clase de los parásitos y explotadores político-económicos, y esto es aplicable en partes iguales al capitalismo y al comunismo. Es el primero quien ayudó al segundo, su primo espiritual y en algún caso carnal, a establecer otra forma más lógica de explotación económica con su correspondiente idea y método políticos. En ambos casos, el materialismo y la codicia eran la misma fuerza motriz.

No sugerimos que pueda crearse una clase de gobernantes enteramente desprovistos de ambición y necesidades materiales que continúen siendo efectivos y eficientes, pero lo que sí afirmamos es que es imposible considerar la existencia y mantenimiento continuos en el poder de una clase de parásitos puros, esgrimiendo el poder únicamente gracias a sus beneficios materiales para la tal clase gobernante. Toda persona (y grupo) debe al final justificarse a los ojos de sus congéneres si quiere ser tolerada, y especialmente si disfruta del poder y sus derivados, ya sea en forma de prestigio, dinero, o ambos. Más pronto o más tarde la totalidad de la nación, el organismo social, expulsará o matará el factor supérfluo o parásito.

Al mismo tiempo es imposible la existencia larga y continuada de una clase de parásitos injustificados, por el hecho de que tal situación acarreará la decadencia de dicha clase. La fuerza y fuente de estabilidad relativas de los capitalistas residen en que muchos aspectos han justificado su riqueza y poder por las positivas contribuciones que han hecho a la vida económica y social. Eran parásitos moderados hasta que dejaron de serlo en las últimas fases de la decadencia capitalista.

Por otro lado, la clase de jefes comunistas, a pesar de todos los discursos en favor de lo contrario, no ha sido nunca más que una camarilla antinatural, perjudicial y puramente parásita, expresando en el fondo las formas más extremas

de parasitismo hacia las que los capitalistas se ven inexorablemente atraídos por la lógica de su propio sistema. Porque lo saben, es por lo que sus propios jefes han creado el socialismo.

Sin embargo, esto no significa que cuantos han seguido la corriente del capitalismo o del comunismo, en términos prácticos y no verbales, tengan que ser considerados como enemigos de la sociedad, incapaces de prestar en cualquier circunstancia servicios útiles. Por el contrario, aparte de aquellos individuos que hayan cometido serios crímenes (y esto incluye casi por entero a ciertos sectores de la jefatura comunista), es de desear que no solamente muchos de los que actualmente son banqueros o corredores de Bolsa, etc., sino también muchos de los que ahora, en los distintos países tras el «telón de acero», trabajan activamente como gerentes, administradores, científicos y demás, estuvieran dispuestos a desenvolverse en el sistema nuevo e inevitable del futuro.

El nuevo sistema, en muchos conceptos, tendría que aproximarse mucho a las concepciones liberales de la Inglaterra del siglo XIX o la América actual. El hombre de actividad creadora es el que debe ser más valorado económicamente, y el personal del engranaje dirigente, cuyo radio de acción y cuyo poder han de ser muy limitados, debe ser extraído de aquellos círculos que hayan alcanzado un éxito positivo social y nacional. Puede objetarse que en tiempos anteriores tal línea de conducta llevaba al fracaso y a consecuencias poco saludables. Ello es cierto, pero las razones han de buscarse en los defectos del capitalismo de usura, que acompañaban los esfuerzos para formar una sociedad realmente liberal. Lo que hacía imposible dar al sistema el equilibrio y estabilidad era su posibilidad de lograr beneficios excesivos, de acumular rápidamente una fortuna, y de hacer demasiado dinero por la usura y en especial por la manipulación del método de emisión monetaria.

Los hombres ricos se convertían artificialmente en demasiado ricos; su riqueza aumentaba gracias al sistema muy por

encima del valor de los servicios prestados a la sociedad o a la nación. Al mismo tiempo, las masas trabajadoras permanecían artificialmente demasiado pobres y su recompensa por un trabajo arduo y leal estaba muy por debajo de los valores reales que producían. Pero aún peor era el hecho de que el poder real, en vez de pasar a manos de, supongamos, los industriales, pasaba a manos de los banqueros y financieros, y políticos designados por ellos.

Bajo el comunismo, este producto del capitalismo del siglo XIX (un hecho demostrado incluso por los gustos de los jefes soviéticos, que son en todo victorianos), los defectos del capitalismo se han acentuado y acelerado. En ambos casos el poder ha pasado a manos de parásitos inútiles e incluso perjudiciales, y por lo tanto, inevitablemente criminales. Su materialismo típico no podía salvarlo de las perversiones.

Ahora es absolutamente necesario hacer la elección en cada caso individual. Si el mundo no ha de ser abandonado a la esclavitud final y al colapso moral y material, tiene que haber una contrarevolución positiva, constructiva y beneficiosa en el mejor sentido. No puede ser cuestión de un regreso a cualquier clase de pasado, sino un regreso al cristianismo orgánico y básico, a la ley natural en el sentido divino.

No sugerimos que haya que reemplazar al comunismo por un capitalismo restaurado, y todavía menos por un presunto socialismo demócrata – un engaño deliberado. Ambas expresiones del materialismo moderno – capitalismo y comunismo – deben dejar paso a una forma nueva, que es en esencia muy antigua. No será un sistema sin clases, ya que tal cosa no es posible ni deseable, pero será ciertamente un modo de vida en el cual el éxito de personas no implicará el fracaso de otros. Si un hombre o un grupo prospera, todos ganarán por ello, ya que habrán sido creados muchos valores, y no se habrán conseguido con técnicas monetarias como medio de adquirir algo más de lo producido por el valor real, de tal modo creando y robando a la vez, inevitablemnte. Y si algo es adquirido sin la correspondiente creación de un va-

lor real, entonces ese algo ha sido arrebatado a aquellos que son económica, social y políticamente más débiles e incapaces de evitar el robo, con tanta más razón cuanto menos comprenden los procesos que han llevado a ello y el hecho de que ellos han sido las víctimas de tales sucesos. Todo lo que dichas personas recibían a cambio era la mentira del socialismo, que no solucionaba su problema, sino que lo empeoraba. Lo que antes podía hacerse parcial y subrepticiamente por la usura, ahora se haría abiertamente y en formas extremas por el poder político, respaldado por el terror. Es una pobre compensación escuchar que se hace «en nombre del pueblo».

La teoría de la «Social-democracia» y similares es una abstracción superficialmente atractiva, en parte basada en una concepción errónea, fomentada por el marxismo, del factor clase. Siempre existirán diferencias entre la gente, funcional y cualitativamente, y en consecuencia siempre existirán las clases. Esto no es un mal en sí mismo, sino incluso un fenómeno útil. Otra confusión resulta de la incapacidad de distinguir correctamente entre la propiedad personal y su control bajo el socialismo como dos formas de la misma cosa, con una gran diferencia exterior legal y moral. Lejos de ser un mal, las clases pueden ser en ciertas circunstancias a la vez inevitables y útiles. Solamente los demagogos cínicos pueden valerse de los celos que a veces se despiertan y otras son fomentados. No obstante, lo que vale la pena atacar es cualquier forma de núcleo parásito y tiránico. Las clases útiles deben ser bien acogidas y favorecidas, ya sean artistas, científicos, industriales, comerciantes, granjeros o administradores.

Las reformas propuestas asegurarían no sólo el equilibrio entre la producción y el consumo sino también el que todo aumento de producción o de capacidad creadora sería inmediatamente apoyado por las fuerzas financieras y sin imponerle cargas injustas o destructoras. Así, la producción entera y el consumo crecerían rápida y provechosamente y asegurarían un bienestar material que hoy resulta inimaginable. Esto es de especial importancia en esta edad de la fuer-

za atómica y de automatismo en la producción industrial. Significaría que un número siempre creciente de personas tendría que trabajar muy pocas horas al día para lograr un nivel de vida satisfactorio, y que el disponer de tiempo para fines culturales sería patrimonio de todos. Sólo el cultivo moral e intelectual sería necesario en adelante para asegurar que esas oportunidades no serían despreciadas ni mal usadas.

XI

EL PAPEL DE LOS BANCOS BAJO UNA NUEVA ORDENACION

En los capítulos precedentes hemos discutido las estipulaciones básicas para un nuevo orden social y económico, conectado también con nuevos métodos políticos. Esas conclusiones son por sí solas suficientes como un esquema en el que pueden ofrecerse cierto número de soluciones en relación con las necesidades y la historia de cada región. Si ahora nos alargamos en algunos detalles relativos a la Banca y sus operaciones, lo hacemos en plan de discusión, como mirada a otro posible esquema más detallado.

Fundamentalmente nos encontramos con tres aspectos de la actividad económica: el Banco Central, u oficina de emisiones fiduciarias, que llamaremos el Banco del Estado; los Bancos particulares, que actúan en gran parte como agentes del Banco del Estado, y los clientes de esos Bancos. Independientemente del Banco del Estado hay un Comité cuya función consiste en determinar el volumen de moneda que debe ser puesta en circulación, y las cantidades que deben recogerse mediante la no renovación de préstamos y por los Impuestos. Cuando ha de ser acuñada nueva moneda, ello se hace sencillamente autorizando al Banco del Estado a anotar esa cantidad en sus cuentas de crédito. Después será puesta en circulación en forma de monedas, billetes o créditos bancarios que circularán preferentemente bajo la forma de cheques. Las proporciones entre todos se determinan sola-

mente por motivos de conveniencia: la demanda del público.

El Banco del Estado tendría tres principales fuentes de ingresos: los beneficios de la emisión, los impuestos, y los intereses de los préstamos hechos a bancos privados y clientes. Tendría también que cubrir diversos gastos: sus gastos propios y las necesidades del Estado: administración, defensa, diplomacia, etc., etc.

A los Bancos Privados les vendría el dinero de las fuentes siguientes: préstamos (sujetos a amortización) conseguidos del Banco del Estado, depósitos hechos por sus clientes, corretajes e intereses y amortizaciones de préstamos hechos por ellos a sus propios clientes y Seguros.

Es claro que si el Banco del Estado presta dinero a la Banca Privada y ese dinero ha de ser devuelto y entre tanto se ha de hacer nuevos préstamos, ello deja un beneficio al Banco Estatal. Por otro lado sucede lo mismo entre la Banca Privada y sus clientes, pero con la diferencia de que las operaciones con particulares son múltiples y siempre con personas distintas mientras que la Banca Privada está en contacto continuo con el Banco del Estado. Estos clientes de los Bancos Privados se dirigen a ellos para tres tipos de servicios: depósitos de dinero de los que se puede retirar éste bien por transferencias o bien por cheques, préstamos y créditos y la aceptación de préstamos de clientes que tienen ahorro, en cuyo caso la amortización puede ser endosada a los Bancos. Si el Banco del Estado exige intereses a los Bancos Privados lo hace porque administra el crédito de la Nación; y si presta a la Banca Privada sólo tendrá que cargar un pequeño seguro. De aquí se sigue que el total cargado a los clientes por la Banca Privada ha de resultar mayor. Su limitación vendrá solamente de la competición, ya que la Banca Privada no puede ser un monopolio. Además, si el Banco del Estado tuviera algunos clientes particulares, y no sólo la Banca Privada, aun cuando esto no lo hiciera competir con los demás Bancos siempre le daría una ventaja sobre ellos.

En esta situación, sería necesario establecer un nuevo tipo bancario: el tipo básico de interés cargado por el Banco del Estado, al que cada Banco Privado añadiría sus propios beneficios y que habría de ser tal que atrajese un volumen suficiente de depósitos, teniendo en cuenta que los que prestasen a los Bancos obtendrían intereses semejantes. Si el tipo de intereses es demasiado alto la creación de capitales se dificultaría y bajaría el progreso económico; y si fuera muy bajo, la gente que tuviera dinero preferiría gastárselo antes que entregarlo a agencias bancarias. Pero la determinación de ese tipo de intereses conveniente no presentaría grandes dificultades.

Y aquí puede notarse que el Estado podría, si quisiera, imponer economías mediante impuestos, al mismo tiempo que podría prestar a los Bancos particulares con un interés bajísimo, y aún con solo la obligación de amortizar. Pero olería a Socialismo el que el Estado aceptase dinero del público en general para prestarlo, ya directamente, ya a través de la Banca Privada y a un interés bajo, a los que quisieran capitalizar sus negocios en un sentido no financiero.

La posibilidad de prestar dinero a interés a través de los Bancos plantea el problema de la admisibilidad y aun de la necesidad de una clase acomodada. Algunos medios por los que podría también sostenerse serían la posesión de tierras o de casas, en negocios de toda clase, la mayor parte de estas formas pudiendo ser heredadas. Se dijo antiguamente que no puede haber cultura ni civilización sin esclavitud, es decir, que sus formas más perfectas no pueden desarrollarse ni mantenerse mientras que no haya una clase social que sea económicamente independiente durante varias generaciones. Pues la renta y la propiedad son las que ahora hacen de esclavos. ¡Sería difícil negar que aun en las actuales condiciones de vida el desarrollo de la cultura y de la civilización son deseables! Así, esa tal clase social es la que mejor puede proporcionar servidores imparciales e incorruptibles de todas clases«

Sin embargo, no serviría a los intereses del Estado y a la Nación como tal el que dicha clase social resultara demasiado numerosa ni demasiado rica, y habría un posible peligro en la excesiva prosperidad y en la aparición de una masa de rentistas que pronto serían una carga. Pero siempre pueden darse actores que equilibren ese peligro, como de que tomen medidas gubernamentales contra él. En primer lugar, inversiones a través de los Bancos que, estando sujetas a amortización no serían continuas si no hay nuevos prestatarios. En segundo lugar pocos empresarios tolerarían indefinidamente la carga de socios ineficaces y preferirían considerar sus aportaciones como préstamos. Finalmente, el arma de los impuestos quedaría siempre como un modo de podar el árbol de la independencia económica en cuanto fuera necesario.

Mas en cualquier caso hay que recordar que en las condiciones que acabamos de exponer, una clase financieramente independiente, o semi-independiente no se beneficiaría de las actuales teóricamente eternas deudas del Estado y de las empresas particulares, de la especulación, y especialmente del derecho de emitir moneda y prestarla a interés al Gobierno o a particulares. No se podría describir una clase acomodada como un parásito social y económico. Por otro lado habría mucho que decir, por ejemplo, acerca de la ayuda a la ancianidad y a la enfermedad mediante una buena administración más que por los esfuerzos de una Beneficencia Estatal dependiente de los votos de una masa improductiva e irresponsable. Así los necesitados podrían ser ayudados por la caridad tanto privada como oficial; pero no de manera que quedase establecido que dicha asistencia es un derecho. Ello destruiría el sentido de responsabilidad y llevaría al pueblo a aceptar un estado de mera esclavitud.

Como se ha dicho en el capítulo precedente, las inversiones a través de los Bancos se harían en favor de firmas pertenecientes a individuos o a compañías, o a cooperativas, directamente y no por medio de acciones. Con ellos la ne-

cesidad de una Bolsa de Cambio desaparecería, y lo que quedase de sus anteriores funciones sería absorbido por los Bancos en su nueva estructura.

Las deudas por la constitución de bienes materiales no se harían una carga permanente que pesase sobre la vida económica, pero sería pagada cuando los valores reales creados por ellas hubiese producido lo suficiente para cubrir ese pago. Es pues, importante el entender que lo que se acaba de proponer, aun cuando parecido al capitalismo es totalmente diferente de él. Aun cuando la vida, comercial continuase como hasta ahora, estaría libre de amenazas de crisis, de inflación y del peso de excesivas deudas. El verdadero progreso se limitaría sólo por el trabajo que el pueblo quisiera prestar y, contra lo que ahora sucede, se vería envuelto en posibles contingencias de depreciación de monedas. Es bien sabido que aparte de la fuerza atómica y de la automación, que están en vigor y que dominarán plenamente el futuro inmediato, la posibilidad de expansión económica y el mejoramiento del nivel de vida son tan inmensos que ninguno de nosotros las podemos siquiera imaginar. Sólo con liberarnos de las cadenas de la usura entraremos en la era de una extraordinaria prosperidad. Y he aquí la aparente, que no real, paradoja: parece que estamos predicando el paraíso de la tierra de los materialistas, cuando en realidad lo que hacemos es insistir en que sólo abandonando los dogmas y la técnica del materialismo podremos lograr la verdadera libertad y el verdadero progreso tanto material como espiritual.

Dos puntos deben quedar claros. Primero que aunque sea preferible que las inversiones se hagan a través de los Bancos privados para asegurar la selección de acreedores solventes, sería también preferible prestar directamente de particular a particular y de firma a firma, siempre previendo la amortización dntro de un plazo razonablemente corto.

Segundo que en las circunstancias propuestas, las condiciones en las que podría obtenerse ese ahorro serían contro-

ladas para lograr que tuvieran un volumen conveniente. Y el mismo desarrollo de todo el sistema económico se verificaría de manera que no produjese una deuda parásita y permanente. Este procedimiento no destruiría de manera alguna la máxima de que el dinero debe ser gastado pero no puesto en circulación.

Un sistema económico libre de toda apariencia de fraude, de usura y de parasitismo, no sujeto a crisis ni frenado por las imposiciones del Capitalismo que describimos en esta obra, proporcionaría indudablemente un maravilloso desarrollo de la producción acompañado de una reducción del tiempo empleado por tantas personas en actividades puramente económicas. En términos políticos, sociales, morales y psicológicos el problema no será ya en adelante el de vivir en un constante peligro y en una continua necesidad sino en una constante afluencia. El olvidar las virtudes del trabajo y del sacrificio, el pensar únicamente en beneficios con menos esfuerzo, eso es lo verdaderamente peligroso.

Solamente un verdadero y profundo acercamiento religioso a la vida puede dar respuesta a estos problemas. Es verdad que muchas regiones y razas enteras carecerán de ello durante mucho tiempo por ser aún incapaces de un esfuerzo organizado, eficiente y sostenido. Con todo no cabe duda de que las Naciones de la parte norte del globo obtendrán grandes beneficios en cuanto el sistema natural sea instaurado, como también las prolongaciones de Europa en Africa del Sur, en Australia y en Nueva Zelanda. Una fórmula para el control que pueda ser necesario, no es cosa que se pueda proponer aquí, y tenemos que contentarnos con establecer su necesidad.

XII

EL ATAQUE POLITICO DE LOS USUREROS

En cuanto se hicieron aparentes las posibilidades de usura en gran escala y todos sus fenómenos y derivaciones auxiliares, también vieron claro los que dirigían el juego que ciertos principios, costumbres, tradiciones, creencias y ciertos modos de gobierno y de vida constituían un obstáculo para el «progreso», para el desarrollo del sistema parasítico, cuyo lógico final tenía que ser la sujeción del mundo al gobierno de sus jefes.

Sería locura afirmar que todo lo que el mundo conocía antes del auge del capitalismo era perfecto. Manchada con el pecado original, la humanidad no puede aspirar al logro del estado perfecto en este mundo, pero cuando nos aplicamos con diligencia al estudio y la práctica del verdadero cristianismo y demás grandes y positivas influencias culturales, alcanzamos el verdadero progreso y tenemos el medio de mejorar. Sin embargo, teniendo todo esto en cuenta, sería posible afirmar que en épocas primitivas la mayoría disfrutaba de una vida más feliz, lo cual sucedió en Europa cuando el cristianismo estaba en su apogeo. Desde entonces hemos visto inmensos desarrollos técnicos y materiales, pero una mejoría real, que es resultado de factores e influencias a la vez espirituales y materiales, no la hemos alcanzado. Por el contrario, el mundo se halla en una situación altamente desgraciada y peligrosa, y sigue empeorando.

El cristianismo y varios de los otros grandes Credos predi-

can contra la inmoralidad y consiguiente indecencia de la usura. No obstante hemos permitido que se convirtieran, como hemos visto, en el factor dominante de nuestras vidas colectiva y personal; en mayor proporción de lo que la mayoría de nosotros imagina. E inevitablemente contigua a las conquistas de la usura vino la dominación espiritual del materialismo. Si los fundadores del sistema de préstamo fueron efectivamente guiados por el mesianismo materialista que es la base de sus actos e ideas, debe admitirse que el resto de nosotros ha consentido durante generaciones ser subvertido por el soborno. Además del soborno ha habido también el falso halago.

Un entero complejo de ideas equivocadas, cuya falsedad conocían sus propulsores, ha sido propuesto y fomentado durante muchas generaciones. Se predicaron ideas engañosas de libertad e igualdad, primero a las clases medias que al principio tenían poco poder, pero no poca habilidad y aún mayor ambición, y esto condujo al movimiento revolucionario del siglo XVII en Inglaterra, y al de Francia en el siglo XVIII. La Corona fue eliminada y reducida a un estado débil, y los antiguos gobernantes desaparecieron bajo un aluvión de gente nueva. Al mismo tiempo se debilitó grandemente la influencia del cristianismo. De hecho, los peligros que emergían de tales situaciones no eran resultado de la aparición de nuevos gobernantes, muchos de los cuales eran, individualmente, competentes y conscientes, sino que derivaban del hecho de que las activas ambiciones de los nuevos gobernantes fueran fomentadas y dirigidas por subversores que injertaban principios equivocados en los cambios sociales y políticos que en algunos casos eran inevitables.

Después, en el siglo XIX, el plan de ataque adelantó un paso más. Habiendo la clase media suplantado a la aristocracia y una república de marionetas a la Corona, mientras las enseñanzas más superficiales y engañosas ocupaban el lugar del antiguo Credo, llegó el momento de hacer desaparecer a la clase media y colocar en su puesto a los presuntos repre-

sentantes del pueblo. Y de este modo, en el siglo XX, vino la revolución rusa.

La enseñanza del liberalismo y el socialismo, las ideas favorecidas por varias logias masónicas y las tesis propuestas por varias de las distintas sectas que aparecieron como hongos en tantos países, todas pretendían servir una causa elevada. Pero todas, en realidad, servían solamente la causa de los usureros, de los mesiánicos materialistas, cuya marcha hacia la dominación mundial fue acelerada por estas falsedades. No es que cada una de ellas no contuviera mucho más que un atisbo de verdad. No hubieran logrado el éxito que las acompañó a veces si no hubieran propuesto algunas ideas ciertas, o sin haber intentado, siendo a veces coronados por el éxito, la curación de algunos males reales y algunas injusticias que necesitaban ser reformadas. Todo esto lo concedemos plenamente. Pero la concepción global y fundamental, el verdadero propósito del juego, frecuentemente desconocido, aunque no siempre, incluso por sus jefes más directos, es lo que realmente importa.

Todos los hombres vanos y ambiciosos, desleales y llenos de codicia que debilitaron a su Iglesia y a su Rey, se enriquecieron en nombre del control popular de la riqueza. Se adueñaron del poder alegando que pasaba a manos del pueblo, de la nación. Tales hombres predicaban la libertad para todos, mientras de hecho la reclamaban únicamente para sí mismos, y proponían la igualdad, en el sentido de que ellos eran los iguales a los gobernantes que habían depuesto. Y a ello añadían el slogan de la fraternidad, con lo cual se referían a una lealtad dócil y sin oposición de las masas hacia ellos mismos. Todos estos hombres desbrozaron el camino para los prestamistas, que tenían todas las riendas en la mano, ya que ninguno de los payasos, hinchados y ciegos de ambición y locura, podía hacer nada efectivo si los financieros no proporcionaban los medios.

Y así hemos llegado al momento en que todo poder está de hecho centralizado, no solo en cada Estado, sino por todo

el mundo, en manos de unos cuantos hombres que sostienen las riendas de la economía.

Sería una historia muy larga analizar los muchos engaños que forman parte del proceso de nuestra degradación espiritual y política, convirtiéndonos en esclavos de los banqueros. La enseñanza de la igualdad, cuyo propósito es reducirnos al nivel más bajo, constituye una de las principales mentiras que han contribuído al sistema de vida actual. Sin embargo, la falsedad de la proposición es tan obvia que casi parece una pérdida de tiempo hablar de ella. No nacemos iguales y nunca naceremos iguales. Es completamente falso sugerir que todo lo que importa son las condiciones en que nacemos y somos educados. Tienen su influencia, es verdad, pero de momento ya no somos iguales de aspecto, inteligencia, temperamento, carácter y físico. Es un hecho evidente que algunos nacen para mandar y otros para ser mandados. Es evidente que unos cuantos poseen la capacidad de pensar por sí mismos y de tener iniciativa práctica mientras otros carecen casi por completo de ambas. También es cierto que la calidad de nuestras capacidades, su tendencia hacia el bien o el mal, hacia la construcción o la destrucción, son hasta cierto punto innatas. Incluso hablar de igualdad en las oportunidades es generalmente ocioso, un mero discurso exhibicionista. Naturalmente no deberían existir barreras para el progreso de nadie, pero esto es todo cuanto puede hacerse. Las oportunidades variarán inevitablemente en la vida de cada persona desde el primer día por innumerables y obvias razones.

La aceptación del simple hecho de que los hombres no son iguales, y de que no todos han nacido para mandar, como tampoco todos sirven para muchas otras ocupaciones, no implica la proposición de que todos los hombres no tengan derecho a la libertad. Por el contrario, antes que nada, todo hombre y toda mujer, cualquiera que sea su capacidad intelectual, es obra de Dios, en posesión de un espíritu y un alma inmortales, y como tal con derecho al más profundo respeto; fuimos creados a imagen de Dios y ofender al hombre es

ofender a su Creador. Todo ser humano tiene derecho al amor, ya que esta es la regla básica del cristianismo. Además, los cristianos saben que los humanos disfrutan del libre albedrío. De ahí que intentar coartar tal albedrío e impedir los dictados de la conciencia sea una grave ofensa contra Dios y el hombre. Si se considera la libertad desde el punto de vista de la ley moral, no resulta solamente algo permitido, sino algo que debe ser defendido. No es, sin embargo, lo mismo que un gobierno «democrático» sin restricciones por una mayoría casual, manejada por embusteros poco escrupulosos. Hay que proteger de ellos a los hombres, como se les defiende de ladrones y pervertidos.

También se nos ha enseñado que los hombres y las mujeres son iguales en todo. Ello es otra falsedad, inventada para desorientarnos y hacernos incapaces de luchar contra cuantos nos esclavizan. La sugerencia es tan ridícula como la de que todos los hombres o todas las mujeres son iguales entre sí. Dios nos ha hecho hombres y mujeres, para que cumplamos misiones completamente distintas. Proclamar que tales misiones son las mismas es claramente absurdo. Esto lleva inevitablemente a la conclusión de que si intentamos obligar a hombres y mujeres a vivir, no como tales, con todo lo que ello implica, sino bajo cierta norma hermafrodita, entonces ambos sexos serán desgraciados, ineptos y propensos a no hacer ningún bien sino el mal.

Dios no se limitó a dividir a la humanidad en dos sexos, sino que creó a ambos en igual número. En ruso y otros idiomas eslavos las palabras que significan mitad y sexo son las mismas o muy similares. El error procede de la suposición de que las distintas funciones de los sexos no son de igual valor. Esto es absurdo: los hombres y las mujeres tienen el mismo valor y un hombre y una mujer juntos forman una unidad completa. Es, no obstante, natural y justo que uno de ellos sea la cabeza, la cual es el hombre; la familia es el embrión del Estado, la unidad básica social. Este hecho es subrayado simbólicamente por la Iglesia Ortodoxa haciendo

de hecho una coronación de la ceremonia del matrimonio, con el uso de coronas para los novios.

La base de la propaganda «democrática» es la proposición de que la libertad completa no pueden lograrla todos los miembros de una nación y de toda la humanidad hasta que todos tengan el mismo voto, hasta que la masa del pueblo sea el soberano legal, la única fuente de autoridad. La entera proposición es aún más absurda que la relacionada con la igualdad de los sexos. Después de todo, en este último caso solo tenemos que aclarar la terminología y establecer la diferencia entre la igualdad de funciones y la de valores. Pero cuando consideramos la igualdad de todas las personas en todos los países como una fórmula colocada en los cimientos del Estado moderno, entonces nos hallamos ante una mentira de proporciones sobrecogedoras. Las astutas implicaciones de la fórmula son que es imposible, o por lo menos arriesgado atacarla ya que al hacerlo se desafía demasiada oposición; en efecto, hay que decir a cuantos quieran escucharnos, o quieran leer lo que escribimos, que en nuestra opinión la mayoría de ellos no son nuestros iguales. Pero no podemos eludir esta cuestión, ni prestaríamos ningún servicio a nuestros congéneres descendiendo al nivel de una vulgar y barata palabrería.

No conocemos las cualidades de los que puedan leer estas líneas y nos apresuramos a suponer con satisfacción que, si nuestros lectores han llegado hasta aquí, son de una calidad por lo menos tan alta como la nuestra. Pero mientras opinamos con tan poca modestia de nosotros mismos, sabemos también que si nuestra esposa necesitara una seria operación, no saldríamos a la calle a pedir la opinión colectiva de Tom, Dick y Harry sobre lo que hay que hacer, imaginando que en este sentido la voz del pueblo es la voz de Dios. Iríamos a ver a un cirujano competente y pondríamos el asunto en manos de él y sus colegas, y ni siquiera haríamos votar a las enfermeras y porteros del hospital. En tal situación todo hom-

bre cuerdo aceptaría la opinión de la aristocracia, de los mejores.

Sin embargo, nos dicen, con el completo asentimiento de la ley en la mayoría de Estados, y también de la prensa, que en asuntos que afectan el bienestar e incluso la misma existencia de las naciones y de toda la humanidad, (y ya no solamente de una sola persona que necesita ayuda) que Tom, Dick y Harry, y sus esposas, son competentes para votar. La falsedad de esta complicada y solemne farsa es obvia. En un país antiguo tan inteligente y cultivado como la Gran Bretaña, se dijo de fuente autorizada que la edad intelectual media de los reclutas de las fuerzas armadas en la Segunda Guerra Mundial era de unos catorce años. Y esta gente, apenas capaz de leer los subtítulos de un folleto licencioso o la reseña de un partido de futbol, si es que lee algo, es técnicamente «Señor de la Creación». Ya es algo, naturalmente, que esta tontería no se ponga realmente en práctica, pero ya es menos que las limitaciones y la dirección sean impuestas, no por los jefes naturales de una nación, sino por los agentes de los usureros. Hay mucha confusión de poder y de libertad.

En la Gran Bretaña y otros países el derecho a votar se concedió muy recientemente y en general tal concesión se fue extendiendo gradualmente desde las altas esferas. Al mismo tiempo permaneció mucha parte del antiguo sistema de maquinaría gubernamental. Especialmente en los países que aún retenían las instituciones monárquicas, y en algunos incluso después de haber caído la Monarquía, se retuvo una cierta seguridad práctica de continuidad y estabilidad, de gobierno efectivo y útil. Pero las teorías políticas y los partidos que se formaron para llevarlas a la práctica, son propuestos por los agentes de los financieros y dirigidos por ellos. Solamente se da a los votantes una elección muy restringida, e incluso entonces la decisión final es obtenida a través de varias medidas efectivas, que son en general presiones de una especie que pasa desapercibida ante el observador superficial. Que los presuntos candidatos a Jefes de Estado son

designados por los bancos es un hecho que a menudo se menciona abiertamente en memorias y cartas de carácter serio. ¿Quién, si no, sostendría el gasto de unas elecciones?

Una faceta notable de la historia británica ha sido que la lucha del Parlamento, es decir, de los hombres y fuerzas que éste representaba, y nominalmente la lucha del pueblo por el poder sobre el de la Corona, se centraba especialmente en la cuestión del control monetario. Este tema es, y ha sido durante generaciones, un aspecto fundamental y, de hecho, el más importante de la constitución británica, no escrita, pero tradicional y practicada. El Parlamento, y en décadas recientes específicamente la Cámara de los Comunes, controla el dinero, por lo cual se supone que maneja las verdaderas palancas del poder efectivo. Como HEMOS observado en otro lugar, la Constitución americana se encarga del control monetario y su valoración por el Congreso, y en esto, como en muchas otras cosas, la ley de los Estados Unidos es una variación sobre el tema británico.

Sin embargo, la ironía de la verdadera situación, tan poco conocida en Inglaterra, América y demás lugares, reside en que justamente cuando el Parlamento arrebató al Rey la soberanía y el control monetario de emisión, impuestos y gastos en general, fracasó completamente, al igual que el Congreso de los EE. UU., en su intención de convertirse en dueño efectivo de las finanzas. Los poderes arrebatados a la Corona cayeron inmediatamente en manos de los financieros, donde actualmente permanecen. Ha sido admitido abiertamente por más de un Canciller del Ministerio de Hacienda o Secretario de la Tesorería, que los misterios de las finanzas les son desconocidos y que los detalles técnicos de un discurso sobre el presupuesto son preparados por los funcionarios de la Tesorería. De hecho, naturalmente, el control no está tampoco en manos de estos funcionarios, sino que lo esgrimen los bancos, que son la verdadera fuente de emisión del medio de cambio y los que determinan su valoración y distribución.

Como en tantas otras cosas, el poder arrancado en nombre

del pueblo a los soberanos tradicionales y naturales, ha pasado de hecho a manos de los materialistas.

Esto nos lleva a la consideración de una de las razones que hicieron tan esencial la revolución rusa desde el punto de vista de los financieros. Pueden permitirse el lujo de pasar por alto la existencia de estados como Etiopía o el Yemen, donde monarcas absolutos rigen una sociedad primitiva, y donde la acuñación consiste en su mayor parte de plata acuñada en nombre del Estado. Pero Rusia, enorme de tamaño y población, de rápido desarrollo, en todos los aspectos una de las dos o tres grandes potencias del mundo, no podía seguir siendo un país en el cual, aunque estaban vigentes muchos aspectos del capitalismo moderno, el verdadero control del dinero y el crédito estaba en realidad en poder de la Corona, por sí misma desinteresada e incorruptible, y además por entero consagrada al bienestar de la nación. Por ello no es sorprendente que los impuestos fueran los más bajos entre las grandes naciones, al igual que la Deuda Nacional, y que el comercio exterior diera un exceso anual, hasta el punto de que la garantía en oro de la emisión en billetes era mayor que el valor real de la emisión, y todavía iba en aumento. Cada billete de un rublo podía cambiarse por oro el mismo día, y aún quedar oro sobrante en las cajas fuertes. Era la mayor reserva de oro existente. De hecho hubiera sido correcto afirmar que en lo esencial el capitalismo no mandaba en Rusia, donde solo se usaban algunas de sus técnicas. De este modo, a la larga, este «mal ejemplo» hubiera destruído todos los verdaderos sistemas capitalistas. Tal fue la razón básica desconocida por la que los financieros respaldaron las revoluciones de 1917. La sustitución de la libertad nacional bajo el Zar, por el comunismo solucionó el problema de los materialistas en más de un aspecto.

No solamente se ha prescindido de un peligroso competidor, sino que el país se ha convertido en una base para ulteriores ataques, con ayuda de las armas atómicas, la subversión y la tergiversación en una escala global y un terror

que lo abarca todo, desde el lavado de cerebro y el trabajo esclavizado hasta la perversión moral. Afortunadamente para todos, Rusia sobrevivirá a sus enemigos.

Los crímenes cometidos durante generaciones en nombre del «progreso», mientras todo intento de detener la corriente del mal era calificado de «reacción» u «obscurantismo», están más allá de toda recapitulación. En realidad, su progresión sostenida es tal, que hace tiempo ha embotado los sentidos. Gentes consideradas buenas y sensibles asumen sin vacilación que el regicidio es una virtud, el excesivo apego a una religión una señal de atraso y ceguera, y que es natural y está de moda aplaudir cualquier revolución izquierdista y horrorizarse ante cualquier movimiento de las derechas. En resumen, todo lo que induce a la desmoralización y la subversión de la Fe establecida y tradicional, la autoridad y la moralidad es aceptado, y todo lo que puede obstaculizar el «progreso», es rechazado. Y sin embargo tales tendencias no son en ningún modo naturales, y, aún menos, realmente beneficiosas. Son utilizadas y fomentadas por los financieros, los mesiánicos materialistas, que no pueden mantener y aumentar su poder sobre la humanidad sin destruir su fibra moral y su sentido común.

La tendencia hacia una degeneración mental y moral, una completa decadencia espiritual, que las personas todavía cuerdas pueden observar fácilmente en el mundo moderno, no es un proceso inevitable debido a fuerzas misteriosas e incontrolables. Es un proceso iniciado y dirigido tan conscientemente como la vida política, social y económica de las naciones del mundo. De hecho, esta tendencia negativa y funesta, que al principio encuentra su expresión en la destrucción de la fe religiosa, es una parte integral y orgánica de la entera conspiración para un creciente control mundial.

Cuando los bolcheviques subieron al poder en Rusia en 1917, Lenin y sus más próximos colaboradores, trabajando al unísono con los planes generales de los que su revolución formaba parte, declaró enseguida que las artes – teatro, cine,

ballet, pintura y escultura, e incluso el deporte – serían fomentadas y favorecidas por todos los medios a disposición del Estado comunista. Los soviets tenían toda la razón desde su punto de vista. Comprendían bien la importancia de la influencia de estos factores sobre la vida mental y espiritual del pueblo, y por lo tanto, también comprendían sus implicaciones políticas. Es casi innecesario probar que no podían obrar de otro modo y asumiremos que ello es evidente. Controlar únicamente las actividades de los agitadores y propagandistas políticos, intentando a la vez arrancar de raíz toda manifestación de una mayor cultura o reducirla a la forma más cruda de propaganda política del comunismo, equivalía a un desastre, y era imposible negar con una tachadura la herencia y el pasado culturales de Rusia.

De este modo los comunistas han intentado durante más de treinta años moldear a su gusto todas las manifestaciones de las artes, mientras tratan poco a poco de instaurar un «Realismo Socialista» en substitución del verdadero arte y las manifestaciones de un espíritu y una mente libres. Su éxito ha sido en verdad muy limitado, y ello se debe al hecho de que el gobierno soviético y todas sus obras no han sido nunca aceptados por la masa del pueblo ruso, ni por las otras naciones recientemente esclavizadas por el comunismo.

No puede decirse lo mismo de Occidente, o del mundo todavía libre. Porque por un lado, el verdadero materialismo está mucho más difundido en Occidente que en Rusia bajo la superficie soviética, y porque por otro lado es un hecho que el sistema de vida generalmente conocido como «democrático» y «capitalista» es mucho más aceptable en la vida cotidiana que el gobierno de los comunistas soviéticos, y las manifestaciones paralelas de un materialismo ateo en el arte han sido inculcadas mucho más amplia y profundamente y forman hasta un punto mucho mayor parte de la vida diaria. No obstante, todo ello ha sido igualmente inventado, dirigido y financiado en Occidente, en la URSS y sus satélites.

La literatura y la Prensa están invadidas por la pornogra-

fía, y su acento es insistentemente izquierdista, mientras el nivel intelectual de la palabra impresa para las masas es tan bajo hasta resultar casi increíble. La pintura y la escultura son degradadas con la introducción del llamado «abstracto», o «futurista», o «cubista», etc., y en general, formas «progresivas». Toda clase de basura, fácil de crear y por completo desprovista de significado o belleza, se vende con éxito. Todo depende de la facilidad de palabra, de una charla fácil e impresionante que atrae al snobismo superficial y estúpido de los pseudo-intelectuales. Es cierto que algunas mentes sanas aún se resisten y contraatacan, pues aún no nos han conquistado a todos.

En la esfera musical, sin embargo, que afecta a un círculo mucho mayor, de hecho a la gran mayoría, los desmoralizadores han logrado éxitos muy considerables. Hay poca gente en los países más avanzados que, de un modo u otro, no escuchen música a diario, ya sea por radio, televisión, cine, baile o concierto. Es cierto, desde luego, que aún se oye buena música y que sigue escribiéndose, pero es imposible exagerar la mala influencia de las perversiones musicales. Nos referimos en especial al jazz y sus distintos derivados. Para los que han dedicado alguna atención a este asunto es cosa sabida que el ritmo puede influenciar considerablemente el humor, e incluso el estado de ánimo y el desarrollo intelectual de la gente. Es evidente que ciertos ritmos pueden provocar ciertas excitaciones y pasiones. No todas son malas, y la música de una banda militar es completamente inofensiva para adultos y niños. La buena música, especialmente en sus formas más elevadas, es conocida desde los tiempos antiguos como un valioso tónico, una positiva influencia espiritual y cultural.

Sir Charles Cochrane, una autoridad universalmente conocida sobre todo lo relacionado con la escena, menciona en sus memorias que el jazz nació en los burdeles de negros de Nueva Orleans. No es, ni mucho menos, que consideremos al negro inferior a nosotros; todos hemos sido creados por

el Todopoderoso y todos debemos cumplir nuestro cometido. Pero no pecaremos de injustos con los negros de Africa si sugerimos que algunos de ellos, hace varias generaciones, siendo transplantados a la fuerza de su tierra nativa y su habitual modo de vida a las condiciones extrañas y en gran parte poco naturales de una gran ciudad de blancos americana, fueron terreno abonado para las influencias de desmoralización, y probablemente en mayor grado que los blancos. Por añadidura, las producciones «artísticas» en los burdeles de estos ex-esclavos ya degradados y sin raíces, son algo que apenas merece ser aceptado como una positiva contribución al arte.

Durante los últimos cuarenta años, sistemáticamente, hemos visto esta abominación musical fomentada en todo el mundo. Y hemos visto su inevitable consecuencia: los bailes desordenados, sensuales y completamente salvajes que se están convirtiendo en parte de la vida de una gran mayoría de la nueva generación, anunciados del modo más atractivo, sin que aparezca en ninguna parte ninguna resistencia apreciable. Estamos lejos de cualquier clase de afectación e hipocresía puritanas y reconocemos de buen grado que el amor y el sexo juegan su papel adecuado y atractivo en nuestras vidas, a menos que nos consagremos a la vida monástica en un plano espiritual mucho más elevado. Pero todo cuanto hagamos debe ser a la vez decente y digno de nuestras respectivas culturas y tradiciones nacionales. Si las abandonamos, nos exponemos a las influencias nefastas de la anti-cultura de los materialistas.

En la actualidad, sin embargo, vemos lentamente al mundo bajo el hechizo de una pseudo-civilización en la cual todas las formas de arte y entretenimiento, en realidad, todas las manifestaciones de la vida en general, son standardizadas. Lo barato, lo fácil, lo repugnante, lo pervertido es fomentado, mientras todo lo que tenía raíces, lo valioso, es eliminado. Parece que hemos olvidado que todo lo digno de ser poseído debe mantenerse y protegerse por el esfuerzo, el

cual no decae gracias a un positivo amor por los valores en cuestión. Una cultura y una civilización no amadas y protegidas morirán, y las naciones que las abandonan se convierten en esclavas de sus pervertidores, ya que son incapaces de actuar con un propósito o de juzgar correctamente las distintas influencias a que están sometidas.

La mala influencia ejercida por el moderno pseudo-arte es tanto más perniciosa cuanto es activamente respaldada por aquellos que aspiran a dominarnos después de habernos debilitado, y que consiguen, dentro del cuadro de su sistema gneral, que este «arte» en todas sus formas dé sus frutos. La respuesta a todo ello no consiste solamente en rechazar el arte malo, sino en atacar la entera conspiración de sometimiento mundial y sus raíces. La respuesta es parte de la lucha por la libertad, la verdadera libertad que conduce al mejoramiento, y no la licencia que degrada.

Una vez instituídas las reformas pertinentes, la prensa ya no estará sujeta a las presiones financieras, a través de los anunciantes, tampoco ellos económicamente libres, y estará en situación de servir bien a la comunidad y al mismo tiempo de sobrevivir.

La lucha por las almas y los cuerpos de los hombres, por su completa esclavitud y total explotación, se ha prolongado durante siglos. Han habido ocasionales éxitos locales de las fuerzas que representan la verdadera libertad, protegida por la Fe y por los gobernantes naturales del pueblo, pero en general, y especialmente en generaciones más próximas, hay que admitir que los materialistas han ganado terreno. Actualmente están casi al alcance del premio final, del gobierno mundial. De un modo gradual, por subversión, infiltración y revolución, el enemigo ha difundido y profundizado su poderío. Hace pocos años aún quedaba un baluarte del cristianismo, de la verdadera libertad y del progreso —el Imperio Ruso. Es típico del largo trabajo preparatorio hecho para llevar a la humanidad a su destrucción, que tal afirmación (lo sabemos muy bien) parecerá un absurdo a cuantos nos hayan

seguido hasta aquí. No obstante debemos pedirles que consideren la cuestión con completa imparcialidad y que reflexionen en algunos de los hechos que mencionaremos, antes de decidir si la palabrería y propaganda de las generaciones recientes es o no cierta. Es un hecho innegable que la caída de la Monarquía rusa ha abierto las compuertas del comunismo y que ahora esta conspiración criminal está extendiendo su poder por todo el mundo. Más que esto: desde la revolución rusa se han soltado los frenos en todas partes, y el mundo está cayendo de cabeza por una pendiente resbaladiza hacia la catástrofe.

Ya hemos observado que una serie de revoluciones desde el siglo XVII lograron poco a poco el poder para los materialistas, aunque a menudo trabajaron a través de incautos que ciertamente no se imaginaban a sí mismos enemigos del cristianismo. Y existieron fases bien planeadas. Los ataques fueron bajando gradualmente: primero contra los Reyes, luego la aristocracia, luego la clase media, y una vez eliminadas éstas, el proletariado, las masas trabajadoras, en el engañoso nombre de su propia dictadura, fueron final y completamente esclavizadas. También en el dominio de la fe existieron fases paralelas a los ataques políticos: las grandes Iglesias tradicionales de los tiempos antiguos fueron reemplazadas en los principales países por sectas que, puliendo la verdad y la enseñanza cristianas, introdujeron algunas peligrosas falsedades. Entonces ya pudo predominar el orden de pensamiento y una educación pública láica. Después de esto se hizo posible un ataque general contra todas las religiones. Las masas trabajadoras debían ser autómatas sin alma, sin corazón y sin cabeza. Tal clase de asalto contra las criaturas de Dios resultó generalmente inefectivo, pero ha hecho un daño inmenso y sigue practicándose con energía.

Si hay que considerar una provechosa reflexión sobre la general estrategia de un contraataque, puede ser suficiente basarla en una apreciación de los acontecimientos globales de los pasados cien años. Es aproximadamente este período

el que ha presenciado la preparación final para el éxito de la revolución rusa y la cristalización definitiva del sistema capitalista, siendo ambos los medios de los mesiánicos materialistas para obtener el poder mundial. La revolución de 1917 no solamente les permitió el uso de Rusia y más tarde de sus satélites como bases, sino que realizó la consumación de la estructura filosófica y política —el marxismo— que es la fase final de la conspiración antes de la última batalla.

Estos acontecimientos son, como es natural, parte de un largo proceso. Durante generaciones, e incluso siglos, las guerras y otros sucesos se han fomentado y utilizado con el fin de provocar grandes cambios sociales y políticos e incluso revoluciones. Un impuesto excesivo sobre la herencia y sobre la renta también ha favorecido el propósito de eliminar ciertas clases y la influencia que estaban en posición de ejercer. No obstante, dichos impuestos no sirven para nada útil, ya que no son primariamente destinados a sufragar los gastos del gobierno. La excusa predominante para el cobro de tales impuestos es la estructura de enormes deudas nacionales y factores similares.

Es cierto que hasta épocas muy recientes existieron personas cuyas propiedades y renta eran mucho mayores de lo que su utilidad a la sociedad podía justificar. Tan grandes acumulaciones de riqueza eran posibles como resultado de cierta característica del sistema capitalista. El asunto empeoró con el hecho de que el sistema también permitía a los dueños pagar a los trabajadores salarios escandalosamente bajos. Las diferencias entre las rentas de los muy ricos y los muy pobres eran demasiado grandes.

Ello no implica, empero, que sea deseable destruir completamente las clases pudientes, que no sea socialmente conveniente tener una clase estable de personas materialmente capaces de desarrollar y preservar la cultura y capaces también de prestar al estado y a la sociedad los servicios de unos hombres imparciales e incorruptibles. La alternativa de que sólo el diestro y poco escrupuloso especulador, que hoy

viene y mañana se va, puede disfrutar de la oportunidad de adquirir «capital» y renta, es antisocial. Es innegable que en todos los países la antigua clase de los terratenientes aportó muchas cosas de inmenso y perdurable valor que será muy difícil de reemplazar.

Incluso dejando aparte los argumentos generalmente falsos a favor del internacionalismo de los financieros y de sus delegados marxistas, es innegable que la denominada «Era atómica», con su casi ilimitado poder potencial para la destrucción o el enriquecimiento globales, con la rapidez inmensamente incrementada de las comunicaciones y la consiguiente creciente interdependencia de naciones y continentes, aporta efectivamente sólidos argumentos a favor de una más estrecha integración mundial. Pero depende de quién será responsable de cuantas manifestaciones de cooperación internacional pueden considerarse posibles o incluso esenciales. Que un hombre hambriento necesita comer es una verdad evidente, pero ello no implica que ha de tragarse lo primero que se le presenta, ya que entonces puede envenenarse a sí mismo. Del mismo modo, si está hambriento, ello no significa que haya de engullir una cantidad excesiva de alimentos. La calidad y la cantidad deben ser adecuadas.

Similarmente, en la cuestión de colaboración internacional que ahora apoyan aquellos círculos menos interesados por el verdadero bienestar de la humanidad, hay que ser cautos. No debemos dejarnos arrastrar por vacíos o falsos slogans, o lemas. Una vez establecido un poder mundial centralizado, con armas atómicas y completo control político y económico en sus manos, ya será demasiado tarde para arrepentirse. El gobierno mundial no es un remedio universal para todos los males, como la Liga de Naciones o la Organización de las Naciones Unidas no son el remedio de las guerras, del hambre o de la difusión del mal.

Actualmente se nos está educando para el gobierno mundial a través del proceso «educativo» del trabajo de la Liga de Naciones, seguida por la Organización de las Naciones

Unidas, y su UNESCO, etc. Pero en 1955, como se planeó previamente diez años antes, fue propuesta la revisión de la Carta de la ONU. Ello es un paso hacia la conversión de la ONU en el gobierno mundial, y no es sorprendente que todas las numerosas organizaciones de todo el mundo que trabajan por la federación universal estén muy ocupadas intentando asegurarse de que la revisión de la carta conduzca sin dilación al final deseado —la abolición de las soberanías nacionales y la imposición de una autoridad mundial central.

Ahora parece a primera vista incontrovertible que la misma existencia de la humanidad está amenazada por las bombas A y H. Es cierto que puede aducirse que estas bombas, como otros métodos de destrucción masiva, no se utilizarán nunca, como no se utilizaron en la Segunda Guerra Mundial los gases y las bacterias, porque ambos bandos los poseían, pero debemos conceder que tales argumentos nunca serán un sustituto completo de más concretas garantías de seguridad.

Pero en cuanto tengamos el desarme, acompañado de una eficaz inspiración para asegurarnos de que no están fabricándose bombas nucleares o armas aún peores, de hecho ya tendremos una autoridad por encima de la nacional. Debemos reconocer que la idea en sí misma no puede ser rechazada sin faltar a la razón o la prudencia. Lo que sí rechazamos es un poder mundial fundado de hecho en el propósito de entregar la autoridad y sus frutos a los materialistas, pretendiendo proteger, pero en realidad sólo fingiéndolo, los verdaderos intereses de la humanidad y de cada nación. Sabemos también que un poder así intentaría, como es natural, adquirir todos los medios de coacción posibles; no destruiría ni prohibiría ciertos armamentos, sino que simplemente intentaría adquirirlos y controlarlos.

Que los actuales partidarios del gobierno mundial no se interesan por la libertad y el bienestar de la humanidad lo demuestra claramente el hecho de que no ponen como con-

dición la desaparición de la esclavitud comunista para el establecimiento de un Parlamento Mundial en lugar de la ONU, y no obstante, incluso ahora, si el voto estuviera en proporción con la población, los comunistas y sus amigos obtendrían una mayoría. Sólo esto, dejando aparte todo lo demás, sería un argumento suficiente contra todas las actuales conspiraciones de los federales mundiales. El hecho de que tales círculos no se preocupan por la virtud y el bienestar, y sí sólamente por el poder, evidencia por haber desdeñado todas las oportunidades de destruir al bolchevismo, trabajando a su gusto junto a él en la Liga, la O N U y demás, y ahora no se dedican a la mejoría de un mundo enfermo y dolorido, sino meramente a la coexistencia con una conspiración sangrienta y criminal.

Sólo cuando esta criminal conspiración, así como los otros males que mencionamos en este trabajo, hayan sido eliminados, y restablecida en los principales Estados la sanción de la ley moral, podremos pensar seriamente en la creación de una autoridad mundial.

Pero sería esencial que tal corporación fuera incapaz de convertirse alguna vez en instrumento de la tiranía global, en otro atajo de los objetivos marxistas. Tal autoridad tendría que recibir sus poderes por acuerdo colectivo de todos o la mayoría de países del mundo, y tendría que cumplir las funciones limitadas de una policía internacional, y no un gobierno, debiendo ser controlada, por ejemplo, por el Tribunal Internacional de La Haya.

Fundamentalmente, sin embargo, una paz y seguridad verdaderas, pero sin tiranía, pueden ser garantizadas sólamente sobre la base de una verdadera comprensión entre las principales naciones del mundo —América, Gran Bretaña, Rusia, China, Japón, Francia, y otras. Pero no puede haber acuerdo mientras exista un Telón de Acero.

XIII

LA POLITICA EXTERIOR DE LOS FINANCIEROS

Del mismo modo que en la política interna de cada Estado, también en su política y relaciones exteriores hay un juego recíproco entre varias influencias, algunas enteramente apropiadas y de tradición en el país determinado y conscientemente dirigidas en pro de sus intereses. Pero hay también factores de influencia en la política interna y externa, cuya raiz no se halla en ningún país determinado y que no van encaminados hacia los verdaderos intereses de ningún país, creados por los mesiánicos materialistas y puestos en funcionamiento por intermedio de la maquinaria financiera que actualmente se extiende por todo el globo, exceptuando los lugares donde su producto y duplicado adoptan formas políticas socialistas.

Puede darse por sentado que en general todo pais ha intentado seguir una política exterior destinada a procurarse seguridad contra un ataque y a menudo también posibilidades de expansión territorial o la adquisición de nuevas tierras. Pero cualquier expansión territorial, por grande que fuera en algunos casos, fue siempre un suceso excepcional, mientras que una condición estática era más corriente, aunque a veces la interrumpieran guerras menores. Estas terminaban a menudo sin consecuencias exteriores notables. Es de justicia agregar que la propia defensa y el mantenimiento del «statu quo», tanto territorial como políticamente, era la política más corriente entre todos los paises del globo, fun-

damentada en un instinto natural y sano y una sólida experiencia.

También puede añadirse que, hasta épocas relativamente recientes, no hubo ningún factor de importancia internacional que afectara las políticas de varios países. Cada uno seguía una regla de conducta en su propio interés, y si se formaban bloques o alianzas; el motivo no era difundirlas por todo el globo, sino meramente iniciar una política entre dos o más países cuyos intereses parecían coincidir.

Es natural que en tales circunstancias la soberanía nacional, la independencia total de cada Estado, fuera una realidad, aunque puede decirse que algunos eran más independientes que otros; resulta obvio que los estados débiles no siempre pudieran imponerse a los más fuertes, y tuvieran que depender para la supervivencia de la protección de otros, cuyos intereses se veían favorecidos por ello. Pero no había ninguna autoridad mundial, super-nacional que pretendiera de ninguna forma limitar la soberanía de los estados.

Esta situación apareció, muy gradual e insidiosamente, cuando los antiguos orfebres descubrieron las llaves económicas del poder global y cuando los financieros y banqueros empezaron a extender sus redes por el mundo, secundados y no por casualidad, por ciertas sociedades y sectas subversivas y a veces secretas. Tras generaciones de desarrollo de estas fuerzas, llegó el momento en que pudo proclamarse la idea de la unión global y el gobierno mundial, y pudieron iniciarse oficialmente los primeros pasos para tal fin. De ahí que aparecieran primero la Liga de Naciones y después la ONU. Y ahora, teóricamente, es sólo una cuestión de tiempo que la ONU se convierta en un Parlamento Mundial.

Si esto fuera todo, aún sería posible aducir que no hay nada que temer, con la sola condición de que el comunismo desaparezca o sea eliminado antes de entronizar esta asamblea y este gobierno mundiales. Sería muy poco seguro, en la opinión de la gente normal, establecer un gobierno cen-

tral con armas atómicas y todas las demás maravillas técnicas a su disposición, si dicho gobierno fuera dominado por los comunistas, como lo sería ahora, cuando total o indirectamente controlan una tan gran proporción de la población mundial.

Sin embargo, la situación es bien distinta. Como hemos observado, no sólamente no existe un elemento anti-comunista en la política de los mesiánicos materialistas, sino que, por el contrario, el socialismo en la forma apropiada es el régimen definitivo que desean imponer al mundo. En consecuencia, como hemos visto, no existe una política eficaz anti-comunista o incluso anti-socialista, sino sólamente la ficción de tal política, utilizada para adormecer a la inocente masa de los pueblos del mundo. De hecho, es la clase de los llamados «intelectuales» la que está siendo adiestrada para los papeles menores de la dirección del nuevo sistema, y para ser el arma de ataque contra las libertades y credos aún existentes en el mundo. Actualmente ya es muy fácil definir a estos intelectuales con el mismo bosquejo que de ellos hacen sus padrinos en la prensa etc. En su primera juventud, en las universidades, siempre fueron comunistas; se deja entrever que ya han superado aquella fase sensible pero cruda, y que ahora son muy calificados hombres de mundo. No se sugiere que hayan cambiado realmente y aún menos que sean cristianos. Son siempre los amigos de los grandes financieros, los grandes liberales, los grandes progresistas.

Si se desenmascara a un tal «intelectual», la prensa y la radio mundiales ponen el grito en el cielo, pero los villanos no son de ningún modo los que fueron descubiertos en estrechas relaciones con los soviets, mientras disfrutaban de posiciones clave en Occidente, sino los que les traicionaron. Hay que admitir que hombres como el senador MacCarthy, de Estados Unidos, ayudaron sin darse cuenta a estos desaprensivos con afirmaciones vagas y arrolladoras, en lugar de ceñirse a los hechos probados, y sin embargo, en principio,

Mr. MacCarthy seguía la verdadera pista, lo cual adivinó el sano instinto de las masas americanas.

Naturalmente, si un «intelectual» además de ser el colmo de la desvergüenza, es también homosexual y se ha divorciado por lo menos tres veces, está mucho más calificado. Su misión es confundir y tergiversar todas las cuestiones y desorientar deliberadamente, y a la vez subsistir una natural y sana resistencia al comunismo, o mejor aún, un eficaz contraataque, por la coexistencia, y más tarde, la colaboración.

En trazos generales, la global política exterior de los financieros, que de modo creciente afecta a las políticas exteriores de cada estado por separado, y que se impone gracias a las presiones que pueden ejercerse a través de las palancas financieras, subvirtiendo a indivíduos, a menudo sin que se enteren, formando la opinión pública y dirigiendo la corriente del comercio y la moneda hacia el fin apetecido interior y exteriormente, tal política equivale al logro de un Gobierno Mundial socialista, aunque llegado el momento no se utilice el nombre del socialismo. Existen por lo tanto dos aspectos simultáneos, dos objetivos coincidentes. Por un lado, se intenta todo para favorecer el internacionalismo en todas sus formas, en el reino de las ideas y en la práctica, mientras ostensiblemente se retiene el sistema demócrata de gobierno y la forma capitalista de la economía. Por el otro lado, no se hace nada para debilitar el socialismo y el comunismo, y todo para facilitar su expansión. Puesto que oficialmente no es así, y que se supone a la política de Occidente persiguiendo precisamente lo contrario, algunos encontrarán difícil aceptar de primera intención esta afirmación del hecho.

Y no obstante es un hecho, que puede comprobarse considerando la tendencia de los acontecimientos mundiales durante los últimos cincuenta años, y durante un tiempo mucho más largo tras los escenarios interesados. La estrategia general de los financieros requería entregarles un control absoluto en varios países apropiados, que luego pudieran utilizarse como base para ulteriores operaciones de orden capitalista y

socialista, según la que resultara más conveniente. Los países elegidos como primeras bases de operación fueron resultado de la casualidad, la experiencia y el cálculo. Principalmente, el primer centro de operaciones se estableció, al ir creciendo el capitalismo, en la Europa occidental, y especialmente en los países que adquirían gran poder colonial y de comercio marítimo. Las condiciones económicas, sociales y políticas que allí se desarrollaban, en gran proporción dirigidas por los financieros, eran ideales para el firme establecimiento y amplia expansión de las ideas y prácticas indicadas. Los Estados Unidos de América, cuando lograron la independencia, fueron también incluídos en la esfera de influencia básica de los emisores de moneda y prestamistas capitalistas. Desde América del Norte la influencia del sistema fue extendiéndose por el resto del Nuevo Mundo y más tarde por muchos otros territorios.

En estas líneas no podremos incluir todos los detalles del cuadro completo, pero en términos generales y para el esclarecimiento del problema que consideramos, podemos dividir el mundo aproximadamente en dos partes principales: una parte es el mundo de Europa occidental y sus extensiones, como los Estados Unidos, Sudáfrica y demás, desarrolladas en condiciones relativamente protegidas, en las cuales era casi desconocido el problema de la propia defensa nacional de inminentes e inmensos peligros. Las guerras eran casi siempre asuntos de poca monta, o tenían lugar muy lejos o en el océano. Desconocían poco o mucho la invasión frecuente y masiva, la gran destrucción y la necesidad de enormes esfuerzos y una especial organización política para la eficaz y rápida defensa de la patria. En consecuencia, como ya observamos en otro lugar, eran posible la aparición y supervivencia durante largos períodos de estados liliputienses, y la preocupación, durante generaciones, de individuos por sus propios negocios, ya fuera en comercio, industria o agricultura. En tal atmósfera era imposible, no solamente colocar los cimientos del capitalismo moderno, sino también afirmar

su poder sobre un estado relativamente débil. Los prestamistas sucedieron a los terratenienses en el efectivo gobierno de Occidente.

En el Este, en la gran extensión de tierra de Eurasia, incluyendo a Rusia y China, se desarrollaron las condiciones típicas de la otra mitad en que hemos dividido el mundo. Aquí las guerras eran a menudo grandes catástrofes, afectando a enormes ejércitos y naciones enteras y costando grandes cantidades de sangre y de dinero. Por añadidura, el enemigo se halló en el mismo umbral durante generaciones y siglos. Y no era sólamente la independencia nacional, sino también la fe cristiana lo que había que defender a menudo. Los estados débiles no podían sobrevivir mucho tiempo, como tampoco los nobles rebeldes y las clases comerciales no sometidas. Con tradicional y consciente perseverancia se mantenía la central autoridad de la Corona y con ella el poder espiritual de la fe, puesto que la única alternativa era la catástrofe completa y la total eliminación. La clase de los prestamistas no podía esperar aquí la obtención del poder por los medios que tan fácilmente hallaban en Occidente.

Pero este mundo también tenía un talón de Aquiles. Si un ataque abierto por el sistema bélico podía ser eficazmente repelido, una penetración insidiosa por veneno moral y político podía destruir la estructura gubernamental y social de los Estados Orientales. Aquí el socialismo proporcionó una fórmula que consiguió completamente los objetivos de los materialistas, y que sin embargo, no puso en guardia los instintos protectores del pueblo, ya que el Estado se mantendría fuerte como antes, o quizá aumentaría esta fuerza. Hubo al mismo tiempo una larga campaña preparatoria de desmoralización espiritual, con la substitución de las viejas creencias por la falsa fe del materialismo, del anticristianismo y otros credos establecidos por la anti-Iglesia del comunismo. Las antiguas estructuras espirituales y políticas de Oriente han sucumbido temporalmente al ataque contra el

que no encontraron una defensa inmediata, pero hay que observar que las raíces están intactas.

Establecida ya en el Este una importante cabeza de puente con la captura política de Rusia, los materialistas pudieron extender su poder a través del socialismo, preparándose al mismo tiempo para convertir el capitalismo del mundo occidental en otra forma de socialismo, uniendo así las dos mitades del mundo bajo un común denominador, que es su propio estable e indiscutible poder. De ello hemos hablado en el capítulo VI.

Se ha dedicado muy poca atención a las inmensas consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Dicha guerra se declaró ostensiblemente con el fin de evitar la continuación y extensión del poder de la Alemania nazi y en menor escala de la Italia fascista y el Japón militarista; su fin era evitar el establecimiento de una dictadura militar en una gran parte del globo. Tenemos que suponer que el anti-semitismo de Hitler, sea cual sea nuestra opinión de él, era un punto secundario. Pero el resultado de la guerra ha sido el exacto reverso: otra dictadura militar mucho peor ha difundido por todas partes su gobierno. La guerra se había perdido. El triunfador era un tercer bando.

Pero ¿fue una casualidad o un plan premeditado? Es superficialmente fácil explicar los aparentes errores de la política occidental aliada con argumentos tales como el de que era necesario hacer concesiones a Stalin porque podía ejercer gran presión con la amenaza de una paz por separado. Alternativamente, se adujo que Roosevelt tuvo la ingenuidad de creer que podía fiarse del viejo Tio José, y esto después de tantos años de gobernar un estado de primera magnitud y con tanta información y tanto consejo a su disposición. No, Roosevelt no era un ingenuo, ni el General Marshall fue un ingenuo en China cuando quiso obligar al Mariscal Chiang-Kai-Chek a entrar en coalición con los Rojos, como se obligó al primer ministro del Rey Pedro, Subasitch, a unirse a Tito,

o a Mikolajczyk, con los Rojos del «Comité de Lublin». Lo que hacía falta era legalizar a los comunistas.

En 1939 Polonia había recibido una garantía anglo-francesa no solamente contra Hitler (abiertamente), sino también contra los soviets (en un protocolo secreto añadido al Tratado). Sin embargo Polonia fue brutalmente entregada a los comunistas sin siquiera la ficción de una protesta. En el Lejano Oriente, Stalin y sus colegas asesinos recibieron los principales frutos de la victoria, literalmente por unos cuantos días de lucha; no sólamente ganaron los almacenes e instalaciones industriales de Manchuria sino también la totalidad de China poco después, a pesar del hecho de que su Gobierno Nacionalista había luchado lealmente al lado de los Aliados, como hiciera Polonia y las demás. ¿También esto fue ingenuidad? No es extraño que tantos buenos americanos hablen de traición.

La actitud de los Aliados ante el Japón fue tanto más extraña en las últimas fases de la guerra cuanto que se sabía hacía ya mucho que el Gobierno japonés había ofrecido su rendición antes de que fuera lanzada la bomba atómica, y que la única condición era que la persona del Emperador fuera inviolable y se respetase su posición, condición que fue aceptada para la rendición final.

Pero no solamente fue sometido el Japón a un bombardeo atómico innecesario, sino que los Soviets fueron injustificadamente capacitados para participar en la guerra del Extremo Oriente, y para recibir así una gran parte de los inmensos provechos de la victoria, a cambio realmente de nada.

Y todo esto después de haber dicho eminentes y bien informados americanos que el Japón había sido provocado por Roosevelt para atacar en Pearl Harbour, con la intención de facilitar a ese Presidente el envolver en la guerra a su patria. No nos preocupa aquí el defender ahora al Japón, pero sí nos interesa el restablecimiento de la verdad. Es discutible si el Japón pudo o no haber sido llevado a la persuasión de que debía permanecer neutral, y es un hecho el que esa

Nación deseaba rendirse cuando era absolutamente innecesaria la bolchevización del Extremo Oriente y dar con ello a los comunistas el botín de la costosa victoria, como también se ha hecho en Occidente.

Y cuando terminó la guerra contra Hitler y Occidente se halló en poder de casi todas las cartas militares y económicas, y en especial las políticas y psicológicas, y cuando los soviets podrían haber sido depuestos en poco tiempo y sin gran gasto o esfuerzo, con la bomba atómica sólamente en manos de occidentales, no sólo no se hizo nada contra el comunismo y su baluarte, sino que les fué entregado en bandeja de plata mucho más de lo que cualquier esfuerzo de la imaginación puede alcanzar. Al mismo tiempo, el anticomunismo se vió comprometido y debilitado de múltiples maneras, como hemos señalado en otras partes de este trabajo.

Es completamente imposible escapar a la conclusión, en especial si se tiene en cuenta que el bando occidental está claramente dirigido desde un cuartel general central, casi siempre en EE. UU., de que todo esto es la expresión de una política exterior global. Incluso las formas y el funcionamiento de la ONU están de acuerdo con este plan. Esta política no favorece los intereses nacionales de nadie, no hace nada para defender la libertad ni para proteger la civilización crisfiana. La única fuerza que gana constantemente es el socialismo. Pero mientras que una distribución socialista es el último fin, el orden en Occidente está estrechamente relacionado con el mantenimiento del statu quo capitalista, y cualquier atentado contra él o dirigido a destruir su base, lleva a la lucha más intensa. Todo Estado que ha intentado deshacerse de los lazos de los usureros se ha convertido en blanco de una coalición agresiva de otras regiones; agresión, naturalmente, hábilmente camuflada. La razón para esa enemistad ha sido siempre presentada bajo un aspecto que ocultaba celosamente sus motivos verdaderos.

Una efectiva medida en contra para el futuro sería la in-

mediata y total exposición de las medidas adoptadas y de las reacciones esperadas, para lograr así imposibilitar a los financieros el mover la opinión pública contra la nación «ofensora». Y, puesto que el verdadero crédito se basa en la riqueza material y en la productividad de una región, y no en el oro ni en las habilidades de los prestamistas, la amenaza de que no se harían nuevos préstamos a ninguna nación que quisiera sacudirse el yugo, resultaría totalmente inútil.

La respuesta a este intento de oprimir el mundo en interés del materialismo no debe ser la proposición de substituir las discordias de intereses nacionales opuestos. Los peligros y problemas que acechan a todas las naciones simultáneamente brindarán la oportunidad, si se declaran y explican abiertamente, de establecer la armoniosa colaboración general, especialmente si las Grandes Potencias, libres de opresores nefastos, están decididas a lograr este objetivo. Y entonces los peligros de la aniquilación atómica serán suficientes para persuadir a todos de la necesidad de acudir al Tribunal Internacional de La Haya para sus acuerdos, en vez de recurrir a una guerra. Pero antes debemos asegurar la libertad de los estados y de los indivíduos.

XIV

ALGUNOS EJEMPLOS HISTORICOS

Preparado con mucha anterioridad, el marxismo triunfó finalmente en Rusia hace cuarenta años. Es ya de interés más o menos académico distinguir entre las dos fases de la revolución, la de febrero, cuando cayó el antiguo régimen para ser reemplazado por un gobierno en el que predominaban decisivamente las Izquierdas y el socialismo, y la de octubre, cuando los cumunistas tomaron el mando. La revolución recibió el aplauso del mundo occidental y todavía considerado cristiano. Y siguen aplaudiéndola. Todos los ataques dirigidos a los soviets no se refieren a su socialismo o internacionalismo, sino a los elementos rusos que pueden encontrarse en ellos y, por cierto, a Rusia misma. Y cuando se menciona la liberación, siempre se habla de la libertad de todos los países menos de Rusia, aunque incluyendo a regiones que forman parte de Rusia. Es Rusia la que tiene la culpa, no el comunismo. Esto es «logico»: Rusia era el principal baluarte de la cristiandad, en las décadas que precedieron a la Primera Guerra Mundial; frente al avance de los materialistas, es el enemigo. El comunismo fue el instrumento con el que se degradó a Rusia y ahora sirve de tractor que nivela el terreno para un gobierno mundial central; el comunismo no es un verdadero enemigo, aunque en su forma soviética puede ser imperfecto. Así discurren.

Vemos, así, que los dos «contrincantes» en Moscú y en Nueva York-Washington, con la sucursal de éste último en

Londres, juegan al unísono mientras se les supone empeñados en un «combate mortal». Pero este combate es mantenido estrictamente «frio», o si se enciende un poco aquí o allí, se localizará enseguida para evitar que degenere en un peligro para los comunistas. Si hay defectos o debilidades en Occidente, los marxistas recogen una cosecha de almas extraviadas o esclavizadas; si los soviets ejercen gran presión, los plutócratas entran en acción y prestan dinero para contener la ola roja. La fórmula del materialismo dialéctico de los marxistas conviene por igual a ambos bandos; los soviets afirman que el materialismo se justifica por la tesis de que las circunstancias determinan la perspectiva, y los financieros repiten el mismo pensamiento afirmando que, con el fin de evitar la expansión del comunismo, hay que elevar el nivel de vida. En un caso una especie de internacionalistas obtienen el control político, y en el otro caso los internacionalistas correspondientes, creadores de la primera especie, obtienen el control económico. Podemos volvernos hacia las presuntas Derechas o hacia las Izquierdas, y caeremos en la misma trampa. Es así de sencillo y claro. Pero el verdadero camino, que concuerda por igual con nuestros altos principios y nuestros mejores intereses, está completamente oculto. Trataremos de descubrirlo.

Al considerar las cuestiones de las «Derechas» y las «Izquierdas» politicas hay que observar que la doctrina conservadora en circunstancias demócratas es meramente una parte de la técnica gubernamental, un truco eficaz. Bajo el actual sistema materialista, la doctrina conservadora no está destinada a ser la oposición del falso «progreso», sino un estabilizante y un fijador temporal del «progreso» alcanzado por presión de las Izquierdas. Es también una trampa para los que buscan, a menudo instintivamente y a ciegas, un medio de practicar una oposición real a la subversión. De este modo, todos los medios para contrarrestar el juego de los subversores están bajo control, o por lo menos resultan ineficaces. Este método de neutralizar posibles enemigos está bien ex-

perimentado. Por otro lado, cualquier oposición real es tachada inmediatamente de «fascista», o cualquier otro nombre que implique descrédito, mientras la apuntan todos los cañones del enemigo. (En este texto no sugerimos en absoluto que recientes fascismos fueran injustamente atacados). La situación requiere una línea de acción completamente nueva, basada en principios antiguos y justos.

Sin embargo, si los ataques contra Rusia, que durante generaciones han sido una característica tan señalada de la propaganda política occidental, han de demostrarse infundados, no podemos rehuir la necesidad de dar algunos detalles concernientes a la Rusia Imperial. No eludiremos esta necesidad de una apología, tanto más cuanto que la justicia más elemental requiere que se declare la verdad. Demostraremos que los ataques contra Rusia son falsedades deliberadas, difundidas sólamente porque Rusia no podía ser convertida en uno de los principales instrumentos de la política de esclavitud global a menos que fueran depuestas y limitadas por completo la tradicional Monarquía cristiana y la influencia de la Iglesia Ortodoxa. Felízmente para el mundo entero, nuestro común enemigo no ha vencido totalmente y será derrotado en Rusia.

El ateísmo y una cierta afición a distintas ideas subversivas afectaron sólo a una pequeña parte de los rusos cultos. La masa del pueblo estuvo siempre completamente unida a la antigua Monarquía y a la Iglesia. Como el poder del Trono seguía siendo considerable incluso después de 1905, era imposible dar a la vida y al trabajo del Estado y de la Nación la dirección que convenía a los presuntos subversores. Aunque fuera posible liquidar a los Emperadores por medio del asesinato, era imposible lograr la ocupación del Trono por un designado de los financieros, como es siempre el caso inevitable cuando el poder supremo es nominalmente electivo.

Es cierto que en algunas Repúblicas se intentó superar esta dificultad. En Francia, después de 1871, el Parlamento

de la Tercera República obtuvo una mayoría Realista, y la Constitución, incluyendo las claúsulas que trataban de la elección del Presidente de la República, tenía el fin de servir a una Monarquía parlamentaria; el propósito era celebrar sólo unas elecciones en Versalles con las dos Cámaras combinadas, y la persona elegida debía ser el Conde de Chambord, Duque de Burdeos, legítimo Pretendiente al Trono de los Reyes de Francia. Sin embargo, el plan no sirvió de nada al insistir el Príncipe en ser Rey de Francia por la Gracia de Dios, aunque anunció su deseo de instituir un Parlamento, mientras los dirigentes políticos estaban en su mayoría a favor de un Rey de los franceses por Voluntad del Pueblo, y limitado por el Parlamento; era, simbólicamente, el estandarte blanco con la Flor de Lis contra la bandera tricolor. La Monarquía absoluta se perdió por solo un voto; y como no se presentó una alternativa, la República permaneció en Francia; más tarde hubo una mayoría masónica e incluso una tendencia al anti-clericalismo. Francia, que un día fue sin duda alguna el primer país de Europa y del mundo, aún no se ha recobrado.

En los Estados Unidos de América, la intención de los fundadores del Estado había sido que el Presidente fuera elegido por una élite y no dependiera de una verdadera elección popular. Pero lo que hubiera sido posible en un país de poco tamaño y poca población, donde la gente de alguna importancia se hubiera conocido entre sí, resultó del todo imposible en un país que ocupa la mayor parte de un gran continente y tiene una población de veintenas de millones. El control y el equilibrio han sufrido serio menoscabo o han sido eliminados, y no hay poder realmente imparcial que pueda defender al pueblo de aquellos que lo han desencaminado.

Aunque hay que recalcar aquí que no hay ni debe haber la menor intención de entrometerse en los asuntos internos de ningún país que no sea el nuestro, nos sentimos tentados de hacer las siguientes observaciones generales acerca de

la posible y quizá conveniente posición futura de los países que tengan una Constitución como los Estados Unidos de América.

Ante todo debemos observar que en cuanto termine el poder de los usureros, los financieros privados ya no podrán disponer de tal cantidad de fondos que les permitan, no ya sólo influencias, sino determinar de antemano el resultado de las elecciones presidenciales y de cualquier clase. Incidentalmente, ello no significa que bajo un sistema económico natural no puedan haber grandes fortunas. Por el contrario, no es conveniente, por razones prácticas y psicológicas, fijar un límite artificial al éxito, aunque se exprese en dinero, y no fue un Henry Ford (el principal) quién causó los daños (y de todos modos su influencia fué limitada) sino los banqueros que controlan todo el dinero de todos los países del mundo. Por ello, negativamente, sería extirpar casi por completo la enorme corrupción que es la característica dominante de la vida política actual en Occidente. Se apoyaría a cuantos candidatos compitieran de modo que cada uno disfrutara de una oportunidad relativamente justa; el coste total de las campañas electorales se reduciría grandemente, ya que nadie podría sostener el inmenso gasto actual de propaganda, soborno, y demás.

Pero hay aún otra consideración que puede ser valiosa. Como hemos observado, la gente en sí no es capaz de defender conscientemente sus propios intereses, ya que sus conocimientos y capacidades son muy limitados en el 99 por ciento de los casos. Por lo tanto, una Constitución, por bien intencionada que sea su fórmula, no puede funcionar en pro de los verdaderos intereses del pueblo a menos que haya un árbitro absolutamente imparcial. Las leyes son las reglas del juego que observan los dirigentes políticos. Es necesario un árbitro justo para jugar bien el partido y asegurarse el respeto a las reglas.

Ahora bien, por ejemplo, la Constitución americana dice con excelente previsión que las elecciones presidenciales han

de basarse en electores, sobre una selección indirecta. Seguramente sería posible, hasta el punto que permita la naturaleza humana, aproximarse a una imparcialidad, capacidad y prestigio verdaderos para garantizar que los electores no son hombres designados por el pueblo como candidatos de corporaciones tales como las Iglesias, los sindicatos, los Veteranos, las entidades caritativas, las universidades, el Senado y el Congreso, los Estados y las provincias. Pudiera ser muy bien que tal sistema no requiera la revisión de Constituciones vigentes y desde luego no existiría discrepancia con sus principios.

De tal modo se aseguraría la verdadera libertad del pueblo, a diferencia de la fórmula fraudulenta, y aumentarían el honor y la eficiencia del Estado. El Presidente estaría por encima de los partidos y más allá de toda suspicacia. Estaría en posición de defender al pueblo de los usureros, falsarios, servidores de fuerzas subversivas y otros enemigos. Sería capaz de favorecer la virtud y elevar el nivel de la vida pública y privada.

A este respecto hay que anotar también, poniendo dos ejemplos muy diferentes, que la situación de Rusia no podía compararse con la de América. Rusia, durante muchos siglos, tuvo que mantener una lucha incesante por la supervivencia. Ninguna frontera natural, ya fuera océano o alta cordillera, la separaba de sus agresivos y expansionistas vecinos. Tártaros, polacos, alemanes, suecos y otros intentaron conquistarla. Napoleón fue con sus veintidos aliados —la Grande Armeé. Existieron períodos en que, por cientos de años, Rusia estaba continuamente en guerra, defendiéndose contra uno o más agresivos invasores. En tales circunstancias era urgente la necesidad de un Estado capaz de mobilizar al país en un tiempo mínimo y de gobernarlo eficazmente en condiciones de enorme tensión. La fuerte Monarquía aportó la respuesta al problema de la supervivencia, y Rusia sobrevivió. No hay que imaginar que al principio de su historia fuera el enorme Estado que es ahora. Empezó como un

pequeño Gran Ducado, con su capital en Kiev, actualmente la principal ciudad de la Pequeña Rusia o Ukrania. Más tarde la capital se trasladó hacia el norte, y finalmente Moscú se convirtió en el punto focal del Imperio. Pero incluso a principios del siglo XVIII, cuando Carlos XII de Suecia atacó a Rusia, su país tenía una mayor población que el que gobernaba Pedro el Grande. Los suecos fueron derrotados por un país de menor población.

Qué diferente la posición de los Estados Unidos. Dos océanos a ambos lados del país le daban protección completa, tanto más cuanto que los mares eran dominados y pacificados por la Gran Bretaña. Las dos fronteras continentales eran las de Canadá y Méjico; uno de ellos un país de extensiones vacías y poca población, el otro un país de poder militar nulo. América, después de lograr la independencia, no fue amenazada más que por los Pieles Rojas. En tan felices circunstancias uno podría abandonar tranquilamente sus asuntos a un Tammany Hall. (Organización Central del Partido Demócrata en Nueva York. Citado a menudo para implicar corrupción política. N. del T.).

Los asuntos importantes del país estaban en manos de competentes indivíduos privados. Podían dedicar todas sus energías a la persecución de la felicidad, puesto que la supervivencia del país, en tan protegidas condiciones, no constituía un problema, o así lo parecía.

Pero fueron precisamente estas profundas diferencias entre los Estados Unidos y Rusia lo que condujo a las circunstancias actuales. En América era factible la penetración en la maquinaria de una jefatura política y económica, y tal cosa fue realizada. En Rusia era imposible la penetración en el Gobierno, y hubo que deponerlo. Algunas de las razones que lo permitieron se indicarán más abajo. De momento debemos observar que las dos primeras Grandes Potencias del mundo están, de modo distinto, en manos de los mesiánicos materialistas.

Sin embargo hay una diferencia entre los dos bandos.

y este problema requiere una discusión más detallada. Puede resultar una de las claves del destino del mundo en un futuro muy próximo. Pero antes de cosiderarlo con mayor atención debemos lograr una imagen de Rusia más verdadera y más clara, de la Rusia real y no la del mito de los propagandistas materialistas y de los bien o mal intencionados incautos.

Antes de finalizar este capítulo debemos hace notar que mientras los actuales jefes de los Estados Unidos han afirmado repetidamente, en especial cuando van a la caza de votos, los cuales es costumbre en los estados demócratas comprar por esta y otra forma de soborno, que su política es combatir el comunismo e incluso liberar a las naciones oprimidas, con la misma celeridad se han contradicho a sí mismos en otros tiempos afirmando exactamente lo contrario. Pero, y especialmente en tiempo de elecciones, no hay que tomar en serio las palabras. Lo que sí cuenta son los hechos. Y es un hecho que América y el Occidente en general no han hecho nunca nada eficaz contra el comunismo y en pro del establecimiento de la libertad, y en cambio han ayudado a menudo al mantenimiento de los Soviets, de los gobiernos de los países satélites, y a gentes como Tito. Hemos indicado algunas de las principales razones de estas nefastas políticas.

Hay que agregar que, además, existe también una coacción semi-automática, arraigada en el carácter del capitalismo, que durante largo tiempo ha predispuesto a los gobiernos americanos hacia una política pro-soviética. La experiencia del comunismo y el hecho de su autoridad sobre media Europa y Asia ha permitido a las finanzas americanas, que controlan el Estado, sostener una economía basada en la superproducción financiada. Armamentos masivos, ayuda monetaria a muchos países y otras similares formas de gasto mantienen el alto nivel de la producción y la expansión financiera; todo esto crea el paraíso del prestamista. Si el Soviet se derrumbara, con él se vendría abajo toda esta artifi-

cial estructura económica. Habría una gran crisis, o una guerra.

Pero este estado de cosas no puede proseguir indefinidamente, ya que la estructura de deudas y créditos fantásticamente en aumento, la enorme e injustificada emisión monetaria y la inflexible inflación conducirán inevitablemente a una catástrofe. Este hecho es bien conocido para los que dirigen el juego. Cuentan con que podrán endosarnos a todos un Gobierno Mundial dirigido por ellos, antes de que llegue el colapso. El riesgo es terrible. En cualquier caso, las naciones del mundo son las que perderán. Es un caso de si sale cara gano yo y si cruz pierdes tú. O nos veremos envueltos en una crisis que haría de la de 1929-30 un juego de niños, o nos convertiremos en los esclavos del global Estado socialista, quizá después de una Tercera Guerra Mundial.

Sólo existe una salida: el mundo todavía libre, o por lo menos sus elementos poderosos y responsables deben ayudar a la liberación de las naciones actualmente bajo el yugo rojo. A tales fines debemos considerar a Rusia. Sólamente reformas fundamentales en Occidente y cambios similares tras el Telón de Acero, abriendo a América y demás naciones los inmensos mercados de Oriente, pueden devolver un viril y próspero equilibrio al mundo entero y proporcionarnos la prosperidad sin riesgos de muerte y conspiraciones globales para la obtención del poder.

Recientemente, durante el verano de 1959, el Presidente Americano, el Senado y el Congreso, aprobaron unánimemente una ley que favorecía la liberación de muchas partes de Rusia. Aun cuando esta ley fue hábilmente camuflada como anticomunista, en realidad era una declaración en favor de la total destrucción de Rusia como Estado y su división en un gran número de partes. Esta decisión puede parangonarse con la proposición de que los 50 Estados de Estados Unidos se declaren independientes, o todas las partes del Reino Unido tales como Escocia, Gales, Northumber-

land, Wessex, etc., etc., o las provincias de España y los Departamentos franceses. Pero con la diferencia que partes de Rusia, como Ucrania, nunca han sido Estados independientes. Esta perversa ley no es solamente un desatino político, sino que está calculada para ser inmediatamente puesta en vigor por manos soviéticas y dejar fuera todos los verdaderos rusos, muy pocos de los cuales son comunistas. Cuando un frente único contra el enemigo común debiera ser la regla fundamental de acción, esa flagrante irresponsabilidad no puede sino confirmar las peores sospechas respecto a la política americana y sus fautores, sospechas que son también las de un gran número de reflexivos y patrióticos americanos. La mano que se tiende a la colaboración comunista debiera ser tendida al Pueblo Ruso, así como a todas las demás víctimas del Comunismo tras el Telón de Acero y la Cortina de Bambú.

XV

LA VERDADERA RUSIA

Si gente maligna quiere destruir moralmente a alguien, no empleará argumentos complicados y sutiles. El método corruptor más eficaz es la simple repetición de unas cuantas afirmaciones repugnantes, sin preocuparse de que no sean ciertas. Hace mucho tiempo, un hombre de experiencia dijo: «Difundid la calumnia sin descanso: algo quedará». Una acusación demasiado científica invita la investigación y despierta sospechas; un vago y sostenido torrente de suciedad causará daños.

Por lo tanto, la campaña contra Rusia no se dirigió solamente hacia los problemas de un supuesto imperialismo o una supuesta crueldad o falta de libertad. Las simples afirmaciones de que los rusos no se lavan, y están sometidos por montones de policías y por frecuentes latigazos, que sus gobernantes eran locos sin civilizar, etc., fueron consideradas como eficaces. Crearon un «estado de opinión», bien establecido durante generaciones. Hombres adultos y educados de Occidente repiten como verdades incontestables unas afirmaciones que son absurdas a la luz de los hechos.

Ahora echemos una ojeada al relato que es el obligado muñeco de resorte siempre que se menciona Rusia: la Rusia cuya vida puede ser mala actualmente, pero que era mucho peor bajo los Zares, antes de iniciarse el «interesante experimento» del comunismo. Se trata del típico relato sobre Siberia. El lugar donde incontables miles de personas inocen-

tes pasaron sus vidas encadenados. Y junto a éste va el relato del knut ruso, del patíbulo ruso y de la policía secreta rusa.

Incluso en los primitivos tiempos medievales, Rusia no conocía la sentencia de muerte por crímenes ordinarios y ni aún por homicidio. Solamente se castigaban con la muerte los más graves crímenes contra el Estado, como en todos los demás países. La sentencia por asesinato eran de doce a quince años de trabajos forzados en un poblado de Siberia. También había en Siberia un número reducido de prisioneros políticos. Lenín, cuyo hermano se hallaba complicado en una conspiración para asesinar al Emperador, y que él mismo había trabajado activamente para la deposición del Zar, la ley y el orden establecidos, y que lo hubiera pagado muy caro bajo las autoridades de cualquier otro país, purgó sus esfuerzos pasando una temporada en el destierro siberiano. (A propósito de ello hay que observar que este soldado de los «derechos del proletariado» era miembro de una familia de terratenientes de la pequeña nobleza, un ejemplo de la poca sinceridad social típica de todos los socialistas revolucionarios, empezando por Marx»). El propio Lenin describió extensamente sus horrores. Se llevó con él a su esposa, sus escopetas de caza y su perro. Escribió abiertamente para periódicos de la oposición tanto de Rusia como del Extranjero, incrementando la adecuada suma que pagaba el Gobierno Imperial para su mantenimiento, y su esposa escribió cartas a su madre quejándose de la dificultad de encontrar sirvientas realmente competentes. ¡Qué horror y qué desgracia! Naturalmente, en cuanto estuvo en el poder, Lenín introdujo las reformas que le habían enseñado durante los años que pasó intrigando en Occidente. Ahora millones de personas inocentes son científicamente explotadas hasta que yacen muertas en los campos de Siberia, mientras el Oeste, aparte de un gruñido ocasional, se encoge de hombros. Después de todo, se trata de los rusos. Ya están acostumbrados.

Pero ¿lo están? Hablemos del knut. El castigo corporal fue

abolido en Rusia durante la segunda parte del siglo pasado y se prohibió en todas las escuelas. En Inglaterra, el violento látigo de nueve colas fue abolido fuera de las cárceles hace sólo unos pocos años. Es cierto que en Inglaterra los niños pequeños ya no son colgados públicamente por robar cosas del valor de un chelín, pero ello sucedió en épocas muy recientes y algo después de 1870 se opuso una gran resistencia contra la proposición hecha en el Paralamento de limitar a cien latigazos el castigo de los soldados británicos, en lugar del entonces permitido máximo de seiscientos, porque algunos opinaban que el ejército podría insolentarse si se le trataba con demasiada suavidad.

Hablemos ahora de la terrible Ojrana –la policía secreta del zar– que secundaba su cruel tiranía. Naturalmente, ningún mujik podría pretender compararla con la Sureté o la Rama Especial de Scotland Yard o la Oficina Federal de Investigación. Después de todo, la Ojrana fracasó en mantener el régimen. Ya lo dijo el conocido publicista ruso, el difunto Mr. P. B. Struve, fundador del marxismo ruso y uno de los compañeros de Lenín, aunque más tarde un contrincante del comunismo, cuando declaró en el destierro en Belgrado: «El régimen Imperial cometió el gran error de no colgarnos a todos a tiempo». El número de policías por cada cien habitantes era más bajo en Rusia que en cualquier otro país europeo. Esto fue un error.

No estaría justificada aquí una apología de la Rusia prerevolucionaria. Pero tendremos que bosquejarla porque durante generaciones se ha difundido sistemáticamente tanta falsedad maliciosa que su verdadero carácter es casi universalmente desconocido. Sin embargo, no podemos considerar la política general de supervivencia de la humanidad sin decidir desapasionada y científicamente si Rusia es un factor positivo o negativo, si podemos o no confiar en ella, si los rusos son una influencia mala o buena. No hay actualmente ningún problema de ninguna clase que pueda ser completamente estudiado sin tener en cuenta a Rusia. Por lo tanto es

esencial una correcta comprensión de Rusia. Aquí daremos solamente una idea.

No obstante queremos subrayar que cuando decimos «Rusia» nos referimos a un Estado y una nación históricos, y no al actual régimen transitorio, basado en una conspiración criminal de origen occidental y no ruso. Hay el peligro en la moda actual, deliberadamente fomentada en ciertos círculos, de confundir a Rusia con el comunismo, y cuando decimos «los rusos», de hecho no estamos hablando de ellos sino de los miembros del comunismo soviético, cuya conspiración ataca igualmente a Rusia que al mundo entero. No recalquemos ahora las opiniones rusas sobre este tema. Para poner el problema en la perspectiva adecuada, será mejor citar las opiniones de Sir (entonces Mr.) Winston S. Churchill sobre el papel de Rusia en la Primera Guerra Mundial, expresadas en «La Gran Guerra», publicada por partes por George Newnes Ltd. después de la guerra. Las siguientes citas corresponden a las partes 15 y 16, páginas 949 y 950, y 1.006 y 1.008.

«Seguramente no hay nación para la cual el destino haya sido más maligno que para Rusia. Su barco se hundió a la vista del puerto. Había ya vencido a la tormenta cuando todo se perdió. Se habían hecho todos los sacrificios; la tarea estaba terminada. Y precisamente entonces la Desesperación y la Traición tomaron el mando.

«Habían cesado las largas retiradas; la falta de munición se había solucionado; las armas llegaban en cantidad; ejércitos más poderosos, mayores y mejor equipados guardaban el inmenso frente; los cuarteles rebosaban de hombres fornidos. Alexeieff dirigía el ejército y Koltchak la flota. Además, ahora ya no se requería ninguna acción difícil;, hacer acto de presencia; presionar fuertemente sobre la extensa línea teutona; contener sin actividad excepcional las debilitadas fuerzas hostiles de su frente; en una palabra, resistir – esto es lo que mediaba entre Rusia y los frutos de una victoria general. Dice Ludendorff, contemplando la escena al final de 1916:

«Rusia en particular, aportó nuevas y poderosas formaciones, las divisiones fueron reducidas a doce batallones, las baterías a seis cañones; nuevas divisiones se formaron de los sobrantes cuartos batallones y los séptimos y octavos cañones de cada batería...

«Significaba, de hecho, que el Imperio Ruso disponía para la campaña de 1917 de un ejército mucho mayor y mejor equipado que el que tenía al empezar la guerra. En marzo el Zar estaba en su trono; el Imperio ruso y el pueblo resistían, el frente estaba seguro y la victoria era cierta.

«Es la moda superficial de estos tiempos calificar al régimen zarista de tiranía medio ciega, corrupta e incompetente. Pero un examen de la guerra de treinta meses que sostuvo con Alemania y Austria debería corregir tan ligeras impresiones y exponer los hechos concretos. Podemos medir la fuerza del Imperio ruso por los ataques que ha resistido, los desastres que ha superado, las fuerzas inextinguibles de que ha hecho gala, y por su pleno restablecimiento. En los Gobiernos de los Estados, durante el curso de grandes acontecimientos, el jefe de la nación, quienquiera que sea, es responsable del fracaso y aclamado por la victoria. Sea quien sea el promotor de la lucha o el que la libró, sobre la suprema autoridad responsable recae la culpa o el éxito del resultado.

«¿Por qué hay que negar esta dura prueba a Nicolás II? Había cometido muchos errores, pero ¿qué gobernante los ha eludido? No fue ni gran capitán ni gran príncipe. Fue solamente un hombre honrado y sencillo de capacidad normal, de carácter bondadoso, sostenido en su vida cotidiana por la fe en Dios. Pero en él recayó el peso de las decisiones supremas. Desde la cumbre, donde todos los problemas son reducidos a un Sí o un No, donde los acontecimientos trascienden las facultades humanas y donde todo es inescrutable, él tenía que procurar las respuestas. Su función era la de la brújula. ¿Guerra o paz? ¿Ataque o retirada? ¿Derecha o izquierda? ¿Democratizar o resistir? ¿Renunciar o continuar?

Tales eran los campos de batalla de Nicolás II. ¿Por qué negarle el honor que representan? El voluntario avance de los ejércitos rusos que salvó a París en 1914; la disciplinada agonía de la retirada sin municiones; las fuerzas lentamente reorganizadas; las victorias de Brusilov; la entrada de Rusia en la campaña de 1917, triunfante y más fuerte que nunca; ¿no participó él en todo esto? A pesar de los vastos y terribles errores, el régimen al que personificaba y presidía, y al que su carácter personal comunicaba la chispa vital, en este momento hubiera ganado la guerra para Rusia.

«Pero ya está a punto de ser derribado. Una mano sombría, inspirada al principio por la locura, interviene. Desaparece el Zar. A él y a todos los qua ama se les entrega a las heridas y a la muerte. Se empequeñecieron sus esfuerzos, se difama su conducta, se insulta su recuerdo; pero se hace una pausa para substituirle por alguien capaz. ¿Quién o qué podía dirigir el Estado ruso? Hombres dotados y atrevidos; hombres ambiciosos y fieros; espíritus audaces y dominadores —éstos no faltaban. Pero ninguno podía contestar las pocas y sencillas preguntas que le hacían la vida y la fama de Rusia. Con la victoria a su alcance cayó derribada, siendo devorada viva por los gusanos, como el Herodes de la antigüedad...

«En vano la Familia Imperial, profundamente preocupada por su propia existencia —aparte de otras cuestiones— recurrió a su Jefe. En vano los dirigentes de la Duma y todas las figuras independientes de Rusia hicieron sonar sus protestas. En vano los Embajadores de las Potencias Aliadas hicieron sus veladas sugerencias, e incluso solemnes y formales advertencias de parte de sus Gobiernos.

«Nicolás II, con grave aflicción, permaneció inconmovible. Veía tan claramente como ellos el creciente peligro. Desconocía los medios para evitarlo. En su opinión, nada más que la autocracia establecida a través de los siglos había capacitado a los rusos para avanzar tanto a despecho de la calamidad. Ningún pueblo había sufrido y se había sacrificado

tanto como el ruso. Ningún Estado, ninguna nación había pasado por pruebas de tal magnitud sin perder la coherencia de su estructura. La vasta maquinaria crujía y gemía. Pero continuaba funcionando. Otro esfuerzo y llegaría la victoria. Cambiar el sistema, abrir la puerta a los intrusos, abandonar cualquier porción del poder despótico, era a los ojos del Zar provocar el colapo total. En consecuencia, aunque diariamente más hundido en la ansiedad y la duda, permaneció en su posición sostenido por todos sus instintos y facultades de razonamiento. Permaneció como un animal acosado que gime débilmente atado a una estaca.

«Es fácil para los críticos que nunca se han visto sometidos a tales pruebas hacer el recuento de las oportunidades perdidas. Hablan con ligereza de cambiar los principios fundamentales del Estado ruso, en plena tensión bélica, desde una Monarquía absoluta a cualquier sistema parlamentario británico o francés. Sería una tarea ingrata atentar contra unas convicciones tan firmemente arraigadas. No obstante, las hazañas marciales y nacionales de Rusia durante las tres terribles campañas ya descritas constituyen un prodigio no menos sorprendente que la magnitud de su ulterior colapso. La propia rigidez del sistema le confirió su fuerza y, una vez destruída, hizo imposible toda recuperación.

«A pesar de todas sus lamentables deficiencias, el Zar absoluto gobernaba a Rusia. Nunca podrá demostrarse que las tres cuartas partes de un Zar, o medio Zar y el resto, un Parlamento, hubieran podido gobernar algo durante tal período. De hecho, una vez desaparecido el Zar, ningún ruso ha vuelto a gobernar. Hasta que un temible grupo de internacionalistas y lógicos construyeron una estructura infrahumana sobre las ruinas de la civilización cristiana, no volvió a aparecer cierta clase de orden a propósito. De este modo no puede asegurarse que sea correcta la opinión generalizada sobre el camino práctico a seguir, o que el Zar estuviera equivocado a pesar de todos sus errores y defectos. Después de todo, estuvo a punto de lograr la seguridad y el éxito. Un mes más

y la ayuda de los Estados Unidos a la causa de los Aliados hubiera aportado estímulo moral. La seguridad de la victoria, intacta para siempre, hubiera amanecido como un nuevo astro solar sobre las llanuras de Asia y el Océano Pacífico.

«¡Sólo faltaba un mes para el amanecer! Un mes más y el mundo se hubiera ahorrado las tribulaciones de los dos años más penosos de la guerra. Aquel mes no pasó. Un breve pero nefasto intervalo estropeó la cena. Mientras tanto, Nicolás II, con los ojos fijos en la Providencia que intentaba servir o en el grupo familiar que tanto amaba, seguía inmóvil en su puesto.

«Rusos de todas las clases hicieron la revolución. Y ninguna clase de ruso recogió sus beneficios».

A estas observaciones estamos tentados de añadir el resumen de Sir Winston Churchill sobre el comunismo. Escribió lo siguiente en el «Daily Telegraph» de Londres el 4 de diciembre de 1930:

«Los que, como yo, son inveterados adversarios de todo cuanto supone el bolchevismo, ya sea en revolución subversiva, ya sea en gobierno despótico, se sienten inclinados a examinar su característica fundamental. Es antinatural.

«En nuestro mundo moderno ha nacido un monstruo... Posee la ciencia de la civilización, sin su misericordia; el fanatismo de la religión sin Dios, la explotación de las pasiones y apetitos humanos, sin ningún ideal más allá de su provecho —que no han logrado.

«He advertido repetidamente a mis amigos liberales y socialistas... que nunca se verán atendidos por los comunistas rusos. Estamos en presencia de una degeneración infrahumana que, por suerte para nosotros, adolece de una morbosidad innata que le dificulta el camino de reducir a las grandes naciones, o mejor, a toda la humanidad, a la condición... de la Hormiga Blanca. Es como un bacilo canceroso que se alimenta y propaga por el cuerpo debilitado, prosperando con el mismo proceso que tortura y destruye a su víctima.

«Desoyendo este consejo, muchos han probado el expe-

rimento. A todos ha desilusionado... Todos han hecho cola para estrechar la mano pegajosa. Todos han hecho marcha atrás heridos, infectados o por lo menos manchados por el sudor helado y venenoso...

«...¿Logrará el gobierno soviético salirse con la suya en Rusia? ¿Conseguirán dirigir el odio del pueblo ruso por las horribles e innecesarias privaciones que ahora sufre hacia un canal inofensivo e imaginario?

«No estoy nada seguro de que no lo consigan. Es imposible medir la combinación de los poderes del terrorismo sin límite de compunción, la maquinaria del poder central, los periódicos, la radio y el cine aplicados a un pueblo primitivo, aislado de toda noticia externa y sometido a un trabajo agotador.

«No es nada seguro que, si estas fuerzas del barbarismo sin alma y los inventos modernos llegaran un día a derribarnos, fuéramos capaces de recuperarnos o escapar.

«...Lo único que lamento es que Europa y los Estados Unidos no hicieran un esfuerzo más resuelto para salvar al pueblo ruso del terrible destino al que actualmente está sometido».

Escrito hace unos veintiocho años, todo ello sigue siendo cierto, además de profético.

Ahora expondremos las opiniones de un importante adversario ruso del Zarismo, uno de los principales sepultureros de Rusia, para enfrentarlas con las de Winston Churchill.

Lo que sigue es la tradución exacta y total de una carta escrita en 1917, después de la revolución de febrero, por el difunto Mr. P. N. Miliukoff, dirigente del partido «Kadet» (Constitucional-Demócrata) y Ministro de Relaciones Exteriores en el Gobierno Provisional de Rusia con Kerensky (lo cual era cuando la escribió, unos dos meses después de la revolución de febrero-marzo de 1917), dirigida al Príncipe Pablo Dolgorukoff, Presidente del Comité Central del Partido «Kadet». Dicha carta está ahora en posesión de un antiguo dirigente de este partido, que conocemos personalmente, así

como la circunstancias en que la carta llegó a su poder. Está escrita a mano por el propio Mr. Miliukoff y fue recientemente publicada en el periódico ruso «Rússkoye Vosskressénie» (La Resurrección de Rusia), París, 17 abril 1955.

«Respondiendo a su pregunta de cuál es mi opinión sobre el «coup d'état» que hemos llevado a cabo y que espero del futuro y qué valor concedo al papel y la influencia de los partidos y organizaciones existentes, le escribo esta carta y, lo confieso, con gran pesadumbre. Lo sucedido no es, naturalmente, lo que pretendíamos. Vd. sabe que nuestro propósito se limitaba a la instauración de una república o una monarquía constitucional en la que el Emperador tuviera poderes nominales, la influencia dominante estuviese en manos de la *intelligentzia* del país y los judíos disfrutasen de iguales derechos. No queríamos la ruina completa, aunque sabíamos que el «coup d'état» tendría un efecto perjudicial en el curso de los hechos. Supusimos que el poder se centraría y permanecería en el primer Gabinete, que pronto pondríamos remedio a la desorganización temporal del ejército y que, si no por nuestras propias fuerzas, con la ayuda de los Aliados obtendríamos la victoria sobre Alemania, cuyo retraso era el precio que habíamos pagado por la deposición del Zar. Debemos admitir que algunos incluso de nuestro partido habían sugerido la posibilidad de lo que más tarde sucedió, y nosotros presenciábamos la organización de las masas trabajadoras y la propaganda en el ejército con cierta preocupación. No es posible negarlo, en 1905 nos equivocamos en un punto y ahora nos equivocamos en el otro. Entonces calculamos mal la fuerza de los hombres de la extrema Derecha, y ahora no hemos previsto la destreza y falta de conciencia de los socialistas. Vd. mismo puede ver los resultados.

«Está completamente claro que los jefes del Soviet de los Diputados de los Trabajadores nos llevan con pleno conocimiento de causa a la derrota financiera y al colapso económico. La absurda fórmula de la cuestión de paz sin anexiones y compensaciones, aparte de su total falta de sentido, ya

ha perjudicado fundamentalmente nuestras relaciones con los Aliados y minado nuestro crédito. Naturalmente que esto no fue una sorpresa para sus inventores. No le explicaré la razón de que todo esto fuera necesario. Le diré como resumen que aquí ha habido una parte de traición convenida y otra parte de intención de pescar en aguas turbias y adquirir popularidad.

«Es natural y debemos confesarlo que la responsabilidad moral de lo ocurrido recae sobre nosotros —el bloque de la Duma Estatal. Vd. sabe que poco después de empezar la guerra tomamos la firme decisión de aprovecharnos de la guerra para realizar el golpe de Estado. Sabe también que nuestro ejército tenía que tomar la ofensiva para que sus resultados detuvieran en sus comienzos cualquier muestra de desengaño y despertaran en el país una explosión de patriotismo y júbilo. Ahora comprenderá Vd. por qué vacilé en dar mi consentimiento para la realización del plan; también comprenderá lo que pienso interiormente en estos momentos.

«La historia maldecirá a los jefes de los llamados proletarios, pero también nos maldecirá a nosotros, que provocamos la violencia. Puede Vd. preguntar qué hay que hacer ahora; lo ignoro, es decir, interiormente ambos sabemos que la salvación de Rusia está en un regreso de la Monarquía, sabemos que todos los acontecimientos de los dos últimos meses prueban claramente que el pueblo era incapaz de aceptar la libertad, que la masa del pueblo, que no participa en reuniones y congresos, es de ideas monárquicas, y que incluso todos los que votan por una república lo hacen por temor. Todo está claro, pero no podemos admitirlo, hacerlo significa el fracaso de nuestra entera ideología («Weltanschauung —G. K.) (Política exterior en gran escala. N. del T.), la cual representamos. No podemos hacer admisiones, no podemos actuar en contra, no podemos unirnos a los de la Derecha y obedecerlos, después de haber luchado contra ellos tanto tiempo y con tanto éxito. No podemos hacerlo. Esto es todo cuanto puedo decirle».

En general es innecesario todo comentario sobre esta notable carta, que es de considerable importancia histórica e incluso ahora muy valiosa políticamente, cuando hay tanta gente en Occidente preparada a hacer grandes esfuerzos y gastar mucho dinero para respaldar lo mismo que Miliukoff (que lo conocía más que nadie) condenó hace cuarenta años. Pero sería conveniente señalar uno o dos detalles bien conocidos por los rusos, pero que no siempre son evidentes para nuestros amigos que no son rusos.

El autor admite, abiertamente y por implicación general, que la entera conspiración contra el régimen Imperial fue una traición y terminó en fracaso.

Afirma que la masa del pueblo en Rusia estaba a favor de la Monarquía y que quienes querían derribarla iban a la busca de su propio poder. A través de este prisma debemos considerar la frase de que la nación no estaba madura para la libertad; ello es mera demagogia, y el propósito real no era la libertad del pueblo, que ya la tenía, sino la libertad, es decir, el poder, para la clase intelectual –para Miliukoff y sus compinches.

El Bloque de la Duma Imperial mencionado en la carta era el bloque de los partidos de la posición; en la Duma también había partidarios del régimen.

Los que comprendan las causas de los acontecimientos podrán leer mucho entre líneas, y a este respecto, como en todo lo declarado abiertamente, la carta es muy valiosa.

Naturalmente, la comparación implicada entre la Monarquía y el gobierno de la oposición como una elección entre un gobierno autoritario y la libertad es también casuística demagógica, y completamente deliberada, ya que democráticamente la voluntad de la nación estaba a favor del Zar y de la estructura política y administrativa del Imperio, que era demócrata y de ningún modo totalitario o dictatorial. Realmente los hechos probaron concluyentemente que el Trono Imperial se había interpuesto entre Rusia y la tiranía pagana. Fue el propio León Trotsky quien escribió después de su

caída y destierro que si los ejércitos Blancos hubieran hecho la Guerra Civil rusa bajo el estandarte de un Zar del pueblo, hubieran vencido en quince días.

Antes de abandonar el tema de la Primera Guerra Mundial, será oportuno mencionar que durante los tres primeros años de aquella lucha, los alemanes, según las memorias del General Ludendorff, Jefe del Estado Mayor, tenían a más de la mitad de sus tropas en el frente ruso. Por añadidura, Rusia tenía que habérselas con las fuerzas militares casi enteras de Austria-Hungría, ambas Grandes Potencias en aquel tiempo. Por lo tanto Rusia sola tenía que soportar el peso de casi todo el poder de las Potencias Centrales, durante un largo período de la guerra. Tal cosa no hubiera sido factible sin un régimen popular eficiente.

Es natural que esta afirmación invite a hacer una comparación con los éxitos de los soviets en la Segunda Guerra Mundial. Pero, mientras que el Imperio no cedió partes considerables del país al enemigo, y en algunas áreas luchó en territorio enemigo y empezó la guerra al mismo tiempo que sus aliados, y fue el primero en hacer un gran esfuerzo, con el fin de salvar a Francia, proporcionando además la mayor parte de sus propias municiones y otros elementos, los Soviets ni siquiera pudieron vencer a Finlandia, sin tener que dedicarse a ningún otro frente, cedieron durante algún tiempo a los alemanes casi la mitad de la población de Rusia, fueron considerablemente aprovisionados por Occidente de todo lo necesario e incurrieron en pérdidas fuera de toda proporción con los resultados obtenidos. Tanto en la paz como en la guerra los Soviets se mantuvieron por el terror.

Además es un hecho muy digno de atención que el gobierno comunista de Rusia movilizara antes de empezar la guerra, y en especial durante su curso, precisamente aquellas fuerzas espirituales e intelectuales que contituyeran la base del antiguo régimen. Todas las glorias de los Zares fueron rememoradas, y no se invitó a la nación a defender el marxismo, sino la Santa Rusia. Igualmente, y esto es inmensamen-

te importante, la victoria hubiera sido imposible de no mediar los tremendos errores de Hitler, que puso bien en claro que no atacaba al comunismo sino a Rusia. Fue él quien sin proponérselo obligó a los rusos a defender al régimen mientras defendían a su patria. Que ello sirva a otros de aviso.

XVI

ALGUNOS DETALLES SOBRE RUSIA

Pero, naturalmente, los triunfos militares no son de ningún modo la medida decisiva de la valía de una nación, a menos que otros factores también demuestren capacidades y virtudes positivas. De nuevo recordamos a nuestros lectores que no estamos empeñados en una apología de Rusia; lo que nos ocupa es hacer un cálculo del posible papel de Rusia en los acontecimientos del futuro. Y no podemos hacer este cálculo sin saber algo más de Rusia que las falsedades difundidas durante tanto tiempo por motivos que tienen poco en común con los verdaderos intereses de la humanidad.

En primer lugar es necesario señalar que Rusia no es un país nacido de la expansión imperialista y conteniendo una pequeña minoría dirigente de parásitos más o menos opresivos sobre una mayoría sometida. Es cierto que, políticamente, el partido comunista es de momento una minoría pequeña de dirigentes, pero nunca ha habido una raza de tales. La mayor parte, con mucho, del territorio de las dos Rusias, la europea y la asiática, está habitado por los Grandes Rusos (aproximadamente la RSFSR, la República rusa en la URSS), que totalizan el 54 por 100 de toda población de Rusia, desde el mar Báltico al Océano Pacífico, casi la mitad del globo septentrional. Una extensa área en la Rusia europea meridional está habitada por los Pequeños Rusos o Ukranianos (la palabra Ukrania significa tierra fronteriza, pero originalmente era la cuna de la Rusia medieval, con la capital central de todas las

Rusias en Kiev),que constituyen cerca del 21,5 por 100 de la población total. En el oeste, junto a la frontera con Polonia, hay el territorio mucho más pequeño de los Rusos Blancos (Bielorusos, para diferenciarlos de los políticamente rusos «Blancos»), que forman el 3,5 por 100 de la población total de Rusia. Así que las tres ramas de rusos constituyen aproximadamente el 79 por 100 de todos los habitantes de Rusia a ambos lados de los Urales. Todos los demás grupos étnicos muchos de los cuales también pertenecen a la raza blanca, forman solamente alrededor del 21 por 100, algo más de la quinta parte, y están geográficamente muy mezclados con los rusos. Entre ellos el grupo mayor lo forman los Turcomanos; pero en total hay bastantes más de cien razas diferentes en Rusia, con sus propias lenguas y religiones, aunque también la inmensa mayoría pertenece a la Iglesia Ortodoxa, abundando además los musulmanes, budistas, judíos, etc.

Rusia no es solamente la unidad política de mayor territorio ininterrumpido que el mundo haya visto jamás, sino también, entre los estados muy extensos, la más uniforme racial y lingüísticamente, y también en la religión. Al mismo tiempo, todas las razas disfrutaban de los mismos derechos. La única excepción fueron los judíos antes de 1917 (eran alrededor del 4 por 100 de la población) por estar ligeramente descalificados en algunos aspectos, y también tribus muy primitivas como los esquimales, que estaban sujetos a leyes especiales para su propia protección.

Una imagen general de la base histórica de Rusia puede obtenerse del antiguo profesor Charles Sarolea de la Universidad de Edimburgo, un grande y profundo experto sobre Rusia, que escribió en la *English Review* en junio de 1925 que era una equivocación considerar al Gobierno ruso (el del Zar) de naturaleza anti-demócrata. Por el contrario, la monarquía rusa era esencialmente democrática, al igual que la de San Luis. Escribía el profesor que era de origen popular y la dinastía Romanov debía su acceso al poder a la voluntad del pueblo. Además, el profesor Sarolea escribió que la mo-

narquía rusa era probablemente el Gobierno europeo más favorable al progreso. Correspondía al sistema más moderno... Dirigía la opinión pública, en lugar de hacerse eco de ella... A menudo logró el régimen zarista llevar a cabo, en pocos años, tareas que en otros países habían requerido varias generaciones. Estas reformas habían sido más radicales que las que siguieron a la revolución francesa. De un trazo fue abolida la servidumbre. La administración de la ley sufrió una completa reforma. Se cubrió al país con una red de ferrocarriles. Al propio tiempo el desarrollo de la industria fue enorme y alcanzó un nivel prodigioso.

A estas observaciones del profesol Sarolea podríamos añadir que, efectivamente, la servidumbre, que entonces afectaba a un 30 por 100 de la población de Rusia, fue abolida por un sencillo decreto del Emperador Alejandro II en 1891. Pocos años más tarde la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos requirió una costosísima Guerra Civil. Por añadidura, en Rusia se hizo donación de tierras a los campesinos liberados a costa de los hacendados más importantes, mientras en América los esclavos permanecieron pobres como antes y siguieron a merced de los patronos. En los comienzos de la Primera Guerra Mundial muy poca tierra quedaba en posesión de los antiguos terratenientes rusos, por haber pasado en su mayor parte a manos de los campesinos.

No es necesaria aquí una discusión detallada del sistema administrativo y legal de la Rusia Imperial. Será suficiente manifestar que expertos imparciales, incluyendo a abogados británicos, que habían estudiado el Código de Leyes y Poder Judicial rusos, declararon que eran los más adelantados e imparciales del mundo. Esto ha sido admitido abiertamente incluso por adversarios del régimen. En cuanto al método de gobierno del país, el mejor modo de juzgarlo es considerando el progreso práctico que alcanzó y para mejor hacerse cargo de él recurriremos a las estadísticas. Tal progreso no fue alcanzado en condiciones de esclavitud y completa privación de las masas trabajadoras del suficiente alimento y las

más elementales necesidades, sino en una situación de creciente prosperidad en el nivel de vida de todos los rusos.

En la esfera de la educación el Gobierno Imperial había fijado para 1922 la educación elemental obligatoria para todos. Entre los años 1908 y1914, se inaguraron anualmente 10.000 escuelas, casi 1.000 escuelas nuevas por mes.

Es fácil imaginarse los grandes problemas prácticos que tal cosa implicaba: la provisión financiera, los materiales de construcción, los libros, los profesores, etc. Una investigación hecha por los Soviets en 1920 demostró que el 86 por 100 de todos los niños de 12 años sabía leer y escribir, y era naturalmente, producto del sistema educativo anterior a la revolución. Puede ser conveniente considerar que en otros territorios de tamaño similar, bajo otra administración, tan alto promedio de educación no se ha logrado ni siquiera actualmente, exceptuando a los Estados Unidos.

Las universidades de Rusia Imperial eran del más alto nivel académico, y educarse en ellas resultaba de precio tan módico que era accesible para cuantos lo desearan. Desde la revolución, el número de plazas disponibles para los que querían una educación superior ha aumentado solamente en un 8 por 100, un promedio de avance muy por debajo del normal bajo los Zares en las décadas que precedieron al año 1917.

Hoy las masas rusas son mantenidas por la tiranía soviética en un estado próximo a la miseria por dos razones: el socialismo es ineficiente y, todavía más importante, es parte de un sistema de terror el mantener a la población pobre de alimentos y otras necesidades con el fin de paralizar cualquier intento de rebeldía o reforma,puesto que después de un trabajo excesivamente duro las energías sobrantes han de dedicarse a la tarea de conseguir lo suficiente pra sobrevivir. Largas esperas haciendo colas en las tiendas, aglomeración sistemática, etc., son también parte de la misma técnica; al no haber paz ni intimidad, una «contrarrevolución» es menos probable, mientras que solamente aquellos que han vendido sus almas

al diablo y que son dignos de confianza disfrutan de un más alto nivel de vida.

Pero antes de la revolución Rusia era uno de los principales exportadores de alimentos, incluso después de que los productores se reservasen lo suficiente. Comparemos, por ejemplo, la producción rusa de cereales con la producción mundial en 1913 (en millones de puds, siendo un pud cuarenta libras rusas):

CEREALES	PRODUCCION MUNDIAL	PRODUCCION RUSA	PORCENTAJE
Centeno	2.378.0	1.593.3	67.0
Trigo	4.971.4	1.554.8	31.2
Avena	3.324.6	1.087.0	30.3
Cebada	1.771.4	750.4	42.3

Se verá que solamente Rusia producía una parte muy substancial de la producción mundial de cereales. Durante los últimos años que precedieron a la Primera Guerra Mundial la producción rusa era mayor que la de Argentina, Canadá y los Estados Unidos juntas en cerca de un 25 por 100, y la exportación rusa era mayor que la de los Estados Unidos en cerca de un 366 por 100. Cantidades similarmente ventajosas podrían citarse en relación con todos los demás productos agrícolas.

Una intensiva propaganda comunista-soviética, secundada de buena gana por muchos círculos interesados de Occidente, ha llevado al firme convencimiento de que la Rusia pre-revolucionaria carecía casi en absoluto de industria, la cual ha sido creada después por los bolcheviques. Sin embargo, el hecho es que en Rusia el progreso industrial adquirió tal incremento en tan corto plazo hasta emular incluso la rapidez americana. En cambio, desde que los comunistas tomaron el poder, la incompetencia socialista ha hecho el progreso no solamente más lento sino muchísimo más costoso.

Pero no solo fue la industria más eficiente antes de la

revolución. Fue también más humana. Y en la primera mitad del siglo XVIII, más de cien años antes de que tales problemas se iniciaran en cualquier otro país, en Rusia se promulgó una ley limitando las horas de trabajo en las fábricas y las minas. Hacia finales del siglo pasado, las medidas tomadas para proteger la salud, seguridad y bienestar de los trabajadores rusos fueron tales, que en 1912 el Presidente americano Taft pudo decir que el Emperador de Rusia había aprobado una legislación de obreros más cercana a la perfección que la de cualquier país demócrata.

La produción de carbón ascendió en Rusia como sigue: En 1885 un total de 259.6 millones de puds, en 1905; 1.179.8 millones de puds y en 1913, 2.159.8 millones de puds. La La produción del petróleo ascendió, desde un total de 491.2 millones de puds y en 1963, 2.159.8 millones de puds. en 1916. Hubo un tiempo en que Rusia era el país de mayor producción petrolera del mundo. La producción de hierro en bruto del Imperio ruso era de 46.628 miles de puds en 1870, de 105.360 miles de puds en 1890 y de 562.800 miles de puds en 1913. Finalmente, la producción de oro se incrementó como sigue: en 1864 – 1369 puds, en 1894 – 2622 puds, y en 1914 – 4047 puds. Un progreso similar se operó con todos los demás metales.

El progreso hecho en la produción de toda clase de géneros industriales fue inmenso. Ello se reflejó en las estadísticas comerciales. El peso total de géneros transportados en Rusia fue en 1900 de 5.200 millones de puds, y en 1912 de 15.764 millones de puds; en 12 años se triplicó la produción.

El comercio exterior ruso era el siguiente:

En millones de rublos

PROMEDIO	EXPORTACION	IMPORTACION	BALANCE FAVORABLE
1899-1903	793.3	630.2	163.1
1904-1908	1.046.0	769.5	276.5
1909-1913	1.505.4	1.139.6	365.8

(Entonces el tipo aproximado de cambio en oro era 10 rublos= 1 libra; 1 = 2.50 rublos.)

El primer ferrocarril se construyó en Rusia en 1837, y desde entonces el progreso en la construción de ferrocarriles fue el siguiente, en verstas:
1844 – 1846.........260 verstas; 1877 – 1879.........20.782 verstas; 1913 – 1915.........73.852 verstas. En 1916, la longitud total de las principales líneas rusas era de 100.817 verstas. (1 versta = aproximadamente 1 kilómetro). (Véase también el Apéndice).

Al finalizar el pasado siglo, en 1900, el tonelaje comercial ruso, fluvial y de canales, era de 11.130.000, mientras el total tonelaje mercante británico en los mares de aquel tiempo era de 10.750.000, solamente el tonelaje interior ruso era mayor que el de la entonces primera potencia marítima, y por añadidura Rusia también poseía una flota mercante que comerciaba en las rutas marítimas.

Para bien o para mal, en el período que procedió a la Primera Guerra Mundial era el potencial en oro de un país lo que indicaba su salud financiera. A este respecto podemos ofrecer una tabla de comparaciones, en millones de rublos, para el año 1913: (10 rublos eran entonces aproximadamente 4 dólares).

BANCO CENTRAL	ORO	BILLETES DE BANCO
Banco del Estado ruso	1.550	1.494
Banco de Francia	1.193	2.196
Banco de Alemania	411	930
Banco de Inglaterra	331	263

Como se verá, Rusia poseía la mayor reserva de oro del mundo y la emisión en papel moneda se hallaba más que cubierta por el potencial en oro. En 1912, 32 cámaras de compensación en Rusia habían trabajado con 31.000 millones de rublos, sin embargo en 1906 la cantidad, en todas las cámaras de compensación exceptuando a cinco, había sido de

12.000 millones de rublos; en seis años había sido triplicada. Y no había inflación.

Sería justo manifestar que una prueba de la eficiencia de un Gobierno es el reducido tipo de impuestos que ha de imponer, así como el tamaño limitado de su Deuda Nacional, dados los «clásicos» métodos del capitalismo. Al mismo tiempo es evidente que Rusia, una de las principales Grandes Potencias, tenía que incurrir en muy considerables gastos gubernamentales de toda especie. Através de este prisma se verá que el Gobierno Imperial ruso fue de los más eficientes.

Impuestos directos (en rublos, por habitante), en 1912.

PAIS	IMPUESTOS DEL ESTADO	IMPUESTOS LOCALES	TOTAL
Rusia	1.28	1.38	3.11
Alemania	5.45	7.52	12.97
Austria	5.12	5.07	10.19
Francia	6.44	10.01	16.74
Gran Bretaña	10.01	16.74	26.75

Impuestos indirectos (en rublos, por habitante), en 1912.

Rusia	5.95	0.03	598
Alemania	9.31	0.33	9.64
Austria	9.90	1.38	11.28
Francia	13.11	2.89	16.00
Gran Bretaña	13.86	–	13.86

En el año 1908 los fondos nacionales eran, en rublos y por habitante:

Francia	288
Italia	189
Holanda	178
Bélgica	172

Gran Bretaña	169,8
Alemania	135,6
Rusia	58,7

Por esta época Rusia ya estaba complicada en la guerra japonesa, mientras los demás países disfrutaban de un largo período de paz. En 1914, el 83 por 100 del interés y la amortización de la Deuda Nacional rusa habían sido pagados con los beneficios de los Ferrocarriles Estatales rusos.

Pues bien, estas pocas estadísticas, que pueden ser verificadas y extendidas por cualquier persona interesada en ello, demuestran claramente que en el período que precedió a su caída el Imperio ruso se hallaba en una situación próspera. Que tal prosperidad y progreso, cuando la vida era libre, extremadamente barata y no amenazada por el paro, no fuera atribuíble de ningún modo a los méritos del régimen Imperial, sería una suposición absurda. Todos los hombres de todas las razas disfrutaban de la igualdad de estado y oportunidades hasta un punto no emulado por ningún otro país y comparable solamente a América. Ninguna nación era entonces más verdaderamente demócrata que Rusia. Pero ninguna nación fue más cruelmente maltratada.

Ya hemos mencionado que los judíos no disfrutaban de una igualdad completa. El motivo no era de ningún modo un anti-semitismo maligno y equivocado. Tal política puede no haber sido enteramente pertinente o justa, pero nunca HUBIERA atraído la menor atención de no haberse tratado de los judíos. Ninguna otra raza hubiera sido capaz de hacer y mantener tal cantidad de propaganda quejumbrosa e incluso agresiva a través de todo el mundo.

La política rusa hacia los judíos no era anti-semítica, puesto que no consideraba la raza, sino solamente la religión. Tal política era seguida principalmente en interés de los propios judíos. Los campesinos rusos eran muy poco negociantes y algunos judíos se sentían continuamente tentados a instalarse en los pueblos y dedicarse a un exorbitante préstamo

monetario. Luego llegaba el momento en que los sencillos campesinos se hartaban, y entonces los pobres judíos se convertían en las víctimas de un pogrom o matanza organizada. Tales sucesos, pese a la propaganda que dice lo contrario, no fueron nunca favorecidos por el Gobierno. De este modo sucedió que se prohibiera a los judíos instalarse en pueblos que no fueron judíos, mientras en las ciudades y universidades de Rusia fuera de la región donde había vivido durante siglos, los judíos eran teóricamente limitados a un máximo de un 4 por ciento, siendo ésta su proporción en la población total. Sin embargo, esta regla era infringida muy a menudo en la práctica, con el pleno conocimiento de las autoridades. En cambio, los judíos tenían idénticos derechos en los tribunales de la ley, y los rabinos judíos, al igual que los sacerdotes de la Iglesia Ortodoxa, recibían un salario del gobierno, además de las sumas donadas por los fieles. En Rusia no existía un registro civil de los matrimonios y nacimientos, y todos los ministros de las religiones reconocidas tenían que cumplir las funciones de los funcionarios administrativos.

La fábula de que los judíos perseguidos de Rusia escaparon de la opresión zarista para buscar la libertad de Inglaterra y América es muy halagadora para los ingleses y americanos. Por desgracia, la historia no es cierta. El triste hecho es que, antes de la Primera Guerra Mundial, los dos países que hemos mencionado eran los únicos en el mundo donde no existía el servicio militar obligatorio para jóvenes. Nos ha sucedido muy a menudo que, visitando a un eficientísimo sastre o relojero judío, nos saluden con amistosa sonrisa y la observación: «Oh, ¿de modo que también usted es ruso?» Nunca oímos un comentario desfavorable a Rusia, y sí siempre la historia parecida a ésta: «Hace ya cuarenta años que estoy aquí, tengo sesenta y muchos nietos». Todos se fueron a los veinte años —la edad del servicio militar. No les culpamos por ello, y les agradecemos sus reminiscencias siempre benignas de Rusia. Pero hay una pequeña, pero influyente minoría, que durante muchos años tergiversó todas es-

tas cosas para usarlas contra Rusia. Los de esta especie han informado mal a Occidente.

Además de los muchos judíos que recuerdan sus viejos hogares con nostalgia, hay también mucha gente de todas las naciones –británicos, suizos, alemanes, franceses– que antes de la revolución pasaron mucha parte de sus vidas en Rusia. Muchos de ellos volvieron a su patria completamente rusificados y con el único sueño de poder regresar al país cuyo sistema de vida, idioma, y a menudo también fe, habían adoptado.

El célebre y poderoso Primer Ministro ruso, Stolypin, había tenido la firme intención de recomendar la abolición de todas las leyes que de algún modo hicieran discriminaciones contra los judíos. Fue asesinado en 1911 como resultado de una conspiración de una de las organizaciones socialistas, y desgraciadamente, su asesino fue un judío. No obstante, tal legislación hubiera sido pronto aprobada, pero la guerra y la revolución lo impidieron, como impidieron tantas otras cosas.

XVII

EL TELON DE FONDO DE LA REVOLUCION

Es posible que ahora pueda preguntarse, irónicamente, si la revolución rusa tuvo lugar en la realidad. Quizá tal paraíso todavía existe y todo cuanto hemos oído en favor de lo contrario es un gran mal entendido. En resumen ¿qué fue y qué no fue la causa de la tremenda catástrofe de 1917?

Las malas interpretaciones de aquellos sucesos y del país en general que con persistencia se difunden forman una parte consciente del plan para la subyugación del mundo. Estas deliberadas mentiras pueden ser ignoradas por cuantos deseen conocer los verdaderos hechos, y queremos repetir que de una adecuada comprensión de estos hechos depende el destino del globo.

Una organización viviente puede sucumbir a la enfermedad si están presentes dos factores: tiene que haber un virus, capaz de provocar la enfermedad, y el organismo debe estar debilitado y sus anti-toxinas haber perdido parte de su eficacia para que el virus no pueda ser combatido y destruído. Además, el organismo infectado se enfrenta con dos posibilidades: o la enfermedad lo vencerá, matándolo, o por el contrario, el organismo no sucumbirá, eliminando al final el virus y la enfermedad. Tal es la situación que puede aplicarse a Rusia.

La Rusia que renació de una larga lucha por la supervivencia a fines del siglo XVII, tuvo que dedicar durante cientos de años una gran parte de sus energías a ininterrumpidas

guerras por la propia defensa. A través de las abiertas llanuras del oeste y del este llegaron muchos presuntos conquistadores –los tártaros, los suecos, los alemanes, los polacos y otros. Los primeros consiguieron imponer a Rusia un gobierno en gran parte indirecto durante casi tres siglos.

En la Edad Media, durante el período primitivo de la historia rusa, hace más de mil años, la entonces capital, Kiev, era una de las ciudades europeas mayores y más florecientes. Los Grandes Duques de Kiev y de toda Rusia estaban emparentados por la sangre y por matrimonio con los Reyes de Inglaterra, Francia, Hungría, Noruega y otras. Rusia era una parte integral y principal del continente, un país cristiano con un gran presente y un futuro inmenso y en apariencia asegurado. Pero el destino había colocado a Rusia en una posición muy peligrosa, en la cual sólo una nación muy resistente y muy enérgica hubiera podido sobrevivir. La Europa Occidental, protegida durante mil años de las tormentas que azotaban a Rusia, y que Rusia detenía, pudo crear una cultura muy compleja y desarrollada que suplía con una magnificencia externa lo que a veces le faltaba en profundidad. Políticamente, la Europa Occidental podía dedicarse al feudalismo, la caballería, los Estados liliputienses y la legislación. Era un sistema de vida que no hubiera sobrevivido un solo día a las tensiones que los rusos soportaban durante casi la totalidad de sus once siglos como un Estado unificado.

Pero muchas cosas de auténtico valor nacieron en Europa Occidental. Los avances técnicos de los siglos pasados, especialmente desde el Renacimiento, se convirtieron en un factor sin el cual ningún Estado podía vivir y sobrevivir eficazmente en competición con los demás. Igualmente en el reino de las ideas se desarrollaron una energía y una productividad a la vez arriesgadas y ventajosas.

En la misma época Rusia estaba bastante separada de Europa Occidental y se veía obligada a dedicar demasiada parte de sus energías espirituales y esfuerzos materiales a la defensa. Hasta la época de Iván el Terrible, el contemporáneo de

Isabel I, no empezaron a restablecerse los contactos con Occidente. Pero los aventureros mercaderes ingleses que iban a comerciar a Rusia a menudo se imaginaban que los habitantes de la Moscovia Septentrional eran monstruos de un ojo en medio de la frente. Era un lugar misterioso del que se sabía muy poco. Y un lugar donde se sabía demasiado poco de Occidente.

Inevitablemente, al ser reducidos los antiguos invasores a proporciones manejables, y al adquirir la propia Rusia fuerza suficiente para dedicar mayor atención al progreso que a la mera subsistencia, y como resultado de la colonización de los espacios en su mayor parte deshabitados de Siberia (una tierra tan habitable como la región de ambos lados de la frontera entre Estados Unidos y el Canadá) —los rusos prominentes empezaron a estudiar a Occidente y sus numerosos y positivos avances. Hacia mediados del siglo XVII decidieros seguir una política de gradual absorción de los métodos e ideas occidentales y su adaptación a la cultura y las necesidades prácticas rusas. En parte esto era de nuevo una política de supervivencia, pero sobre un plano más elevado que el mero rechazo de los invasores.

Sin embargo, la Rusia de aquel tiempo era un país de los conservadurismos y tradición más extremos. Era inevitable la existencia de muchos que se oponían violentamente a cualquier reforma y cuya opinión era que cualquier admisión de la influencia del herético Occidente católico y más especialmente, protestante, conduciría a Rusia hacia el abismo, hacia la dominación del Anticristo. Si tales personas pudieran hoy volver a la tierra, estarían en su derecho al proclamar que entonces tuvieron toda la razón.

Pero entonces el problema no era de concepciones filosóficas generales y de previsoras políticas; era una cuestión de inmediata y efectiva competición, de convertirse en una Gran Potencia o ser completamente aplastado, después de un milenio de esfuerzo y sacrificio. La situación requería una

acción radical y el hombre que iba a mostrarse capaz de ejecutarla, apareció.

Pedro el Grande, Zar de Moscú y Emperador de Todas las Rusias, el último de los Romanov en línea masculina directa, ascendió al Trono siendo aún menor de edad. El mayor de sus hermanastros, Iván, era un retrasado intelectual y los dos Príncipes fueron proclamados Zares Conjuntos, con su hermana mayor Sofía como regente. Era en la segunda mitad del siglo XVII. Poco tiempo más tarde Pedro, aunque sólo tenía dieciséis años, anuló la regencia de su hermana, ignoró a su hermano y asumió activamente plenos poderes. Un hombre de inmenso tamaño y fuerza físicos de enorme fuerza de voluntad y gran capacidad intelectual, Pedro era un revolucionario coronado. Ejecutó en unos cuantos años lo que otros hubieran intentado durante décadas e incluso generaciones. En tales casos es imposible decir lo que hubiera sucedido de no hacer Pedro lo que hizo, pero es ciertamente discutible que Rusia hubiera sobrevivido si no se hubiera convertido en lo que fue después de él y ha seguido siendo hasta el día de hoy: una Gran Potencia de primera magnitud y una fuerza cultural y política que ha movido y que aún moverá al mundo.

Jean Jacques Rousseau escribió en el mismo siglo XVIII en que murió Pedro, que sus demasiadas rápidas reformas provocarían una gran revolución en Rusia, porque habían dividido a la nación. Las masas habían permanecido como antes, arraigadas en la vieja Rusia con todos sus defectos y sus grandes virtudes, mientras las clases dirigentes estaban occidentalizadas y por entero separadas del núcleo de la nación. Era en gran parte un cálculo cierto, y la profecía resultó ser correcta. Esta opinión es también compartida por muchísimos rusos.

Quienes hayan leído «La guerra y la paz» del Conde León Tolstoy recordarán su descripción de la alta sociedad rusa en la época de la invasión napoleónica, algo menos de cien años de la muerte de Pedro I. Muchos apenas hablaban el

ruso y solían usar el francés en las conversaciones. Los ejércitos rusos que liberaron a Europa del yugo francés de la época volvieron infectados por las ideas revolucionarias del país que acababan de derrotar. En poco menos de una década la conspiración de diciembre demostró ser la primera manifestación de un movimiento revolucionario en Rusia que estableció una tradición. El fermento entre la clase intelectual no desaparecería hasta el cataclismo final.

Pero lo que se libró no fue una lucha por la libertad de las masas o por su bienestar. Todos los jefes de la conspiración de diciembre, cuyo propósito era la total eliminación de la Dinastía por asesinato y la liberación de los siervos, acompañadas del establecimiento de un régimen parlamentario, todos ellos poseían siervos, y ninguno había pensado en liberar a sus propios campesinos antes de luchar por la liberación de los restantes. Tales motivos fueron en gran parte incidentales y falsos, y servían de pretexto. Los verdaderos motivos eran la lucha de los racionalistas no religiosos contra las fuerzas que representaban una concepción cristiana de la vida y el Estado. Estas influencias rectoras han continuado siendo hasta nuestro día la fuerza oculta del movimiento revolucionario, y no es sorprendente que sea una terrible tiranía, y no la libertad, el resultado de todos los esfuerzos subversivos de casi cien años.

En tales circunstancias no es extraño que la revolución fuera la obra de la alta clase media intelectual occidentalizada y de una parte de la aristocracia. No es sorprendente que tantos revolucionarios, especialmente en la época en que los bolcheviques lograron el poder, fueran judíos occidentalizados, seguidores de Karl Marx, que era uno de ellos. La revolución de 1917 no hubiera sido posible sin las reformas de Pedro el Grande doscientos años antes. Era necesaria una dosis de transfusión de sangre occidental, pero una dosis excesiva, administrada con demasiada rapidez, casi ha matado a Rusia. Pero Rusia ha sobrevivido, y hay algunos que pre-

guntan si no serán ahora Occidente y Rusia quienes tendrán que solucionar juntos estos problemas.

Si hemos visto que habían grandes debilidades en el Estado y el sistema social rusos, si la estructura rusa religiosa y cultural era vulnerable, también existían poderosos factores que proporcionaban fuerza y estabilidad. Hemos demostrado que el Régimen Imperial era capaz de inmensos esfuerzos, hemos demostrado que proporcionó a Rusia gran prosperidad sin pérdida de libertad personal o excesivo sometimiento del Gobierno y la comunidad comercial a los usureros. La Iglesia estaba básicamente intacta, solamente debilitada por la institución del Santo Sínodo y el Procurador-General, establecido por Pedro el Grande en lugar del Patriarcado, como uno de los medios con los que intentó dominar a las fuerzas conservadoras. El Trono Imperial era admitido por la masa del pueblo y estaba sinceramente dedicado a la causa del bienestar de este último. Pero entre ellos se interponía aquel estrato desmoralizado y sin raíces de las occidentalizadas alta clase media e intelectual que hizo posible la infección por el virus de la enfermedad revolucionaria. Si la mayoría de los jefes del bolchevismo habían sido importados del East Side de Nueva York, todos los miembros del Gobierno Provisional del Príncipe Lvov, y más tarde de Kerensky, habían sido miembros de una Logia Masónica de San Petersburgo. También ellos eran espiritualmente una importación occidental de Rusia. Debemos tener en cuenta que la francmasonería no puede enfocarse aquí del mismo modo que la enfoca el tipo medio de nuestro hermano anglo-sajón, sino desde el ángulo en que se presenta como un factor en Rusia.

El virus de la revolución emanó de la conspiración de los mesiánicos materialistas, que quieren establecer el único estado natural gobernado por ellos mismos. De este origen pueden derivarse directamente los movimientos subversivos de los últimos trescientos años. Como ya hemos visto, la directiva aparentemente anti-capitalista de los conspiradores no era, de hecho, más que un aspecto de su política, siendo, co-

mo eran al mismo tiempo, emanados todos del capitalismo de usura. Siempre han empleado métodos en apariencia diferentes, tan diferentes que la mayoría se desorientó por completo, sin advertir sus orígenes comunes y los mutuos objetivos finales. Pero la meta es sólo una y la misma. De ahí que no sea sorprendente, por ejemplo, que la «opinión pública» occidental, cuya mayor parte se manufactura por encargo de los conspiradores, los cuales controlan casi toda la prensa, radio, cine e incluso a los gobiernos, mientras oficialmente van al unísono de la democracia y el capitalismo – aplaudiera y hasta ayudara a los revolucionarios de Rusia, creyéndoles los liberadores de un pueblo oprimido que estaba esperando la libertad. Y cuando se hizo evidente incluso para los ciegos que el marxismo no había proporcionado una mayor libertad a los rusos sino una esclavitud completa y un despiadado terror, la pública opinión «demócrata» permaneció largos años más o menos silenciosa, y en caso de presión para que se pronunciase en contra de la tiranía pagana, declaraba que el bolchevismo era malo pero que, después de todo, el Zarismo había sido peor. El bolchevismo era un experimento interesante y, a fin de cuentas, los rusos eran tan salvajes que no podía esperarse nada más de ellos.

Un miembro laborista del Parlamento británico, muy conocido como un izquierdista intelectual, dijo al autor que el marxismo era un sistema muy sabio que los salvajes rusos habían echado a perder completamente. Pues bien, esto es la clave de muchos acontecimientos de los últimos años. Todos sabemos que muchos de los antiguos comunistas occidentales y sus simpatizantes de América, Gran Bretaña y otros lugares, son ahora los principales propulsores de la idea de que el comunismo es un despotismo maléfico, los rusos sus víctimas oprimidas y que el mundo debe hacer cuanto esté en su mano para salvar a los rusos y demás del yugo soviético.

Los antiguos partidarios de la dictadura soviética sobre el proletariado se volvieron de pronto contra ella, y con toda sinceridad. A primera vista parecería que esta gente, que ha

practicado durante muchos años el marxismo, y que tiene buen corazón, ha llegado a la conclusión de que estaba equivocada y que, en conciencia, ahora debía cambiar sus opiniones. Pero tan generosa suposición no siempre sería correcta.

En general, lo que observamos no es un cambio de actitud fundamental,sino un cambio de táctica, mientras el objetivo final sigue siendo el mismo. Como hemos visto, el capitalismo, el socialismo, el comunismo, el liberalismo y la democracia y muchas cosas más. pueden usarse, y se usan, como medios para favorecer la causa de la dominación mundial por los mesiánicos materialistas. Ahora se encuentran con que el comunismo en Rusia se les ha ido de las manos en muchos aspectos. Ya no es la herramienta enteramente aceptable que ellos modelaron con tanto dinero, esfuerzo y gran voluntad. El comunismo no ha de ser sencillamente eliminado para dejar el camino expedito a lo que el pueblo ruso pueda querer en realidad, sino que ha de ser reemplazado por un «mejorado» régimen de alternativa. Hay que trasladar al prisionero de una cárcel a otra, pero de ningún modo puede permitirse que se escape.

Otro modo de decir una cosa similar es lo manifestado por un Premier británico, que el comunismo soviético no es más que una expresión del antiguo imperialismo ruso. Ello es la versión Conservadora de la tesis de que es Rusia la que tiene la culpa, lo cual implica que el Comunismo no la tiene.

¿Cuál es la verdadera cuestión? ¿Por qué Rusia es siempre el enemigo supuesto e inaceptable también el comunismo en su actual forma soviética, aunque no generalmente en principio? Estos fenómenos, si son observados, y hay quien sí los observa, parecen llenos de contradicciones e inconsistencias. Pero una vez descubiertos y comprendidos con claridad los orígenes de los acontecimientos y los verdaderos artífices de la política, todo ello se hace evidente.

XVIII

EL «CASO» CONTRA RUSIA

El cristiano Imperio ruso era un poderoso baluarte que evitaba la propagación de las doctrinas y las prácticas subversivas que allanaban el camino de la dominación mundial por los materialistas. En consecuencia, era una conclusión inevitable que tal Imperio debía ser atacado y derrocado. Pero debía hallarse una excusa aceptable con el fin de movilizar el apoyo suficiente para una política consistente y sostenida que requeriría grandes esfuerzos e incluso sacrificios. No hubiera sido suficiente en, supongamos, el siglo XVIII o a principios del décimo-nono, decir que Rusia debía considerarse un enemigo, porque no era gobernada por un Parlamento basado en el sufragio universal. Anteriormente a la ley de la Reforma en la primera mitad del siglo pasado, Inglaterra era completa y abiertamente gobernada por la aristocracia y la clase acomodada y hasta que empezó a vivir la gente que hoy es anciana no se concedió el voto a las masas trabajadoras de la Gran Bretaña, y las mujeres no disfrutaron de él hasta hace pocos años. Incluso la cruda acusación de imperialismo expansionista hubiera sonado muy extraña en boca de los ingleses y otros. Después de todo, existen actualmente muchos hombres que combatieron en guerras puramente imperialista. En realidad, era imposible descubrir un caso convincente contra Rusia sobre una base realmente cierta. Pero era necesario encontrarlo.

Y se inventó. Un grande e histórico mal entendido fue

cuidadosa y «científicamente» planeado y fomentado durante no pocas generaciones, ataviado con distintos adornos verbales de los que hemos mencionado unos cuantos. El caso básico contra Rusia se convirtió en convincente y efectivo al ser presentado en forma de peligrosa amenaza para la misma existencia de Gran Bretaña y otras y de sus posesiones. De hecho, se presentó a Rusia como al enemigo de todo lo decente y justo.

En trazos generales, el histórico mal entendido sobre Rusia, artificialmente creado, equivale a lo siguiente: Durante cientos de años, Inglaterra, España, Portugal, Francia y Holanda se habían defendido y habían competido entre sí en los océanos, mientras construían sus imperios de ultramar. Todas ellas tenían esto en común: el territorio metropolitano era relativamente pequeño, y las posesiones coloniales y colonizadas eran enormes. En cada uno de estos imperios la raza dirigente era mucho menos numerosa que las razas sometidas. Al final, durante el siglo XVIII, estas luchas cesaron, y se logró una especie de modus vivendi y la división del botín. Y precisamente cuando esto sucedía,apareció la nueva Rusia después de Pedro, con una flota numerosa, activa en el Mediterráneo, mientras algunas unidades daban a menudo la vuelta al globo.

En estas circunstancias no fue difícil difundir la impresión de que Rusia era una potencia expansionista y agresiva, amenazando las libertades de Europa. Empezó una campaña de difamación que, naturalmente, no mencionaba el hecho de que Rusia no era una potencia colonial y marítima, que su población era homogénea, siendo predominante rusa, y que su interés en el mar se limitaba a la obtención de derechos de entrada a puertos libres de hielo y al control de los Estrechos que formaban la entrada al principalmente ruso Mar Negro.

No obstante, ¿cuál fue de hecho el verdadero efecto de la política exterior rusa después del reinado de Pedro I? ¿Dónde, excepto en Polonia, obtuvo Rusia nuevos territorios que no le pertenecieran por otros motivos que la conquista?

Rusia creció partiendo de un reducido espacio en el sur y centro del área que ahora es la Rusia europea, y gradualmente adquirió mayor tamaño con la colonización de los espacios circundantes, en gran parte deshabitados, o habitados únicamente por nómadas dedicados al saqueo. El núcleo del territorio ruso ocupa la gran llanura que se extiende a través de la Europa Central y cruza los Urales hasta el Pacífico. Es natural que Rusia intentara llegar al mar y en especial a los puertos libres de hielo, pero durante este proceso no se debilitó ni destruyó a ninguna gran nación con una larga historia de civilización e independencia. En Asia Central hubo que ocupar y pacificar a ciertas áreas cuyos habitantes eran inquietos bandoleros que contínuamente hacían incursiones por las pacíficas tierras rusas. Pero el grueso principal de la colonización rusa fue a través de Siberia y por los Estrechos de Behring hasta Alaska, por tierras que antes de llegar los rusos eran completamente salvajes e inhóspitas.

Pero mientras que en América del Norte los Indios fueron casi exterminados, siéndoles arrebatadas casi todas sus tierras, los nativos de los territorios que fueron anexionados al Imperio ruso recibieron completa protección e igualdad de derechos y todas las ventajas de una administración bien organizada y una civilización auténticamente cristiana. A nadie se le quitaron sus posesiones. Por ejemplo, en el Cáucaso, los principales magnates del petróleo eran caucasianos de la localidad y no los designados por los banqueros de la capital.

Antes de volver al tema del Cáucaso, sería oportuno decir algo sobre Polonia. Este desgraciado país ha sido a menudo la causa de agitaciones anti-rusas. Debemos empezar diciendo que todos los rusos son amigos de Polonia y desean estar en buenas relaciones con su vecina eslava. En segundo lugar debemos tener presente que ha existido un lamentable espíritu de competición por el poder y la influencia entre Varsovia y Moscú durante siglos, y fueron los polacos los primeros en iniciar una política de expansión hacia el este; hubo un tiempo en que unidades armadas polacas llegaron hasta los Ura-

les. Luego Rusia se hizo más fuerte y Polonia más débil, y el péndulo se inclinó hacia el otro lado. Ya es hora de detenerlo y de hallar un permanente modus vivendi para la mutua satisfacción. Pero ambos lados deben abandonar las pretensiones exageradas y los deseos de dominar territorios habitados por miembros de la otra nación. Cuando Rusia tomó parte en la división de Polonia, este antiguo y valiente Reino se hallaba en una situación tan débil que la iniciativa prusiana y austríaca hubieran predominado sin ningún género de duda. Rusia, por razones estratégicas, tuvo que aceptar una porción de tierra polaca con el fin de evitar una profunda penetración germana hacia el centro de Rusia, tanto más cuanto que el este de Polonia estaba habitado por rusos de la fe ortodoxa, conquistados por Polonia muchas generaciones antes. Pero debemos decir que todos los rusos lamentan dicha división y quieren ver a Polonia libre, próspera y amiga de Rusia.

¿Y qué motivó la llegada de los rusos al Cáucaso? Durante generaciones Georgia y Armenia, antiguos reinos cristianos sufrieron las presiones de sus poderosas vecinas musulmanas –Turquía y Persia–, y los menores estados musulmanes en el mismo Cáucaso. Era una batalla completamente desigual. Repetidamente los georgianos pidieron protección a Rusia desde el siglo XVII. Pero Rusia no era aún lo bastante fuerte para desafiar a los turcos, en especial más allá de la extensa zona caucasiana. Por fin, en los últimos años del siglo XVIII pudo ser atendida la petición georgiana de protección incorporándose al Imperio ruso y el último Rey de Georgia y sus nobles se incorporaron a la nobleza rusa. Unos años más tarde, un miembro de la antigua Casa Real de Georgia (otra rama de la cual gobernaba a Armenia), el Príncipe Bagration Mujransky, fue uno de los jefes principales del ejército ruso en la guerra contra Napoleón. Cayó al frente de sus tropas en la gran batalla de Borodino y fue enterrado en el campo de batalla. El Príncipe fue un héroe nacional de Rusia y un monumento fue erigido sobre su tumba.

Tras la incorporación de Georgia fue necesario pacificar

los otros territorios del Cáucaso, habitados por musulmanes bajo la protección o jefatura turca. Pero también aquí recibieron los nativos todos los derechos de los súbditos rusos, reteniendo sus propiedades.

Poco después de la pacificación del Cáucaso durante la primera mitad del siglo XIX, se impuso la necesidad de mejorar las tremendas condiciones en que vivían los pueblos balcánicos bajo el Imperio turco. Mediada la primera mitad de este siglo ya había tenido lugar la liberación de Grecia con la colaboración de Gran Bretaña y Francia. Pero todavía quedaban bajo la tiranía otomana y musulmana varios pueblos que eran en su mayoría eslavos —parientes de sangre de los rusos— y miembros de la Iglesia Ortodoxa, a la cual también pertenecía la enorme mayoría de los pueblos de Rusia. Era natural que Rusia no se desentendiera de la situación y los repetidos ruegos de las naciones oprimidas. Después de 1870, una victoriosa campaña llevaba al ejército ruso a las puertas de Constantinopla. Turquía firmó un tratado de paz y los Balcanes cristianos fueron libres.

Pero tal cosa era inaceptable; éste acto era claramente una expresión del creciente imperialismo ruso. Los Estrechos ya corrían peligro y Rusia podía tomarlos. Y entonces, había que suponerlo, medio mundo estaría perdido. Por ello se pulieron los términos del tratado y los turcos dieron a Gran Bretaña la isla de Chipre como recompensa, puede presumirse que para demostrar que solamente la amenaza teórica rusa de adjudicársela era más temible que la realidad de ser adjudicada a Gran Bretaña. Sin embargo, ¿quién puede disputar la verdad del hecho de que, si es justo que Gran Bretaña adquiera y retenga Gibraltar, Malta, Chipre, Adén, Singapur, Hong-Kong y tantos otros lugares, por qué era una amenaza tan tremenda para la paz del mundo que Rusia pensara que debía controlar los Estrechos? Pero tal no era verdadera cuestión. No estaba Rusia en agresiva postura del enemigo, sino Rusia a la defensiva; ello hacía el «progreso» imposible.

No obstante, la defensa ha sido la continua tradición de la

historia rusa, impuesta al país por las circunstancias. Un ejemplo notable fue la invasión napoleónica del 1812, la culminación de todo el período de las guerras revolucionarias francesas. El Emperador francés, como Hitler, fue empujado a este paso fatal por el bloqueo naval británico. Cuando, después de su fin político, Napoleón rememoraba sus campañas, dijo: «He sido vencido por los avezados barcos de Inglaterra que mi Gran Ejército no han visto nunca». Y dijo de la entonces inevitable batalla de Borodino: «Esta batalla ha demostrado que los soldados franceses merecían la victoria y que los soldados rusos eran invencibles. Contra la roca de Rusia se rompió la espina dorsal. Es un hecho histórico que cuantos han desafiado seriamente a Rusia han dejado para siempre de ser grandes potencias.

Tras la total aniquilación de los ejércitos franceses y los de sus aliados y su expulsión de Rusia, hubo muchos entre los principales consejeros militares y políticos del Emperador Alejandro I de Rusia que consideraron que los ejércitos rusos debían detenerse en las fronteras del Imperio y abandonar a Francia y toda Europa a su propia suerte. Se dio por descontado que el poder del invasor había sido quebrantado para siempre y que, en consecuencia, no se perseguía ningún interés ruso dando alcance al enemigo derrotado. En cuanto a conquistas adquisitivas o la extensión de la influencia rusa, nadie pensaba en ellas, aunque Europa se hallaba enteramente a merced de Rusia. Hay pocos países si es que hay alguno, que hubiesen despreciado la oportunidad.

El Emperador Alejandro era más generoso que sus consejeros y decidió culminar la liberación de Rusia con la completa liberación de Europa. Los ejércitos franceses, rápidamente reorganizado por Napoleón, fueron perseguidos. Una serie de victoriosas batallas llevó a París a los rusos y a sus aliados, los austríacos y los prusianos, quienes poco tiempo antes se habían humillado implorando la ayuda rusa o luchando al lado de los franceses, y Alejandro I dirigió personalmente la entrada de sus ejércitos en la capital de Francia.

¿Qué clase de paz impuso el dueño absoluto de Europa a un adversario vencido e indefenso? ¿Fue una demanda astronómica de compensación material, o la cesión de territorios, o la división de la Francia metropolitana? ¿Pidió Rusia el desarme de Francia o la imposición de tropas rusas de ocupación o un régimen de marionetas? No. Todo lo que el Emperador Alejandro I exigió de una Francia que iba a continuar en posesión de todas las tierras que poseía antes de empezar las guerras, fue que el Rey legítimo, Luis XVIII, hermano del Luis XVI asesinado pseudo-jurídicamente, estableciera un régimen en el que gobernara junto a una asamblea formada por medio de elecciones. Tan pronto como el poder se hubo restablecido, los rusos se retiraron y volvieron a casa. El Zar fue al Congreso de Viena, no a dictar sino a decidir en amistad. Incluso el representante de Francia fue admitido como un igual. La política rusa aseguró cincuenta años de paz. ¡Qué diferente la secuela de 1918 y de 1945, cuando estuvo ausente la verdadera Rusia!

Comparemos esto con los términos impuestos por los «demócratas» en épocas recientes. Consideremos las consecuencias de Versalles. ¿Hubo paz o estabilidad? ¿Se produjo alguna mejoría? ¿O sería cierto decir que el mundo fue implacablemente de mal en peor?

Nunca hemos hablado a favor de Hitler y sus nazis. Sabíamos que sembrarían una mala semilla y también que atacarían a Rusia, a la vez que, intencionalmente o no, favorecerían la causa del comunismo. Previmos la derrota de Alemania y la celebramos. Pero las cosas que se hicieron en Alemania y contra ella después de 1945 solo pueden ser causa de un empeoramiento del espíritu, mente y condición del mundo. Dividir a Alemania y a la mitad de Europa y Asia y dar una gran parte a los Soviets y a sus agentes equivalía a perder completamente la guerra y dar franca entrada a la difusión sin restricciones de la pestilencia roja. Organizar los juicios de Nuremberg y poner en el banco de los jueces y entre los fiscales (incluso dejando aparte la impropiedad de las leyes ex

post facto) a los representantes de la organización más inmoral y criminal que ha presenciado el mundo, es burlarse de la justicia occidental y reducir las relaciones entre los pueblos al nivel de la jungla.

Comparadas con todo esto, las nobles acciones del Emperador Alejandro I de Rusia están tan apartadas de los turbios y criminales actos de la actualidad como lo está un convento de un prostíbulo. Y parece que aún no hemos alcanzado el final de la resbaladiza pendiente. Nuestros sentidos están tan embotados que apenas comprendemos la vileza de la época y el peligro de las perspectivas.

El pacífico papel de Rusia tiene también su ejemplo en épocas más recientes en la iniciativa de Nicolás II, que por dos veces hizo infructuosamente un llamamiento a los principales países para acordar un radical programa de desarme. Sin desanimarse por estas negativas, el Emperador fundó el Tribunal de Justicia Internacional de la Haya, atendiendo todos los gastos con su peculio personal.

Los americanos que conozcan su historia estarán bien enterados de que, desde los mismos comienzos de la independencia americana, Rusia ha sido un amigo firme y activo de los Estados Unidos. Bastará recordarles el hecho de que mientras en Estados Unidos había una Guerra Civil, amenazando la unidad del país, y mientras Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a reconocer la beligerancia de los Estados del Sur, con el fin de legalizar internacionalmente la división del Estado, Rusia intervino activamente para ayudar a la preservación de la unidad americana. Dos escuadrillas navales rusas fueron despachadas a San Francisco y Nueva York respectivamente para evitar cualquier otra intervención naval en los asuntos internos de América. Después de la guerra el gobierno americano envió a Rusia una misión especial, encabezada por un almirante, para agradecer a Rusia estas acciones, que habían protegido a América. Poco tiempo después Rusia vendió Alaska a los Estados Unidos por una cantidad nominal de unos siete millones de dólares, incluso entonces,

y en las circunstancias mencionadas, una cantidad muy reducida. ¿Fue esto un ejemplo de imperialismo expansionista?

Aunque sería imposible en estas líneas discutir todo el asunto con detalle, haremos bien en acordarnos del hecho de que los verdaderos motivos que inspiraban a los principales actores tras el escenario del drama de la Guerra Civil americana, tenía muy poco que ver con la esclavitud o su abolición. Era un cuadro complejo, en el cual se utilizaron las ambiciones de Napoleón III con el fin de favorecer la aventura del Imperio mejicano. La división de los Estados Unidos en dos partes más débiles, ambas subordinadas a los financieros internacionales, entonces con domicilio en Londres, era una de las principales intenciones. Hay razón para creer que el Presidente Abraham Lincoln no fue asesinado por un colérico amigo de los caballeros del Sur, sino por la instigación de los círculos financieros, que conocían sus intenciones de hacer emitir moneda libre de interés por el Gobierno, de acuerdo con la Constitución. La intervención del Imperio ruso debe ser examinada a la luz de las mismas circunstancias.

Esta es una entre las muchas razones importantes por las que aquel Imperio cristiano que había sido amigo de América tenía que ser derrocado; de ello se desprende que, a la inversa conviene a los verdaderos intereses de América que aquel Imperio vuelva a levantarse. Y observemos que los financieros que hicieron posible el comunismo están ahora igualmente interesados en dividir a Rusia como lo estuvieron en dividir a los Estados Unidos.El motivo es que los países más pequeños y más pobres son dirigidos con mayor facilidad, hasta el día en que el socialismo universal tenga a su alcance todos los medios de coacción, que es cuando será demasiado tarde para recobrar los sentidos. Recobrémoslos ahora.

La teoría de que Rusia, como tal, es peligrosa, se basa en una falsedad deliberada, y es una parte del plan con el que los mesiánicos materialistas aspiran a conquistar al mundo. Es una tesis tanto más perniciosa actualmente cuanto más ventajosa resulta para los soviets, puesto que equivale, como

ya hemos hecho notar, a la proposición de que el enemigo no es el comunismo, sino Rusia. De este modo se salvará el comunismo, y Rusia, el mayor aliado en potencia que tiene el auténtico anti-comunismo, se verá atacada. Los patrióticos rusos, como en tiempo de Hitler, se hallarán en la obligación de defender a su país, y al mismo tiempo, aunque involuntariamente, al odiado régimen rojo.

XIX

LAS POLITICAS QUE DESORIENTAN

Las consecuencias de una tal confusión de cosas se resumirá, en esta era atómica, en un tremendo cataclismo. Pero en esta concienzuda política no hay nada confuso o que carezca de propósito. El plan es reducir al mundo entero a una situación fácil de manejar, geográfica, política, social y económicamente. Ninguna Gran Potencia, o posible Gran Potencia,ha de quedar intacta. No es, por lo tanto, sorprendente, que todo se haga para contribuir a la división de las grandes unidades –el Imperio británico y la Commonwealth, Rusia, China, América. Durante muchas décadas no se han regateado dinero y esfuerzos para fundar y prestar apoyo a distintos grupos y movimientos separatistas anti-rusos, de los cuales los más conocidos son las organizaciones «ukranianas». Estos traidores pagados sólo representan a sus patronos extranjeros, que usan estos medios, y otros, para asegurarse de que Rusia será dócil e incapaz de volver a levantarse. Se nos dice que todos desean la autodeterminación de cualquier estado, por pequeño que sea, pero lo cierto es que las verdaderas tendencias van hacia la formación de unidades políticas y económicas cada vez mayores.

Y al final, cuando todo haya sido realizado y un mundo descuartizado, decapitado y sumido en el estupor se halle en las garras de los materialistas, la amenaza atómica será la sanción irresistible y definitiva. Ni siquiera serán ya ne-

cesarios en sus formas más extremas los actuales métodos soviéticos de terror total e ínfima alimentación.

Servirá de pobre consuelo a los patriotas americanos decirles que su país, siendo una importante base de los conspiradores, será el último en sucumbir abiertamente. El destino de las posesiones holandesas, francesas y demás está claro. Hace mucho tiempo que es evidente para los ingleses cuerdos y patrióticos que Gran Bretaña está siendo atacada. De los distintos planes que se están tramando para Rusia hablaremos más adelante. Pero ninguno de nosotros debe imaginar que su país está inmune. El doble ataque desde ambos lados del telón de acero a todos nosotros es igual, aunque algunos sean vencidos más pronto y otros más tarde. A este respecto horroriza observar la complacencia que existe en ciertos círculos conservadores de Gran Bretaña y otras partes.

Debemos apoyarnos mutuamente si no hemos de ser sacrificados por separado. Tiene que haber un plan internacional de contraataque. Pero no podemos trazarlo sin haber estudiado un bosquejo del ataque dirigido contro nosotros.

Lenin declaró, e hizo un resumen de la proposición hecha por él mucho antes, que el ataque de los marxistas social-demócratas, después de Rusia, sería dirigido a través de China hacia los países occidentales. Del mismo modo que la ya clásica maniobra germana contra Francia era la marcha a través de los Países Bajos, o por lo menos de Bélgica, en dirección a París, así la clásica táctica comunista y especialmente, bolchevique de ataque global es el círculo, desde Occidente a Rusia, y desde allí, a través del Lejano Oriente otra vez a Occidente. Y, tal como profetizó se ha seguido esta táctica.

Lenin también nos dijo repetidamente, como lo hizo Stalin, que los comunistas deben seguir una política flexible que permita las retiradas tácticas temporales. Los que se dejan engañar por el tema de la coexistencia tendrían que

consultar a los expertos; están a su alcance en la mayoría de bibliotecas bien surtidas, por lo menos en Europa.

Pero Rusia no era simplemente el pasillo que habían de recorrer los comunistas en su camino hacia la dictadura mundial. Era también la principal base de operaciones, una vez estuvo en su poder. Y aún hay más: como ya hemos mencionado, Rusia había sido el baluarte principal contra la invasión roja. No es sorprendente que Karl Marx odiara a Rusia. Por añadidura, debemos tener presente que si los conspiradores, como hemos observado, están esperando trasladar a Rusia sin peligro de una cárcel a otra, lo mismo puede aplicarse en general al mundo entero. No existe la intención de dejar desintegrar al capitalismo de usura para reemplazarlo por un sistema basado en la verdad y funcionado para los intereses de los pueblos. Lo único permitido es dejar paso al socialismo en una forma o en otra; la forma de control mundial puede cambiarse, «mejorarse», pero de ningún modo suavizarse. Es por este motivo que, como el observador habrá notado, los ataques contra el comunismo y las discusiones sobre su verdadera naturaleza son siempre incompletos y cautos y que la consideración de las alternativas es a menudo tan fútil por ser algo tan controlado, diseccionado y difuso. El mundo sólo ha recibido dos alternativas, y ambas tienen idéntico origen.

Los soñadores liberales, los pensadores abstractos y los teóricos políticos que carecen de experiencia práctica y de propósito no son la clase de gente que logra el poder; y son solamente los que lo logran quienes tienen importancia histórica. Es cierto, naturalmente, que las grandes influencias espirituales, y en primer lugar el cristianismo, crean una cultura y una civilización, un sistema de vida que proporciona meta y dirección a la acción y al pensamiento, pero en definitiva son los resultados prácticos lo que constituye la substancia de la historia, el fruto, bueno o malo, de las fuerzas espirituales e intelectuales que los causaron. Incluso un

cristiano que no practica su fe no es más que una concha vacía.

Los charlatanes anónimos y abstractos pueden ser ineficaces o bien, utilizados por los que luchan conscientemente por designios reales, útiles como herramientas secundarias. Los liberales y demócratas de la especie más académica se contaron entre los solventes que debilitaron y destruyeron el tejido de la Europa cristiana. También en Rusia la clase intelectual desnacionalizada que se interponía entre el Trono y el pueblo fue la que ocasionó el colapso del Imperio, pero no era la fuerza capaz, (o siquiera interesada en ello), de tomar el poder. Los ridículos y engreídos comerciantes del Gobierno Provisional de Kerensky, que duró solamente unos meses en 1917, después de la abdicación del Zar, eran incapaces de cualquier acto constructivo. Exteriormente dieron muestras de creer seriamente que las elecciones y animadas asambleas eran las verdaderas depositarias y el verdadero origen del poder efectivo. De hecho, estos atolondrados no hicieron más que allanar el camino a los bolcheviques, los cuales, según palabras de Lenin, encontraron el poder tirado en el arroyo. Ellos lo recogieron y lo utilizaron.

No hubo nada accidental con Lenin y sus asociados, nada vago en sus objetos y acciones. Sabían exactamente lo que se esperaba de ellos. Sabían, ante todo, que su problema era determinado y práctico. Era la obtención del poder en Rusia, y luego, con ayuda de Rusia, en el mundo entero, en nombre de las fuerzas que los habían creado. Tal era la razón de su existencia.

A este respecto podemos citar las palabras de Lenin, el fundador nominal del comunismo en Rusia, y las del camarada Nikita Kruschev, el actual jefe nominal del partido comunista en Rusia. Lenin dijo:

«Hacer la guerra para la deposición de la burguesía internacional y de tener de antemano cualquier intriga, utilizar las contradicciones de los intereses (aunque sean temporales)

entre amigos, y los supuestos acuerdos y compromisos con posibles (aunque sean temporales, instables y muy condicionales) aliados, ¿no es algo ilimitadamente divertido?»

Kruschev declaró:

«Dicen en Occidente que desde la Conferencia de Ginebra algo ha cambiado y que ahora los delegados soviéticos sonríen. Si alguien se imagina que las sonrisas soviéticas significan el abandono de las doctrinas de Marx, Engels y Stalin se equivoca completamente. Esperar esto es como esperar que la langosta silbe en el mar».

En vista de las opiniones expresadas abiertamente por los tiranos comunistas, a las que podrían añadirse muchas citas de Stalin y otros, y en vista de la total inmoralidad del mantenimiento de «amistosas relaciones» con estos criminales, es fácil imaginarse los resultados.

Millones de palabras sutiles y falsas, volúmenes de auto-engaño, innumerables páginas de abstracciones filosóficas, todos pretenden explicar las razones por las que nació el bolchevismo, por qué alcanzó el poder y qué intentó llevar a cabo cuando estuvo en la cima. Y es verdad que metidos en un profundo y extenso problema, el problema de la lucha entre el bien y el mal, entre lo espiritual y lo material, pero en términos sencillos y prácticos, en el único nivel en que podemos considerar tales cuestiones en la práctica si queremos solucionarlas eficazmente, nos encontramos frente a un plan consciente para alcanzar el poder mundial. Nos enfrentamos con una lucha por la autoridad global, y en la actualidad estamos observando sus últimas fases.

Quien desee descubrir con mayor detalle de qué modo Lenin y Stalin se propusieron dominar al mundo, y cómo de hecho empezaron a hacerlo, puede estudiar los escritos de éstos y otros comunistas prominentes. No hicieron un secreto de sus ideas. Usaron todos los métodos: subversión, sabotaje, propaganda, guerra, comercio, la inundación del mercado con artículos de precio inferior al de coste, frentes populares, penetración en los sindicatos obreros etc. Los ins-

trumentos formales variaron: La Tercera Internacional, partidos comunistas extranjeros, la policía secreta soviética y el Servicio diplomático (ambos actualmente casi por entero una misma cosa), la Komintern, el Titoísmo, simpatizantes no comunistas, y muchos más.

El hecho fundamental que debemos tener en cuenta, como hemos observado antes, es que el comunismo no es de origen ruso. Es solamente el virus que infectó a Rusia cuando este país estaba debilitado por causas internas y por la guerra. Ello implica que los objetivos y métodos del comunismo tampoco son rusos. ¿Cómo podría ser de otro modo? A pesar de todas las calumnias, a pesar de los verdaderos defectos de Rusia, es un país cristiano, convertido hace mil años. El pueblo es duro, pero bondadoso. Las tradiciones de Rusia no son crueles, y aún menos, diabólicas.

Manifestaremos sin atenuantes o temor de seria contradicción que el comunismo es una terrible enfermedad occidental que ha contagiado a Rusia por la novedad en ella de sus esenciales características, mientras que en Occidente, que siempre llevó algo del virus en sus venas, se había desarrollado cierta inmunidad. La caída del inocente es a menudo más dramática que los deslices de los endurecidos pecadores. Pero en cambio, el proceso por el cual Rusia está venciendo al comunismo –las anti-toxinas y nuevas ideas y métodos que se forman allí– ejercerá una influencia positiva en los asuntos mundiales.

Esta es la clave del posible final del comunismo y del verdadero y eficaz método para un contraataque cristiano y patriótico. Ya hemos observado que la simple repetición de la proposición del materialismo dialéctico marxista –que las circunstancias determinan la perspectiva– y la proposición resultante de que la difusión del comunismo sólo puede ser evitada elevando el nivel de vida, haciendo inversiones en las zonas subdesarrolladas del mundo, no significa una respuesta adecuada para la amenaza. Se trata simplemente de repetir las fórmulas sugeridas por los acuñadores

y prestamistas, que están siempre al acecho de nuevos mercados y nuevas víctimas de la usura. Como dice el anuncio bancario: «El dinero es nuestro negocio».

Ya hemos mencionado que, en parte, las diferencias entre los comunistas soviéticos de Moscú y sus antiguos patronos de Occidente son debidas al hecho de que el bolchevismo ha sufrido algún cambio por ciertos motivos rusos. Además, los actuales tiranos soviéticos ya no son el flexible instrumento de los primeros tiempos. Ellos también tienen sus propias ambiciones. Por otro lado, tienen que reaccionar y luchar contra una gran cantidad de factores dentro de Rusia, que hemos descrito en términos generales como las antitoxinas de la nación contra el marxismo. En resumen, el arma soviético-comunista de los círculos que ahora luchan por el poder global ha cumplido ya su misión, y como el Moro, ahora ha de desaparecer. En realidad, no es meramente un instrumento inútil, sino de una especie que perjudica a la causa porque provoca demasiada resistencia que es imposible sofocar, y por ello no es, en sí mismo, la forma final del socialismo requerida por los conspiradores, además de estar grandemente desacreditado ante la opinión pública mundial.

De modo que ahora salen a escena los candidatos del gobierno mundial en el papel de libertadores globales, y en especial como los salvadores «democráticos» de cuantos están oprimidos por el «comunismo ruso». Esta jugada les ayuda también a matar dos pájaros de un tiro: ahora son «los luchadores de la libertad», y como tales eliminan a Rusia, país que si no es destruído nunca será manejable.

La estrategia general por la que los conspiradores han ayudado al comunismo como un arma intermediaria, que ha sido, como hemos dicho, el tractor que les ha allanado el camino, para después aparecer ellos, cuando el trabajo esté hecho, a plantear su propia alternativa de la tiranía que han creado, esta estrategia está calculada para asegurar a estos conspiradores la obtención del poder mundial, y en la forma preferida por ellos. Con todos los recursos financieros,

políticos y demás a su disposición, están en situación de retener la iniciativa en la próxima fase que es la eliminación del marxismo soviético, una fase que ellos pusieron en marcha pero que ya no pueden detener.

Pero el ejemplo húngaro ha demostrado que los verdaderos deseos e intereses de las naciones bajo el yugo rojo, a sea, el alma y el espíritu de estas naciones no han muerto. El comunismo no ha llevado su tarea hasta el fin; en realidad nunca podría haberlo hecho. Es fundamentalmente falsa la proposición de que el materialismo sin alma puede matar las almas de los hombres, y en este hecho reside la clave del fracaso definitivo de los mesiánicos materialistas. Lo sucedido en Hungría está latente en todas partes. Pero tampoco hay que olvidar que los conspiradores tienen la precaución de eliminar a sus víctimas una por una. Y saben preparar el terreno. Por consiguiente, los que valoran la verdadera libertad han de hacer sus propios preparativos, de lo cual hablaremos más adelante. Unicamente así se verá justamente recompensado el heroísmo de los húngaros.

Las verdaderas razones del alzamiento húngaro de 1956 no han sido aún bien conocidas, aunque esos acontecimientos fueron de gran y universal importancia. En vista de que los Soviets resultaban prácticamente intratables, los que ejercían el poder en Occidente decidieron desentenderse de las revoluciones «nacional-comunistas» de Polonia, Hungría y Rumania. En orden a prevenir que un levantamiento no se convertiría en una verdadera contrarrevolución, era natural que la dirección se pusiera en manos comunistas y de elementos de extrema izquierda del viejo comunista húngaro Nagy, el compañero de Bela Kun, y él mismo manchado de sangre de las víctimas del terror rojo.

Pero no resultó así. No resultó ser Nagy el jefe nato en Hungría, sino el Cardenal Mindszenty; y lo que la nación quería realmente no era un Socialismo avanzado sino una vuelta al Cristianismo. En cuanto todo eso se vio claro se abandonó la iniciativa en Polonia y en Rumanía, y se volvió

a dar entrada en Hungría a las fuerzas soviéticas para aplastar el levantamiento. Y esto se hacía tanto más urgente cuanto que las tropas rusas iban contra los húngaros anti-rojos. Esta batalla había sido ganada por Moscú.

Pero no fue éste el final de todo. O se llega a un convenio, que es lo que se está buscando, o habrá un cambio de táctica con los actuales legisladores detrás de la cortina de acero para llevar a las dos mitades del mundo a un control unificado en condiciones que dejen satisfechos a los aspirantes al gobierno mundial. Ante la experiencia húngara este nuevo ataque puede llevar una máscara francamente «conservadora» ante la que no podemos dejarnos engañar los que de veras defendemos el Orden.

El destino nos llama ahora para que estemos dispuestos a tomar la iniciativa. Ante el nacional-comunismo y cualquier otra forma de socialismo internacionalista, sea cual sea la falsa leyenda que le sirva de careta, nosotros hemos de oponer los lemas cristianos y nacionales de los países a que pertenecemos, manteniendo al mismo tiempo un frente común frente al enemigo común. Y hemos de asegurarnos de que los bonos del capitalismo de usura serán eliminados al mismo tiempo que los de su progenie socialista. Debemos volver al orden moral y natural, hemos de someternos a las leyes divinas. En lugar de la fraudulenta y controlada liberación que los materialistas están intentando elaborar, hemos de poner la verdadera lucha por la libertad. Hemos de rechazar la alternativa materialista del marxismo, y luchar en cambio por las políticas que sean una expresión de los verdaderos valores espirituales. Ello concierne por igual a todos los países a ambos lados del telón de acero. Los pueblos que aún son libres de actuar deben ayudar a los que están esclavizados. Todos están siendo igualmente amenazados por el cercano y nuevo socialismo global.

XX

LA LUCHA DE RUSIA CONTRA EL COMUNISMO

¿Cuáles fueron las reacciones rusas ante la peligrosa infección de la pestilancia roja? ¿Cuáles fueron los síntomas de fiebre, los esfuerzos de resistencia? Desde los días fatales de finales de febrero y principios de marzo de 1917, cuando Nicolás II escribió en su diario que le rodeaban la traición, el engaño y la cobardía, y cuando en apariencia aislado y traicionado, sucumbió a la presión de vanidosos dementes y abdicó el Trono, estos cuarenta años han sido de lucha constante en distintas formas. Es cierto que el propio acto de la abdicación dejó un tremendo vacío en la conciencia de la masa del pueblo ruso, que aún no ha sido llenado. No obstante, incluso privados de la dirección natural que desde humildes comienzos les condujo a los más grandes adelantos en todas las esferas del esfuerzo humano, los rusos siguieron luchando con todos los medios a su alcance.

La cadena de los acontecimientos que llevó a la abdicación del Zar tiene su origen dos siglos más atrás, pero es probable que haya un grupo de circunstancias que, más que las otras, determinarán el trágico fin de Nicolás II. Las fuerzas de la revolución lograron salir a la superficie y organizar extensos disturbios en muchas partes del Imperio después de la guerra ruso-japonesa en 1905. Pero entonces la revolución fue sofocada, sin que afectase a la masa de la nación. Sin embargo, los círculos que apoyaban la subversión eran, si no lo bastante fuertes para tomar el poder, sí lo bastante

eficientes para explotar la situación arrancando al Trono la concesión de una Constitución y la limitación parcial de los poderes de la Corona. Esta fue una admisión de derrota, una grave capitulación del régimen, ante fuerzas e ideas reconocidamente anti-cristianas y subversivas.

Política y psicológicamente esto rompió la estructura del antiguo orden; sus enemigos se animaron y consolidaron y sus partidarios se debilitaron y perdieron la completa confianza en sí mismos. Cuando llegó la próxima y principal prueba en 1917, los enemigos de la Iglesia y de Rusia triunfaron, y el Zar, que había entregado, aunque más simbólicamente que de hecho, su poder supremo como el símbolo temporal de la verdad cristiana, –que constituía la única justificación de la Autocracia– se encontró casi solo, con muy pocos que defendieran el Trono. Este abandono moral y político de las fuerzas del verdadero anti-comunismo, que es casi toda la fuerza de los Soviets, ya que ellos carecen de toda virtud, es todavía un factor importante en la situación rusa. Ello significa que la nación rusa no será capaz de sacudirse el yugo de la esclavitud roja más que bajo el estandarte de la Monarquía cristiana.

Pero ello no implica que las formas constitucionales del gobierno y la representación popular sean males en sí mismos. No es este caso en absoluto. Pero aquellas formas políticas y administrativas que nacieron como resultado directo de una violenta acción anti-cristiana han de estar no solamente envenenadas por el virus del materialismo ateo, sino imbuídas de él hasta el punto de proclamarlo activamente. Los revolucionarios rusos, guiados y respaldados por fuerzas malignas del extranjero, fueron, en su propia opinión, previsores y justos asesinando al Emperador Alejandro II, ya que éste tenía preparadas las nuevas leyes correspondientes, que iban a completar sus grandes reformas legales y en especial la liberación de los siervos, que había tenido lugar después de 1860. El crimen de 1881 evitó la introducción de cambios constitucionales por iniciativa y por autoridad del

soberano cristiano, y aseguró que dichos cambios se produjeran bajo presión de los sectores anti-cristianos y para propósitos anti-cristianos. No era suficiente que Nicolás II se reservara los supremos derechos soberanos, como sin duda hubiera hecho también su abuelo. El virus de la subversión triunfante en nombre de la esclavitud materialista estaba latente, bajo la careta de la democracia y el liberalismo, y el resultante drama estaba casi por completo asegurado. Teóricamente es discutible que, a lo mejor, una política severa y la enérgica e incluso inflexible firmeza del Régimen Imperial, que tanta justificación hubiera tenido en tiempos de guerra, hubiera podido evitar la catástrofe, pero el error de esta suposición residiría en el hecho de pasar por alto unas concesiones hechas en condiciones susceptibles de acusar un inmenso daño, y por ello es imposible suponer que en tales condiciones pudiera seguirse una política opuesta.

Sin embargo, queremos recalcar que no echamos toda la culpa al martirizado Nicolás II. Como toda Rusia, que él gobernaba y personificaba a la vez, fué la víctima inocente de una terrible enfermedad espiritual que actualmente amenaza al mundo entero. El sufrimiento y la muerte del Emperador, su familia y muchos millones de rusos son la semilla de la cierta resurrección del mañana.

En cuanto los Soviets estuvieron en el poder empezó la Guerra Civil, que duró desde 1918 hasta 1920, y en el Lejano Oriente hasta 1922. Fracasó porque los Blancos sufrían un choque político y moral, una especie de masivo complejo de inferioridad y una derrota colectiva de sus creencias. Este proceso se había ido desarrollando incluso antes de la revolución. La clase intelectual vivía en una atmósfera en que todo lo extranjero era maravilloso y todo lo ruso de mala calidad, mientras que de hecho lo contrario estaba más cerca de ser cierto, no solamente en cultura y civilización sino incluso en la calidad de la producción industrial. Pero la tribu desnacionalizada y semieducada del Bloomsbury ruso (Bloomsbury: sector literario de Londres. N. del T.) ha logra-

do difundir extensamente tal estado de ánimo. Cuando cayó el Imperio, todos los rusos se vieron afectados por esta castración de la mente y el espíritu.

De este modo se perdió la Guerra Civil, por heróica que fuera y necesaria psicológica e históricamente, pues sin ella el honor y el propio respeto de Rusia se hubieran perdido para siempre; no hay un país que tenga el derecho a sucumbir al bolchevismo sin ninguna lucha. Los Blancos fracasaron porque no se atrevieron a proclamar los objetivos a que estaban consagrados y que todos conocían. Ninguno, con muy pocas excepciones, se atrevió a decir abiertamente que la Nación permanecía Monárquica y Cristiana. En cambio, los lemas iban a favor de una no predeterminación del futuro, que sería decidido por una Asamblea constituyente. Los Blancos no lucharon por nada tangible, y su única meta era negativa: estaban en contra del comunismo. En particular, carecían de respuesta para las urgentes preguntas que el comunismo formuló y contestó: la tierra que aún quedaba en manos de los hacendados había que darla a los campesinos, y otras cuestiones similares; además, una paz inmediata.

Pero en cuanto terminó la Guerra Civil hubo el levantamiento de los marineros de Kronstadt, la gran isla-fortaleza naval a la salida de la capital, Petrogado. Fue sofocado por la fuerza de las armas; las tropas atacaron la fortaleza a través del mar helado. En los años siguientes hubo levantamientos de campesinos y cosacos en muchas partes del país. La lucha aún no ha terminado.

En los mismos comienzos del gobierno soviético Lenin intentó introducir extremos métodos económicos comunistas. La propia moneda fue abolida y aquellos que poseían un pasaporte de obrero, un carnet de trabajo, podían obtener gratis vivienda, alimento, viajes etc. Es obvio que el sistema fue un completo fracaso. Un hambre aterradora se extendió por todo el país y la vida empezó a llegar a un punto muerto. Lenin, que siempre había predicado la flexibilidad si fallaban otros métodos, no perseveró. Introdujo la Nueva Po-

lítica Económica, (NEP), que implicaba el regreso a las condiciones normales para la mayoría de la gente. De nuevo fue posible comprar y vender, poseer granjas, tiendas, talleres. Solo las industrias pesadas y de transporte permanecieron en poder del Estado. Pronto Rusia volvió a estar en camino de una prosperidad normal. Era otra lucha de la nación, de la naturaleza humana, del sentido común, contra el régimen pernicioso y antinatural.

A finales de la década 1920-1930 Stalin decidió poner fin al reino de la NEP. No se enfrentaba solamente con una situación en la que Rusia ya no era socialista y en la que, por lo tanto, ya no había relación alguna con las actividades extranjeras que trabajaban por la obtención del poder mundial del marxismo, sino que se enfrentaba también con la situación interna, que no tenía nada de marxista. Pero éste no era en sí mismo el motivo más acuciante para un cambio radical. Stalin, como Lenin antes que él, gobernaba a Rusia a través del partido comunista, que era su único apoyo y principal instrumento. Si el partido se debilitaba o desaparecía, su dictadura terminaba. Incluso la policía secreta, la Tcheka, la OGPU, la NKVD, la MVD y la KGB eran solamente una rama del partido. Este controlaba también el ejército y la administración general del país, colocando a sus propios hombres en las posiciones clave. Era una franca conspiración para mantener el poder por la fuerza. Pero mientras duró la NEP el partido casi no se utilizaba, y estaba marchitándose.

Mientras que la policía terrorista, bajo sus distintos nombres desde Tcheka a KGB, era una parte de la maquinaria total del gobierno comunista desde los mismos comienzos, su papel en el Estado soviético, también desde el principio, era inmenso. Debido al hecho de que el marxismo es antinatural y fundamentalmente inaceptable para la gente normal, incluyendo a los rusos, Lenin y sus colegas y mentores comprendieron que el terror organizado tenía que ser una parte integrante del régimen. Y para ser eficaz, la máquina de te-

rror debía ser muy poderosa. Como resultado, la policía secreta, en cuando se estableció, se convirtió en un estado dentro del estado, y de tal poder que ni siquiera Lenin fue capaz de controlarla debidamente. Por ejemplo, en mas de un caso la Tcheka mató a hombres que Lenin había ordenado libertar, y a quién incluso había dado importantes nombramientos soviéticos.

Algunos observadores competentes creen que la avidez sanguinaria de la Tcheka-GPU-NKVD-MVD-KGB fue una valiosa ayuda para Stalin en su lucha por el poder dentro de la jerarquía roja, puesto que compartía plenamente el sádico apetito de los terroristas y estaba dispuesto a darles cuanto pidieran. Para la Tcheka y sus sucesoras, un masivo y constante derramamiento de sangre era el proceder lógico. Por un lado, sólo la gente criminal y degenerada aceptaba entrar al servicio de una institución así, la cual, a su vez, sólo podía aceptar gente de estas cualidades, y por otro lado, una vez se habían hecho responsables de los crímenes más atroces en la mayor escala posible, sabían que no había retroceso; o se mantenían por la sangre y el terror o eran aplastados.

Es también inevitable que el régimen, y en particular la policía terrorista destruya a sus propios jefes y miembros. Es completamente natural que las mutuas sospechas, odios, celos y oposiciones adquieran la mayor intensidad posible. Es por tales razones que el gobierno del partido comunista ha cambiado más de una vez a los jefes de la policía secreta, el más reciente ejemplo de lo cual es la liquidación de Beria. El gobierno del partido está continuamente amenazado por las ambiciones de la policía, y ello no obstante el partido no puede eliminarla.

Las consecuencias definitivas de estas tensiones y complejas relaciones internas, a las que hay que añadir la presión de la nación rusa, no pueden preverse claramente en detalle. Todo lo que sí puede afirmarse es que, más pronto o más tarde, tal situación llegará a hacerse insoportable y se

derrumbará. Entonces las distintas fuerzas organizadas del país, como el ejército, el personal administrativo, las clases profesionales y en especial la Iglesia, jugarán cada una su papel. La Rusia viva resucitará ciertamente de su envoltura roja. Sin cesar está luchando para conseguirlo.

Sin embargo, debemos estar siempre en guardia. Recientes acontecimientos en Polonia y Hungría han demostrado que en ambos lados del «telón» se dan alas a un fingido cambio político, el «nacional-comunismo», como un intento de probar que el socialismo es compatible con la libertad. Tales políticas han de ser combatidas y cuantos aprecien de verdad la libertad propia y la ajena han de ayudar a los verdaderos patriotas de todos los países subyugados a afirmarse y a salvar sus patrias y al mundo de la esclavitud socialista. Esta lucha concierne a los pueblos de todas partes.

Otra razón por la que la NEP duró tanto tiempo es la de que, después de la muerte de Lenin en 1924 de la sífilis que había carcomido su maligno cerebro, Stalin necesitó años para consolidar su propia situación. Su lucha con los competidores por el poder dentro de la estructura comunista fue larga y enconada. Tenía que establecerse con la suficiente firmeza antes de poder dedicarse a cambios económicos y sociales de gran significación, tanto más cuanto que iban dirigidos enteramente en contra de la fibra rusa. Pero, dejando aparte las concesiones temporales, había que continuar la lucha por la dominación global. De otro modo los Soviets se hubieran visto privados del apoyo de sus verdaderos amos, lo cual hubiera equivalido a su perdición.

Si esta lucha por el poder se limitó en su mayor parte a las filas de los comunistas, también existían los factores nacionales que ocupaban su puesto en el terrible juego. El bolchevismo, y quizás el propio Stalin no estaban inmunes a la influencia del país donde se habían instalado como parásitos venenosos. La sangre que chuparon a chorros también les influenció. Después de todo, algunos de ellos incluso eran rusos.

Luego, después de 1933, llegó la amenaza de la próxima guerra con Alemania. Stalin y sus socios no se hacían ilusiones y sabían que los rusos no lucharían por ellos o por lo que ellos representaban. Fue necesario tomar dos medidas: purgar las filas de la jefatura militar de cuantos pudieran ser desleales, y al mismo tiempo dar al régimen una apariencia nacional animando a la nación a pensar que no sería a Marx ni a Lenin ni a Stalin a quién defenderían, sino a la eterna Rusia. Fue necesario liquidar a los auténticos nacionalistas y reemplazarlos por los que fingían serlo; dar a la fachada un aspecto más ruso, mientras la política estaba lejos de serlo. Pero de nuevo se tropezó con el obstáculo de que una gran parte de la voluntad y aspiraciones nacionales se había filtrado dentro del comunismo ruso. Fue un trabajo sobre la cuerda floja y Stalin lo llevó a cabo con éxito, aunque con ínfimo margen de seguridad.

La clase campesina en masa se ha resistido a la obligatoria colectivización de las granjas en el campo y a la socialización de la agricultura. Artificialmente se hizo morir de hambre a varios millones con el fin de obligar al resto a aceptar el fin virtual de la propiedad privada de tierras, uno de los deseos más fundamentales de cuantos trabajan para ellas. En tiempos de la revolución y la Guerra Civil, ya era éste uno de los principales lemas de los comunistas, mientras hablaban de la esperanza de una transferencia inmediata de la pequeña parte de tierra arable en Rusia que aún estaba en manos de los antiguos grandes hacendados. Se trata de un engaño deliberado, pues al mismo tiempo los bolcheviques predicaban doctrinas que hacían imposible bajo su gobierno la propiedad privada de los medios de producción y ante todo de la tierra. Pero la lucha del régimen con los campesinos no ha cesado nunca. En esto, como en casi todo lo demás, los dirigentes soviéticos están sobre el cráter de un volcán que un día u otro entrará en erupción.

Pero si el deseo de libertad, de poseer tierra propia, y de muchas cosas más fue y sigue siendo un atributo de toda la

gente normal y corriente, hay en Rusia muchos otros deseos que conducen a las tensiones internas, reprimidas pero no por ello menos reales, de la URSS, y en particular de cada individuo ruso. La revolución, a la vez que acarreaba cambios sociales y económicos, la mayoría de los cuales en sus formas definitivas eran completamente opuestas al deseo general, también fue la causa de grandes cambios políticos. No solamente fue despuesto el antiguo orden, con la abolición de la Monarquía y la completa alteración de todos los aspectos de la administración, justicia, educación y muchas cosas más, sino que hasta el mismo nombre de Rusia fue abolido casi por completo; permanece oculto bajo las iniciales RSFSR (la República Federal Socialista Soviética Rusa), que es una de las divisiones administrativas de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). El internacionalismo y los supuestos intereses a las clases trabajadoras del mundo, y el establecimiento definitivo del gobierno global de los socialistas, fueron los nuevos motivos de la política del estado, en vez de ser la protección de los legítimos y limitados intereses del Imperio ruso como tal. De hecho los intereses de Rusia se convirtieron en completamente secundarios y fueron sacrificados a los intereses de la conspiración criminal y de alcance mundial de los Rojos.

En las circunstancias no podía haber más que un resultado: como ni Rusia ni los rusos daban muestras de perecer, Rusia lograría al final vencer al pestilente bacilo y parásito rojo. Lo cual hizo necesario que los dictadores soviéticos otorgaran concesiones al nacionalismo ruso, mientras intentaban al mismo tiempo alcanzar sus designios definitivos antes de que la presión de Rusia les dominara, ya fuera transformando al régimen, ya fuera deponiéndolo. Esta lucha todavía persiste. La complica mucho el hecho de que, naturalmente, cuarenta años de comunismo y gobierno terrorista han transformado grandemente la apariencia externa moral y psicológica de la mayoría de los rusos. La verdadera personalidad de cada hombre y mujer está forzosamente

oculta, y la verdadera Rusia, y en especial la verdadera Iglesia Ortodoxa rusa (no su parodia oficialmente tolerada, completamente bajo el control de la MVD) están en las catacumbas. En Rusia ha llegado a existir un fenómeno bien definido de «emigración interna», de gentes que han logrado aislarse de toda influencia comunista y viven en sus propias esferas espirituales, y cuyos únicos contactos en esta vida son solamente unos pocos amigos de confianza. Esta clase abunda mucho.

Incluso dejando aparte la evidencia de los rusos que han pasado largos años bajo los soviets, existe la de muchos extranjeros de distintas nacionalidades –polacos, alemanes, austriacos, americanos– que han estado en cárceles y campos de concentración comunistas, a veces durante muchos años. Todos hacen una distinción completa entre el régimen y el pueblo y todos confirman que la masa de los rusos, incluyendo hasta a algunos en posiciones de responsabilidad, tales como los guardas de los campos, hacen gala de las más profundas bondad y caridad cristianas. Pasando hambre ellos mismos, los rusos nominalmente libres hacen cuanto está en su poder por ayudar a los que están en los campos o en cualquier otra situación penosa, sin tener en cuenta su origen. De hecho, la atmósfera espiritual en Rusia es tal, que, a pesar de la miseria física, los rusos y los que no lo son que llegan del otro lado del telón de acero siempre se escandalizan ante el materialismo mortal, el egoísmo y la indiferencia espiritual del mundo todavía libre. Hay rusos que, aún odiando con todas sus fuerzas al comunismo y a los soviets, vuelven a su país, sabiendo que serán «castigados» por su «traición» al haber estado en el extranjero sin permiso, porque no pueden soportar la vida en el desierto espiritual de Occidente.

Desgraciadamente, también hay que admitir que los largos años de terror han enseñado inevitablemente a los rusos las artes del disimulo. Nadie lee los periódicos soviéticos literalmente; la gente inteligente los lee entre líneas. Sólo así

comprenden lo que sucede en realidad. Pero exteriormente siguen la línea oficial y cada una de sus desviaciones. Están reservándose a sí mismos. Pero incluso cuando huyen y llegan a Occidente, siguen utilizando el arte adquirido de camaleónica adaptación a las circunstancias. Si los agentes del servicio secreto americano les preguntan sus opiniones políticas, no tardan mucho en descubrir que la respuesta adecuada es que están a favor de una república, y todo el resto. Y, por desgracia, no son pocos los que aceptan empleos pagados en grupos políticos cuyos objetivos son reconocidamente opuestos a cuanto los rusos veneran. Por suerte tales rusos son una pequeña minoría. Si parece que su número es mayor, es porque a muchos les obligan a callar las presiones que puede ejercer el dinero, positiva y negativamente.

La guerra tuvo una enorme influencia en la cristalización de la nueva conciencia rusa, que en esencia es muy vieja. Su proximidad fue sentida en Rusia, por los opresores y los oprimidos, desde el día en que Hitler obtuvo el poder en Alemania a principios de 1933. Nuestro propósito aquí no puede incluir todos los detalles de los sucesos dentro de Rusia durante los años que precedieron a la guerra, y será suficiente decir que los Soviets nunca se hicieron ilusiones sobre los motivos por los que los rusos lucharían, y los que no lograrían estimular su resistencia y buena disposición para el ataque.

Había que perpetrar una política similar a la económica del NEP; era necesario ceder mucho en apariencia, e incluso en la realidad, sin renunciar a las palancas esenciales del poder y a las posibilidades de dar la vuelta al proceso en lo que tenía de fundamental, en cuanto la oportunidad se presentara. En muchos aspectos ésta fue una proposición más fácil que la NEP que Stalin se vio forzado a admitir. Aquélla fue una realidad que transformó la vida de toda Rusia; el Nuevo Método Político Stalinista era más que nada una cuestión de apariencias. Pero hasta los símbolos tienen su propia poderosa realidad e influencia educativa. Los efec-

tos de los nuevos métodos distaron mucho de ser despreciables. De hecho ganaron la guerra para Stalin, cuyo enorme fraude alcanzó el éxito. Pero la semilla que se sembró conseguirá al final el triunfo de la lucha para Rusia.

Resumiendo, exteriormente las reformas concernían a cosas como la restauración de los antiguos rangos y uniformes militares, la creación de nuevas órdenes y condecoraciones en honor de los Santos, Zares y héroes de la Rusía prerrevolucionaria, la conversión de los Comisarios del Pueblo en ministros y muchas más. De un orden más preciso se implantaron cosas como la abolición del aborto legal, que ahora se permite, aunque no por solicitud, sino solamente cuando un médico lo considera esencial; se dificultó mucho la obtención del divorcio, se intensificó la propaganda en favor de los lazos familiares, hubo cambios en la educación y en el texto de la historia, etc. Incluso se llegó a reconocer oficialmente el papel positivo de la Iglesia rusa y los Dirigentes rusos del pasado. El patriotismo se convirtió en virtud, aunque no se excluyó el internacionalismo socialista.

Aquí podríamos observar una gran duplicidad. Una mano cauta hacía concesiones, mientras la otra sostenía con firmeza todo lo esencial desde el punto de vista soviético. Y al mismo tiempo Stalin seguía librando su lucha por el poder dentro de la jerarquía comunista. Esta lucha tenía poco en común con los deseos y necesidades de los rusos; para ellos un Trotzky no era mejor que un Stalin. Pero Stalin debía tener un régimen estable y unido internamente. También necesitaba un ejército que luchara, como había hecho durante siglos, por Rusia, mientras que sus jefes seguían leales a la tiranía soviética. Los acontecimientos que condujeron al Mariscal Tujatschevsky y a dos terceras partes de los oficiales desde el rango de Coronel a las trampas preparadas por los agentes provocadores y de ellas a su liquidación, debilitaron al ejército por la eliminación masiva de oficiales calificados, pero en cambio se aseguró la lealtad de los jefes de las fuerzas armadas en el cercano conflicto.

Sin embargo, cuando empezó la guerra en el frente oriental, Rusia, al principio, fue vencida. Los motivos de patriotismo y defensa nacional se mezclaron al deseo de escapar por fin de las garras del monstruo rojo, y aun más, al deseo de unirse a los que se suponía luchaban por la destrucción de aquel monstruo, considerados en consecuencia como los aliados naturales del pueblo ruso.

En aquella época la opinión generalizada era que los alemanes aplastarían a la Unión Soviética en cuestión de seis semanas. El día en que empezó el ataque, el periódico londinense «Daily Mail» nos confió el encargo de escribir tres artículos sobre la situación rusa. Se publicaron a últimos de junio y el primero de julio, por lo que no se trata de un caso de adivinar los hechos después de sucedidos. En aquellos artículos profetizamos correctamente que los alemanes harían una profunda incursión dentro de Rusia, profunda hasta el punto de obligar al gobierno soviético a trasladar temporalmente la capital desde Moscú a un lugar más hacia el Este (lo cual, naturalmente, sucedió en efecto más tarde) pero también dijimos a nuestros lectores que, ello no obstante, los alemanes abandonarían Rusia después de ser completamente derrotados. Y así sucedió. Era un hecho conocido por muchos rusos en el extranjero, y que quienes estaban en Rusia no podían comprender del todo, por estar casi completamente aislados de la verdadera información, que los alemanes no irían como libertadores anti-comunistas, sino como presuntos conquistadores anti-rusos. Habíamos leído el original alemán de «Mein Kampf», como también muchas otras cosas.

Pero permanece el hecho, como ya anticipamos, de que millones de rusos, militares y paisanos, se pasaron a los alemanes. El ejército alemán contaba entre sus filas a un millón de rusos como soldados alemanes. Había el ejército ruso de Liberación del General Vlassov y mucho más.

Sólo cuando los rusos llegaron al convencimiento, sin ninguna clase de duda, de que los alemanes nazis, más en particular las fuerzas políticas que estaban en el poder que los

jefes del ejército, les despreciaban y eran en todos los aspectos sus enemigos, decididos a conquistar tierras rusas, dividir a Rusia y eliminar a parte de su población, sólo entonces empezó la verdadera resistencia. Hitler hubiera podido vencer en Rusia en cuestión de semanas si hubiera contado con la ayuda de los rusos. No solamente perdió la oportunidad sino que mató de hambre a cuatro millones de prisioneros de guerra rusos. No podemos olvidar que en 1933 el partido comunista alemán, cuyo censo de votantes era entonces de unos cuatro millones, recibió la orden de votar por los nazis; no podemos dejar de asombrarnos de que Hitler insistiera, a pesar de los buenos consejos en sentido contrario, en una política suicida que sólo podía beneficiar a Stalin. Si es cierto que los rusos son como los rábanos —rojos por fuera y blancos por dentro—, pudiera ser cierto que los nazis eran como el roas-beef -morenos por fuera y rojos por dentro. No sugerimos nada ni pretendemos saber las causas, pero es cierto que el bolchevismo estaba en un gran peligro y que fue rescatado, y también es cierto que en 1935 Goebbels escribió en el «Völkischer Beobacher», el diario oficial del NSDAP (Nazis) en una «Carta Abierta a un joven Bolchevique», en la cual establecía comparaciones entre los nacional-socialistas alemanes y los nacional-bolcheviques rusos, y concluía escribiendo: «Joven bolchevique, te damos la bienvenida» Vaya una bienvenida.

Sin embargo, no hay que olvidar que Hitler no sólo estaba respaldado por los votos comunistas sino también por el dinero de los industriales alemanes y los banqueros americanos, que en algunos casos trabajaban a través de banqueros judíos alemanes. Y es un hecho que la única consecuencia concreta de la actividad nacional-socialista fue la entrega de medio mundo al comunismo. No se puede evadir la conclusión de que, consciente e inconscientemente, Hitler fue el gigantesco agente-provocador de alguien. Como escribió en «Mein Kampf»: «He elegido para mi movimiento la bandera roja del socialismo». Y en la Rusia ocupada por los alema-

nes todas las manifestaciones del socialismo se dejaron intactas y fueron utilizadas por los alemanes. Y hay mucha más evidencia que, de muchos modos distintos, apunta a una dirección similar.

Si el papel de Hitler fue complicado y no exento de contradicciones internas, y algunas de ellas no sospechadas por el mismo Führer, lo mismo puede decirse hoy día de Occidente en sus relaciones con la Rusia soviética. Es verdad que Hitler, a pesar de algunos errores fundamentales, fue tenaz. En «Mein Kampf» dice: «La espada germánica tiene que conquistar Rusia para llevar a ella los arados germánicos». Esta actitud puede explicar hasta cierto punto su repugnancia aun a aparecer en Rusia como anticomunista, aun cuando la realidad no ofrece otra cosa.

Igualmente puede decirse que la actitud occidental durante la fase final de la última guerra y aun después de dar la impresión de seguir la línea soviética hasta 1947, cuando esa actitud dio origen a la Guerra Fría, el Plan Marshall, la NATO, etc., etc. Pero tampoco este aparente anticomunismo resulta efectivo. Jamás se nos ha dicho que el Comunismo es un Mal que debe ser aniquilado, como se nos ha dicho del Nacional-Socialismo.

Por supuesto, hace veinte años era aún posible el pensar en deshacer a Hitler mientras sus ejércitos aún no eran demasiado fuertes y no tenía bombas nucleares. Pero ya es otra cosa el desafiar a los comunistas de hoy, que pueden movilizar ejércitos inmensos y pueden lanzar bombas y cohetes con cargas verdaderamente mortíferas.

Mas el miedo no es el verdadero neutralizador. Como hemos dicho en otra parte; no hubo la menor vacilación en destruir a los Nazis, pero hay una evidente inhibición cuando se trata de eliminar al Socialismo, sea cual sea su forma y el territorio que domine.

En los años que han pasado entre 1947 y 1953 se desarrolló en Rusia un creciente movimiento de independencia de los dirigentes comunistas respecto a sus mentores, los Se-

ñores de la Alta Finanza y Miembros del Gobierno Mundial. Es evidente que Kruschev y sus amigos no abandonan ni un momento los objetivos comunistas, y podemos aceptar la idea de que buscan el esclavizamiento de todo el mundo, pero siendo precisamente ellos los dueños de ese mundo esclavizado.

Saben perfectamente no sólo que los gobernantes de Occidente no se atreven a atacarles militarmente sino también que sus contrincantes han perdido todas sus posibilidades políticas desde el momento en que no se han decidido a condenar el Socialismo en Rusia y en sus satélites que es lo que va a llevarles a su fin en todas partes. Así, el camarada Kruschev puede perfectamente humillar a los señores Kennedy, MacMillan y demás de las reuniones de altura y golpear el pupitre de la ONU con su propio zapato. Sabe que los hombres que se sientan detrás de él van en una balsa que se está hundiendo, y no se atreven a destruir a su único adversario, al Socialismo, con lo que únicamente podrán seguir en el poder. En esas esferas es donde debemos buscar las verdaderas proposiciones adoptadas en las reuniones de altura. Aquí debemos estudiar la estrategia conveniente y la táctica que han de seguirse en un verdadero anticomunismo. La situación que describimos nos ofrece oportunidades inmensas; pero también es cierto que un fallo en la comprensión de estos asuntos nos puede conducir a una absoluta ineficacia en la batalla contra el ateísmo y la esclavitud.

Al hacer una estimación correcta de las defensas de Rusia no debemos perder de vista el que el Ejército Rojo no se puede comparar con el Imperial. Era un ejército con una doble directriz y por lo tanto con un mando dividido: había intereses de los verdaderos rusos patrióticos, y había politiqueo y defecciones. Al mismo tiempo las decisiones se tomaban no solamente por Jefes Militares de todas las graduaciones sino también y paralelamente por Comisarios Políticos. Esto naturalmente impedía la unidad de iniciativa tanto en la actitud general como en la eficiencia.

En una palabra, había una falta enorme de iniciativa, de responsabilidad y de eficiencia.

Bástenos recordar el hecho de que en tres campañas, durante el período de la última guerra, la totalidad de la URSS con su inmenso ejército y su numerosa armada no puede vencer a la pequeña Finlandia. Es más aún que si Francia no hubiese podido dominar Luxemburgo en tres días sin estar al mismo tiempo empeñada en lucha en otros frentes.

En 1914 las tropas Imperiales Rusas avanzaron sobre Alemania para salvar a París y a Francia; en 1941 el Ejército Rojo sufría inmensas derrotas. Durante los primeros tres años y medio de la Primera Guerra Mundial, los Poderes Centrales no pudieron, sino muy lentamente, ocupar pequeñas áreas del suelo ruso, y en los frentes de Austria-Hungría y de Turquía fueron los rusos los que combatieron en suelo enemigo. En la Segunda Guerra Mundial los alemanes ocuparon en unos meses una extensión que contenía la mitad de la población de Rusia. En 1914-1917 Rusia producía casi todos sus pertrechos de guerra para sus inmensos ejércitos, a pesar de la resistencia de los Aliados a entregar determinados armamentos que habían sido encargados antes de la guerra; en 1941-1945, la URSS estaba catastróficamente falta de todo y había de ser aprovisionada por sus aliados en una enorme escala. ¡El papel de los Soviets y de sus fuerzas armadas no podía en verdad ser más pobre! Pero el régimen rojo goza de una ventaja que faltó en parte para sostener al Imperio: cuando estalló la guerra los dirigentes afectos al Gobierno de la nación y la circunstancia de que sus intereses no pasaran de una auto-defensa y de su propio egoísmo.

Consiguientemente, al final todo depende de la correcta estimación de aquellas circunstancias en que se hallaban las fuerzas armadas soviéticas, del estado de ánimo en cada nación, y de la preparación política de la oposición al bloque comunista. En un reciente discurso Lord Avon sugirió acertadamente la creación de un Estado Occidental para la guerra política. Esas fueron las palabras de un experimen-

tadísimo hombre de estado, Ministro de Asuntos Exteriores y Jefe de Gobierno. No tuvo éxito, pero su propuesta merece la máxima atención. De su solución acertada depende el porvenir del Mundo.

XXI

ERRORES ALIADOS CON RELACION A RUSIA

Pero si los alemanes, conducidos por Hitler, devolvieron a los odiados y asesinos brazos de los soviets a los rusos que querían unirse a ellos en una lucha contra el comunismo, es un hecho que los Aliados Occidentales seguían exactamente la misma política. Antes de terminar la guerra, algunos rusos cayeron prisioneros en Francia, cayeron en manos de los ingleses, y fueron embarcados a la fuerza con destino a la URSS. Pero los actos peores se perpetraron un poco más tarde, empezando poco después de terminar la guerra y durante los tres años subsiguientes, hasta finales del verano de 1947.

Ahora bien, hay que comprender que en las circunstancias se ha desarrollado en Rusia una situación en que los rusos, ya sea en la patria, ya sea en el exilio, están divididos por dos motivos principales: el deseo de servir a los odiados soviets y la resolución de combatirlos a cualquier precio. Pero esta última intención no puede realizarse completamente a ciegas. Nadie quiere curarse un dolor de cabeza cortándosela; ningún ruso quiere la eliminación del comunismo al precio del aniquilamiento de Rusia. No es que el comunismo sea aceptable en lo más mínimo; es, simplemente, que la cuestión debe ser aplazada si el destino de Rusia está en peligro. Es evidente que este hecho ofrece ciertas oportunidades tanto a los enemigos de Rusia como a los amigos del comunismo.

En el momento del colapso del «Tercer Reich», el comunismo se hallaba en una posición en que hubiera podido ser eliminado sin la menor dificultad. En realidad, incluso antes, hubiera sido posible hacer jugar la carta anti-bolchevique, ya cuando empezó el ataque alemán, un ataque previsto desde 1933 por cuantos tenían los ojos abiertos; previsto incluso antes por mentes todavía más penetrantes cuando Scheubner-Richter fue asesinado al lado de Hitler y Ludendorff en las calles de Munich durante el Putsch (1) nazi después de 1920 siendo reemplazado por Rosenberg el renegado. Entonces solo hubiera sido necesario hacer saber a los rusos que tal acto iba dirigido exclusivamente contra el régimen y no contra Rusia y que, en consecuencia, todos los rusos serían bien acogidos como aliados en la lucha común. Obrar de otro modo equivalía a llevarlos por la fuerza a los brazos del odiado régimen.

A principios del verano de 1945, y durante algún tiempo después, hubiera sido fácil para los Aliados insinuar o incluso decir (por muy poco sinceros que fuesen) que se habían opuesto al ataque alemán contra Rusia y que por lo tanto no eran enemigos sino amigos de los rusos, excluyendo a los comunistas soviéticos. Pero Roosevelt, deliberadamente, había rechazado los ofrecimientos de Molotov de alterar la política soviética con la introducción en Rusia del voto libre y todo lo demás, alegando que no era buena política «imponer condiciones a los rusos», prefiriendo aceptarlos como aliados sin ninguna reserva. Incidentalmente, es parte de una deliberada política de confusionismo mezclar a «los rusos» con los «comunistas», cuando de hecho uno es el tirano terrorista y el otro su víctima.

Aparte de los numerosos emigrados que habían abandonado Rusia después de la revolución y la Guerra Civil, y en los años subsiguientes, además de un gran número de miembros de las minorías rusas en varios estados fronterizos, hi-

---

(1) Putsch: atentado revolucionario, «coup de main». N. del T.

cieron su aparición en Occidente, principalmente en Alemania, Austria e Italia, grandes cantidades de rusos que habían huído de Rusia o habían sido capturados por los alemanes como prisioneros u «Ostarbeiter». Casi ninguno de estos exilados de la pre-guerra había sido un gran peligro para los soviets, pero ahora la masa de emigrados políticos fue incrementada y fortalecida por la adición de numerosos rusos que habían pasado la mayor parte de sus vidas bajo la férula comunista y que conocían perfectamente las condiciones de vida y la mentalidad de la Rusia soviética.

Los Aliados Occidentales – Gran Bretaña, los Estados Unidos de América y Francia – a petición de los soviets, acordaron entregar a todos los rusos, a excepción de los emigrados antes de la guerra, y se avinieron a entregarlos por la fuerza si se negaban a ir voluntariamente. Tal cosa se llevó a cabo durante años siguiendo las instrucciones de los gobiernos de los estados occidentales. Miles de yugoeslavos y de otros fueron tratados de modo similar.

Pero, en cambio, hay cientos de miles de rusos, como nosotros, que durante muchos años han disfrutado de las verdaderas libertades, la paz, el bienestar, el civilizado sistema de vida, la justicia y la bondad de los ingleses, los americanos, los franceses y todo lo demás. Ninguno de nosotros lo olvidará nunca y nunca dejaremos de agradecerlo. Comprendemos por entero que los crímenes cometidos por nuestros amigos occidentales se deben a la imposición. Nuestros anfitriones de tantos años fueron gravemente engañados. No es en absoluto casual que el período de tan criminales políticas coincidiera con la imposición del régimen comunista sobre la mitad de la población mundial. Sufrimos alguna equivocación muy grave. Cooperar con el demonio, secundarle, es algo muy peligroso.

En 1945 Occidente tenía la bomba atómica, pero no así los soviets. Los ejércitos rusos y la máquina comunista padecían serio quebranto: Occidente, y en especial América, estaba relativamente mucho menos exhausto. La URSS se ha-

llaba en un peligro político mortal; no así Occidente. Había una situación revolucionaria tras el Telón de Acero, pero no fuera de él, y tal situación era de mucha mayor fuerza que la de Rusia en 1917, porque afectaba a la masa de la nación y no meramente a una parte de la clase intelectual. Lo único necesario en 1945 era un llamamiento de los jefes occidentales al pueblo de Rusia por encima de sus opresores, un llamamiento apoyado por los millones de rusos anti-comunistas en países occidentales, todos ellos deseosos de luchar por la liberación de Rusia. Es muy floja la excusa de que no hubiera sido justo o practicable traicionar al aliado soviético, en primer lugar porque dicho aliado siempre había usado de la traición más total en sus relariones con Occidente, y no vaciló durante la guerra en ser también el aliado de Hitler, y en segundo lugar porque durante la Primera Guerra Mundial Occidente se apresuró a prestar ayuda abiertamente a los enemigos del régimen Imperial, y siguió haciéndolo durante la guerra. El colapso de la tiranía socialista-soviética podría haberse provocado, no ya en cuestión de meses sino en cuestión de semanas. Pero ya hemos explicado que al prisionero ruso había que trasladarlo de una cárcel a otra, mas no debía permitirse su huida. También hemos explicado que hay enemigos en el poder tanto en el Este como en el Oeste, y el problema de la verdadera libertad no está relacionado con la fórmula actual de la lucha entre los «amantes de la libertad» de Occidente y los Soviets. Demasiado se ha venido haciendo durante demasiados años para salvar al comunismo para que este simulacro global de lucha contra un adversario imaginario sea convincente en lo más mínimo a los ojos de quienes conocen los verdaderos hechos.

Si alguien se imagina que Occidente no se ha dedicado a este simulacro de lucha con el comunismo y que hay que tomar en serio las variadas frases anti-comunistas, que se pregunte a sí mismo si puede recordar un solo ejemplo de seria y eficaz acción anti-comunista por parte de Occidente, que pusiera en auténtico peligro al régimen soviético. Sin embar-

go, podemos citar muchos ejemplos en sentido contrario, sobre la expansión soviético-comunista y la eliminación de estados no comunistas. Sin dificultad podríamos señalar el sistemático abandono durante años de un país tras otro por parte de Occidente, en Europa y en Asia, para ponerlos en manos de los Rojos sin ninguna necesidad. Podemos dar innumerables ejemplos de traición, pero no podemos recordar un solo ejemplo de decidido contraataque.

La ONU lo demuestra claramente. Fundada por un comité cuyo cerebro y Secretario General era Alger Hiss, un declarado agente comunista, la ONU no es una organización que pretenda siquiera defender y difundir la virtud. Por el contrario, sus reglas otorgan a los comunistas, no ya solamente la igualdad de categoría e influencia, sino incluso el veto sobre toda acción efectiva. En estas circunstancias la ONU puede ayudar al comunismo, aunque sólo sea neutralizando cualquier decisión en contra y legalizando el *statu quo* en la actualidad y en el futuro.

Pero quizás podría decirse que pactos como la NATO y la SEATO son efectivamente anti-comunistas en la práctica. Es una verdad evidente que solamente el contraataque es una efectiva forma de defensa, y de él no hay señal alguna. No estamos sugiriendo la guerra, sino el ataque político. Pero ¿qué hemos visto en la práctica? La «Voz de América» y la «Radio de Europa Libre», etc., apadrinadas por los Estados Unidos, han pedido a las naciones satélites que se rebelaran, y cuando lo han hecho, y Hungría fue el ejemplo más heroico y espectacular, nadie hizo nada para ayudar a los que luchaban por la libertad. En realidad, incitando a la rebelión para no apoyarla después, estos grupos respaldados por el Servicio Secreto americano se convirtieron, conscientemente o no, en eficaces agentes provocadores trabajando a favor de los soviets. Sin embargo, ninguna voz oficial fuera de Estados Unidos desautorizó esta conducta. La lucha contra el comunismo aún no ha empezado en Occidente.

XXII

LOS MOTIVOS DE LA LUCHA MUNDIAL

Por lo tanto hemos de considerar cuáles son los verdaderos motivos que se ocultan tras la lucha real entre los que de un modo simplificado podría describirse como las Derechas e Izquierdas. ¿Cuál es el estímulo de todos los movimientos revolucionarios? ¿De qué se trata? ¿Es libertad, igualdad, democracia, justicia social, o algo parecido? ¿Es una lucha por las aspiraciones nacionales? ¿O es una lucha por el poder mundial de hombres que utilizan a sus futuras víctimas?

¿No será posible, preguntamos una vez más, que quienes dieron el ser al comunismo como parte de un plan de subyugación mundial, y que conquistaron a Rusia y luego a otros países, y que ahora están en el umbral del gobierno mundial, tengan que mantener al pueblo ruso al margen del asunto, así como a los polacos, los húngaros, los chinos y todos los restantes, aislando de hecho a la masa del pueblo ruso, mientras unos cuantos servidores rusos llevan a cabo la tarea? ¿No implicaría esto que una activa alianza entre los occidentales, entre Gran Bretaña, América, Francia, España –entre todos los países cristianos y civilizados– y los rusos sería el único medio que nos permitiría contrarrestar las tendencias que actualmente nos llevan a todos hacia la esclavitud atea?

Los verdaderos motivos que rigen, por un lado, el sistema de vida religioso, tradicional, estable y jerárquico, con la acep-

tación de la propiedad en manos de individuos, y por otro lado, los que rigen el sistema de vida revolucionario, igualitario, socialista y antirreligioso no son los motivos que se suelen exteriorizar. Fundamentalmente, las Derechas son religiosas. Aceptan las leyes del Universo, que son las leyes de Dios. Saben que cuanto está en conflicto con la ley natural es pecaminoso, y que, en consecuencia, el pecado es perjudicial. Las Derechas aceptan el hecho de que los hombres no son iguales, que tienen el derecho de poseer lo necesario para subsistir ellos y sus familias, manteniendo su independencia personal, que la auténtica libertad. Reconocen que los hombres y las mujeres están hechos a su modo y en igual número, y que el proceso natural completo de educar a los hijos requiere toda una vida y que por la tanto es de ley que el matrimonio sea con una sola pareja y para toda la vida. Las Derechas saben que hay una autoridad natural, tanto espiritual como temporal, desde el momento que hay una ley natural y divina, y que por consiguiente dicha autoridad es conferida por el Altísimo. En su desarrollo más elevado las Derechas son cristianas. Saben que el propósito final de la vida es la preparación para la vida eterna y que esta fase transitoria es de preparación y examen. Sabe que la salvación y la resurrección de la humanidad son los hechos más importantes de la existencia humana y que mientras estemos en este mundo hemos de tratar a los demás como querríamos que ellos nos trataran, en espíritu de amor. Por ello las Derechas necesitan, en términos morales y políticos, un Rey, un Profeta y un Sacerdote. El Rey puede ser electivo durante un tiempo, o por toda la vida, o hereditario, y puede tener denominaciones que no sean reales, pero ha de ser un servidor y protector del orden natural, aceptando la guía divina y sancionado por la Iglesia. Todo esto es la exposición de la posición en sus formas más desarrolladas. Puesto que la humanidad es imperfecta, el desarrollo completo de este modelo casi nunca se alcanza, pero tales son los atributos que definen a las Derechas. Ciertos aspectos

de los Grandes Negocios pasan a veces erróneamente por ser de las Derechas.

En contraste, las Izquierdas son antirreligiosas y racionalistas, y basadas, no en la aceptación de la ley divina y natural sino en la fundamental proposición de la deificación del hombre. Este es, naturalmente, un engaño halagador, puesto que el hombre no es Dios, sino la creación de Dios. Cuando el diablo tentó a nuestro Señor le ofreció todos los reinos de la tierra. Este es el anzuelo. Es también la historia de la caida del hombre, del deseo de conocer el bien y el mal a través del entendimiento privado del hombre, de ser el amo del propio destino. No se trata meramente del reconocimiento del libre albedrío, el cual puede usarse con humildad y sólo de acuerdo con la ley divina; el postulado de las Izquierdas es que los deseos y apetitos del hombre son una ley en sí mismos. Pero como ello es una impresión falsa, vanidosa y altiva, cuantos aceptan la teoría caen en una trampa fatal. Al no ser capaces de ejercer la soberanía final que se sienten tentados de reclamar, se convierten en los esclavos del Tentador y de sus agentes.

Por consiguiente, el primer deseo de los mesiánicos materialistas es persuadir a los hombres de que han de abandonar la fe en Dios, de que bajo ningún pretexto deben someterse a la autoridad espiritual y política establecida por ley divina, y de que han de reclamar para sí mismos la soberanía completa e ilimitada, en las personas de sus representantes autorizados. Las Izquierdas triunfan en cuanto son derrocados los estados basados en la sanción divina y el servicio de Dios y de la Iglesia, y los niños se educan en el laicismo e incluso en el odio y el desprecio a la fe de sus antepasados. En esto hay también muchas gradaciones, muchas fases de degradación, pero tal es el proceso en definitiva.

No sería correcto simplificar la cuestión hasta el punto de implicar que cualquier representante autorizado del pueblo que participa en la promulgación de leyes y la adminis-

tración del país es, como tal, un agente del diablo. Todo depende de las convicciones que se oculten tras cualquier determinado sistema de gobierno. Si las asambleas populares son gobernadas por una implícita aceptación del cristianismo y si por ello conmprende que su soberanía tiene límites bien definidos y que no son ellas, por lo tanto, el Soberano supremo, sino sus fieles servidores – una fórmula legal aún muy arraigada en Inglaterra, aunque sospechamos que su espíritu ya no está completamente intacto – entonces tal legislatura pertenece a las Derechas en el sentido más amplio y elevado. Pero en cuanto se convierte en una ley aceptada la convicción de que la soberanía reside en indivíduos o asambleas que no están sujetos al gobierno divino, entonces, cualquiera que sea la momentánea trayectoria política de estas instituciones, son revolucionarias, subversivas y pertenecen a la Izquierda. Entonces representan un peligro fatal para todo lo que la humanidad ama y considera sagrado, aunque la mayoría de gente pueda engañarse temporalmente por las falsas enseñanzas hasta el punto de no reconocer el peligro.

La definición de «soberano», de estado y de raza son ideas estrechamente relacionadas entre sí, y la democracia no es ni mucho menos lo contrario de, supongamos, el fascismo. La única alternativa de una concepción materialista del estado y la sociedad ha de ser religiosa. Ignorarlo es contribuir a la confusión y el abatimiento mentales y espirituales. Sin embargo, no se trata en absoluto de que el Estado tenga que ser teócrata para ser básicamente religioso. En ciertas condiciones incluso el comunismo y el fascismo pueden convertirse en una pseudo-fe y substituir a una iglesia, con su dogma, profetas y sacerdotes, que sean a la vez los dirigentes, pero a pesar de ello el más vulgar materialismo seguirá siendo su principal característica. Por el contrario, un gobierno técnicamente secular puede basarse esencialmente en el cristianismo u otro gran credo, aunque tal gobierno tenga, como tendría probablemente, alguna conexión con la iglesia. Es evidente que tiene que existir un estímulo más elevado que

el mero egoísmo personal y partidista de los corruptibles votantes.

Pero no son solamente las falsas enseñanzas lo que proporciona a las Izquierdas su indudable fuerza motriz y efectividad —ya se trate de liberalismo, socialismo, comunismo, falsa democracia, capitalismo de usura y otras múltiples formas que pueden adoptar las Izquierdas. Hemos visto al movimiento revolucionario progresar poco a poco por todo el mundo, mientras se quebrantaba gradualmente el orden basado en la ley natural. Vemos a mucha gente que, con auténtica buena intención, son lo bastante engañados como para servir la causa de los declarados tiranos de la humanidad. ¿Cuál es el impulso que pone en movimiento a las Izquierdas?

Esencialmente es la mezcla de proposiciones que incluyen la deificación del hombre, la pretensión de que debe ser el soberano absoluto, que sus opiniones son ley, que sus deseos deben ser obedecidos, que el poder y los bienes materiales le pertenecen absolutamente, y que se alcanzará el milenio en que todos los restos del antiguo orden habrán sido eliminados el hombre libertado y el Señor de la Creación disfrutará de la indiscutible posesión del mundo.

En términos prácticos estas ideas son provechosas. No solamente proporcionan un poderoso incentivo a la acción sino que son eficaces para el proselitismo. Es fácil referirse a los actuales dirigentes de las naciones y a sus obras, imperfectas porque la naturaleza humana es imperfecta, y proclamar el intangible y aún no obtenido cielo sobre la tierra que seguirá a la obtención final del poder por los pueblos. El hecho de que no solamente no merecen el poder por la ley natural sino que son completamente incapaces de ejercerlo realmente, y de que su pretendido poder pasará siempre a manos de aventureros sin escrúpulos, es algo que a menudo resulta evidente cuando ya es demasiado tarde.

Pero interiormente, los frutos prácticos y materiales de los métodos racionalistas del capitalismo —la usura y la obten-

ción del derecho a acuñar moneda, del liberalismo y el socialismo y el poder y los frutos que proporcionan, son todos ellos un gran incentivo para actuar y un poderoso apoyo para iniciativas ulteriores. El trabajo de las Izquierdas nunca carece de dinero, porque las Izquierdas controlan su mismo manantial; y cada fase de la campaña es provechosa. A cada conquista de nuevo poder y nuevos países siguen más beneficios y más poder. Simultáneamente, las Derechas se debilitan. Trabajar para las Izquierdas y a su sombra es unirse a una fuerza activa, agresiva, de difusión creciente, rica y triunfante. Es halagador y remunerativo. Pertenecer al bando de las derechas es estar en compañía de excéntricos y soñadores, equivale al fracaso, es vivir en el pasado, es ver el propio mundo camino del derrumbamiento.

Es fácil observar por doquier que las Izquierdas son activas y de difusión rápida, mientras las Derechas son más bien pasivas, estáticas y casi indiferentes. Es facilísimo llegar a la conclusión de que este hecho, en sí mismo, es ya una prueba de la mayor valía de las Izquierdas. Aunque sea ciertamente discutible que la energía y actividad de las Izquierdas puedan asegurarles la victoria, no se desprende en absoluto que las virtudes morales y los definitivos valores reales de las Izquierdas sean superiores. El caso es al revés.

Todos los hombres fueron creados por el Todopoderoso con un alma y un espíritu inmortales, y por ello todos llevan oculta la misma conciencia, por muy oculta que esté en algunos hombres como resultado de sus vidas disolutas. En distintos grados todos nos hallamos bajo la influencia directa los hombres del bien y el mal. Pero puesto que todos, en distintos grados, nos apartamos de la regla fijada por nuestra conciencia, todos, aunque no lo sepamos, estamos hasta cierto punto incómodos en compañía de nuestro íntimo juez. Naturalmente, las Iglesiás Cristianas han conocido estos problemas durante dos mil años y saben lo que debe hacerse: la verdadera solicitud está en el ayuno, la confesión y la comunión. De hecho las Iglesias han sabido durante casi veinte

siglos bastante más de lo que pretenden haber descubierto en unas pocas décadas los modernos psico-analistas.

Cuando los hombres se apartan de los sanos impulsos de su íntima conciencia, establecen en su interior una lucha, y las tensiones resultantes pueden llegar a afectar la salud de los individuos o su lucidez. Pero si por cualquiera de entre un sinfín de razones un hombre resuelve seguir el camino equivocado y desviarse de la ley natural divina, casi siempre se sentirá inquieto y continuamente deseará, consciente o inconscientemente, justificar su punto de vista y sus actos con sus tendencias y trabajo. Su lucha interior le arrastrará a exteriorizarla. El intento de justificación íntima le llevará a una forma de persuasión agresiva dirigida tanto a sí mismo como a sus congéneres.

Factores como éste contribuyen a la mayor actividad de las ateas y materialistas Izquierdas, e incluso a una agresividad que es a menudo asesina. El Comisario comunista que mata a un adversario moral y político en realidad está matando, o intentando matar, la voz íntima de la conciencia que Dios le ha dado. Por lo tanto no es sorprendente que un tal comunista odie verdaderamente a Dios. Pero se trata del odio de los potencialmente derrotados, del odio del complejo de inferioridad, como dice la jerga moderna.

En cambio, como se verá fácilmente, las mismas razones contribuyen a menudo a que las Derechas parezcan tan pasivas, despreocupadas y, por desgracia, incluso ineficaces. Lo que les falta a las Derechas no es el incentivo para luchar contra la conciencia, sino el incentivo de un amor activo y bien entendido por el bien y un justificado odio por el mal, además de un amor lleno de actividad por nuestros hermanos. Una complacencia ciega es indigna. Pero está muy extendida.

¿Significa esto que la causa de las Derechas está irremediablemente perdida? ¿Significa que el mundo moderno debe quedar estacionado a menos que sigamos el camino izquierdista? ¿Puede ser realmente cierto que no sea posible ningún movimiento, ningún progreso sin la inspiración de las Iz-

quierdas? Es verdad que exteriormente las derechas parecen ser el símbolo de una condición estática, y que la aceptación pasiva de un orden que nos venga de arriba debe conducir a un estéril estado estacionario. Podría aducirse con alguna razón que la competición, el desafío presentado por las Izquierdas ha sido la causa de mucho progreso real en el mundo, por lo menos en la esfera material. No divagaremos mucho con estas proposiciones. Las conocemos y no negamos su realidad. Sabemos que tales cuestiones son amplias y complejas. Llegan a incluir la definición de la felicidad humana. ¿Qué necesitamos en realidad para alcanzar aquella calma y satisfacción íntima, aquella beatitud que puede calificarse de felicidad? ¿Es realmente la posesión de los nuevos y casi proverbiales automóvil, nevera, visón y similares? ¿O es todo esto una simple droga, que proporciona la momentánea ilusión de la satisfacción, a la cual sigue la depresión y el anhelo de aún mayores satisfacciones materiales? Y quizás en tales circunstancias nos hallamos en situación más abonada para caer víctimas de los tentadores izquierdistas, que siempre están al acecho para hundirnos más en la ciénaga venenosa del materialismo, donde se reniega del espíritu inmortal del hombre y sólo permanece el esclavo privado de alma. Suponemos que la mayoría de gente no ha llegado todavía al punto de degradación que no le permitía contestar a su manera, y por lo menos en parte, a estas preguntas.

XXIII

EL PLAN DE CONTRAATAQUE

Empero, es acuciante el magno problema de cómo las Delegaciones (si tienen razón) pueden aspirar a detener el problema de la ruina subversiva y contraatacar con efectividad. ¿Cuáles son los motivos, la fuerza motriz eficaz y activa que las Derechas podrían esgrimir? Quizás no sería suficiente dedicarse a la mera predicación de las virtudes morales. Damos por sabido que nuestra causa no prosperaría si no invocáramos y mereciéramos la bendición divina sobre nuestros esfuerzos. Hemos de ser guiados por la auténtica Ley Suprema. Hemos de servir a Dios con plena conciencia. Tal sería el mayor impulso de acción, la mejor garantía de éxito.

Si embargo, puede no ser suficiente pedir a la gente que se convierta en cruzado altruísta, sacrificándose enteramente por la instauración del triunfo del bien. Aunque han de incluirse tales motivos, también debe haber un plan de ataque, un plan que no solamente preste a las Derechas la eficacia de las Izquierdas, sino una eficacia todavía mayor. Además de demostrar que las izquierdas están equivocadas, y que sus métodos han acabado por conducir a sus víctimas al hambre y la servidumbre, mientras que en el proceso de lograr el poder total los que servían a la causa han sido bien recompensados, las Derechas han de demostrar también, tanto en términos generales como en la práctica cotidiana, que sus actividades y su política recompensan moral y materialmente. Han de probar que luchar por la causa es posible en todos los

aspectos y que los resultados finales proporcionarán una gran mejoría al estado general de la humanidad. Si queremos triunfar, los que pertenecemos a las Derechas hemos de aceptar el desafío, y aceptarlo cuanto antes. Tenemos poco tiempo.

No hay que olvidar nunca que mucha gente del bando de las izquierdas cree sinceramente que es de las Derechas. Hay muchos partidos conservadores y otros que pertenecen entera y completamente a la causa de las Izquierdas, aunque muchos de sus miembros e incluso algunos de sus jefes creen que tal no es el caso en absoluto y se proclaman partidarios de las Derechas. Las Izquerdas son flexibles y sutiles, y sus trampas y redes tienen tanta extensión hasta el punto de ser universales. Hay organizaciones, nominalmente cristianas, que son ciegos agentes de la causa del Anticristo. Un cómputo adecuado de las verdaderas cuestiones y de sus consecuencias es esencial. No es una tarea fácil pero debe llevarse a cabo. No hay necesidad de ser dogmáticos en exceso y no debemos ser escolásticos, pero sí ciertamente estrictos con respecto a los puntos esenciales.

Si nos enfrentamos con una lucha por el poder mundial, hagámoslo con los ojos abiertos. Significa que nosotros también hemos de luchar por el mismo objetivo. Es inútil intentar detener la corriente en cada país por separado, con tanta más razón cuanto que en realidad solo los dos o tres de mayor tamaño cuentan en la práctica. Si éstos son vencidos, los restantes serán eliminados sin ningún trabajo. Por ello debemos hacer frente al desafío en un plano universal. También nosotros tenemos que pensar en términos internacionales, aunque no con el propósito de destruir independencias y culturas nacionales, sino por el contrario, con el fin de protegerlas y restaurarlas. Empero, este objetivo no puede lograrse a menos que todas las naciones cooperen. Necesitamos, por consiguiente, unas Derechas Internacionales con su doctrina, su estrategia y sus designios, capaz es de realizar una política eficaz en cada una de las fases requeridas. En esta

era atómica, cuando las grandes potencias pueden ser utilizadas para la destrucción de la humanidad o para su mayor bienestar, no tenemos derecho a pensar solamente en términos de pequeñas unidades territoriales. El verdadero aislacionismo es un suicidio, aunque un equivocado internacionalismo sea también fatal. Aplazaremos un bosquejo completo del programa positivo de las Derechas para el final de nuestras notas, y entretanto esbozaremos brevemente el plan estratégico del contraataque.

Para triunfar en las grandes cuestiones prácticas que hemos mencionado es necesario disponer de los medios suficientes. Debemos tener hombres capaces, dinero suficiente y un poder adecuado. Supondremos que están a nuestra disposición los hombres y mujeres necesarios para la lucha. La gran cultura cristiana europea, en parte transplantada a ultramar, no está tan definitivamente exhausta como para carecer de fuerzas humanas para la lucha final por la supervivencia. Vemos tanta devoción, capacidad y talento, tan grandes conocimientos, energía e iniciativa dedicados a tantas buenas causas, que estamos seguros de que no faltarán los generales y los soldados que estén esperando, quizá incoscientemente, ser llamados a filas.

El dinero tampoco debería presentar obstáculos insuperables. Afortunadamente, todos los asuntos, ya se refieran al comercio y la industria, ya al arte, la política e incluso el crimen, son dirigidos a través de la capacidad e iniciativa de muy pocas personas, a menudo de una sola persona. En consecuencia, lo que deba hacerse no ha de afectar a grandes masas, ni acarrear por lo tanto gastos exorbitantes. Además, las partes del mundo todavía libre, Europa, Australasia, Africa y en especial la rica y aún bastante protegida América, cuya parte norte ha heredado tan inmensas responsabilidades, pueden proporcionar mucho tesoro y energía. Hay por doquier un evidente exceso a nuestra disposición, mucha parte del cual se malgasta en actividades triviales e incluso perniciosas.

No obstante hay que hacer frente a la miopía e irresponsabilidad de las Derechas. Cuando empezó en Rusia la Guerra Civil y unos cuantos hombres valientes iniciaron la lucha, se dirigieron, como es natural, a los que aún tenían grandes propiedades. La respuesta solía equivaler a esta: «¿Cómo? ¿En estos tiempos tan difíciles? ¿Después de lo que ya he perdido? Lo siento, pídanselo a otro». Y luego llegó el momento en que estos hombres, a quienes sobraba tanto, se vieron privados de cuanto poseían, incluyendo sus propias vidas. Se habían negado a hacer la inversión más importante de sus vidas, rehusaron firmar el seguro más vital, y lo perdieron todo. Rusia no fue la única. El mismo destino afecta ahora a otros países. Ninguno, en ningún continente, está inmune contra una u otra forma de la tiranía pestilencial y pagana.

Es de esperar que pronto, antes de que sea demasiado tarde, se encontrarán los hombres que posean a la vez la capacidad y los medios para iniciar la lucha. Y hay que tomar infinitas precauciones para que la buena causa no caiga en manos del enemigo. Disfrazado muy sutilmente, puede arrebatarnos el control.

Hagamos frente al hecho de que mucho tiempo atrás ya fuimos desafiados a un combate a muerte. Debemos aceptar plenamente el desafío, comprendiendo todas sus implicaciones. Todo está en juego: la vida, la libertad, la patria, la propiedad, la familia y la fe. Debemos luchar en todos los frentes. En algunos países este proceso puede prolongarse muchos años, ya que requerirá la creación de grandes organizaciones y la educación gradual de la masa del pueblo. Debemos estudiar este problema, pero hay que hacer algo más que estudiarlo. El tiempo apremia. Las grandes instituciones espirituales, políticas e incluso comerciales del mundo han de conocer su deber. Sabemos que muchas de ellas tienen las manos atadas; se han dejado atraer demasiado en la red financiera del usurero, y temen la ejecución de las hipotecas y otras formas de presión. Deben correr los riesgos necesarios

y reducirlos anunciando de antemano los peligros previstos. Tal conducta, a la vez que frenará los esfuerzos del enemigo, logrará que los miembros y adeptos de estas organizaciones, que en algunos casos supondrán muchos millones de todos los países, acudan en socorro de sus dirigentes. Hay que avisarles. Guardar silencio ahora equivale a perder la batalla. También podemos calcular los efectos que se conseguirían con una especie de huelga financiera por parte de grupos y asociaciones de empresas; un desafío a los usureros, abiertamente proclamado, les pondría en la posición de tener que capitular y llegar a un acuerdo con los que habían perdido las ilusiones. La fase siguiente haría necesarias las reformas políticas.

La principal línea de ataque ha sido a través de Rusia. Dicho país era vulnerable; junto a grandes y poco reconocidas virtudes existían considerables debilidades, y la Primera Guerra Mundial trajo consigo la situación revolucionaria (aunque es probable que no lo confesara abiertamente). Pero la actual situación revolucionaria se debe a nuevas razones y es aún más explosiva y de mayor difusión. El enemigo consideró a Rusia el apoyo principal para un ataque ulterior. El proceso a la inversa debería ser parte de nuestra estrategia de contraataque. Por el bien de todos debemos libertar a Rusia de sus ligaduras actuales y permitirle establecer el régimen que esté de acuerdo con sus deseos. Ello nos asegurará a todos una base para ulteriores operaciones. La liberación de Rusia es esencial para la liberación del mundo. Rusia ha sufrido la experiencia más completa de los males del materialismo y nos facilitará la respuesta más completa.

Es evidente que en la inminente tarea de la eliminación del comunismo soviético Rusia jugará el papel principal. Provocar la caída del tronco equivale a destruir también las ramas; extraer las raíces es destruir para siempre las hierbas malas. Por otro lado, confiar en la resistencia y liberación local no es suficiente, excepto como pasos en la verdadera

dirección. En resumen, debe haber siempre un frente común de luchadores anti-comunistas.

Hay también otra cuestión muy importante. Guiados por algunas de las cuestiones indicadas en estas páginas veremos que los países que están actualmente bajo el yugo de los soviets pasarán simplemente de un «nacional-comunismo» a un «Socialismo con libertad y democracia». Empero ello sería una gran mentira deliberada, una trampa, en cuyo interior serán invitados a caer todos aquellos que esperan o luchan por la verdadera libertad. A este respecto mucho puede aprenderse de los recientes discursos de Tito (en noviembre 1956). Ha intentado satisfacer a ambos bandos, con el fin de mantener su verdadera posición de falsario. Ha dicho que la intervención militar soviética en Hungría fue mala hasta cierto punto, pero buena en muchos aspectos, puesto que salvó al socialismo. Por añadidura vemos a Occidente, que aunque lleno de auténtica simpatía por los heróicos húngaros, se vio forzado por sus actuales dirigentes a presenciar inactivo cómo los soviets aplastaban la «reacción» y el «fascismo». Después de lo cual ambos bandos ofrecerán a Hungría un sistema de socialismo modificado. En Polonia, en circunstancias algo diferentes, se sigue idéntica política. Aunque permanezca comunista, Polonia ha de convertirse en «un socio igual y libre de Moscú». Otra mentira deliberada.

Los sucesos en el Cercano Oriente acusan un engaño similar. Es innegable que había mucho que defender en la intervención inglesa y francesa en Egipto. Pero existen varios factores que son claramente engaños deliberados. Pero dejemos aparte todos los detalles, ya que en estas notas nos ocupamos primordialmente de un problema que ha venido desarrollándose durante siglos y los sucesos recientes no son más que una pequeña parte de su núcleo. Anotemos, sin embargo, un hecho: en cuanto aminoró el rumor de los primeros choques en Egipto, una decisión práctica de cierta importancia hizo su aparición: por primera vez ha sido creada una fuerza de policía internacional bajo la ONU, lo cual, teniendo en

cuenta el precedente de Corea, cuando un ejército de la ONU luchó contra los Rojos, es un paso muy importante hacia un sistema de política mundial izquierdista. La iniciativa soviético-comunista fue detenida durante un tiempo, pero en su lugar se propone otra solución internacionalista y de Izquierdas.

Pero en términos generales, los sucesos que hemos visto en Egipto y en Polonia y Hungría no son actividades aisladas, sino la iniciación de un proceso que no puede ser detenido y que conducirá a grandes y perdurables cambios. Todos los problemas que hemos mencionado en estas páginas no están ya latentes sino que son de activa importancia. El tiempo apremia cada vez más. En particular, el actual intento de establecer un «nacional-comunismo» tras el telón de acero, una política que también se prepara para Rusia, es un desafío para todos nosotros. Solamente en el caso de que estemos a la altura de las circunstancias podrán cosechar su propia recompensa los esfuerzos y sacrificios de los heróicos húngaros y demás luchadores por la libertad. Alternativamente, una falta de comprensión de las ocultas causas de los sucesos mundiales tendrán como efecto la instauración de la esclavitud universal. No olvidemos nunca que hay negreros en potencia a ambos lados del «telón» y que la humanidad es la presunta víctima de ambos bandos.

Actualmente, si la utilización de las bombas A y H significa un suicidio global y si la guerra convencional, debido a la fuerza comunista, significa la derrota de Occidente, puede y debe lograrse una victoria por la libertad sin recurrir a la guerra y por medio de un contraataque moral y político contra el comunismo. Es también la única manera de evitar el colapso económico.

Si consideramos el plan de ataque, es decir, no sólo los medios de vencer a nuestro enemigo sino el plan que queremos poner en marcha, hemos de formular lo esencial del problema.

Se trata de una lucha por el poder, tanto dentro de cada

nación como mundialmente. Antes de que surjan los Estados Capitalistas, las familias y tribus eran unidades orgánicas cualquiera fuese la forma política bajo la que se desenvolviese, Monarquía, República, y aun despotismo. Indudablemente algunas de esas formas eran preferibles a otras, pero tenían en común el hecho de que legisladores y legislados estaban orgánicamente entrelazados, aun cuando la dinastía pudiera haber tenido su origen en la conquista o en la usurpación. Legisladores y legislados eran interdependientes por tiránico que el régimen pudiera haber sido y por poca libertad que el pueblo hubiera disfrutado. Los organisr. sociales se aproximaron a la forma y a las relaciones de una familia, y las normas de gobierno, aun no sujeto a control popular, fueron conocidas, comprendidas, puesto que gobernantes y gobernados utilizaban el mismo lenguaje, tenían la misma fe y participaban en la misma cultura aunque en grados muy diversos.

Pero con la aparición de la usura y del capitalismo apareció también una nueva forma de poder, cuyos detentores no tenían lazo alguno con las naciones por las que se iban extendiendo, y cuyos intereses y fines no tenían nada que ver con los de las diversas naciones, y aun eran opustos a ellos. Entonces surgió un poder puramente parásito, internacionalista tanto de forma como de fondo, porque no se preocupaba para nada de sus súbditos y porque sus actividades eran internacionales y sus más importantes dirigentes no eran miembros de las naciones dentro de las cuales se trabajaba. Esta forma de poder jamás tuvo lazo orgánico alguno o intereses comunes con sus legislados. En este aspecto difería totalmente de todas las formas anteriores de poder, cualquiera que hubiera sido su base legal.

Nominalmente, las antiguas ordenaciones estatales, han ido quedando bajo el Capitalismo, donde los legisladores teóricos no son más que una fachada, totalmente controlados por la alta finanza.

Como antes dijimos, ha sido el Capitalismo quien ha crea-

do el Socialismo. Esta última forma de poder comparte con su predecesor las características de ser parásito, no ser parte de las Naciones que domina, ser internacionalista y tener fines que son guardados en secreto. El Socialismo y el Comunismo no son de manera alguna regímenes populares, sino esclavitud impuesta por la fuerza y por el terror, y nada más. ¡Bajo el Socialismo nada queda de las antiguas formas del Estado! El objetivo por el que hemos de luchar es la vuelta a un Estado orgánico en el que gobernantes y gobernados estén en una relación normal, formen parte de la misma nación, tenga la misma cultura y, cuanto sea posible, tengan la misma fe y pertenezcan a la misma raza. Su base legal, sea la Monarquía o la República es una consecuencia de la tradición de cada país, de sus necesidades y de sus preferencias. Pero es esencial a la naturaleza del Estado el que sus fines y sus ordenaciones sean conocidos, comprendidos y aprobados por la mayoría del pueblo, y no impuestos por el terror o por la corrupción, por el engaño o por subterfugios. Los gobernantes no pueden ser explotadores parásitos sino servidores públicos consagrados a los intereses de sus naciones.

Si el Capitalismo y el Socialismo han sido impuestos en todas partes por la revolución, nos toca pensar ahora en una contrarrevolución, en una vuelta a los antiguos principios con una forma moderna. Los americanos deberían recordar que su revolución comenzó con una lucha contra la imposición de dinero de los usureros en lugar del dinero colonial, aunque aún no ha llegado el final. La revolución americano tiene que terminar, la obra de Alexander Hamilton tiene que ser deshecha y la Constitución reafirmada.

XXIV

LOS EMIGRADOS RUSOS

A este respecto volvemos a llamar la atención hacia la función potencialmente inmensa de los exilados políticos rusos. Hemos sido uno de ellos y además anti-comunistas durante 30 años. Ya no nos quedan ilusiones pero no por ello nos anima un cinismo destructivo. Podemos animarnos en parte contemplando el ejemplo judío. Han vivido durante muchas generaciones sin poseer tierra propia, dispersados entre todas las naciones, y sin embargo han conservado la coherencia, y sus obras, buenas y malas, son colosales. Les sostuvo su fe y la conciencia de una definida «raison d'être». A nosotros también pueden sostenernos ambas cosas.

Por otro lado, los emigrados rusos han sufrido tres males principales: la traición a favor del comunismo, la traición a favor de otros enemigos de Rusia. y la desnacionalización. Pero hay muchísimos que permanecen firmes. Podemos ignorar a los que, especialmente en la juventud, han abandonado el interés por Rusia y se han dejado asimilar por la nación y la sociedad en cuyo medio les colocó el destino. Tales bajas son inevitables.

Un enemigo mucho peor es el estado de ánimo que ha llevado a muchos rusos a considerar el trabajo político no como un deber que requiere mucho esfuerzo y sacrificio, sino como una provechosa profesión. Algunos, cuyo cinismo y corruptibilidad no conocen límites, se han vendido, generalmente en secreto, a los soviets. Algunos han caído en sutiles

trampas comunistas, cuya esencia era la confusión del patriotismo y la aceptación del comunismo, y se han declarado abiertamente «patriotas soviéticos», volviendo algunos de ellos voluntariamente a Rusia. Sin saberlo han cometido un suicidio y nos apiadamos de su destino. Pero su importancia política es endeble. Hay mucha gente, rusos y de otras nacionalidades, que sirven al comunismo abierta y secretamente en todos los países, y unos pocos emigrados de más no implican una diferencia decisiva. Políticamente importa aun menos que unos cuantos hombres y mujeres más se conviertan en víctimas del terror o la esclavitud comunista. La revolución ha costado a Rusia unos sesenta millones de vidas y decenas de millones han estado y están en los campamentos de trabajos forzados. Recordamos aquella terrible anécdota rusa que divide al pueblo ruso en tres clases: los que estuvieron «dentro» (en cárcel o campamento), los que están «dentro» y los que estarán. Ni siquiera ha escapado la mayoría de los fundadores del régimen.

En la clase de los «profesionales» políticos rusos, los que sirven a países extranjeros, no rusos, son los más peligrosos para la lucha común con el común enemigo. Es extensa la clase de gente a sueldo de uno o más servicios secretos y al servicio asalariado de distintas organizaciones políticas. En general, estos rusos renegados trabajan como separatistas anti-rusos, trabajando ostensiblemente por la independencia de Ukrania u otras partes de Rusia, mientras al mismo tiempo trabajan, sean o no separatistas, por el avance del socialismo. En la actualidad es natural que América proporcione la mayor parte del dinero para estas aventuras y sus aventureros.

Hay, por desgracia, una larga tradición tras este desagradable fenómeno. Un fingido temor a un supuesto imperialismo ruso mezclado con el egoísta deseo de adquirir tierras y riquezas rusas. La verdadera meta era debilitar a Rusia. Es un hecho que durante muchos años antes de la revolución todos los grupos de la oposición al régimen Imperial en Rusia recibían subsidios e instrucciones extranjeras. El trabajo

de los revolucionarios rusos y los agentes extranjeros iba muy unido. Esto no quiere decir que el movimiento revolucionario se debiera a los subsidios de los servicios secretos y de los bancos, pero hubo no poca interdependencia. De hecho, el trabajo revolucionario estaba grandemente impregnado en Rusia de la tendencia y la tradición de las tradiciones. La traición y la revolución eran casi sinónimas, y aún siguen siéndolo entre las Izquierdas rusas. Aunque algunos individuos sean completamente honrados, ellos son las excepciones que confirman la regla.

Poseemos el suficiente sentido del humor y de la proporción, y la suficiente justicia, para ser capaces de enfocar un problema desde el punto de vista ajeno. Si hubiéramos podido contemplar las políticas anti-rusas de los últimos cien años y comprobar que daban buenos frutos sobre todo a quienes las seguían, aunque Rusia sufriera pérdidas, hubiéramos podido afirmar que tales políticas eran sabias, que las inversiones no se malgastaban. Si viéramos a Ukrania explotada avariciosamente por Austria-Hungría o Alemania, y otras partes de Rusia por otros candidatos a los despojos, con inversiones americanas bien colocadas de una punta a otra de Rusia, y así sucesivamente, es el caso que aún podríamos comprender su punto de vista. ¿Pero cuál es de hecho la posición? ¿Dónde están todos aquellos soñadores y verbosos revolucionarios? Los pocos que quedan, exceptuando a los comunistas, no están en Rusia. ¿Dónde, en verdad, está Austria-Hungría? ¿O Alemania? ¿Cómo le va al Imperio Británico? ¿Está segura América? Si no estamos del todo equivocados, todas y cada una de las inversiones anti-rusas son un ejemplo de la siembra de los dientes del dragón. La cosecha ha sido de muerte, destrucción, miseria y fracaso. Se ayudó a Japón a luchar contra los rusos, y ¿cuál fue la cosecha de la Raza Blanca en el Lejano Oriente? ¿Quién, en el futuro como en el pasado, tendrá que detener a la horda amarilla? ¿Quizá Luxemburgo? ¿O será Rusia? Por suerte, Rusia todavía está en pie, a pesar de todas las guerras y revoluciones. Tiene la pro-

piedad de sobrevivir a sus enemigos. Sobrevivirá al comunismo. Ser el amigo de Rusia es provechoso; ser su enemigo es fatal.

Ello implica que ha llegado el momento de comprender que toda inversión y actividad anti-rusa es una peligrosa arma de dos filos. Las ganancias son siempre para nuestro enemigo común. El plan actual, cuyo propósito es dividir a Rusia y socializar sus partes, subyugándolas a todas y al resto del mundo, bajo el gobierno mundial de los mesiánicos materialistas, se expresa ahora apoyando a los separatistas, entre los cuales los más importantes son los ucranianos, y a los grupos de las Izquierdas rusas, el más prominente de los cuales es el llamado Solidaristas del NTS (la Unión Nacional Laboral Rusa) y sus asociados, tales como la Unión Nacional Rusa (RNO) y nuevos grupos de emigrados, entre ellos el ZOPE y la SBONR. Todos reciben ayuda e instrucciones occidentales, en especial americanas; de hecho, la NTS no existiría si no fuera efectivamente una parte integrante de los servicios especiales de los EE. UU. Una discusión más completa de estas cuestiones no ayudaría a nuestro propósito inmediato que es señalar los factores sanos y positivos que deben recibir apoyo.

Será suficiente decir aquí que los grupos mencionados reciben en su mayor parte el apoyo de la red de espionaje americana con el designio de utilizarlos en el enorme fraude político actualmente en preparación.

Los mesiánicos materialistas se preocupan del dominio mundial y no es de importancia radical para ellos obtener dicho dominio a través del comunismo de Moscú o de la pervertida democracia que tiene su cuartel general en Washington y Nueva York. Pero los indicios son de que el medio comunista les conviene menos y que prefieren una solución a través de las Naciones Unidas y no del partido comunista soviético. En realidad, aún podrían llegar a un acuerdo.

Con el fin de hacer a Rusia aceptable para la opinión pública occidental, sin librar al país de la garra de los materia-

listas, puede ser necesario provocar una revolución fingida. Alternativamente, debe haber un acuerdo con los actuales dirigentes soviéticos. Através del prisma de esta posibilidad debe considerarse el auténtico carácter de la «guerra fría» y el «anti-comunismo» y la «coexistencia» occidentales. De este modo resulta que todas las oportunidades de derrocar la tiranía soviética que hemos tenido al alcance de la mano durante la mayor parte de los últimos años se han perdido deliberadamente, mientras no se regatea ningún esfuerzo para llegar a un acuetdo con los asesinos que gobiernan a Rusia y a otros países sometidos.

Los grupos que hemos mencionado reciben ayuda para que proporcionen la fachada de los regímenes «libres» y «demócratas» que han de implantarse en Rusia, dividida en las consabidas partes. Ello implica naturalmente que dichos grupos son dirigidos por conscientes y completamente corruptos traidores a su propia patria, Quislings rojos, cuya traición no es más que la expresión de su deseo de ganarse la vida con esta prostitución política, tan típica de mucho de cuanto se hace actualmente en nombre de elevados ideales. Naturalmente, tales motivos y métodos tienen poca probabilidad de éxito, pero ponen en gran peligro al mundo todavía libre. Los agentes comunistas, que siempre se han contado entre los dirigentes de estos grupos, saben muy bien lo qe hacen favoreciendo este juego que está en manos soviéticas.

Es más que una mera coincidencia que se consiguiera la misma política y se apoyara a la misma gente durante la última guerra, por parte del Ministerio Oriental de la Alemania nazi de Herr Alfred Rosenberg. Los resultados ya los conocemos.

Entre los rusos, la mayoría eran y siguen siendo monárquicos, aunque no todos lo sean conscientemente y algunos oculten sus opiniones por razones oportunistas. El tipo puramente reaccionario es actualmente raro, aunque charlatán. Han pasado cuarenta años desde la catástrofe del antiguo orden. Hemos olvidado algunas cosas pero también he-

mos aprendido muchas. Sin embargo, Rusia no ha conocido nunca una tradición republicana ni ha sido nunça una República.

Sin embargo, en las actuales circunstancias la Monarquía no es un régimen que se pueda restaurar en Rusia con sólo apelar a las leyes de sucesión, ni puede el legítimo Pretendiente al Trono, S. A. I. el Gran Duque Wladimiro de Rusia (nacido en 1917) llegar a ser el jefe efectivo de la lucha por la liberación de Rusia si no pudiera demostrar las cualidades indispensables de caudillaje y de perspicacia política. Pero éste es un problema que el Gran Duque no puede resolver por sí solo. Tiene que poder confiar a lo menos en un pequeño grupo de personalidades muy competentes. Las hay, como una doctrina y una estrategia, pero en la práctica de esta vida es también necesario un mínimo de ayuda material.

Sería por lo tanto sumamente de desear que capitales privados, fundaciones y aun gobiernos en vez de derrochar millones en beneficio de grupos o de personas indeseables como los que ya hemos indicado, facilitarán ayuda eficaz a la obra de que hablamos. Esta cooperación sería de muchísimo más valor que las bombas, los cohetes y otras armas semejantes ya descubiertas o por descubrir, y llevar la batalla al terreno más conveniente de un contraataque espiritual y político del que se sacaría el mayor provecho.

Es un hecho que el malestar que afecta hoy a todo el mundo ha encontrado su expresión más exacta en la Rusia Comunista de los Soviets. Es un hecho también que después de la caída del criminal régimen Rusia podrá dar al mundo la respuesta más completa, tanto en el terreno teórico como en el práctico, a todos sus problemas fundamentales. Interesa, pues, al mundo libre apoyar la liberación de Rusia en su sentido más completo y verdadero. Y que nadie piense que si la restauración de la Monarquía hubiese de ser uno de los temas en la lucha que, por ello, la restauración habría de

llevarse a cabo por otro medio que por la libre elección del pueblo ruso.

Finalmente, nunca se insistirá bastante en que a fin de asegurar la independencia del mundo aún libre, el pueblo ruso debe ser nuevamente considerado como su amigo y aliado potencial. Y esto no puede lograrse más que con un contraataque político llevado a cabo con la colaboración de los verdaderos rusos que están al lado de las legítimas aspiraciones de todas las Naciones de política sana.

Un ejemplo de los anhelos de muchos rusos a ambos lados del Telón de Acero está patente en su llamamiento a Occidente hecho por el Gran Duque Wladimiro de Rusia en febrero de 1952:

«UN LLAMAMIENTO AL MUNDO LIBRE»

S. A. I. el Gran Duque Wladimiro de Rusia

«En estos días críticos en que la humanidad, sufriendo aún las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial presiente ya que se halla al borde de otra, que bien pudiera hacer peligrar los mismos cimientos de nuestra civilización, he decidido hacer el siguiente llamamiento a los estadistas y a la opinión pública de todas las naciones todavía libres del dominio comunista.

La extrema, por no decir dramática, gravedad de la situación actual me impulsa a exponer con completa franqueza las conclusiones a que he llegado después de un cuidadoso estudio de los sucesos mundiales durante los últimos cincuenta años. Estas conclusiones expresan, no solamente mis opiniones personales sino también las de una gran parte de mis compatriotas.

Hago esta declaración como el legítimo representante de la verdadera Rusia y de la entera nación rusa, como el heredero de una tradición que tiene siglos de antigüedad y co-

mo actual jefe de la histórica dinastía llamada por la nación rusa para gobernarla y protegerla hace más de trescientos años y que hasta épocas recientes dominó una sexta parte del mundo.

Hablo, además, en nombre de la Rusia cuyo Emperador, mi tío Nicolás II, más tarde martirizado por los comunistas, fue responsable de la iniciativa de que resultó la Convección de La Haya, que fue el primer intento práctico de establecer la justicia y la paz perdurable entre las naciones.

Si fue posible privar a la dinastía de la Corona, nadie tiene el poder de revelarme en mis deberes, el primero de los cuales es defender a mi pueblo.

* * *

«Cada vez se hace más aparente que quienes dirigen las políticas de las Potencias Occidentales encuentran difícil hallar una solución a los problemas con que se enfrenta el mundo actual. Por un lado tenemos el agresivo mundo del Comunismo, y por el otro las naciones ansiosas de paz. El primero, persistentemente y sin escrúpulos, persigue el objetivo bien definido del dominio mundial. Posee un centro dictatorial para el control de sus operaciones y cuenta con el apoyo de quintas columnas bien organizadas en todos los países y de otros no menos perniciosos colaboradores. Las últimas carecen de metas precisas, de política clara y constructiva y de unidad de jefatura. Esta falta de un ideal político común, o por lo menos de un gobierno capaz de coordinar todos los esfuerzos, ha ocasionado un estado de confusión general. Las cuestiones más importantes son constantemente puestas en duda y no existe acuerdo de principios fundamentales. Decisiones sin propósito o ponderación suficiente, cuyos resultados son el error y la injusticia, impiden virtualmente toda posibilidad de éxito en la lucha contra el comunismo.

El más inicuo y potencialmente peligroso de estos errores reside en una concepción radicalmente falsa del problema

ruso. La Unión Soviética se confunde arbitrariamente con Rusia y los designios de la política comunista con los de la Rusia Nacional.

No soy yo solo en observar con inquietud la difusión entre las Potencias Occidentales, y particularmente en EE. UU., de esta aberración, que consiste en una actitud que no es solamente anti-rusa. Un sobresaliente ejemplo de esta actitud es la ligereza de las Potencias Occidentales al apoyar al gobierno de Tito en Yugoeslavia a pesar de su comunismo, mientras que basándose en este mismo comunismo se condena sin vacilación a Rusia, negando a su pueblo toda ayuda en la lucha que sostiene contra él.

Hay incluso personas que llegan a mantener con toda seriedad que el entero pueblo ruso es responsable de cuanto han hecho y siguen haciendo Stalin y su organización comunista internacional. Estos errores son fomentados inteligentemente por los verdaderos instigadores de la actual crisis mundial, los comunistas y sus conscientes o inconscientes asociados.

Este antagonismo hacia Rusia, en lugar de ser hacia la Unión Soviética, se ve incrementado por la mayoría de estadistas y periodistas occidentales que, por razones difíciles de comprender, persisten en llamar a la URSS Rusia, a pesar de que los mismos Soviets abolieron oficialmente el histórico nombre del Imperio Ruso hace unos treinta años.

Como resultado de esta confusión de ideas, Rusia y no la Unión Soviética está considerada como la fuente de los actuales problemas del mundo, y como la posible causa de una tercera Guerra Mundial. Este mismo mundo se niega a reconocer que el pueblo ruso es de hecho la primera víctima del Comunismo Internacional, que desde entonces ha reclamado a tantas otras. Tales razonamientos sólo pueden deberse a una imperdonable ignorancia o a una voluntaria tergiversación de los hechos.

Antes de que sea demasiado tarde es imperativo que todas las naciones libres comprendan que Rusia no ha de con-

fundirse con la fortaleza del Comunismo mundial aposentado en su territorio y que la única manera de poner fin a la crisis actual y eliminar la amenaza comunista depende de la clara comprensión de este hecho.

El comunismo, un producto completamente importado en Rusia, llegó allí desde Europa Occidental y ha convertido a Rusia en su base de operaciones para promover la revolución mundial. Tiene a su disposición las inmensas riquezas naturales del Imperio ruso, y utiliza el duro trabajo y la resistencia del pueblo ruso, controlado por una técnica terrorista muy desarrollada, como si fuera un arma más en su campaña. Emplea también el terrorismo nacional ruso como un terreno de ensayo para experimentos criminales de orden social y económico en relación con el sistema que piensa imponer a la humanidad entera. Hay que comprender al fin que Rusia es hoy el instrumento que utiliza el Comunismo mundial para el logro de sus fines.

En sus relaciones con el exterior el Gobierno soviético no ha dado nunca muestras de buena fe, ni demostrado respeto a aquellos con quienes trata, lo cual es poco probable que sienta alguna vez: su credo no da lugar a tales cortapisas frente a la libertad de acción. Cuando las Potencias Occidentales, ya sea por ignorancia o por criminal complicidad, consideran la conducta de los representantes soviéticos en el extranjero como actos de la diplomacia rusa, están haciéndoles el juego a los Comunistas. Estos se alegran de cualquier oportunidad que haga cundir entre sus enemigos el peligroso error de que es el pueblo ruso, y no ellos mismos, el responsable de sus inmorales y criminales actos.

El antagonismo creado por esta injusta confusión es de particular utilidad para los Soviets. Les capacita para convencer al pueblo ruso de que la enemistad de las Potencias Occidentales va dirigida hacia Rusia como tal. De este modo, en caso de guerra, los dirigentes soviéticos, a pesar del odio genuino que inspiran al pueblo ruso, podrían volver a emplear el patriotismo ruso para la defensa del Comunismo.

Un fallo de peligro similar, que consiste en interpretar los actos de los dirigentes de la URSS como la representación de la voluntad de la nación rusa, es responsable del popular mito de un «nuevo Imperialismo ruso». El programa y los objetivos de la política internacional soviética son completamente distintos de los de la Rusia Nacional. El Dictador Rojo no es ciertamente el sucesor del Emperador Alejandro I, conocido por la historia como el «Bendito», a causa de sus esfuerzos por devolver la paz y el orden al mundo después de las guerras napoleónicas.

No obstante, mientras aumenta la tensión entre la Unión Soviética y el resto del mundo, la prensa y los políticos de las Naciones Occidentales, con vistas a preparar la opinión pública para una eventual guerra contra la URSS, usan con mayor frecuencia tales lemas como la «amenaza rusa» y el «peligro del Imperialismo ruso». Sin embargo, estos lemas, basados en el razonamiento erróneo que he expuesto más arriba, difaman a Rusia en vez de desacreditar al comunismo.

La historia demuestra que toda nación y todo estado en el curso de su desarrollo trata de incrementar sus posesiones territoriales en interés de su pueblo. Ello es una tendencia natural y Rusia no fue una excepción de la regla. Al mismo tiempo, la expansión territorial del Imperio ruso fue un proceso gradual, resultando de la política sabia y pacífica de sus monarcas antes que de guerras de conquista y agresiones.

Una vez que Rusia hubo obtenido las indispensables salidas al mar y las fronteras que garantizaban su seguridad, no buscó ulteriores adquisiciones territoriales. Por el contrario, el Imperio Ruso, durante las últimas décadas de su existencia, cedió voluntariamente ciertos territorios que no se consideraban de vital importancia estratégica.

Aquellos que en la actualidad hablan constantemente de la amenaza de la «expansión» y el «Imperialismo» rusos harían bien en recordar que hace apenas algo más que el curso de una vida sus padres presenciaron un raro suceso en la historia de las relaciones internacionales: voluntaria-

mente Rusia vendió Alaska a los EE. UU. por la irrisoria suma de 7.200.000 dólares. Nadie podría declarar en serio que este vasto territorio no valía mucho más de lo que se pidió por él, o que la Tesorería rusa necesitaba una cantidad tan insignificante.

También es pertinente observar que la expansión rusa ya había tocado a su fin cuando otras naciones, Francia, Alemania y Gran Bretaña, por ejemplo, todavía en el siglo XX buscaban su engrandecimiento en guerras coloniales y otras.

Rusia no tiene nada que ganar con la conquista o el dominio de territorios que sobrepasen sus fronteras nacionales, o con la opresión de otros pueblos, algunos de los cuales fueron librados de la dominación extranjera al precio de muchas vidas rusas. Es evidente que Rusia no ayudó a los búlgaros, servios y rumanos a lograr su independencia para que unas cuantas décadas más tarde fueran ignominiosamente subyugados por el Comunismo Internacional. El pueblo ruso no tiene la menor necesidad de las conquistas territoriales o políticas de Stalin, y aún menor es su deseo de oprimir a otras naciones. Ningún ruso verdadero puede enorgullecerse a la vista de las banderas rojas ondeando sobre Varsovia, Budapest, Praga, Sofía, Belgrado, Bucarest, Riga, Reval, Kovno, Viena o incluso la Puerta de Brandenburgo.

No entra en los intereses de ningún pueblo anexionarse territorio extranjero y someter a otros pueblos que tienen sus propias y antiquísimas historia, cultura, tradiciones y lengua. Es verdaderamente peligroso, porque tales violaciones de los derechos legítimos crean invariablemente perdurables enemistades.

Estos errores han sido ciertamente frecuentes en el pasado; pocas naciones pueden jactarse de no haber cometido injusticias de esta clase en el curso de su historia. Por ejemplo, la Rusia Imperial cometió precisamente este error en el caso de Polonia. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que durante la Primera Guerra Mundial Rusia prometió que concedería la independencia a Polonia cuando acabaran las hostilidades.

Me gustaría sinceramente poder considerar desde ahora a este país y a todos los vecinos de Rusia como leales aliados en la lucha contra un enemigo común, y confío en que en el futuro ya no vivirán temiendo a Rusia sino que la contarán entre sus amigos.

Vuelvo a repetir que Rusia nunca ha tenido la menor intención de dominar a Europa o al mundo. No necesita adquirir o controlar territorios más allá de las fronteras que garantizan su seguridad. Rusia no ha deseado nunca, ni nunca pudo desear, asumir el odioso papel de tirano para el resto del mundo, el cual le ha sido impuesto por el Comunismo. Es imperativo comprender que ni Stalin, ni Vyshinsky, ni el Politburó, ni el Partido Comunista representan de ningún modo a la verdadera Rusia y a su pueblo.

* * *

«Quienquiera que esté dispuesto a juzgar la situación de Rusia por las normas corrientes de decencia y moralidad cristianas, habrá de llegar a las siguientes conclusiones:

(1) La enorme mayoría del pueblo ruso es radicalmente contraria al Comunismo y detesta el gobierno de Stalin y todo lo que representa. Es cierto que al principio de la revolución parte de la población fue arrastrada por la propaganda y promesas fraudulentas de los Comunistas. No obstante, poco después de la toma del poder por estos últimos en octubre de 1917, muchos rusos se levantaron en armas contra ellos, combatiéndoles abiertamente durante los cuatro años que duró la Guerra Civil, y continuando después la lucha con repetidos intentos de insurrección.

(2) El régimen soviético ha costado a Rusia millones de vidas, ocasionando a su pueblo indecibles sufrimientos. Tanto después de la revolución de 1917 como cuando la frontera estuvo abierta durante la retirada alemana de la última guerra, todos los rusos que pudieron escapar lo hicieron, prefiriendo hacer frente a las penalidades del exilio a sufrir la

ignominia del gobierno Rojo. Como es natural, la situación de gran parte de la población que no tuvo más remedio que quedarse es infinitamente más penosa, un reino de terror y opresión que ha enviado a la esclavitud y la muerte lenta en los campos de concentración y de trabajos forzados.

(3) Si el pueblo ruso se hallara realmente satisfecho bajo el Comunismo, seguramente serían innecesarios tanto terror y tan completo desprecio por la vida humana. Tampoco miles de personas desplazadas hubieran recurrido a todos los esfuerzos para evitar la repatriación después de la última guerra. Y tampoco, finalmente, como sucedió más tarde en la Alemania Occidental y en Italia, se hubieran suicidado muchos de ellos antes que ser repatriados a la fuerza por las Autoridades Militares Aliadas de acuerdo con las exigencias de Stalin que fueron atendidas en Yalta por las Democracias Ocidentales.

* * *

«En los comienzos de la guerra germano-sociética millones de soldados del Ejército Rojo se pasaron a los alemanes, creyéndoles los sinceros enemigos del Comunismo llegados a libertar a Rusia y a su pueblo de los gobernantes soviéticos. No solamente estos soldados se pasaron al campo contrario con el fin de escapar hacia la libertad; era su esperanza y su deseo unirse a las fuerzas alemanas para combatir el Comunismo, aunque no fue hasta casi el final de la guerra, cuando los alemanes se encontraban apurados, que de mala gana se les permitió hacerlo. Estos hombres no eran de ningún modo simpatizantes del nacional-socialismo, ni del fascismo, ni tampoco eran traidores a su patria, como proclamó la propaganda soviética (que por lo visto fue lo bastante inteligente como para convencer a las Potencias Occidentales); simplemente intentaban aprovechar lo que parecía ser una oportunidad, aunque precaria, de liberar a su patria.

El acto de estos soldados fue la expresión sencilla y espontánea de las más profundas aspiraciones del pueblo ruso,

muchos millones del cual, que no eran más traidores que ellos o que sus compatriotas del extranjero, sino enemigos igualmente resueltos del Comunismo, veían en la intervención armada contra la Unión Soviética el único medio de libertar a su patria de la más terrible tiranía que ha conocido la historia.

Fue una tragedia para Rusia y para el mundo, como por fin ciertos estadistas ocidentales están empezando a comprender, que las Democracias Occidentales fueran en aquel tiempo aliadas, y se considerasen a sí mismas amigas, de la Unión Soviética.

* * *

«No me cabe duda de que Rusia, liberada de la tiranía comunista y habiendo recobrado su tradicional forma de Gobierno, vivirá en paz y amistad con sus vecinas, y con todos los demás países, aunque solamente sea por la razón de que sus propios recursos son enteramente suficientes para sus necesidades. Además, no sólo deseará sino que también le convendrá participar en términos de igualdad en todas las organizaciones internacionales que aspiren a mantener la paz y a favorecer el desarrollo de las relaciones normales y amistosas entre las naciones, ya sean culturales, científicas, económicas o comerciales. Prestará una colaboración franca y activa a tales organizaciones y no frustará cada uno de sus honrados anhelos como sucede actualmente en la ONU cuando los Soviets interrumpen constantemente la marcha de las negociaciones haciendo uso del veto.

Rusia ha sido lenta en aprovechar sus inextinguibles recursos naturales. El progreso económico y administrativo que se iba logrando durante el último reinado fue interrumpido por la revolución y la subsiguiente toma del poder por los comunistas. A pesar de la intensiva explotación de la riqueza natural del país por los Soviets, Rusia se ha convertido bajo su gobierno en una nación de mendigos, porque el esfuerzo constructivo del pueblo ruso es encaminado ahora

principalmente hacia la fabricación de armamento y el logro de la revolución mundial.

La reorganización de la economía rusa para fines pacíficos será una larga y ardua tarea, que dará amplia oportunidad para el empleo de especialistas extranjeros y resultará de la mayor utilidad para restaurar una condición económica normal en todo el mundo.

En la Rusia Imperial todo extranjero tenía el derecho de trabajar cómo y donde quisiera. Muchos miles fundaron negocios propios y durante generaciones prosperaron en paz y tranquilidad, como aún pueden atestiguar muchos de ellos. Su experiencia está en violento contraste con la precaria existencia de los pocos extranjeros a quién actualmente se permite la entrada en la URSS. Incluso los diplomáticos son contínuamente vigilados por la policía y no tienen libertad de movimientos ni la menor oportunidad de mezclarse libremente con el pueblo.

Una Rusia nacional no tendría necesidad de un telón de acero y adoptaría ciertamente una política sincera, la cual, en un mundo liberado del comunismo, constituiría la mejor garantía de compresión y confianza mutuas.

Después de todo lo que el mundo, y en particular Rusia, ha experimentado durante las últimas décadas, la restauración de la comprensión y confianza mutuas exigirían inevitablemente algún tiempo. Ultimamente, y en especial durante la Segunda Guerra Mundial y el período de post-guerra, han sido oprimidos y perseguidos demasiados grupos nacionales, raciales y políticos. Ha habido demasiado sufrimiento, se ha derramado demasiada sangre, se ha infligido demasiadas ofensas y cometidos demasiados crímenes bajo la máscara de la ley y la justicia.

Sin embargo, cuando por fin sea derrotado el comunismo, que ha dado al mundo el supremo ejemplo del desenfreno y la amoralidad, tendrá que ser establecido un orden de verdadera justicia, no solamente en una nueva Rusia, sino en todo el mundo, y en el cual haya igualdad de derechos para

hombres de todas las clases, razas y religiones. Justicia social, libertad personal y religiosa, libertad de pensamiento y de opinión, empresa e iniciativa privada, todo ello dejará de ser palabrería sin ningún significado y tendrá que convertirse en realidad en todos los países y ser el derecho de nacimiento en todo ser humano.

El Comunismo es particularmente virulento en sus ataques contra la religión y la moral, puesto que solamente la religión, y en especial el cristianismo, comunica al hombre el valor y la fuerza para apoyar y ser fiel a los valores morales y espirituales que subsisten en el mundo actual.

La fe de la mayoría de los rusos es el Cristianismo Ortodoxo. Profesando yo mismo esta fe, atribuyo la mayor importancia a los lazos que tan estrechamente unen a Rusia con la Iglesia Ortodoxa. Al mismo tiempo el derecho ajeno de adorar a Dios a su manera, y espero sinceramente que en la Rusia del mañana todo el mundo tendrá la libertad de hacerlo.

Durante una reciente visita al Papa, deseé en particular expresar a Su Santidad mi profunda gratitud por la ayuda que prestó tan generosamente a tantas víctimas de la persecución después de la guerra, entre ellas a numerosos rusos que corrían el peligro de ser entregados a los Soviets por las Policías Aliadas.

Quise que mi visita expresara también, en nombre de todos los rusos anti-comunistas y en el propio, la profunda simpatía que sentimos por la Iglesia Católica en su lucha contra el ateísmo comunista. En los países satélites esta Iglesia sufre ahora el mismo martirio sufrido por la Iglesia Ortodoxa, en Rusia, durante treinta años; ya que sus sacerdotes, como muchos miles de sacerdotes rusos antes que ellos, escogieron las penalidades y la muerte antes que doblegarse al poder del mal.

También desearía expresar mi gratitud a las organizaciones Protestantes que, especialmente en los Estados Uni-

dos, tan generosamente ayudaron a un gran número de refugiados rusos.

Tales ejemplos de solidaridad cristiana son por desgracia poco frecuentes y uno llega a preguntarse si la total inseguridad y extendida miseria del mundo actual no se deben en gran parte al predominante desdén por la moralidad, el honor y la justicia cristianas.

Durante más de treinta años las Potencias Occidentales han ignorado intencionadamente la desesperada situación de mi gran pueblo bajo el terror comunista. Ciertamente han sido pocos los que de vez en cuando se han arriesgado a recordar al mundo que en «*las más remotas partes de Europa*» millones de sus congéneres estaban condenados a un sufrimiento inhumano y a la muerte en cárceles y campos de concentración. Las naciones, por desgracia, permanecieron indiferentes. Ahora, por fin, la oposición al Comunismo está progresando y los hombres de estado occidentales, a quién hasta ahora no repugnaba estrechar las manos ensangrentadas de Stalin y sus seguidores, están empezando a denunciar abiertamente al Comunismo mundial y a los Soviets.

Por desgracia este cambio no ha sido inspirado por un repentino respeto hacia los valores humanos y la moral cristiana, o por la compasión hacia las víctimas del comunismo en Rusia —y ahora también en los países satélites— sino más bien porque el Comunismo ha degenerado en una amenaza directa para el propio mundo occidental. Este último ha aprendido por amarga experiencia que no existe posibilidad de convivir con el Comunismo en términos pacíficos, o de llegar a ningún acuerdo duradero.

Es ya más que aparente que no puede esperarse ningún remedio defensivo para la situación, ni por medio de la ONU, ni de cualquier otra especie de reunión o conferencia. En tales reuniones los Soviets, incluso cuando ceden, lo hacen únicamente con el fin de reanudar la ofensiva en un momento más oportuno. Hay que tener siempre en cuenta que la meta final del Comunismo sigue siendo, somo lo fue des-

de el principio, el dominio del mundo por una oligarquía sin escrúpulos que disfrute de un control absoluto sobre toda clase de trabajo y de riqueza.

Los círculos políticos y militares de Occidente parecen haber llegado también a la conclusión de que el único razonamiento que comprenden los dirigentes del Comunismo mundial es el de la fuerza. Por ello las Naciones se están armando en preparación de posibles hostilidades, las cuales ya han empezado en realidad, aunque la verdadera cuestión no haya sido reconocida oficialmente, y la guerra declarada se limite de momento a Corea.

Si las Potencias Occidentales hubieran comprendido con la suficiente antelación la verdadera naturaleza del Comunismo mundial, destruyéndolo antes de que tuviera tiempo de echar raices en Rusia, si hubieran hecho caso de cuantos intentaban en vano poner en guardia a los círculos políticos responsables y a la opinión pública del peligro universal que les amenazaba, la trágica difusión actual del Comunismo en el mundo hubiera podido evitarse, y los preparativos para otra guerra mundial hubieran sido probablemente innecesarios.

La guerra es siempre deplorada porque ocasiona incontables sufrimientos, convierte en víctimas a los menos responsables y es arbitrariamente destructiva, y yo ciertamente no abogaría jamás por ella como un medio de saldar disputas internacionales. Sin embargo, no me atrevería a afirmar que actualmente el Comunismo pueda ser destruído sin rerecurrir a las armas. Es una noción gravemente errónea, y que podría tener peligrosas consecuencias, suponer que en Rusia puede tener lugar una revolución sin ninguna clase de ayuda exterior. La idea de que ello es posible ha sido probablemente difundida a las naciones libres, y aprovechando su resistencia a contemplar los horrores de una guerra. Empero, algunos círculos occidentales aún creen en la posibilidad de una tal solución. Por desgracia, el pueblo ruso, por más que odie a sus actuales dirigentes, carece del poder para

deponerlos en tiempo de paz mientras continúe sometido al existente de terror y denuncia.

Los asuntos mundiales han llegado, desgraciadamente, a un punto tan crítico que la posibilidad de un acuerdo pacífico parece en extremo remota. Si la guerra resultara inevitable no hay que regatear ningún esfuerzo para que el número de víctimas y la consiguiente destrucción sean mínimos. Algunos políticos occidentales parecen opinar que la eliminación del Comunismo sólo puede conseguirse con la conquista y total devastación de Rusia, y consideran el arma atómica como la llave de la victoria. Tal exceso de confianza puede desembocar en desastres tan graves como los sufridos por Alemania cuando los dirigentes del Tercer Reich pusieron una fe excesiva en nuevas y milagrosas armas y divisiones blindadas. Sería una ingenuidad, por no decir otra cosa, imaginar que el uso de este arma para destruir las principales ciudades y arrasar enteras regiones de Rusia, podría tener como posible resultado el completo aniquilamiento del central sistema político del Comunismo Mundial, del propio Partido Comunista y de su entera organización terrorista. Naturalmente, el potencial militar de la URSS sufriría un quebranto parcial; muchos tesoros históricos serían destruidos; pero la víctima principal de tan inhumano sistema bélico sería la gran masa del pueblo ruso. Por añadidura, entre los millones de seres inocentes que perderían sus vidas se contarían numerosos enemigos convencidos de Stalin y los dirigentes soviéticos, los cuales de buen grado lucharían contra ellos si las Potencias Occidentales se erigieran en verdaderos aliados del pueblo ruso y le prestaran ayuda o dirección.

Una campaña de esta especie también sería contraria a los principios cristianos y es casi seguro que su ejecución provocaría una inmediata reacción en el pueblo ruso que sería profundamente peligrosa para las potencias anticomunistas y muy beneficiosa para los dirigentes soviéticos. Otra vez, como durante la guerra germano-soviética, capacitaría a la dictadura Roja para utilizar el patriotismo ruso en su

propia defensa. El pueblo ruso volvería a convencerse de que no es posible esperar la liberación con ayuda del extranjero, sino solamente la desgracia y la destrución. El peligro de convertir a un aliado en potencia en un enconado enemigo no debería ser olvidado por las Potencias Occidentales como lo fue, tan imprudentemente, por parte de los alemanes en 1941-1945. Debemos recordar que el Comunismo, aunque internacional en la agresión, no vacila en recurrir a los sentimientos nacionalistas y patrióticos cuando se ve obligado a defenderse.

Solo existe un medio eficaz de limitar los horrores de una guerra contra el Comunismo, logrando al mismo tiempo una rápida victoria, y es asegurarse la cooperación activa y voluntaria del pueblo ruso en la causa común. Porque, inevitablemente, el pueblo ruso ha de ser el factor decisivo en esta lucha a muerte que ya ha empezado.

Para ganar la confianza y obtener ya ayuda del pueblo ruso, éste tendrá que convencerse de que las Potencias Occidentales están combatiendo al Comunismo, y no declarándole la guerra a Rusia. La inmensa mayoría del pueblo ruso, y de los soldados del Ejército Rojo, es ciertamente anti-comunista. Sin embargo, los rusos han sido engañados tan a menudo que probablemente sospecharán, por lo menos al principio, de los extranjeros y de sus promesas. La experiencia con los alemanes, y más tarde con las Potencias Occidentales, que tan inhumanamente entregaron a los voluntarios anti-comunistas a la Unión Soviética, contribuirán a que no se repita el hecho de los comienzos de la campaña alemana, cuando grandes cantidades de rusos se entregaron voluntariamente para unirse a las fuerzas anti-soviéticas.

Además, no se obtendrá la cooperación del pueblo ruso a menos que las Potencias Occidentales estén genuinamente convencidas de que una Rusia Libre debe ocupar el lugar que le corresponde en el comité de las naciones. Tendrán que poner bien en claro que su intención no es conquistar, destruir o dividir a Rusia. Tendrán que dar desde el principio pruebas

concluyentes de que están luchando por la verdadera libertad y la verdadera justicia, y que están dispuestas con la mejor voluntad a respetar los legítimos derechos de la nación rusa.

* * *

«Esta es la primera vez que me dirijo a las Naciones Libres del mundo. Y lo hago, no solamente por amor a mi patria, con cuya historia y grandeza mi familia ha estado tan estrechamente unida, sino también porque, habiendo crecido y sido educado en Europa Occidental, sé apreciar los problemas de las demás naciones, y sinceramente deseo verlas vivir otra vez con paz y felicidad. Me hace sufrir profundamente el pensamiento de que muchos miles de mis compatriotas habrán de perecer en un eventual conflicto, e igualmente la certeza de que muchos de otras nacionalidades perderán también sus vidas, entre los cuales se contarán seguramente numerosos amigos míos.

Me dirijo también a los representantes libres de las naciones que ahora comparten el trágico destino de Rusia, y a todos aquellos a quien el comunismo ha condenado al exilio. Me gustaría pedirles que considerasen mis palabras como las de la verdadera Rusia, y ordenarles que se unan a nosotros para libertar a nuestras patrias y nuestros pueblos del enemigo común, el Comunismo mundial.

Hago un llamamiento a la opinión pública, a los estadistas y a cuantos estén en los círculos gubernamentales de los países que aún mantienen a raya al comunismo, y confío en ser escuchado por los que tienen las riendas del poder, de cuya previsión política depende en gran parte el futuro de las naciones.

Hago un llamamiento especial a los Estados Unidos de América, sobre los cuales el destino ha encargado un peso de responsabilidad tan tremenda hacia toda la humanidad. Los consejos de este país ejercen una preponderante influencia sobre las políticas de las Naciones Ocidentales, y él solo

dispone del poder necesario para salvar al mundo de ser completamente avasallado por el Comunismo.

Expongo estos pensamientos y reflexiones impelido por un sentido de responsabilidad moral hacia mi patria y mi pueblo, hacia nuestra desgraciada generación, que busca en vano la solución de sus problemas, y hacia la historia. Espero sinceramente que mis palabras serán comprendidas y aprobadas, tanto por mis compatriotas como por todos aquellos que actualmente completan el futuro con aprensión y ansiedad».

WLADIMIRO

Febrero 1952.

Esto resume, de forma autoritativa, los puntos de vista de los anti-comunistas rusos. Su importancia real y práctica es inmensa. La derrota del comunismo es imposible a menos que se intente en alianza con el pueblo ruso. Los comunistas, que a menudo fueron a su vez emigrados, conocían bien la amenaza que representaban los exilados. Un departamento especial de su policía terrorista se ha dedicado siempre a dividir, confundir, desacreditar y destruir por todos los medios a los expatriados políticos. A veces han logrado éxitos notables. Pero entre los repatriados continúa habiendo un esforzado núcleo de eficaces luchadores que son a la vez capaces y dignos de confianza. Para ellos el telón de acero no es un obstáculo impenetrable, ni el comunismo una fuerza que no pueda ser vencida. Aquí no hablaremos con detalle del extenso tema del anti-comunismo activo, de sus tácticas, técnica y estrategia en lo que a Rusia se refiere. Hemos de observar, sin embargo, que esta lucha está siendo contrarrestada, no solamente por el enemigo de Moscú, sino también por el de Washington y Nueva York, que puede gastar mucho dinero y desplegar fuerzas considerables en apoyo de actividades y organizaciones cuyos objetivos favorecen los designios de los mesiánicos materialistas. Lo que tan ámpliamente es difundido por la prensa mundial como anti-comunismo ruso,

con su radio, sus globos, sus agentes lanzados por avión, y todo el resto de vulgar publicidad, no es más que una trampa política, preparada para Rusia y para el mundo. No es de ningún modo parte de una lucha por la libertad, sino simplemente una fase en la persecución de los planes para la esclavitud mundial.

XXV

CONCLUSIONES

El mundo todavía libre ha llegado ya a la línea divisoria entre la condición en que un esfuerzo eficaz para asegurar la libertad es todavía posible, y las condiciones en que será demasiado tarde y el poder del enemigo, en su forma Oriental u Occidental, será de tales proporciones que hará imposible la resistencia. Debemos decidir ahora si hemos de levantarnos y luchar, o si hemos de someternos, mansa y pasivamente, al yugo que se prepara para nuestros cuellos. ¿No está bastante claro que, habiendo comprendido los peligros que nos acechan, no nos someteremos?

En este caso tenemos que definir los objetivos que nos animan y el plan de ataque que hemos de llevar a cabo. Quienquiera que seamos –americanos, ingleses, franceses, alemanes, españoles, rusos– todos hemos conocido, cada uno a su modo, la lucha por la libertad y la supervivencia. Nuestras fuerzas, espirituales y materiales, no están exhaustas. Por el contrario, la historia nos enseña que ningún individuo y ninguna nación llegan a ser nunca realmente incapaces de esfuerzos y sacrificios. Lo único que a veces falla, que pierde su fuerza, como una batería gastada, es el estímulo de una idea determinada, una necesidad o un peligro. Pero si falla esta determinada fuerza motriz, puede ser reemplazada por otra, y el individuo o la nación puede, tras un descanso brevísimo, volver a gastar esfuerzos y sacrificios. Y cuanto mayor sea el estímulo, mayor será el esfuerzo realizado. Sola-

mente está condenado a la perdición un hombre o un país que carezca de una fuerza motriz. Pero el mundo en general no decae nunca; siempre le presta fuerzas una dinamo de inmenso poder y energía inextinguible. Afortunado aquél que sabe aprovecharlos.

¿No será suficiente el incentivo que proporciona la absoluta necesidad de sobrevivir como hombres libres y naciones independientes? ¿Viendo a nuestra fe y nuestra cultura amenazadas como nunca lo fueron, dejaremos algo por hacer hasta que la victoria sea completamente nuestra? Expongámoslo, pues, del modo siguiente: Hemos de hacer una inversión en la libertad; en esta causa hemos de invertir cuanto podamos —nuestros mejores esfuerzos, nuestro dinero, nuestro tiempo y nuestras plegarias. Solicitemos la guía y protección divinas, pero pongamos algo de nuestra parte. Una fe sin obras es estéril. Dejemos que los capacitados inicien la campaña. ¡Y empecemos la cruzada de la libertad!

Necesitamos la impresión heliográfica de la campaña. En primer lugar, hombres de reconocida integridad y capacidad, y en especial americanos e ingleses y los representantes de otros países principales de la parte aún libre del mundo, tienen que formar un Consejo no muy numeroso ni difícil de manejar. Paralelamente tiene que haber una expresión práctica de un frente común entre los rusos libres, los polacos, los chinos, y todas las demás naciones esclavizadas. Luego hay que organizar una extensa campaña para informar a todos los hombres de buena voluntad del mundo entero de los peligros que les acechan y de las medidas que hay que tomar para hacerles frente y la ayuda que para ello se requerirá.

Después, con la ayuda del mundo libre, hay que llevar a cabo una activa campaña para derrocar las tiranías rojas tras el telón de acero, participando en ella solamente los que sirven la causa de la verdadera libertad, con la exclusión estricta de los colaboradores francos y secretos de las Izquierdas subversivas en todas sus formas, pero excluyendo también

a los soñadores, excéntricos y ciegos reaccionarios, y a todos aquellos que coloquen la recuperación de sus pérdidas personales por encima del destino de la humanidad y de sus propios países.

Debe iniciarse un ataque sostenido contra las enseñanzas y prácticas económicas, políticas y sociales del enemigo en sus formas capitalista y socialista. Es inútil atacar al materialismo en teoría, dejando el verdadero poder en manos de sus adeptos. Hay que persuadir a los banqueros, políticos y muchos otros a unirse a la campaña, y hacerles comprender que ello conviene a sus mejores intereses, y que, si el enemigo acaba triunfando, todos perderán. Hay que hacerles comprender que no se beneficiarán ni ellos mismos ni la comunidad si no adoptan al nuevo orden como propio, ocupando en él cada uno su lugar. Esta no es una cuestión de partido. Es mucho más importante que las verdades a medias, encaminadas a confundir, y que las declaraciones falsas, que constituyen las acciones de la mayoría de partidos políticos.

Nuestros ánimos se levantarán con la certeza de que el plan y los cimientos de las Izquierdas en todas sus formas son vulnerables en grado máximo. La conspiración de los mesiánicos materialistas, como ya hemos visto, se basa en un engaño colosal, en una mentira inmensa y compleja. Una vez desenmascarada será imposible mantenerla. Por consiguiente, hemos de estudiar los problemas aquí esbozados y participar a todo el mundo nuestras conclusiones. En sus términos más sencillos pueden ser claramente comprendidas por la mayoría de personas decentes. La explicación de la mentira compleja es sencilla.

La prensa, el teatro, el cine, la radio y todos los demás medios de influir en la opinión pública deben ser obligados gradualmente a cambiar de tenor. Hay que hacer comprender a los hombres de negocios que no les interesa en absoluto anunciar o dejar de anunciar en los periódicos como medio de ejercer presión para que sigan una pauta que es esencialmente la de los materialistas, aunque a menudo se

halle oculta. Si la presión es ejercida sobre los mismos anunciantes, ellos y los periódicos han de declarar abiertamente quién les presiona y con qué fin. Un contraataque de este género acabaría pronto con este manejo de la opinión pública. Las firmas y periódicos que lo iniciaran valientemente tendrían el apoyo incondicional de todas las personas decentes.

Es evidente que éstas y otras acciones y sus efectos son interdependientes, y no solamente en cada país, sino incluso internacionalmente. Es también evidente que el enemigo se defendería. Intentará desanimarnos, intimidarnos, probará el soborno y la infiltración. Creerá y dirigirá actividades de competencia, que fingirán ser aliadas nuestras pero que perseguirán la confusión. Todo ello no debe desviarnos de nuestro camino.

En estas páginas no hemos intentado definir un «istmo», formular una doctrina de criterio estrecho y escolástico. Somos contrarios a tales cosas y creemos que la tesis resumida aquí es demasiado amplia y demasiado profunda para darle tan estrechos límites. Pero por otro lado, habrán algunos que pensarán, como lo hemos hecho nosotros, que si nuestras proposiciones son ciertas y si requieren acción, esta actividad no podrá llevarse a cabo eficazmente sin adquirir algún día cierta forma de organización, la cual, inevitablemente, tendría un nombre o un distintivo. Aquí, en este punto, no estamos dispuestos a hacer sugerencias determinadas de ninguna clase. Esperamos que serán hechas con el tiempo cuando personas más capacitadas tomen parte en la discusión y en cualquier posible actividad.

Sin embargo, aún teniendo todo esto en cuenta, comprendemos que aquí nos ocupa una proposición no ajena del todo en su sentido más amplio a las Derechas Orgánicas. No nos inspira ningún temor emplear la palabra Derechas, que tiene idéntico significado en todas las lenguas europeas que conocemos, por ejemplo, das Recht en alemán, le Droit en francés y Pravo en ruso. Las Derechas, además de repre-

sentar una concepción filosófica y política, son también la ley, la expresión de los derechos naturales y legítimos, el brazo derecho del hombre. En la Crucifixión, fue el pecador de la derecha el que logró la salvación; ¿no hemos de tomar nota de este simbolismo divino? En realidad, ¿no estamos obligados a ello?

Sí, es conveniente poner todos los puntos sobre las íes. Puede ser necesario prestar énfasis, no sólo a las diferencias, sino también a la lucha básica de las Derechas con las Izquierdas. Sería prudente señalar la gran diferencia de sus características. Hemos sido desafiados, y no se gana nada pretendiendo no comprenderlo o recurriendo a las seniles e hipócritas nociones que llevan al convencimiento de que no es prudente intentar definiciones excesivamente claras.

Además de afirmar que las derechas son cristianas, también hemos dicho que los hombres de otros credos pueden ser igualmente de las Derechas. Tenemos la seguridad de que cuantos anteponen el espíritu a las cosas materiales, el deber a la avaricia, y el amor al odio y la envidia pertenecen al bando de las Derechas Orgánicas.

Parece que cabe dentro de lo posible encontrar una fórmula para definir a las Derechas Orgánicas y a sus partidario naturales, los cuales son aún la enorme mayoría en todas las naciones, permaneciendo potencialmente intactos a pesar de los persistentes ataques de las Izquierdas. La humanidad está todavía sana, pero debemos ayudarles a organizar sus mejores instintos y a conferirles una expresión práctica y eficaz. Debemos dar cohesión a lo mejor de sus múltiples variantes, su profundidad y su fuerza, separadamente en cada nación, pero dentro de un cuadro general de colaboración libre entre todas ellas.

Las Izquierdas, durante muchos años, o mejor, durante décadas y generaciones, han demostrado ser un todo integrado, a pesar de su variado aspecto e incluso de sus oposiciones internas. El motivo está claro: hay una jefatura centralizada, una doctrina universal y un objetivo común. Todo

ello podemos lograrlo también nosotros. Nuestro objetivo, nuestra doctrina, nuestros planes y nuestras metas dependen unos de otros y son fácilmente comprensibles. Nuestra debilidad ha consistido hasta ahora en que nuestro caso completo no ha sido nunca expuesto como un problema entero y único, aunque naturalmente algo complejo. Y hemos comprendido todavía menos que, personal y nacionalmente, todos nos hallamos frente a las mismas cuestiones fundamentales y somos amenazados por los mismos peligros. Hemos permitido que nos atacaran por separado, a nosotros y a nuestros legítimos derechos e intereses. Logremos ahora, antes de que sea demasiado tarde, la comprensión de las cuestiones que nos acucian y la necesidad de una acción conjunta. De tal modo aseguraremos la verdadera libertad y la fraternidad de los humanos bajo la ley de Dios.

G. K.

APENDICE

Cuando estaba escrito casi todo el material para este libro, ha sido publicado el «Informe de la Comisión Real sobre los Sistemas Monetarios, Bancarios y de Crédito», por el Gobierno de Nueva Zelanda en el verano de 1956.

Puesto que se trata del material más reciente, oficial y detallado en relación con un típico, aunque reducido, sistema económico «capitalista», sería interesante, con el fin de corroborar las manifestaciones hechas a propósito de estos problemas, citar algunas cosas de dicho Informe.

Nombraremos las citas, en la mayoría de casos con comentarios.

Extraído del núcleo del Informe, empezando por la página 13:

Párrafo 157: Causas de cambio en el Depósito Monetario:

«El Volumen Monetario (según la definición del Banco de Reserva) aumenta:

a) Cuando un cliente del Banco de Reserva o un ban-

co comercial deposita en su cuenta moneda extranjera percibida por la venta de mercancías o servicios fuera de Nueva Zelanda, o en concepto de regalo o herencia por parte de personas domiciliadas en ultramar, o procediendo de un préstamo obtenido en ultramar.

b) Cuando el Banco de Reserva o un banco comercial compra acciones u otros valores de un individuo o firma y el importe se deposita en el banco en la cuenta del vendedor.

c) Cuando el Banco de Reserva hace un préstamo al Gobierno o a las autoridades del mercado. Al principio, aumenta el depósito, que tiene en el Banco de Reserva el que recibe el préstamo, y cuando este dinero está agotado, los recipientes pueden depositar parte de él en sus cuentas de los bancos comerciales y retener la otra parte en circulación en forma de billetes y monedas.

d) Cuando el cliente de un banco comercial firma un cheque por una cantidad sobrepasando el límite fijado por el banco y el que recibe este cheque lo deposita en su cuenta de un banco».

Está claro que, excluyendo los resultados del comercio exterior, es el sistema bancario como tal el que crea el dinero en todas sus formas, tales como moneda, billetes y cheques.

Párrafo 158:

«Y a la inversa, el volumen monetario (según la definición del Banco de Reserva) disminuye:

a) Cuando un cliente del Banco de Reserva o un banco comercial compra, con un depósito a su nombre en un banco dado, moneda extranjera para saldar deudas en ultramar.

b) Cuando el Banco de Reserva o un banco comercial vende parte de sus acciones u otros valores a personas con cuentas corrientes en un banco.

c) Cuando los adelantos del Banco de Reserva disminuyen por el depósito de billetes, moneda o cheques retirados de cuentas corrientes.

d) Cuando los adelantos de los Bancos Comerciales disminuyen por el depósito de billetes, moneda o cheques retirados de cuentas corrientes».

Esto vuelve a confirmar con exactitud los hechos que hemos expuesto. El reembolso de créditos bancarios reduce la cantidad monetaria. Esto es confirmado explícitamente y con detalle en subsiguientes párrafos del Informe.

Párrafo 164: Creación monetaria por parte de los Bancos Comerciales:

«El hecho de que una gran proporción de nuestro suministro monetario deba su existencia al resultado de las operaciones de los bancos comerciales extrañó claramente a muchos testigos que se nos presentaron. Bastantes de ellos parecían creer que esta «creación de crédito» por parte de los bancos era un fenómeno relativamente reciente. Lo cierto es que los principios fundamentales de nuestro sistema bancario no han cambiado mucho desde por lo menos el siglo diecisiete. Tampoco es un descubrimiento muy reciente que tal «creación» tenga lugar, como observaron algunos testigos. Las acotaciones citadas en el Apéndice D, Parte II, lo demuestran claramente».

Párrafo 165:

«Los bancos comerciales no pueden incrementar sus préstamos, creando así moneda, sin límite ni gasto alguno por su parte. Incluso aunque no haya control del Gobierno o de un banco central, resulta obvio que un banco comercial no puede aumentar sus préstamos si no hay las suficientes personas dignas de crédito que los pidan. Pero una limitación todavía más importante a la expansión de préstamos de un banco comercial la constituye la necesidad que tiene todo banco de conservar una adecuada reserva de «efectivo bancario» (a saber, billetes, moneda o diferencias del Banco de Reserva) y /o de moneda de ultramar...»

Párrafo 252: Las Causas principales de la Inflación:

«Las principales causas de la inflación existente en Nueva Zelanda durante los últimos veinte años, según la histó-

rica revisión contenida en la Sección Tercera de este Informe, son las siguientes:

a) Aumento en los precios de ultramar para las exportaciones e importaciones de Nueva Zelanda.

b) Gasto elevado de capital privado o del Gobierno.

c) Gastos gubernamentales por exigencias de guerra u otras necesidades militares.

d) Escasez de ahorro voluntario que corresponda a un incremento en la inversión de capital.

e) Expansión del suministro monetario a través de un incremento de adelantos del Banco de Reserva y bancos comerciales.

f) Aumento de jornales y salarios.

g) El aumento de población relativamente rápido de los años de la post-guerra.

h) Un incremento de gastos gubernamentales en servicios sociales y la filosofía y políticas comúnmente asociadas con el Nivel de Vida».

Como puede observarse es una cosa admitida que la expansión del suministro monetario es uno de los factores que conducen a la inflación. Claramente, casi todos los otros son consecuencia de éste. En lo que se refiere al ahorro, también nos ocupamos de él en nuestro texto.

El Informe menciona también la importancia de la velocidad de circulación del dinero en lo que afecta a su valoración. Aquí debemos añadir que el estado de ánimo inducido por los Servicios Sociales, en el cual nadie piensa en el porvenir, gastando en seguida el dinero recibido, es uno de los principales factores que causan un aumento de velocidad en el movimiento monetario. Sin embargo, con tal de que el índice de precios se mantenga estable por un control de la emisión monetaria, o reteniéndolo con impuestos u otros medios, un aumento de esta velocidad es en sí mismo inofensivo.

Párrafo 428. El origen de la Creación Monetaria por los Bancos.

«El proceso llamado «creación de crédito» o «creación monetaria» no es de desarrollo reciente. Su origen en Inglaterra en el siglo XVII, como causa del desarrollo de las actividades de los orfebres, se describe en el siguiente pasaje de «La Teoría del Crédito» por Macleod (publicado por primera vez en 1891), Volumen II, página 520.»

Sigue una descripción que es en substancia idéntica a la que ya hemos indicado. Suponemos que quien desee estudiar más a fondo estas materias recurrirá a todas las fuentes disponibles, y solamente citamos este Informe como confirmación oficial de lo ya expuesto por nosotros. Los testigos que comparecieron ante la Comisión Real incluían, como es natural, a importantes banqueros.

Párrafo 441:

«Los ingredientes esenciales en la creación monetaria por los bancos comerciales son:

a) Su capacidad de hacer adelantos adicionales sobre un exceso de créditos.

b) El hecho de que manejan el núcleo de negocios comerciales e industriales del país a través del sistema de cheques.

c) El hecho de que una gran proporción de sus adelantos no es retirada en efectivo sino que es depositada dentro del sistema de bancos comerciales.

En general, la Comisión estuvo enteramente a favor de retener los esenciales principales del sistema actual.

Esta opinión es expresada en varios párrafos, por ejemplo:

Párrafo 479:

«La Comisión se opone firmemente a solucionar la necesidad de dinero extra en el futuro a través de la emisión por parte del Gobierno de dinero libre de deuda».

Las razones aducidas por la Comisión son, en parte, que si se eliminan los bancos privados, se elimina a la vez el elemento de competición, lo cual llevaría a un descenso en la eficencia. Ello es parcialmente cierto, por lo cual hemos sugerido que aunque la emisión monetaria revirtiera

al Estado, su distribución debería permanecer en manos de los banqueros privados, como agentes del Banco de Emisión. Otro argumento de la Comisión a favor de la emisión monetaria privada es que, en caso de pasar al Estado, este último adquiriría con ello un exceso de poder. Pero este argumento cae por su propia base si las funciones de la autoridad de emisión son limitadas, como hemos sugerido, a un mantenimiento automático del índice de precios.

Apéndice C. Sección I. Párrafo 4:

Por consiguiente, el Banco de Reserva ha elegido los siguientes párrafos como componentes del suministro monetario en Nueva Zelanda:

a) La moneda en circulación.

b) El valor en billetes emitidos por el Banco de Reserva menos los que estén en poder de los bancos comerciales para pagar a los clientes que quieran convertir depósitos en billetes.

c) Los «pasivos en demanda del Banco de Reserva» (excluyendo los depósitos que tengan como reserva los bancos comerciales) que es un modo de decir las balanzas de crédito del Gobierno, algunos de sus departamentos, y ciertas organizaciones estatuarias del mercado que tienen el privilegio de negociar con el Banco de Reserva; y

d) Los «pasivos en demanda de los bancos comerciales» que equivalen a los depósitos de clientes con cuenta corriente en los bancos comerciales.

Como ya hemos observado, la cantidad de dinero en cheques creada por los bancos excede en once veces la moneda y los billetes que poseen; en Nueva Zelanda y algunos otros países la proporción es menor, siendo alrededor de 5 a 1, pero esto no altera los principios implicados.

Párrafo 15:

«Hasta 1934 todo banco comercial en Nueva Zelanda emitió sus propios billetes, pero desde el 1 de agosto de dicho año el Banco de Reserva se convirtió en la única autoridad emisora de billetes. Como con la moneda, el suministro de

billetes varía solamente respondiendo a las demandas del público. Si los clientes quieren convertir sus depósitos en billetes en mayor proporción a la normal, los bancos comerciales y el Banco de Ahorros de Correo han de comprar los billetes al Banco de Reserva por su total valor nominal, retirándolos de los depósitos que tengan en él...»

En resumen, como ya hemos indicado, es el sistema bancario quien determina, no solamente la cantidad de dinero en cheques que hay que poner en circulación, sino también la cantidad de moneda y billetes que forman la base de los créditos bancarios. En calidad de ulterior información citamos.

Párrafo 24:

«El hecho de que los bancos «crean dinero» de este modo no es un descubrimiento nuevo, como observaron algunos testigos. Por ejemplo, *en los Ensayos Económicos de Sir William Petty* (1623-87), Vol. II. página 446, hallamos:

Pregunta 26:

¿Qué remedio existe si tenemos escasez de dinero?

Respuesta:

Debemos erigir un Banco, que bien computado, casi dobla el efecto de nuestro Dinero acuñado.

Y Francis Cradocke, un comerciante londinense nombrado por Carlos II miembro de la Cámara de Comercio, dijo:

Un Banco es un número determinado de suficientes hombres de Crédito formando un Cuerpo, por así decirlo, para guardar el efectivo de varios hombres en una Tesorería y para emitir Dinero Imaginario (léase Crédito) a interés, de un tres o más por ciento al año, prestado a comerciantes u otros que estén de acuerdo en ello; y para reembolsarlo por asignación, pasando la cuenta de un hombre a la de otro, pero pagando poco dinero. Mr. H. D. Macleod, de cuyo libro «La Teoría del Crédito», escrito en 1894, procede la cita anterior, definió a un banquero como «Un Comerciante que compra Dinero y Créditos, Deudas o Derechos de Acción, a pagar en un tiempo venidero creando y emitiendo Créditos, Deudas o Derechos de Ación a pagar sobre demanda.» Varias otras

citas a este respecto se facilitan en Parte II del Apéndice D.»

Ahora bien, aunque se declara repetidamente en el Informe que todas estas cuestiones han sido ampliamente conocidas durante mucho tiempo, tal, de hecho, no es el caso. Por el contrario, no solamente han admitido a menudo los banqueros que los principios de la banca no son conocidos, sino que en muchas ocasiones los banqueros han intentado negar que crean dinero. En Gran Bretaña, en los años de intervalo entre dos guerras, el Muy Honorable Reginald MacKenna, presidente del Banco Midland, se contó entre los que admitieron abiertamente las características básicas de la banca en reuniones de accionistas y ocasiones similares.

Párrafo 62 y 63. (iii) ¿Pueden los Bancos Comerciales Crear el Dinero que Prestan sin Necesidad de Pedirlo Prestado al Público y Sin Gastos por su Parte?

«Varios testigos declararon que, a diferencia de otras instituciones financieras que han de pedir prestado el dinero ya en existencia antes de poder prestarlo, los bancos comerciales crean el dinero que prestan sin incurrir en gastos. Tal es una burda exageración del poder de los bancos comerciales»:

«Hemos ya recalcado que, de hecho, un banco comercial puede hacer préstamos solamente hasta el límite que le permiten sus reservas en efectivo. Han de ser suficientes para saldar cualquier concebible demanda de billetes por parte de sus clientes, o de moneda o cambio extranjero, con el fin de preservar la confianza de los clientes en su capacidad de atender sus necesidades inmediatamente, y también de atender la balanza estatutoria que corrientemente se requiera poseer en el Banco de Reserva.. El banco puede mantener esta reserva en efectivo solamente si la gente se aviene a hacer depósitos en él. Si un número de depositarios mucho mayor del normal decidiera convertir sus depósitos en billetes, moneda o cambio extranjero, o transferirlo a clientes de otros bancos, el banco se vería forzado a vender algunas de sus inversiones y pedir algunos de sus adelantos para poder atender las de-

mandas. De este modo, la capacidad de préstamo de un banco comercial depende de su capacidad de inducir a los clientes a depositar dinero en él, el cual es naturalmente una deuda del banco con sus clientes. El banco comercial, como otras instituciones financieras, ha de pedir prestado para estar en condiciones de prestar a su vez».

Pues bien, esta apología de la base del sistema bancario es, aparentemente, lo mejor que pudo proponer un grupo de expertos, cuya obvia tarea era contrarrestar una insistente crítica del sistema por parte de numerosos grupos e individuos de Nueva Zelanda. Y no obstante, el entero argumento es una mezcla de errores y contradicciones internas.

En el primer párrafo se lee la pobre excusa de que la crítica adversa del sistema bancario es una exageración. Y no lo es, por ser absolutamente cierta. En cualquier caso, el hecho de que es parcialmente cierta es admitido indirectamente por la Comisión.

Ya hemos observado que la cantidad de efectivo en poder de los bancos es determinada por ellos mismos. Por consiguiente no es posible aducir que están limitados por esta cantidad. Por añadidura, también hemos observado previamente el hecho de que los bancos han de mantener la confianza en su capacidad de proveer efectivo sobre demanda, pero ello no prueba en absoluto que a causa de esto tengan que pedir prestado para hacer los préstamos. La tesis de que el banco sólo puede mantener su capacidad en efectivo si la gente se aviene a depositar dinero en él tampoco prueba lo que está destinada a probar. Todo lo que significa es que la gente debe estar preparada para hacer los pagos en cheques mucho más a menudo que con billetes o meneda. Tal es, naturalmente, la base del sistema bancario, pero no prueba la susodicha tesis, ya que los propios depósitos son originalmente préstamos del banco, es decir, totales creacíones de dinero Luego la Comisión procede a decir que la capacidad de préstamo de un banco depende de su capacidad de inducir al público a depositar en él. Cierto, puesto que de nuevo es otra

manera de decir que las creaciones de crédito deben convertirse en demandas de efectivo sólo en una pequeña parte, pero tampoco esto es una prueba de que el dinero ha de pedirse prestado antes de prestarlo. Pero el final de la frase sugiere que los depósitos son claramente deudas que tiene el banco para con sus clientes. Por el contrario, cada préstamo crea un depósito, pero un préstamo del banco al cliente, y no viceversa. De este modo el argumento cae por su propia base. Finalmente, podemos preguntarnos a quién pide prestado el banco puando hace un préstamo. Ciertamente no es a sus clientes, cuyo dinero procede en su mayor parte de préstamos bancarios; tampoco es a sus accionistas, puesto que el capital nominal de un banco es siempre una suma insignificante en comparación con el total de sus depósitos; y finalmente, ni el Estado ni el Banco Central prestan dinero a los bancos comerciales, puesto que el Estado está casi siempre en deuda con los banqueros, y el efectivo que los bancos comerciales obtienen del Banco Central es solamente una pequeña fracción de las cantidades prestadas por los bancos por medio de creaciones monetarias.

Sería justo llegar a la conclusión de que, si los banqueros no pueden aducir argumentos más convincentes en favor de la base de su sistema, debe ser que saben muy bien que todo el plan se basa, como hemos afirmado, en un gran fraude, que ha sobrevivido durante generaciones. Es cierto que el fraude se perpetró a menudo de acuerdo con otros, y que los banqueros no son los únicos responsables, pero esto no altera los hechos básicos. La Real Comisión de Nueva Zelanda ha sido completamente incapaz de probar la virtud del actual sistema bancario y de crédito bajo el capitalismo, a pesar del hecho de que los miembros de la Comisión tenían la gran ventaja que suponía la ineptitud y la comprensión y conocimientos incompletos de muchos de los que declararon para probar los defectos del sistema. Las características positivas de la banca moderna le prestan menos fuerza que el hecho de que sea todavía tan poco conocida por la mayoría de per-

sonas, y que, por consiguiente, las posibles alternativas se basen a menudo en un análisis incompleto y puntos de vista equivocados. Cuanto antes sean considerados estos asuntos por hombres competentes, tanto más rápidamente nos acercaremos al establecimiento de un nuevo sistema.

* * *

Es inmenso el material que puede citarse en apoyo de la afirmación de que la revolución rusa ha reducido en todos los aspectos el nivel del bienestar material de las masas rusas, o de que por lo menos ha retrasado muy considerablemente el curso del progreso y el desarrollo alcanzados antes de 1917. Solamente los especialistas podrían dedicarse al estudio de todos los datos disponibles. Aquí no nos interesa intentar un examen completo, sino simplemente dar algunos ejemplos que corroboren lo ya expuesto.

Extraemos algún material típico del «Boletín Informativo de la Sección Rusa del Deutscher Soldatenbund'de Baviera». Número 4, del mes de abril de 1956, página 6 y siguientes.

Un estudio y análisis completos de los sueldos de los trabajadores de la Unión Soviética demuestran que si calculamos los verdaderos sueldos, sobre una base del real poder adquisitivo de ropas, alimentos y demás esenciales correspondiente a 1913, en un 1.0, entonces en 1940 era solamente de un 0.67 y en 1954 de un 0.54.

La verdadera renta puede establecerse también calculando la parte de los ingresos totales de una familia de cuatro que se invierte en alimentos en los siguientes países:

En Suecia	42.8 por ciento de la renta mensual.
En Alemania Occidental	55.18 por ciento.
En Italia	78.9 por ciento.
En la Unión Soviética	107.5 por ciento

de la renta mensual, es decir, es necesario encontrar adicionales y extraoficiales fuentes de ingresos que superen los sueldos del único patrono, que es el Estado, y vemos que no proporcionan lo suficiente para ropas, alquiler, etc.

Aquí indicamos los precios de los principales artículos de vestir, los cuales han de considerarse en relación con el promedio de sueldos que damos más abajo:

Artículo (1955)	Coste	
Abrigo de hombre	1.000 – 1.500	rublos
Traje de hombre	1.000 – 1.500	»
Tela (baja calidad) para traje, por metro	180 – 230	»
Camisa de hombre (baja calidad)	225	»
Zapatos sencillos de hombre	270	»
» » » mujer	400	»
Vestido de algodón de mujer	400 – 650	»
» » seda artificial de mujer	800	»
Blusa de seda artificial » »	300	»
Medias imitación nylon	41	»
Bicicleta	desde 600	»

Precios en 1955 por ciertos alimentos:

Artículo	Medida	Precio Oficial	Mercado libre
Harina de trigo	1 Kg.	4.60 R.	12.00 R.
Azúcar	1 Kg.	9.40 R.	– –
Leche	1 litro	2.90 R.	3.00 R.
Mantequilla	1 Kg.	28.00 R.	– –
Margarina	1 Kg.	14.80 R.	– –
Manteca	1 Kg.	26.00 R.	– –
Patatas	1 Kg.	0.50 R.	2.50 R.
Huevo	cada uno	– –	1.60 R.
Ternera	1 Kg.	12.60 R.	23.00 R.
Cerdo	1 Kg.	– –	22.00 R.
Manzanas	1 Kg.	8.00 R.	10.00 R.
Col agria	1 Kg.	– –	5.00 R.
Vodka	1 litro	50.00 R.	– –
Queso	1 Kg.	– –	23.00 R.
Miel	1 Kg.	– –	24.00 R.

Ahora estos precios deben ser considerados en relación con la siguiente lista del promedio normal de salarios y jornales en la URSS:

Tipo medio de ingresos mensuales de

Un profesor de Universidad	6.000	Rublos
Un conferenciante de Universidad	3.200	»
Asistente de un conferenciante	1.700	»
Profesor de Instituto	1.700	»
Profesor de escuela, después de 25 años	1.200	»
Otros profesores de escuela	500 – 800	»
Director eléctrico		
Estación de suministro en Kiev	3.000	»
Ingeniero Jefe en Kiev	3.000	»
Ingenieros de estaciones similares	800 – 2.000	»
Obreros de fábricas eléctricas, de aviación y de transporte en Moscú	950	»
Obreros similares en Leningrado	900	»
» » » Kiev	850	»
» » » Stalingrado	800	»
Personal de hospital en la capital	600	»
» » » » provincias	300 – 400	»
Empleados de correos en Leningrado	760	»
Albañil especializado en Moscú	1.560	»
Albañil corriente en Moscú	1.170	».
Trabajador especializado en una fábrica de Riga (capataz)	2.000	»
Ayudante femenino de albañil en Moscú	650	»
Taquimecanógrafo en provincias	410	»
Sueldo máximo de metalúrgicos en fábricas de Moscú y grandes ciudades de la URSS	1.500 – 2.500	»

Hay que tener en cuenta que los sueldos son mucho más elevados en Moscú y demás ciudades principales que en los demás lugares de la URSS.

Para prestar mayor énfasis a esta cuestión podemos citar algunos datos sacados de la edición de marzo 1958 del perió-

dico (ruso) «Nuestra causa común» publicado en Munich por el oficial «Comité Americano de Liberación»:

Desde 1957 los jornales mínimos en la Rusia soviética han sufrido un aumento de 300 Rublos por mes en las ciudades y de 270 R. en los distritos rurales. He aquí algunos ejemplos de jornales:

Obrero de fábrica, capacidad mediana	400 – 500 R.	por mes
Obrero muy capacitado	1.000 – 1.200 R.	» »
Empleados de oficina	500 – 700 R.	» »
Ingenieros, médicos, trabajadores científicos, después de la Universidad, salario inicial	600 R.	» »
alcanzando los	1.500 R.	» »
Soldados	30 R.	» »
Oficial subalterno	70 R.	» »
Teniente de complemento	400 R.	» »
Teniente	500 R.	» »
Teniente de mayor graduación	600 R.	» »
Capitán	700 R.	» »
Comandante	900 R.	» »
Teniente coronel	1.100 R.	» »
Coronel	1.300 R.	» »

Tipo medio de obrero en granja colectiva 2 – 3 kilogramos pan por día más 5 – 6 Rublos.

(En muchos kolkhoses la paga es menor).

De nuevo podemos evaluar el poder adquisitivo de esta paga considerando algunos de los precios más recientes, que han cambiado muy poco desde la valoración de 1955 que hemos citado antes.

Artículo (1957)	Coste
Traje de lana de hombre	1.000 – 1.600 rublos
Vestido de mujer	250 – 450 rublos
Abrigo de invierno de mujer	2.000 y más
Zapatos de hombre y de mujer	250 – 450 rublos
Abrigo de hombre de calidad normal	1.400 rublos

Los precios de los alimentos tampoco han cambiado apenas:

Artículo	Medida (Aprox. 2 libras)	Precio medio
Pan negro	1 Kg.	1.15 R. – 1.20 R.
Pan blanco	1 Kg.	2.90 R. – 4.90 R.
Azúcar	1 Kg.	10 R. – 11 R.
Carne	1 Kg.	18 R. – 26 R.
Manteca	1 Kg.	28 R. – 32 R.
Grano de gachas	1 Kg.	4 R. – 8 R.
Arroz	1 Kg.	14 R. –
Mantequilla	1 Kg.	24 R. – 28 R.
Aceite	1 litro	18 R. – 20 R.
Huevos	10	15 R. –
Leche	1 litro	2 R. – 2.50 R.

Los alquileres son bastante bajos, pero las condiciones pésimas. El espacio vital oficial por persona es de 7 metros cuadrados, pero casi nunca se tienen. El agua suele extraerse de un grifo en la calle, y solo se puede cocinar sobre un fogón de petroleo en el pasillo. Los demás servicios son igualmente malos.

Completemos este cuadro con los números siguientes tomados del «Nashe Obshchee Delo» número 8 (120) de abril de 1951. Son datos interesantes para ser siguientes a la devaluación del Rublo.

Algunos precios:

Periódicos	3 Kop.
Billetes de cine	20 Kop.
Billetes de teatro	50 Kop. – 3 Rub.
Billetes de tranvía	3 Kop.
Billetes de metro	5 Kop.
Renta mensual por metro cuadrado	3 Kop. – 13 Kop.
Kilo de pan	12 Kop.
Kilo de pan blanco	27 Kop.
Kilo de harina	46 Kop.

Kilo de Mantequilla	2 Rub. – 90 Kop.
Kilo de Margarina	1 Rub. – 50 Kop.
Kilo de Macarrones	40 Kop.
Kilo de carne de cerdo	2 Rub. – 1.50 Rub.
Kilo de vaca	1 Rub. – 60 Kop.
Pollos	2,50 Rub. – 1 Rub.
10 huevos	2 Rub.
Litro de leche	28 Kop.
Kilo de azúcar	94 Kop.
Kilo de patatas	20 Kop.
Kilo de ajos	30 Kop. – 50 Kop.
Kilo de manzanas	1.50 Rub. – 2 Rub.
Un limón	60 Kop.
Trajes de Caballero, lana	110 Rub.
Abrigos de caballero	150 Kop.
Camisas de caballero	6.50 Rub.
Zapatos	30 – 35 Rub.
Abrigos de señora	125 Rub.
Trajes algodón señora	6 Rub.
Metro de seda	9 Rub.
Medias de nylon	1.60 Rub.
Maquinas de fotografías tipo Leyka	160 Rub.
Máquina de coser	90 – 100 Rub.
Automóviles	2.500 – 4.000 Rub.

Salarios mensuales:

Ingenieros	100 – 200 Rub.
Contables	80 – 120 Rub.
Maestros	60 – 100 Rub.
Taquimecanógrafas	50 – 60 Rub.
Actores	65 – 110 Rub.
Salario mínimo	35 – 40 Rub.
Salario aprendices	70 – 80 Rub.
Salario oficiales	90 – 200 Rub.
Pensiones, máximo	60 Rub.

El tipo de cambio es de 2,50 rub. por libra, un poco por

debajo del dólar. Sin embargo, en el Mercado Negro se ofrecen 14 y hasta 20 rublos por libra. Esto da idea del verdadero valor de los salarios, los menores de los cuales vienen a ser de 3 a 9 libras por mes.

Ahora podemos dar algunos datos del «Boletín del Instituto para Estudios de la URSS», Vol. III, número 7, de julio 1956 (publicado en Munich bajo auspicios americanos):

En relación con los ferrocarriles rusos hay los siguientes datos: En 1913 habían 58.500 kilómetros de vía; en 1922, 69.600 ; en 1928, 76.900; en 1932, 83.800; en 1930, 105.300; en 1955; 120.000, y en 1960 (plan) 126.600. Las fuentes soviéticas siempre toman el año 1913 como base de sus comparaciones, afirmando que desde entonces las vías férreas han sido más que dobladas en kilómetros. Lo cual no es cierto. Entre 1913 y 1918, a pesar de la guerra, continuaba la construcción de nuevas vías. En 1917 llegaba a un total de 60.300 kilómetros. Además, hasta 1928 se terminaron muchos sectores que estaban construyéndose antes de la revolución y ya se hallaban parcialmente abiertos al tráfico. Por lo tanto, entre 1922 y 1928 se completaron 7.300 kilómetros de vía férrea. Entre 1929 y 1940 las vías del ferrocarril soviético se incrementaron en una longitud de 28.400 Kms. Es cierto que los soviets construyeron nuevas líneas, pero este cálculo incluye las líneas de los países Bálticos, Ucrania Occidental, Bielorusia Occidental y Besarabia; las tierras habían sido ocupadas por los soviets, pero la mayor parte de vías férreas habían sido construídas por la administración de la Rusia Imperial.

Suponiendo que 7.900 Kms., incluyendo los trabajos comenzados antes de la revolución, entraron en servicio, basándonos en los cálculos soviéticos el incremento de la red ferroviaria entre 1933 y 1940 sería de 20.500 Kms. No obstante, hay que deducir aproximadamente 14.000 Kms. adquiridos de los territorios vecinos, quedando solamente un total de 6.500 Kms. de líneas nuevas durante este período. En resumen, el desarrollo ha sido el siguiente:

Período	Longitud	Promedio anual
1922-28	7.300	1.040
1929-32	7.900	1.970
1933-40	6.500	810
1941-55	14.700	980
1956-60 (plan)	6.500	1.300
Total:	42.900 Kms.	1.100 Kms.

Pues bien, «hazaña soviética», que es igualada en una escala similar por el «éxito» en otras esferas, debe compararse con la rapidez con que se colocaron las vías antes de la revolución, cuando la mecanización era virtualmente inexistente, y no había el trabajo forzado que hay ahora bajo el comunismo, colaborando en la «economía socialista». De 1864 a 1873 se construyeron 12.588 kilómetros de vías, un promedio de 1.250 kms. anuales; en 1870 se construyeron 2.557 kms.; en 1871, 2.856; de 1894 a 1903, 25.425 kms., un promedio de 2.500 al año; en 1899, 5.257 kms.

No podemos decir que los soviets no tuvieran intención de acrecentar el ritmo de la construcción ferroviaria, ya que durante el Tercer Plan Quinquenal habían de colocarse 11.000 kms., un promedio anual de 2.200 kms. Pero en la práctica sólo se colocaron 6.500 kms. entre 1933 y 1940, con un promedio de solamente 810 kms. al año. En el Vigésimo Congreso del Partido se dieron directivas para la construcción ferroviaria a un ritmo de solamente 1.300 kms. anuales.

Sin embargo hay muchísima gente genuinamente impresionada por las jactancias soviéticas de un inmenso progreso en la industralización, como en todo lo demás. De hecho, repetimos, el ritmo del progreso en Rusia en todos los aspectos ha sido considerablemente más lento que en la época del Imperio.

La calidad ha sufrido también en la mayoría de actividades. Este hecho es especialmente notorio en el aspecto de la educación general. Es verdad que los especialistas, como los ingenieros, son a menudo de la mayor calidad y com-

petencia; en esto la capacidad natural rusa ha vencido los obstáculos impuestos por el régimen. Pero la mayor parte de estos ingenieros, como también los oficiales del ejército y la gran mayoría de las llamadas clases educadas de la Rusia soviética, no saben escribir correctamente y poseen una pobre noción de gramática, a pesar de que la ortografía rusa, en especial después de las reformas ortográficas de 1918, es casi completamente fonética y no es realmente difícil. Desde luego, antes de la revolución era completamente desconocida esta masiva falta de cultura. La gran mayoría de la población rusa no era analfabeta.

Las prósperas condiciones de la Rusia pre-revolucionaria y el perjuicio resultante del comunismo se demuestran claramente en un artículo de la revista «Swoboda» (Libertad), núm. 52, de octubre 1956, publicada por un grupo izquierdistas de emigrados rusos bajo los auspicios de las autoridades americanas, es decir, que esta fuente está muy lejos de nosotros políticamente -y su información puede considerarse imparcial en nuestra obra, tanto más cuanto que el artículo está escrito seria y competentemente. Extraeremos de él algunos hechos.

El desarrollo industrial empezó en los Estados Unidos y en Rusia a mediados del siglo pasado. En 1913, la rapidez del desarrollo industrial en Rusia excedía a la de América y la producción industrial rusa aumentó en medio siglo, de 1860 a 1910, en 12,5 veces. El desarrollo fue especialmente rápido después de 1908-1909 y alcanzó su máxima intensidad durante la guerra de 1914-17. En 1913 el número de obreros industriales, ferroviarios y de la construcción era, en Rusia, de 7 millones, es decir, ya en aquella época Rusia poseía una inmensa industria. Hacia fines de 1916 producía todos los suministros requeridos por los inmensos frentes y ello sin ayuda exterior alguna, como, por ejemplo, los préstamos de la segunda guerra mundial.

De 1894 a 1914 la población de Rusia aumentó de 122,7 millones a 175,1 millones, es decir, en un 43%, mientras en

estos mismos años la cosecha de cereales aumentó en la Rusia europea en un 65% y aún más en Siberia. No sorprende que antes de la revolución Rusia fuera el granero de Europa, en tanto que la Unión Soviética importa artículos alimenticios.

En el año 1956 se cumplieron 39 años de la existencia soviética en Rusia. Según el antiguo ritmo de desarrollo industrial la producción aumentó en cincuenta años en 12,5 veces, o sea que en 39 años tendría que haber sufrido un aumento de 9,75 veces. Así podemos hacer las siguientes comparaciones:

	Producción 1913-1914 mill. ton.	Producción teórica con desarrollo normal en 1955 mill. ton.	Producción bajo el Socialismo 1955 mill. ton.
Hierro fundido	4,40	43,00	33,0
Aceite	9,00	87,50	71,0
Carbón	36,00	356,00	391,0
Azúcar	1,88	18,32	3,4

Al comenzar la revolución la población de Rusia alcanzaba los 180 millones. Durante 39 años, hasta el año pasado, en condiciones del normal incremento anual ruso de un 2,15%, hubiera habido un aumento de 151 millones. Teniendo también en cuenta el aumento adicional al mismo ritmo durante el mismo período de 55,26 millones de habitantes, tendríamos un aumento total de la población de 206.26 millones de almas, pero según la información de «Pravda» del 7 de julio de 1956, la población de la URSS era de 202,2 millones. En consecuencia, hay 184 millones de habitantes de menos, y ello es un resultado directo de la revolución y del gobierno comunista. Además, el promedio de longevidad en la URSS ha bajado a 46,7 años, mientras que en Europa pasa de 60. Entre las bajas de habitantes en Rusia hay que incluir los que han matado los comunistas, los que han muerto en

campos de concentración y durante la colectivización y hambre inducida y los que cayeron en las guerras, así como los que faltan como resultado de una menor proporción de nacimientos. Tal es el terrible precio de una política materialista.

NOTA: Los materiales de este Apéndice son notas complementarias de los hechos indicados respectivamente en el capítulo 5 (páginas 1 a 5) y el capítulo 14 (páginas 6 a 8 del Apéndice).